HEINRICH WIEGAND PETZET

Encuentros y diálogos con Martin Heidegger

1929-1976

conocimiento

katz

Encuentros y diálogos con Martin Heidegger
1929-1976

Heinrich Wiegand Petzet

Encuentros y diálogos con Martin Heidegger

1929-1976

Traducido por Lorenzo Langbehn

katz conocimiento

Primera edición, 2007

© Katz Editores
Sinclair 2949, 5º B
1425 Buenos Aires
Fernán González, 59 Bajo A
28009 Madrid
www.katzeditores.com

Título de la edición original: *Auf einen Stern zugehen. Begegnungen mit Martin Heidegger. 1929-1976*
© 1983 Frankfurter Societäts-Druckerei GmbH

ISBN Argentina: 978-987-1283-45-3
ISBN España: 978-84-96859-02-9

1. Ensayo Biográfico. I. Langbehn, Lorenzo, trad. II. Título
CDD 921

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholön kunst

Impreso en la Argentina por Latingráfica S. R. L.
Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Índice

13 Agradecimientos
15 Prólogo
17 Introducción
17 Caminos con Martin Heidegger

21 I. PRIMEROS ENCUENTROS
21 El discurso de la metafísica (1929)
27 Visita a Bremen
33 "¿Quién es, pues, ese Heidegger?"

41 II. EN EL TERCER REICH
41 El rector de Friburgo, 1933
56 Se retoma el contacto
61 En tiempos de guerra

69 III. TRABAJOS Y REPERCUSIÓN DESPUÉS DE 1945
69 ¿Apariciones públicas?
75 El Club de Bremen
89 Bühlerhöhe
95 La Academia de Munich

107 IV. DIÁLOGOS
107 Notas de la década de 1950
123 Reflexiones sobre el diálogo con la revista *Der Spiegel*, 1966

135 V. ENCUENTROS
136 Egon Vietta
140 Erhart Kästner
144 Ludwig von Ficker
147 Clara Rilke
153 Hertha Koenig
160 Andrei Voznesensky
165 El párroco de St. Alban: Paul Haßler
170 Jean Beaufret

177 VI. LA RELACIÓN CON EL ARTE
177 El arte y los artistas
180 La gran pintora: Paula Becker-Modersohn
183 Heinrich Vogeler
186 Van Gogh y Cézanne
191 Picasso y Braque
193 Paul Klee
199 "El cuadro posthistórico" / Un *excursus*
201 La escultura: Wimmer y Chillida

209 VII. LA HÉLADE Y EL BUDA
209 A la luz de Grecia
217 El monje de Bangkok

239 VIII. AÑOS OTOÑALES
239 Vivir en Friburgo
247 Caminatas en los alrededores de Todtnauberg
259 Una jornada de Hebel
264 Los hermanos de Meßkirch
274 Aislamiento y soledad

281 IX. DESPEDIDA
281 Entre las décadas de 1970 y 1980
284 La muerte de Kästner y la de Burckhardt

287 El último camino
289 Un legado

291 Nota sobre las traducciones utilizadas
293 Cronología
295 Índice de nombres

Para Arnold Stadler

[…] la tormenta que atraviesa el pensamiento de Heidegger –como aquella cuyo soplo nos llega a través de los milenios en la obra de Platón– no procede de nuestro siglo. Proviene de la antigüedad primigenia, y lo que deja tras de sí es algo consumado, que como todo lo consumado retorna al seno de la antigüedad primigenia.
Hannah Arendt, en *Merkur 558* (1969)

Dad testimonio: yo estuve allí. Aunque nadie me conoció.
Hofmannsthal, *La torre*, quinto acto.

Agradecimientos

Vaya mi agradecimiento cordial a todos los que han contribuido a hacer posible este libro. En primer término, quiero recordar al extinto amigo del filósofo, Jean Beaufret, quien se comprometió a prologar este libro pero la muerte le arrebató la pluma. Debo especial gratitud al doctor Hermann Heidegger, de Attental, al profesor doctor Martin Nagel, de Ludwigsburg, al ex concejal Ludwig Helmken, de Bremen, al doctor Joachim W. Storck, de Marbach, al ex embajador Alberto Wagner de Reyna, de Lima y París, a la doctora Ingeborg Böttger, de Gotinga, y al fallecido ex alcalde de Meßkirch, Siegfried Schühle. He recibido muchos estímulos y apoyos en diferentes lugares: en Friburgo, de la señora Brigitta Elze, del profesor doctor Friedrich-Wilhelm von Hermann, de la doctora Ingeborg Krummer-Schroth, de la doctora Hildy Berwarth y del profesor doctor Anton Vögtle; en Meßkirch, de Thomas Schreijäck y de Rolando Gehling; en Staufen (Brisgovia) de la señora Anita Kästner; en Gernsbach, de la señora Hella Sieber-Rilke; en Bonn, del profesor doctor Beda Allemann; en Tubinga, del profesor doctor Ernst Zinn; en Suiza, de Ernst y Hildy Beyeler (Basilea), del profesor doctor Heinrich Ott (Basilea) y de Franz Larese (St. Gall); en Francia, de François Fédier, de François Vezin, de Dominique Le Buhan y de Eryc de Rubercy (todos de París); y desde Milán, de Walter Strobel. Agradezco aquí a todos ellos, así como a Waltraut Dreier, de Friburgo, y a Peter Längle, de Rast, que me asistieron con las correcciones. Meritoria ha sido la tarea de los fotógrafos cuyos trabajos enriquecen este libro: W. Lechner y Franz King (Meßkirch), Willy Pragher (Friburgo), Felicitas Timpe (Munich) y el doctor Peter Ziegler (Hannover). Un libro no

se escribe mecánicamente, sino que requiere de una atmósfera propicia. Por este entorno, que me introdujo en el ámbito vital del terruño de Heidegger, agradezco de corazón a Robert y Erna Stadler, de Rast. Asimismo, agradezco a la señora Elfride Heidegger, que dio el primer impulso para este trabajo y me brindó generosamente la posibilidad de reproducir las cartas de su esposo, especialmente por la paciencia con la que acompañó la lenta gestación de la obra. Por último, no debe olvidarse a aquel a quien esta obra está dedicada: Arnold Stadler, de Friburgo, el amigo del terruño de Meßkirch, que con su comprensión crítica, su ayuda paciente y su aliento sostenido contribuyó en gran medida a la realización de este proyecto.

H. W. P.
Rast über Meßkirch, Pentecostés de 1983

Prólogo

Es demasiado pronto para pretender escribir una biografía de Martin Heidegger. Sus escritos póstumos permanecerán inaccesibles durante muchos años, las cartas se encuentran dispersas y resultan inasequibles, la edición completa de sus escritos, inéditos en gran parte, apenas ha comenzado a ver la luz. Con materiales tan incompletos, una crónica de su vida sería sumamente fragmentaria. Por otra parte, el filósofo manifestó siempre su aversión a que la biografía relegara su obra a un segundo plano; su vida, insistía, carecía por completo de interés: sólo tenía importancia aplicarse a su obra. Piénsese de esto lo que se quiera, lo cierto es que en la actualidad es casi imposible ocuparse críticamente de la persona de Heidegger sin caer en una nueva tergiversación, como las que en gran número han difundido sus adversarios.

Por ello, el intento de este libro es otro. Al partir de recuerdos que muchas veces incluyen detalles y anécdotas aparentemente sin importancia y que abarcan casi medio siglo, de cartas, de anotaciones y de conversaciones transmitidas, se procuró reconstituir los contornos, en especial de la segunda mitad, de la vida del filósofo. Este intento estuvo orientado por la noción de que en un tiempo en el que lo único que se hace es calcular y fichar, tendría sentido volver a trazar con el pensamiento una vida dedicada sólo a "lo que hace falta", sin desatender por ello las cosas simplemente humanas. Si el libro consigue prestar ese servicio a la memoria de ese hombre, habrá logrado su propósito.

En rigor, un libro de estas características debería limitarse a relatar vivencias propias. Sin embargo, en favor de la cohesión, no fue

posible prescindir enteramente de testimonios ajenos. Y como ha sido escrito por un historiador, cae de su peso que éste ha evaluado todos los elementos teniendo en cuenta su fiabilidad. De esta manera, el trabajo se basa, por un lado, en las propias anotaciones del autor y en las cartas que recibiera de Heidegger y en las que éste escribió a algunos de sus amigos y, por otro lado, en numerosos testimonios recogidos en este círculo. Pero debe advertirse que en ningún momento la intención fue escribir una obra científica, razón por la cual también se ha prescindido del correspondiente "aparato". Aquellos que echaren en falta notas y aclaraciones como las que, por ejemplo, incluye la edición de las cartas de Thomas Mann, deberían tener en cuenta que ello habría sido contradictorio con el carácter de la obra en su totalidad. En la medida de lo posible, se han incluido en el texto las fechas y la indicación de las fuentes de las que están tomadas las citas incorporadas al texto.

La confianza y la amistad que Heidegger le profesó durante largos y a menudo difíciles años fueron un gran obsequio para el autor, pero también representan una responsabilidad. Cumplir con esta responsabilidad mediante la publicación de un libro destinado a allanar el camino para una futura biografía significaba, sin duda, exponerse a múltiples objeciones, referidas ya al autor, ya a su obra. Pero el presente relato puede ser defendido de buena fe. Pretende ser más que una mera confidencia. Como quiera que se juzgue en el futuro a Martin Heidegger, no cabe duda de que este hombre fue una de las grandes figuras del siglo xx, tanto en la aceptación como en el rechazo que generó. En este sentido, haciendo el balance de su vida podría él apropiarse de estas palabras dichas por Goethe en su vejez:

> Pues cómo podría yo cerrar los ojos al hecho de que he llegado a ser repugnante y odioso para muchas personas, y que éstas intentan presentarme a su modo ante el público; yo, en cambio, sé que nunca me volví contra mis detractores, sino que me he mantenido en ininterrumpida actividad, y la he sostenido hasta el final, a pesar de las impugnaciones.

H. W. P.

Introducción

CAMINOS CON MARTIN HEIDEGGER

"Corre desde el portón del jardín hacia el Ehnried. Los viejos tilos del parque del castillo lo siguen con su mirada por encima de la muralla…" Con esta oración, traducida a muchas lenguas, comienza el pequeño escrito "El camino campestre",* gracias al cual Martin Heidegger se hizo conocer incluso más allá del círculo mundial de sus lectores filosóficos. Esa pieza de prosa alemana, que tiene algo de la calma y la sencillez de Adalbert Stifter, está tan ligada al nombre de Heidegger como su famosa obra *Ser y tiempo*, que movilizó el pensamiento de toda una época.

El "camino campestre" se ha hecho emblemático. Representa algo característico del filósofo Heidegger, porque el "camino" es uno de sus términos fundamentales, siempre reiterados. Quien eche un vistazo siquiera superficial a su obra se encontrará una y otra vez, en giros siempre cambiantes, con el "camino". Así, se lee que a veces un lector emprende un camino en el que un autor lo precedió. "Un autor en el camino del pensar puede, en el mejor de los casos, indicar [*weisen*], sin ser él mismo un sabio [*Weiser*], un *sofós*." Se lee también que el camino más necesario de nuestro pensar es largo, "y sin

* Para el presente apartado hemos unificado la traducción de la voz alemana *Weg* como "camino"; en su lugar, las versiones corrientes optan a veces por "sendero", sin diferencia de sentido. Por ejemplo, la versión de la que tomamos la cita (la de Langenheim y Posse) lleva por título "El sendero del campo". Preferimos, sin embargo, "camino" porque permite construcciones como "de camino a…" o "descaminarse". [N. del T.]

embargo son pocas aún las señales que indican el camino". Pero, "El preguntar construye un camino"; y estamos además "De camino al habla". Y no hay que dejar de pensar en que "El camino siempre entraña el peligro de descaminarse".

La estrofa con la que concluye "De la experiencia del pensar" dice:

Marcha y sobrelleva
ausencia y pregunta
siguiéndote por un sendero.

Lo que queremos transmitir es lo siguiente: para Heidegger, en sus "tentativas del pensar" siempre es cuestión del camino, del estar en camino. Esta significatividad del término (¡que es todo lo contrario de un sistema preconcebido, ya que es lo opuesto de todas las ataduras!) debería ser considerada por todo aquel que lea el presente escrito y siga sus caminos. Los caminos de los que aquí se trata no son principalmente los del pensar, sino un trecho, paralelo a éstos, del camino de una vida; siluetas, contornos, indicios.

Sin embargo, el propósito del libro no se agota en lo meramente biográfico; sírvanos como ilustración una antigua leyenda china. Cierta vez, un afamado y anciano pintor se hallaba rodeado de sus discípulos, frente a un cuadro que acababa de terminar. Todos se admiraban de la obra, de ese paisaje con sus árboles y montañas que se perdían a lo lejos. Algunos se dirigieron al maestro para pedirle que comentase tal o cual maravilla, y entonces ocurrió algo extraordinario. El maestro, para indecible sorpresa de todos, puso los pies en el camino que conducía al interior del cuadro; y caminó y caminó, hasta desaparecer finalmente por un recodo del camino. Los discípulos, preocupados, quedaron a la espera, y esperaron hasta entrada la noche. Pero el pintor no regresó: tan completamente se había compenetrado el maestro con su obra.

Esto significa que sólo la obra cuenta. Y es eso lo que decía Heidegger cuando desestimaba la importancia de los hechos privados, porque ocuparse de ellos no era más que distraerse de lo único que contaba. Sin embargo, ¿no hay algo que de este modo queda completamente desatendido? Si recordamos la leyenda, ¿no faltaría el camino que el maestro tomó para ingresar al cuadro y atra-

vesarlo, un camino que sin embargo era parte de ese todo? El camino con sus vueltas, sus paradas, sus peligros, ¿no forma parte de la obra consumada? Si él hubiese tomado otro derrotero, ¿no habría transformado la totalidad en algo diferente?

De lo que aquí se trata es de dar una visión de este camino y de su relación con la totalidad. En ciertos puntos de él, al levantar la vista o al volver hacia atrás, un golpe de luz anuncia algo que posee una relación profunda con el camino emprendido, aunque ella quizá sólo se nos manifieste más adelante. Por esto nos ha parecido que no sólo tenía sentido, sino que en efecto era necesario que este tramo del camino de Heidegger quedase preservado para las generaciones futuras, antes de que se extinguieran los recuerdos personales. Sólo los recuerdos y las experiencias pueden reconstruir el nexo vivo entre las cartas y las anotaciones; sin ellos, éstas quedarán reducidas a una seca existencia de archivo. Si ocasionalmente se rozan asuntos privados, es con el fin de dejar ver ciertos encadenamientos que trascienden esa esfera.

Muchas cosas les parecerán cercanas a aquellos que conocieron a Heidegger, les harán evocar experiencias similares o hechos emparentados, mientras que a las generaciones más jóvenes les resultarán nuevas, desconocidas y aun extrañas. Para esta juventud, que ya no está familiarizada con la presencia y el efecto que provocó un hombre del que se ha dicho a su muerte que fue "el mayor pensador del siglo", para esta juventud que a menudo no recibe sino una imagen distorsionada de él, hemos escrito las páginas que siguen.

No hay en ellas nada sensacional. Algún material detonante, quizás, e impulsos, según esperamos. El paisaje intelectual a través del que nos conducen se extiende por medio siglo, ¡pero qué medio siglo! Caminando a lo largo de semejante paisaje, es natural que haya paradas aquí y allá, que se mire en derredor y se busque descubrir sentidos, que haya obstáculos en el camino, y aun que el que camina detrás pierda de vista al que va delante. Marchando a la zaga, sin embargo, siempre hemos reencontrado al que iba delante, y al hacerlo hemos avanzado un tramo en terreno antes intransitable; de esto queremos, agradecidos, dar testimonio con este libro. Según dice Hofmannsthal en su obra *Los caminos y los encuentros*, no es posible imaginar una figura más extraordinaria y enigmática que la

que forman las líneas aparentemente caprichosas de una vida humana. ¿Dibujan estas líneas un caminar, un marchar, un buscar en vano? "A veces dejan una huella que brilla por mucho tiempo… que fulgura y no se desvanece."

Lo que Martin Heidegger supo al final de su largo camino (¿lo supo también acerca de sí mismo?) se encuentra en un pequeño poema que tituló "Cézanne":

Señal, casi imperceptible ya, del sendero
que indica un mismo sitio
al poetizar y al pensar.
lo meditativamente sereno,
lo insistentemente quieto
la figura del viejo jardinero Vallier
que cultivaba lo poco llamativo
junto al *chemin des Lauves*.

I
Primeros encuentros

EL DISCURSO DE LA METAFÍSICA (1929)

"Por naturaleza, oh amigo, hay algo de filósofo en el hombre." Esta sentencia del diálogo *Fedro* de Platón, leída en la clase de griego en el antiguo liceo humanístico de Bremen y oída nuevamente en el curso de introducción a la filosofía destinado a dar a los estudiantes de la promoción de 1928 un anticipo del sabor de los estudios universitarios, me había quedado grabada. En efecto, frente al ancho campo de la filosofía, cultivado hasta el desconcierto, la sentencia del gran filósofo servía casi de consuelo, pues remitía al interrogador en primer lugar a sí mismo, a su saber interrogar, que no necesita subordinarse precipitadamente a una opinión ajena, por mucho que ésta se revista de autoridad.

Por cierto, nunca había sido mi propósito estudiar filosofía, y menos volverme un filósofo profesional. El pensamiento abstracto –invirtiendo una formulación de Nietzsche– era para mí más un esfuerzo que una fiesta. Cuanto más se aproximaba el fin de mis estudios escolares, tanto más se fortalecía en mí el deseo de dedicarme al estudio de la historia, sin tener aún entera claridad sobre mis metas. Con vistas a una futura carrera académica en mi ciudad hanseática natal, se imponía en esas circunstancias que me inclinase a la voluntad paterna, que me destinaba en primer lugar al estudio de las leyes. Gracias a los excelentes catedráticos con que contaban sus diversas facultades, Friburgo, universidad elegida por casi la mitad de mis compañeros del liceo de Bremen, ofrecía como lugar

de estudio la posibilidad de acceder también a otras ciencias, más atractivas para mí que la jurisprudencia.

Por entonces, Gerhard Ritter atraía a sus lecciones de historia a un número cada vez mayor de oyentes; no menos solicitada era la cátedra del célebre fenomenólogo Edmund Husserl. Pero fracasé en mi intento de seguir sus disquisiciones: sus esfuerzos me parecían un juego de abalorios. Cuando en mis primeras vacaciones, algo decepcionado, le comenté esto a mi antiguo profesor de alemán, que había dictado aquel curso de introducción a la filosofía, me respondió que se encontraba ahora en Friburgo una nueva estrella surgida en el cielo de la filosofía, a saber, Martin Heidegger, quien había llegado allí proveniente de Marburgo, y me recomendó que fuese a escucharlo.

Era la época en la que, como Hannah Arendt escribiría más tarde, el nombre de Heidegger volaba por Alemania como el rumor acerca de un rey ignorado. Mucho antes de su designación –tenía menos de 40 años–, como sucesor de su maestro Husserl, en su cátedra se congregaban estudiantes y oyentes provenientes de distintos países, de todos los ámbitos de la vida en un mundo sacudido por la Gran Guerra, desde mucho más allá de los límites de Alemania o de Europa, algunos incluso del Lejano Oriente. Con el nombre nuevo, desconocido, el rumor asociaba noticias de máximo rigor en el pensar, pero, a la vez, de una inaudita liberación respecto de todo lo habitual y lo inculcado. Martin Heidegger atraía como un imán a la juventud de aquel tiempo.

Es inolvidable el primer encuentro en el auditorio. En el semestre invernal de 1928-1929, Heidegger dictaba unas lecciones introductorias al estudio académico, en las que interpretaba la alegoría de la caverna de Platón. El aula –se trataba de la misma aula v en la que por la mañana habíamos padecido el código civil– estaba colmada hasta el último rincón cuando Heidegger entró con paso rápido. Con frecuencia se ha descrito la impresión que causaba esta entrada –véanse Bollnow, Biemel, von Weizsäcker–. Todos concuerdan en que ya el aspecto exterior de Heidegger era completamente distinto de lo que se esperaba. Nada en él delataba al erudito. Más bien parecía un hombre de campo o un leñador. Pero al ver sus ojos, resultaba imposible sustraerse al magnetismo de la mirada y entonces no cabía duda: no podía ser otro que Heidegger. “Un

vidente; un pensador que ve" (Gadamer). Luego, volviéndose al manuscrito de la lección, no leía propiamente el texto, sino que al hablar iba recreando lo que leía, y ocasionalmente se apartaba del texto con agregados y ampliaciones. Para el que lo escuchaba atentamente, aun los razonamientos más difíciles se volvían sencillos y comprensibles. Su agudo tono de voz, la calidez de su marcado acento suabo, casi invariable y sin embargo nunca monótono, la extrema concentración a la que obligaba, la intensa entrega al asunto del pensar que se percibía en cada lección, todo esto constituía la singular fascinación de este hombre y su discurso. "Así debía haber impresionado Fichte a sus oyentes. Se hacía ineludible asimismo la comparación con Lutero. Aquí acontecía [*er-eignete sich*] filosofía, en el sentido fuerte que daba Heidegger a esa palabra" (Bollnow).

Esas lecciones producían inquietud y perturbaban el ordenado programa académico. Lo aprendido en el liceo humanístico, la mirada sobre el mundo griego, adquiría de pronto colores nuevos y diferentes, otra dimensión. Pero, sobre todo, por poco que uno se involucrara, aquello de lo que se hablaba en esa "introducción" no se situaba en un lejano pasado, en una cultura perimida, sino en una candente proximidad. ¿"Introducción al estudio académico"? Ciertamente, el novato había esperado otra cosa. Sin embargo, la lección semanal, dictada por la tarde, bajo las tinieblas de la alegoría de la caverna, fue una constante inamovible en medio de la multicolor curiosidad de aquellos primeros tiempos de estudiante, que abarcaba desde la fisiología hasta la novela alemana moderna. En efecto, ¡cuán diferente, cuánto mayor era el interés suscitado por la poética alegoría de Platón que el que podía provocar, por ejemplo, un sistema de la ética tan prolijamente preparado, y sustentado con lugares comunes más o menos tradicionales, como el que ofrecía Jonas Cohn! Ese tal Heidegger no daba respuestas a las muchas preguntas con que acudíamos a la filosofía, o si las daba, lo hacía de manera tal que tras la respuesta surgía de inmediato una nueva pregunta. Preguntaba sin clemencia, taladrando. Y el oyente, incluso si al comienzo se había resistido, finalmente era arrastrado, más aun, arrebatado por este preguntar, obligado a dar el salto hacia lo incierto… o bien se veía apresado en una aporía. Quien se confiaba al camino que Heidegger transitaba con este preguntar ince-

sante, de ningún modo se proveía de unos preceptos que le permitiesen enfrentarse con las ciencias que había de estudiar. Por el contrario, esta "introducción", de un modo cada vez más angustiante, conducía más allá del círculo cerrado de las ciencias. ¿Adónde? Retrospectivamente, parecería que sobre el aula en que los oyentes escuchaban conteniendo el aliento, la alegoría de la caverna se cernía como un enigma; y la solución finalmente alcanzada tampoco los liberaba, como si no se hubiera salido a la luz plena, sino tan sólo a detenerse bajo un cielo encapotado. Sólo aquel hombre pequeño, oscuro, que, parado frente a su pupitre, concentraba sobre sí toda la atención, parecía tener en sus manos la luz y la llave.

El recuerdo del semestre invernal de 1928 es impreciso. Demasiados caminos se abrían en aquel tiempo, y ninguno parecía el correcto. Para el semestre de verano se anunciaban unas lecciones sobre la filosofía del idealismo alemán, que pese a la preparación recibida en el liceo no creí estar en condiciones de seguir, porque era precisamente Heidegger quien las tenía a su cargo. ¡Ojalá hubiese asistido! Pero era tan fácil eludirlas, dada la abundancia de tentaciones de todo tipo… Los meses de luz, la alegría de los viñedos, trajeron, especialmente a través del círculo de la Sociedad Académico-Literaria (a la que había sido introducido por Ernst Zinn), tantos contactos con ilustres personas de aquella época que a menudo el estudio quedaba un tanto relegado. El psicólogo Ludwig Klages, el filósofo Nikolái Berdiaiev, el estudioso de la religión judía Martin Buber, el teólogo católico Erich Przywara, el constructor y urbanista Ernst May, el escritor Alfred Neumann, el maestro de la Bauhaus Moholy-Nagy. ¡Cuántos mundos diferentes! Pero no por ello Heidegger fue olvidado; a veces sentía cargos de conciencia por haber desistido de algo importante. Porque los compañeros traían noticias de aquellas grandes lecciones; yo mismo asistí alguna vez, pero ya no pude seguir el hilo. Por lo demás, parecía que incluso allí donde no intervenía activamente, Heidegger dominaba el orbe intelectual de la universidad, tanto por el rechazo como por la aceptación que generaba. Mientras unos se entusiasmaban con él, otros se defendían y se mofaban de las monstruosas palabras con que forjaba su lenguaje, tergiversándolas jocosamente o desprestigiándolas con malicia; o de su indumentaria, que no parecía la adecuada para un respetable catedrático:

vestía pantalón a media pierna, con una cazadora corta cuyas solapas levantadas recordaban la vestimenta tradicional de los labradores de Hesse; también Stefan George vestía así.

Pero pronto las burlas cesaron. Llegó el día en que pude percibir la verdadera importancia de ese hombre, del maestro que, mucho más allá de lo "profesional", determinó toda mi vida, como la de muchos otros que lo siguieron sin ser filósofos de profesión.

Fue el 24 de julio de 1929. Por la tarde, en medio de las pompas solemnes, los cetros dorados, las togas de seda que en la vieja universidad daban brillo y dignidad a esta clase de acontecimientos, Heidegger pronunció su lección inaugural sobre el tema "¿Qué es la metafísica?" El discurso tuvo sobre mí un efecto inesperado, asombroso. Fue como si un rayo descomunal partiera aquel cielo encapotado que se cernía sobre la alegoría de la caverna; con una claridad casi dolorosa, las cosas del mundo se ofrecían abiertas. No era un camino llano, libre de peligros, bien mensurado y de meta cierta lo que allí se ofrecía, sino un camino lleno de amenazas hasta sus últimas consecuencias, aunque esto fuese incómodo y contradijese todo lo hasta entonces acostumbrado. No se trataba meramente de una materia erudita, sino de un asunto pensado, de cuya exigencia no había cómo escapar. ¡No se trataba de un "sistema", sino de la existencia! Las anteojeras caían de los ojos, se desvanecían verdades inculcadas o asumidas con ligereza. Y la cuarta pregunta de Kant, "¿Qué es el hombre?", se volvía ahora tanto más urgente.

Cuando salí del aula magna me encontré sin palabras. Tuve la sensación de haber percibido por un instante el fundamento del mundo. En lo más hondo de mí, algo dormido durante largo tiempo había sido tocado. Lo despertó Heidegger con su pregunta: "¿Por qué hay ser y no más bien nada?"

Mi último semestre en Friburgo estuvo enteramente signado por el seminario "Cuestiones fundamentales de la metafísica (Mundo, Finitud, Aislamiento)".* El lugar y la hora se han gra-

* Traduzco el título tal como lo escribe Petzet: "Grundfragen der Metaphysik: Welt, Endlichkeit, Vereinzelung"; en la *Gesamtausgabe* figura como "Die Grundbegriffe der Metaphysik. Welt – Endlichkeit – Einsamkeit", es decir, "Los conceptos fundamentales de la metafísica. Mundo – Finitud – Soledad". Petzet comenta esta divergencia más adelante, en la página 275 de este volumen. [N. del T.]

bado en mi memoria: cuatro días por semana, de cinco a seis de la tarde, en el auditorio 1, el más grande de la universidad. No hubo, sin embargo, un contacto personal. Tampoco lo busqué. Me sentía demasiado cohibido por ese hombre y por el fuego que ardía en él. Cuando en la década de 1950 Georg Schmidt, director del museo de Basilea, me relató la ocasión de su visita a Picasso, durante la cual apenas si había podido dirigirse al pintor por temor de que cualquier palabra banal pudiese costarle a ese hombre, abrasado por el afán del trabajo, una pincelada genial, pensé inmediatamente en mi encuentro con Heidegger. Ya el breve trámite, usual por aquel entonces, de hacerse firmar la libreta de estudios al comienzo y al final de las lecciones, era casi una prueba de coraje, porque Heidegger estudiaba minuciosamente a todo aquel que se acercaba a su pupitre, aunque, excepto en raras excepciones, sin emitir palabra. En el auditorio imperaba una tensión intelectual hoy difícil de imaginar.

Durante aquel invierno, las conversaciones se alimentaban especialmente de los relatos traídos por quienes habían participado de los cursos universitarios de Davos, donde Heidegger disputaba con el filósofo Ernst Cassirer. Relatos que nos transportaban a la época de las grandes *disputationes* medievales, que habían enfrentado a los contrincantes más ilustres de entonces. Nuevamente una rica tradición, guardiana de bienes consagrados, se hallaba expuesta a un ataque radical. Una frase de Heidegger agitaba especialmente los espíritus, que habían andado adormilados por cómodos caminos del pensar. Decía que en cierto modo la tarea de la filosofía era, a partir de "un aspecto perezoso del hombre, que sólo utiliza las obras del espíritu, arrojar al hombre de regreso a la dureza de su destino". Ante tales dichos, ¿quién no aguzaría el oído? Que esta frase, que quizá podría haber llegado cincuenta años antes desde Sils Maria, haya dado tema a los más encendidos diálogos en las aulas de Friburgo, e incluso a más de una conversación nocturna en las cabañas de esquí, no debe sorprendernos. En la arriesgada empresa de la meditación no se trataba de posiciones teóricas, sino de las raíces de la propia existencia [*Dasein*]. El lema de la primera sesión del seminario de ese semestre fue la sentencia de Novalis: "Propiamente, la filosofía es nostalgia –el impulso de estar en casa en

todas partes–". Me resultó difícil despedirme de Friburgo. Siempre he sentido nostalgia del lugar donde por primera vez se había ofrecido a mi vista el acontecimiento del pensar.

VISITA A BREMEN

Durante las vacaciones de Pascuas de 1930 volví a visitar a mi antiguo profesor de alemán, Jordan, para hablarle de Heidegger. Al cabo de un rato coincidimos en que había que intentar convencer al autor de *Ser y tiempo* de que dictara una conferencia en Bremen, aunque, según se decía, no era muy accesible en este sentido, y que en el mejor de los casos estaba dispuesto a disertar en ciudades que tuvieran universidad. ¿Se mostraría más abierto si la invitación le era transmitida personalmente? Me ofrecí para esa tarea; la perspectiva de cambiar por unos días la desconocida Bonn por mi amada Friburgo contribuyó mucho a hacer de mí un vehemente defensor de ese proyecto, que se concretó en junio. Una vez más ocupé mi lugar en el viejo auditorio. Cuando finalizó una sesión del seminario, con el corazón palpitante, me dirigí a Heidegger para preguntarle si estaría dispuesto a pronunciar una conferencia en Bremen durante el otoño. Lo pensó unos instantes y respondió: "¿Por qué no?, allí está Knittermeyer, que dirige la Sociedad Filosófica; es conocido mío. Que me escriban, nomás".

Lleno de alegría comuniqué mi éxito a Bremen, donde la gestión siguió su curso. Jordan se alegraba de poder comenzar su programa invernal con semejante presencia, y mi madre ofreció nuestra casa para alojar al huésped, como lo hacía siempre que era menester hospedar a un orador en ocasión de algún suceso importante (por ejemplo, durante las "semanas de la universidad de Gotinga" que se realizaban anualmente). El libro de visitas de pesadas tapas de cuero de estilo *Jugendstil* conserva sus nombres, entre otros los del arqueólogo Theodor Wiegand, el historiador Karl Brandi, el astrónomo Hans Kienle, así como los de Fritz Kern y Fritz Strich, estudiosos de la literatura, y los de los teóricos del derecho público e internacional Erich Kaufmann y Carl Schmitt, por mencionar sólo unos

pocos. A ellos se sumó, con fecha del 6 al 9 de octubre de 1930, el de Martin Heidegger.

Las cartas intercambiadas con anterioridad a su arribo dejaron en claro su especial deseo de que los anfitriones organizasen todo con la mayor sencillez; él no llegaría acompañado por su esposa, que debía quedarse en casa con los niños. Mi alegría anticipada por la visita se veía algo mitigada conforme ésta se aproximaba, y había advertido a mis padres que no sería fácil mostrar al filósofo cosas que verdaderamente le interesasen, ya que la esfera en que vivía era completamente diferente de la de Bremen. Ningún gigante del espíritu había dejado sus huellas en nuestra ciudad, y no se le podía hablar de nuestros barcos y astilleros, de comercio y tráfico, lo que sonaba incómodo para un director de la Lloyd. "¿Y qué hago entonces con él?", preguntaba mi padre bastante alarmado. ¡No iba a desempolvar los recuerdos de sus estudios filosóficos en la universidad de Munich! Sugerí que se le mostrase nuestra vieja catedral, el ayuntamiento con su tesoro de orfebrería, la galería de arte, y, muy especialmente, Worpswede.

En la tarde del 6 de octubre me enviaron a la estación central a recibir al huésped, pero me desencontré con él; lo mismo se repitió veinte años más tarde, lo que provocó una risueña acotación de Heidegger: "¡Ya se sabe: la tradición bremense!". Volví a casa bastante molesto y me dijeron que Heidegger había llegado hacía rato y que fuese inmediatamente a saludarlo. Cuando me encontré frente a él en nuestra habitación de huéspedes, con sus amplias ventanas que daban a los jardines otoñales, clavó en mí su mirada y dijo: "¡De usted se trataba entonces! ¿No era usted el que en el último semestre de invierno ocupaba siempre el asiento del pasillo de la tercera fila de la izquierda?". Me había reconocido de inmediato, aunque se decía que en sus clases no veía a nadie.

Como ya había ocurrido muchas veces, la hora del té en la mesa redonda junto a la chimenea, en la gran sala de nuestra bella casa decorada por los arquitectos del *Jugendstil* Bruno Paul y Richard Riemeschmid, fue una pequeña fiesta. Con su gracia fina y contenida, mi madre oficiaba de anfitriona. Pronto se disipó la timidez inicial. Se hablaba de la Selva Negra, que mis padres tanto amaban, y Heidegger, de buen humor, contó que un día de invierno se había

"dado un festín de nieve en polvo" alrededor de su cabaña de esquí. Pronto se hizo patente cuán descaminados andaban mis temores y mis preparativos; le preguntaron qué deseaba ver al día siguiente: "Mi hijo decía…" —"Pues la verdad, señor Petzet, es que me gustaría ver el puerto, los barcos, saber algo de la vida de la ciudad y de sus contactos de ultramar…". Es posible imaginar cómo me reprendió mi padre luego: "¡Qué burro, mira las cosas que decías! ¡Si con este hombre se puede hablar de todo lo importante!"

En mi diario escribí acerca de aquella noche: "Filarmonía. El viejo Pembaur toca el concierto para piano en si bemol menor de Chopin. Después Bruckner. Demasiado largo". Pero el huésped, que era el blanco de muchas miradas –pues también para estas ocasiones vestía el atuendo descrito–, seguía con buena cara la virtuosa ejecución, que no debe de haber sido muy de su agrado. En cambio, le gustó más otro concierto en Bremen, muchos años más tarde: en honor de Heidegger, en casa de los Helmken, el director de música de la catedral –Hans Heintze– ejecutó con su grupo de cámara la *Ofrenda musical* de Johann Sebastian Bach. Heidegger y la música: un tema que nos llevaría a una región cercana al corazón de este hombre, aunque conocida por pocos. Así, C. F. von Weizsäcker observó que la música apenas si ocupa un lugar en los discursos del filósofo sobre el arte. Pero sería erróneo deducir de allí que ella le fuera ajena. Al contrario. Su preferido era Mozart. El más bello testimonio de esto lo dio al comenzar una lección que coincidía con el bicentenario del nacimiento del compositor; citó allí un dístico de Angelus Silesius:

> Un corazón que se encalma hasta el fondo para Dios como
> Él quiere,
> es tocado por Él con gusto: es su tañido de laúd.

Y agregó: "El tañido de laúd de Dios: eso es Mozart".

La tarde siguiente, tras la visita a la ciudad y a los puertos hicimos una excursión a Worpswede, que por entonces aún no había sido invadida por el turismo y conservaba en gran parte su carácter pueblerino y el recuerdo de los fundadores de la colonia de pintores. Philine Vogeler, la cuñada de Heinrich Vogeler, quien había emi-

grado a Rusia, nos recibió en su bella galería construida por Bernhard Hoetger y nos mostró cuadros de Paula Becker-Modersohn de los tiempos de Worpswede, pero también algunas de sus últimas obras, realizadas en París, con las que la pintora alcanzó las cimas del arte europeo. Heidegger, que nunca había visto los originales de esta artista, salió profundamente impresionado. Se llevó una reproducción de la *Elsbeth* con el ramo de campanillas como regalo para su esposa, ligada a Worpswede por recuerdos de infancia. Luego visitamos la tumba de la pintora en el cementerio situado en una lomada; permanecimos largo tiempo allí parados. Cuando diecinueve años más tarde nos encontramos nuevamente sobre esa elevación, bajo una suave nevada, Heidegger dijo: "Usted no se imagina, Petzet, cuántas veces en mis pensamientos estoy junto a esta tumba". El destino y el arte de la pintora lo afectaban íntimamente.

Antes de retornar a la ciudad, dimos un rodeo; pasamos por sobre la chata cima del Weyerberg, con el panorama de la amplia llanura bajo el crepúsculo del atardecer y las torres de Bremen empinándose en el horizonte: una gran estampa del paisaje de la Baja Alemania. Pero no pudimos quedarnos mucho tiempo; el sol se ponía, y en casa nos esperaban invitados. Durante la estadía de Heidegger, los Petzet invitaron a comer a su casa a varios amigos de mis padres, cuyo carácter y conversación dieron al filósofo la oportunidad de formarse una imagen de la espiritualidad específicamente bremense, que sobrevivía en muchos hogares de la ciudad hanseática desde los tiempos de la legendaria "nube dorada" [*die goldene Wolke*].* Una Bremen artística, que en una época de orientación sumamente materialista había sido capaz de crear, contra la corriente del puro afán de lucro, una atmósfera que permitía que surgieran y produjeran su efecto grandes ideas e importantes obras de arte. Algunos habían logrado preservar este espíritu a lo largo de la Guerra Mundial: Herrmann Apelt, el concejal de navegación, que desde sus años de juventud supo mantener el aura de la república de Weimar, junto con su esposa Julie, llena de cálida simpatía espiritual; la gran viajera y conocedora del mundo Meta Sattler, traductora de literatura italiana, que antaño,

* Se trata del nombre de un círculo de lectores de la ciudad Bremen, tomado de la obra de Goethe *Torquato Tasso*. [N. del T.]

en Florencia, había trabado amistad con el ensayista Karl Hillebrand y el escultor Adolf von Hildebrand. Y no menos importante el alcalde Theodor Spitta, un estadista formado enteramente en el espíritu del clasicismo alemán cuya libertad encarnaba dignamente, y que no sólo había redactado la Constitución de Bremen en 1919, sino que fue más tarde uno de los padres fundadores de la República Federal Alemana. La conversación con todos ellos era animada y nunca caía en lo insustancial. Heidegger no esperaba encontrarse con algo semejante en la ciudad mercantil de Bremen. El hecho de que ésta llegase a ser "la única gran ciudad que significa algo para Heidegger" debió mucho a estos encuentros, de los cuales especialmente el contacto con Spitta perduró durante muchos años.

Muy diferente de la mesa de aquel mediodía del 7 de octubre fue la reunión vespertina a nuestro regreso de Worpswede. Además de los representantes de la Sociedad Filosófica –los doctores Knittermeyer y Jordan–, se reunió en torno de la chimenea un grupo de jóvenes, entre ellos las estudiantes bremenses que se enorgullecían de haber aprendido de Heidegger no sólo los rudimentos de la filosofía, sino también los del esquí, ya que desde los días marburgueses en que Heidegger invitó a un grupo de jóvenes teólogos del círculo de Bultmann a pasar las vacaciones navideñas en su cabaña, se consideraba un honor especial ser invitado a Todtnauberg para practicar deportes invernales. En esa velada, el círculo de Bultmann estaba representado por el hijo del alcalde Spitta, que por entonces ya oficiaba como pastor. Mi diario describe el tema de la velada con estas lacónicas palabras: "Embrollo de teólogos". Evidentemente, quien escribía ese diario había entendido poco de las discusiones, que fueron, según recuerdo, apasionadas. Se hizo tarde, y cuando los invitados se retiraron el viejo reloj de Westminster daba las doce.

Al día siguiente, como era su costumbre, Heidegger se aisló en la biblioteca para concentrarse y prepararse, y sólo reapareció a la hora del almuerzo; por la noche pronunció su conferencia. El aula magna del liceo comercial, una de las salas de conferencias más grandes de Bremen, estaba repleta. La edición matutina del *Bremer Nachrichten* publicó una fotografía del filósofo, por entonces una rareza, que yo había conseguido en Friburgo. Esto me valió la comisión de reseñar la conferencia para ese diario; se trataba de mi primer

trabajo periodístico, y si bien aceptarlo fue una temeridad, me desempeñé medianamente bien y no tuve que avergonzarme de lo hecho.

Llevaba por título "De la esencia de la verdad".

Aunque entonces casi nadie fue capaz de advertirlo, esta conferencia, que Heidegger dictó luego en varias otras ciudades, pero que, con algunos cambios y agregados, sólo publicó en 1943, representaba un paso decisivo más allá de *Ser y tiempo*. En cambio, lo que sin duda era manifiesto para cualquier oyente atento es que allí se consumaba un acontecimiento del pensar en su máximo nivel. Y aunque buena parte de esa indagación en la que la pregunta por la esencia de la verdad se revertía a la pregunta por la verdad de la esencia, y de este modo desembocaba nuevamente en la pregunta por el ser resultara incomprensible, algo quedó fijado en la memoria: la noción griega de la verdad como des-ocultamiento, *a-letheia*, "robo de lo oculto". La última frase de la conferencia, que no se registra en las versiones publicadas posteriormente, era un llamado de atención: "¡No se trata de doblar, sino de romper!"

Más tarde, ya en casa del gran comerciante Kellner, un nutrido número de invitados se reunió en torno del filósofo, quien se encontró con una recepción muy diferente de las que había conocido en los círculos académicos. Cuando, después de unos primeros y tímidos intentos, la conversación amenazaba con perderse en banalizaciones psicologizantes alrededor de la cuestión de si un ser humano podía ponerse en el lugar de otro, Heidegger se dirigió de improviso al dueño de casa: "A propósito, señor Kellner, ¿me facilitaría por favor las *Parábolas* de Zhuang Zi? Quisiera leerles algo de allí". Ante el incómodo silencio de los presentes, Heidegger debe haber advertido que para las costumbres bremenses pedir al dueño de casa un libro completamente desconocido podía ser considerado una indiscreción. Pero el señor Kellner no vaciló: se limitó a disculparse porque debía subir a la biblioteca, y al cabo de unos minutos regresó con la nueva edición de las *Parábolas* hecha por Buber. Ante el alivio y la admiración de todos los presentes, Heidegger comenzó a leer la leyenda de la alegría de los peces, y de la alegría que siente el que está sobre el puente que cruza el arroyo mientras contempla el juego de las mojarritas en el agua. La leyenda, con su sentido profundo, cautivó a todos los presentes.

La interpretación que Heidegger hizo de ella lo mostró mucho más cercano de lo que había parecido con su difícil conferencia, incomprensible en aquel entonces para la mayoría.

Nuevamente la reunión se prolongó hasta pasada la medianoche, pues muchos cobraban coraje para hacerle una pregunta a ese hombre que resultó mucho más humano y accesible de lo que se suponía, y de quien recibían serena respuesta, de acuerdo con el carácter que siempre distinguió a Heidegger en tales ocasiones. De vuelta a casa, mis padres le pidieron que postergara su partida por un día –tenía previsto hacerlo a la mañana siguiente–, a lo que accedió, seguramente de buen grado. Así, hubo todavía un epílogo.

Durante un desayuno al que fuimos invitados por Hilde Roselius, la hija del comerciante de café y fundador de la calle Böttcher de Bremen, y después de una visita a la galería de arte de esa calle y a la casa de Paula Becker-Modersohn, mientras saboreábamos el salmón del Weser acompañado de chablis, ella le preguntó a Heidegger por qué le gustaba tanto Bremen. Porque, dijo, cualquiera podía ver que disfrutaba de su estancia. Sonriendo pícaramente, Heidegger le endosó la pregunta al tercer comensal: "A ver, Petzet, usted que es lugareño me parece más indicado que yo para contestar esa pregunta". Un tanto confundido, respondí que quizá la razón residía en que no había universidad. Heidegger rió y dijo que algo de cierto había en eso: "Ahí está, mi querida señorita Roselius: en Bremen no me hacen estúpidas preguntas de filósofos especializados, que no llevan a nada. Con su sobriedad, ustedes, los bremenses, sólo se interesan por lo concreto, aun cuando se trate de las cosas más simples. Y eso me cae bien".

La anfitriona le replicó que eso honraba a los bremenses. Dos décadas más tarde Heidegger lamentó no volver a encontrar a esa mujer inteligente y abierta a la vida.

"¿QUIÉN ES, PUES, ESE HEIDEGGER?"

Como muestra visible de agradecimiento por los días de hospitalidad bremense que ninguna discordia había turbado, Heidegger envió a mis padres un ejemplar de *Ser y tiempo*, incluyendo en su dedica-

toria también al hijo: "A la casa Petzet, en recuerdo de los días de octubre en Bremen / 6 al 9 de octubre, 1930". Por su parte, en su despedida Elsa Petzet le había obsequiado uno de los bellos libros de la editorial Bremer Presse perteneciente a su hermano Willy Wiegand: *El alemán en el paisaje*, al cuidado de Rudolf Borchardt. Sólo leí las palabras de homenaje que ella escribió –una cita de Goethe– cuando, al morir su marido, la señora Heidegger me entregó ese libro como recuerdo. Entre mi madre y el filósofo rápidamente se estableció una confianza silenciosa y profunda; acaso él percibía la soledad interior de esa mujer que entonces ya presentía su grave enfermedad. Posteriormente, Heidegger la recordaría a menudo. En una carta de felicitación por el año nuevo fechada en enero de 1931, expresó que los días pasados en Bremen habían hecho del año anterior un año digno de reflexión; que ese hombre, enteramente ajeno a las frases hechas, utilizase la palabra "digno de reflexión" [*denkwürdig*], es sin duda significativo. Décadas más tarde, cuando lo visitaba en el Rötebuck y había vino en la mesa, en el momento de brindar con las antiguas copas bremenses (un regalo de cumpleaños) solía acordarse de mis padres.

Hay otra razón por la que la carta de aquel año nuevo merece ser mencionada. En Berlín, donde desde el semestre invernal de 1930 proseguía mis estudios de derecho, en el círculo de mis compañeros de estudio se había hablado con cierta frecuencia de Heidegger, en especial desde que éste rechazara el ofrecimiento de una cátedra en la universidad berlinesa. Por doquier se repetía una frase de Max Dessoir: "¿Quién es, pues, ese Heidegger, que tanto inquieta al mundo?". Su "no" había caído muy mal en la capital del Reich, que se creía el ombligo del mundo no sólo en asuntos de arte, sino en todo lo referente al espíritu; los círculos capitalinos con inquietudes culturales, que se empeñaban en atraer a todos los hombres famosos, no podían comprender ese rechazo. Se consideraba que toda persona debía querer escapar de la despreciada "provincia", prejuicio que condujo a numerosos malentendidos. Más tarde, el pretendido provincianismo de Heidegger, al que se adjudicaba la causa de aquel rechazo, le fue enrostrado de manera generalizada y con virulencia mucho mayor. Por otro lado, el hecho de que alrededor de 1930, mediante sus publicaciones y su tarea docente, consiguiese

atraer a su órbita a un número siempre creciente de jóvenes, y que muchos prefiriesen como sede de estudios Friburgo a Berlín, resultaba asombroso, e incluso provocaba las suspicacias de más de uno. "¿Quién es, pues, ese Heidegger?"… La pregunta no surgía de la nada.

También se discutía animadamente sobre el asunto en el círculo de elevado vuelo intelectual formado por catedráticos y docentes en el que me introdujo Erich Kaufmann, el especialista en derecho público e internacional cuyas lecciones yo había seguido en Bonn. Este círculo (al que pertenecían entre otros el teólogo Erich Seeberg y el historiador Gerhard Masur), que solía reunirse para sus conferencias y discusiones en una vieja y elegante casa berlinesa en el pasaje Blumeshof, no tardó en enterarse de mi vínculo personal con Heidegger. Así, pues, al cabo de un tiempo se encomendó a este joven estudiante (a la sazón contaba 22 años) la tarea de presentar ante aquel auditorio una informe introductorio sobre el pensamiento de Heidegger. Fue en vano que me resistiera; Kaufmann me arrancó un sí.

Durante el receso navideño, que pasé en Bremen, caí enfermo, y quise aprovechar la ocasión para eludir el compromiso asumido. No conté con el apoyo de mi madre: ella, que había estudiado profundamente *Ser y tiempo* y también había leído el reciente libro sobre Kant, apeló a mi orgullo. Le escribió a Heidegger solicitándole que me recibiese para ayudarme a preparar mi presentación, a lo que éste respondió que gustosamente respondería todas mis dudas, y que no me mortificase demasiado preparándolas: cuanto más simples fuesen mis preguntas, tanto más fácil le resultaría responder a ellas, siempre que tuviese las respuestas.

Alentado por esta misiva, a comienzos de la segunda mitad del semestre viajé a Friburgo. Nunca había estado en la casa del filósofo, sobre el camino del Rötebuck. Me detuve ante los escalones de la entrada para leer la inscripción que se veía sobre la puerta, y que no hubiera esperado encontrar allí: "Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; Porque de él mana la vida" (Proverbios 4, 23). Heidegger recibió al visitante en su estudio, al que entré entonces por primera vez. Me hizo tomar asiento en el pesado sillón de cuero, donde luego me sentaría tantas veces, al igual que innumerables otros visitantes; me sometió a un breve interrogatorio acerca del círculo berlinés

ante el que debía disertar, y sin que yo lo advirtiera me fue conduciendo a los problemas que me agobiaban. Toda la carga de cuestiones previas y colaterales que traía a cuestas se disolvió como una insignificante nadería. De la sencilla marcha del pensamiento que Heidegger transitó conmigo fue surgiendo algo así como un hilo conductor al que podría aferrarme. Mucho de lo que por primera vez pude entrever entonces de su mundo bastaba para dejarme sin aliento; pero había que ceñirse rigurosamente al tema. Si bien ya no recuerdo exactamente de qué hablamos, sé que al cabo de esa hora y media me sentía como habiendo pasado por un baño purificador, lavado por un rigor y una claridad que no podían ser soportados sino juntando todas las fuerzas. Fue el diálogo filosófico más extenso que Heidegger haya tenido conmigo. La cabeza me daba vueltas.

Por la mañana siguiente, antes de seguir viaje a Berlín, tuve oportunidad de asistir como oyente al seminario mayor; fue la única vez que yo, que no era filósofo, accedí a ese ámbito. Heidegger quería que antes de redactar mi informe me llevase una impresión viva del trabajo que se hacía junto a él. Si bien no me fue posible orientarme, siquiera aproximadamente, en medio de discusiones que ya llevaban dos meses girando en torno de un pensamiento específico, esas dos horas de seminario me causaron una profunda impresión. Entre otras cosas, llamó especialmente mi atención un "truco" pedagógico que no he vuelto a presenciar con otro docente universitario, en particular a lo largo de mis años posteriores como doctorando y como asistente. Luego de la lectura del protocolo de la sesión anterior, el encargado de confeccionar el protocolo de ese día no fue designado. De inmediato se retomó la discusión del texto que se estaba tratando, y se siguió así hasta que, al cabo de una hora larga, Heidegger dijo al pasar: "Hoy el protocolo le toca a la señorita Schmidt". Había logrado así que todos los participantes (eran más de treinta) siguiesen todas las preguntas, repreguntas y objeciones con máxima atención, de modo que cualquiera de ellos estuviese en condiciones de tomar a su cargo el protocolo de la sesión.

Llegado a Berlín, puse manos a la obra de inmediato. No ha quedado nada de aquello, de la montaña de cuartillas escritas con letra apretada que fue el resultado final de muchos días y noches de trabajo. Una labor de Sísifo, según me parece en el recuerdo, pero que,

sin duda, no resultó del todo carente de sentido como aporte a mi estudio y clarificación personal. Como quiera que fuese, este informe sobre Heidegger, cuyo título he olvidado, indudablemente, y gracias a la "instrucción" recibida en Friburgo, podía aclarar eficazmente algunos de los más graves malentendidos acerca del "nihilista de la Selva Negra". Lo leí una tarde de marzo y fui escuchado con benevolencia por el grupo de los "Siete Sabios"; pero el entusiasmo con el que defendí la causa, que era la de mi propia convicción, me valió de poco, y el resultado final fue poco menos que una derrota. Porque en ese círculo, cuyo origen intelectual era completamente diferente de aquel del que había surgido el pensamiento de Heidegger, éste fue pasado, por decir así, por la guillotina. En efecto, lo que yo trataba de exponer tenía poca relación con los ideales del humanismo y con los valores tradicionales de la religión. El acceso a la pregunta por el ser, y el impulso que en ella se originaba, permaneció clausurado; rápidamente se llegó a la conclusión de que "Ser" equivalía a "Dios", con lo que el camino a Heidegger quedó obstruido. Aquella noche creí haber perdido una batalla. ¿De qué me servía que al final todos me colmasen de amables palabras de agradecimiento, asegurándome que ahora por fin sabían qué pensar del filósofo?

Sólo uno de aquellos señores me alcanzó a la salida, en la calle cubierta de nieve, en la oscuridad de la noche, mantuvo conmigo un largo y comprensivo diálogo y restableció mi ánimo con un verso de George. Era un joven catedrático de historia, Walter Elze, el sucesor de Delbrück; pocos años más tarde sería mi director en el doctorado. Nunca dejé de agradecerle el apoyo moral que me prestó en aquella oportunidad.

El relato que me sentí obligado a enviar a Friburgo debe haber sido más bien amargo. La respuesta que recibí poco tiempo después era característica. Heidegger escribía que lo más importante era no dejarse impresionar por el aire de importancia de esos grandes señores de Berlín. Y que menos aun debía perder el ánimo. Lo principal para mí en ese momento, decía, era trabajar y crecer tranquilamente hacia la profundidad de las cosas. "Es ya algo muy esencial que conserve y cultive usted la reverencia ante las cosas, para no caer en el peligro de hablar-por-encima. Yo nunca me hice un cuadro muy lisonjero de mi 'repercusión': ése es el destino de la filosofía." Si ahora los señores

del círculo berlinés se quedaban tranquilos con la conciencia de haberlo "despachado" para poder ocuparse de la siguiente moda del día, estaba muy bien. "Nosotros no debemos prestar atención a eso."

¿Una frase orgullosa, arrogante? Así podría creerse. Pero interpretarla así sería un malentendido, del que, sin embargo, el que la escribió no estaría enteramente exento de culpa; mucho de lo que resultaba incomprensible en sus dichos se interpretó como arrogancia (¡su incapacidad para las bellas frases!). Esa oración debe ser leída en el contexto de toda la carta, y sólo así se revela qué significa efectivamente. No se trata de desprecio o subestimación de los demás "colegas" (aunque no cabe duda de que esos "grandes señores berlineses" no habrían sido de su agrado), ni, mucho menos, de una negativa a entender el punto de vista ajeno. Lo que Heidegger quería comunicarle con toda claridad al joven principiante era que no debía dejarse confundir por pretendidas autoridades, que creían tener un acceso privilegiado a la verdad única y se ufanaban de poseer siempre los mejores argumentos. Que no debía permitir que entorpeciesen su camino las frases importantes, tras las cuales se ocultaba desde el comienzo una negativa a entender, lo que en el fondo era un modo de denegar el querer-escuchar, y con ello el poder-escuchar. Heidegger, que verdaderamente sabía escuchar, había experimentado hasta dónde se puede llegar si en vez de la escucha prevalece el "hablar-por-encima". Sabía muy bien por qué le gustaba citar la frase que Goethe acuñó con respecto al "Mago del norte": "¡Hamann… escucha!".

Si, tomada exteriormente, una oración como aquella que ha motivado nuestra reflexión parece la prueba de una excesiva confianza en sí mismo, no responde en todo caso a una pose. Seguramente Heidegger sabía *quién* era; pero esto no lo puso a salvo, ni mucho menos, de las mayores dudas e impugnaciones. Nadie sabe a qué acuerdos debió llegar consigo mismo en soledad, como en el caso de Nietzsche, cuyas sentencias aparentemente tan altivas como "Por qué soy un destino" ocultan las luchas más arduas, una lid y un sufrimiento desmedidos. Heidegger sabía ser irónico, pero cualquier cinismo le era ajeno.

Se verá aún, a lo largo de su camino, que tras todo aquello se ocultaba la muy delicada susceptibilidad del pensador, que con frecuen-

cia debió refugiarse al abrigo del silencio. No tenía, como se dice vulgarmente, un "cuero duro", y las heridas recibidas cicatrizaban con dificultad. Por ello era tan reacio a defenderse ante la opinión pública, cosa que ésta no entendió, y que sus contrincantes aprovecharon a fondo. Se debería prestar atención al hecho de que, con respecto a aquel círculo de profesores berlineses, ya en 1931 escribiera que en ningún momento se había hecho un cuadro muy lisonjero de su "repercusión". "Ése es el destino de la filosofía." El pensar exige sus sacrificios.

II
En el Tercer Reich

EL RECTOR DE FRIBURGO, 1933[1]

"Pero… ¡el Señor Heidegger!" Este título de un panfleto dirigido contra el filósofo fue la respuesta de Samuel Beckett –en un diálogo que mantuvimos en Berna a comienzos de la década de 1950, en el que yo intentaba hacer visibles las posibles conexiones entre las piezas teatrales del escritor y la filosofía de Heidegger– cuando finalmente le pregunté qué sabía de ella. La frase irritada, sorprendida –"Pero… ¡el Señor Heidegger!"–, es tan característica como reveladora. En efecto, dondequiera que se nombre al pensador, con o sin reconocimiento, suele agregarse infaltablemente, en tono de reproche o con pena, este "pero", pronunciado o sólo pensado. Se refiere al episodio de su rectorado en 1933, del que, según la orientación que se tenga,

1 Las siguientes consideraciones sobre el rectorado de Heidegger fueron escritas en 1981 y 1982, antes de la reedición del discurso rectoral, realizada en 1983, y, por lo tanto, sin conocimiento de los apuntes escritos por Heidegger en 1945 *Tatsachen und Gedanken zum Rektorat* (*T&G*) [*El rectorado, 1933-1934. Hechos y reflexiones*] que se publican allí por primera vez, como anexo al texto del discurso. La mayor parte de los hechos y propósitos que allí se comunican, muchos de los cuales no eran de público conocimiento (excepto los que aparecen en la entrevista del *Spiegel*), me fueron referidos y explicados directamente por Heidegger, de modo que después de su muerte pude incorporarlos al material para el presente libro. Tras la publicación de *T&G* debí corregir sólo unos pocos baches y deslices de la memoria. La coincidencia de mi primer manuscrito con los apuntes de Heidegger llega al punto de que se emplean formulaciones idénticas. Ocasionalmente he destacado la conexión, señalando la posterior publicación de la apología de Heidegger con indicación de la página de *Tatsachen und Gedanken* (*T&G*) correspondiente. H. W. P.

se deduce no sólo una grave acusación por su actitud en aquel momento, sino una descalificación de su filosofía en general, o cuando menos se reconoce una mancha histórica, difícil de digerir incluso para quien reconoce la significación de Heidegger.

Si en lo que sigue dirigimos nuestra mirada a estos hechos, y con ello tocamos un tema que ya ha sido tratado en las últimas décadas (¡podríamos decir que casi hasta el hartazgo!), debemos hacerlo con gran cautela, en la medida en que durante el año 1933 no residí en Friburgo. Aquí, como en el resto del libro, sólo quiero relatar –considerado críticamente– lo que he oído de boca del mismo Heidegger y lo que he sabido por propia experiencia. Para este propósito deben servirnos de advertencia las palabras de Julien Green, quien señalaba el error de muchos autores ancianos, que "cuando recuerdan a aquel que alguna vez fueron, dotan a ese tan lejano joven de una experiencia de la que él aún carecía por completo". Con todo, y a pesar de su emotividad, ese joven de 25 años seguramente no carecía de una cierta cuota de lucidez, que se vio confirmada luego, a lo largo de su vida. A la generación actual le resulta extremadamente difícil ubicarse en la situación de quienes vivían allá por 1933, y, como consecuencia, cree que es su deber colmar de reproches y expresar su rechazo a los mayores, responsables por lo ocurrido en aquel tiempo; y precisamente por eso, tiene derecho a esperar de alguien que ha vivido durante esa época que diga y escriba, según su saber y de acuerdo con su conciencia, las cosas tal como ocurrieron entonces. Los años de proximidad, la amistad y la confianza en los buenos y en los malos tiempos nada tienen que ver con un embellecimiento falaz, que no haría sino distorsionar la imagen de Martin Heidegger. Por otra parte, quedan pocos de los que tuvieron participación activa en aquel tiempo.

"Quien piensa en grande, debe errar en grande." Esta frase, que se encuentra en "De la experiencia del pensar", no es, como se dijo en alguna oportunidad, una justificación fácil y a la mano, y menos aun una explicación psicológica superficial. Expresa una verdad. Comenzando por Platón, que se acercó al tirano de Sicilia en la creencia de que allí podría erigir su Estado ideal, y llegando hasta Hamsun, cuya fe en la raza germánica lo impulsó a declararse partidario de Hitler –por quien luego se vio amargamente defraudado–, son nume-

rosos los nombres que podrían citarse de personas que, a pesar de su gran estatura intelectual, cedieron ante la tentación del poder. No todos tuvieron la fuerza de carácter y la irreductible entereza de una Ricarda Huch, por citar un caso de la época que nos interesa. Pero a casi todos los que, como Gottfried Benn, Ernst Jünger o el mismo Gerhart Hauptmann, se dejaron arrastrar por la gran ola de esos días y sucumbieron de un modo u otro al frenesí nacional, la conciencia de un tiempo posterior les perdonó su "mal paso" –aunque esas cuentas, en muchos casos, se saldaron con grandes reparos–, por considerar que la obra y la envergadura intelectual de los afectados, por así decir, borraba ese hecho. Que Hamsun efectivamente simpatizara con el nacionalsocialismo y creyera en él es cosa que hoy, en vista de su grandeza poética (¡y humana!), ya no juega ningún papel. ¿Por qué no ocurre otro tanto con Heidegger? ¿Por qué persiste ese "pero"? El hecho de que, al igual que los nombrados (¡y mucho antes que ellos!), él se haya distanciado con absoluta claridad no se toma en cuenta. ¿Qué es lo que se juega aquí? ¿No será que la resistencia se dirige, más que contra sus faltas personales, patentes y confesas, contra el pensamiento que movilizó y que no puede ser destruido?

Este pensamiento, que a través de las densas formulaciones del "Discurso de la metafísica" de 1929 había llegado ya a un público numeroso dentro del antiguo y tradicional ámbito de la vida universitaria alemana, vino a cobrar amplia notoriedad, una vez más, por medio del muy vituperado, pero poco leído y aun menos comprendido, discurso rectoral, también pronunciado en un contexto académico, la Universidad de Friburgo. Este discurso fue vituperado porque abjuraba de muchas viejas y queridas concepciones, que en el fondo desde hacía tiempo no eran ya sino cáscaras vacías. En efecto, Heidegger expulsaba definitivamente el concepto humanista de universidad, surgido de las ideas de la gran burguesía del siglo XIX. Reconducía la "ciencia" a su suelo original –la filosofía griega–, y con ello a un rigor en la interrogación que nada tenía que ver con el enciclopedismo fragmentado o con la frugal especialización, que se habían enseñoreado de una universidad desde hacía tiempo desvinculada del pueblo y transformada en antesala de profesiones "elegantes". Otra cosa proclamaba el filósofo cuando afirmaba en Friburgo: "La ciencia es el firme mantenerse cuestionando en medio de la totali-

dad del ente, que sin cesar se oculta. Este activo perseverar sabe de su impotencia ante el destino". El progreso de la actividad humana se había ido alejando, en el transcurso de dos milenios y medio, tanto en la teología como en la técnica, de esta esencia inicial de la ciencia que los griegos conocieron, y sin embargo, ese comienzo persistía. Se trataba de reconquistar la grandeza del comienzo, para que la ciencia volviese a ser "la más íntima necesidad del *Dasein*", y no un quehacer sin peligro, la promoción de un mero progreso de los conocimientos… Heidegger hablaba del hombre de hoy, abandonado en medio de lo ente, abandono que, de persistir en él, se tornaba un estar expuesto a lo oculto y a lo incierto. La interrogación misma se volvía la más alta forma del saber. (Veinte años más tarde, en Munich, Heidegger encontró esta otra formulación: "el preguntar es la piedad del pensar".)

El frente que se fue formando contra el pensamiento del filósofo no supo (o no quiso) encontrar ningún sentido a las referencias a lo griego y a la acepción de universidad que de allí se desprenden. Le reprochaban el "desmontaje" de las viejas instituciones, hacía tiempo petrificadas; se mofaban de él por eso de la "autodecapitación de la universidad alemana". Por cierto, algunas voces se levantaron en sentido contrario. Así, Werner Jäger, el sucesor de Wilamowitz en Berlín –quien poco tiempo después debió dejar Alemania debido al origen judío de su esposa– decidió publicar el discurso de Heidegger en la revista *Die Antike*, pues lo consideraba un destacado testimonio de la influencia persistente del legado de la antigüedad en el presente y un modelo de asimilación de los ejemplos clásicos, tanto en su forma como en su contenido. Pues este discurso no contiene nada que deba ser interpretado necesariamente como "concesión" al poder político de aquel momento, si bien es innegable que respira el aire de su época. Ignoro cuáles fueron las resistencias que finalmente impidieron su publicación, y no recuerdo si en 1938, al cabo de un lustro en el que la situación se había agudizado considerablemente, pregunté algo al respecto durante la velada que pasé en lo de Jäger, en Chicago. Supongo que no supe de su intención de publicar el discurso hasta mucho más tarde.

Tampoco recuerdo cuándo me enteré de que Heidegger había asumido el rectorado y del discurso que pronunció en esa ocasión.

Por entonces, en el semestre de verano de 1933, yo estudiaba en Kiel. Esa universidad, considerada un baluarte de la ciencia jurídica moderna, había sido completamente copada por el nacionalsocialismo, que se aplicaba a reorganizarla, practicando rigurosas "limpiezas". El afán de mantenerme a flote en medio de la tormenta y de seguir, dentro de lo posible, un rumbo aceptable, me tenía demasiado ocupado como para prestar atención a lo que ocurría en otras universidades. Tanto mayor fue la expectativa que despertó en los estudiantes una conferencia del rector de Friburgo, anunciada para julio de 1933, de la que no queda ningún registro escrito pues los diversos archivos de la ciudad de Kiel fueron destruidos luego como consecuencia de los ataques aéreos. Pero la comparación de unas pocas notas manuscritas con el texto de la conferencia que Heidegger pronunció en Heidelberg el 30 de junio del mismo año permite conjeturar que se trataba del mismo texto, sin mayores alteraciones. El recuerdo de ciertas frases destacadas corrobora esta conjetura.

La conferencia llevaba por título "La universidad en el nuevo Reich". Quien conociera el discurso rectoral debía advertir que se trataba de una suerte de continuación, que en parte presuponía lo dicho allí. Como quiera que fuese, no era lo que esperaban los miembros del Partido y los funcionarios de Kiel, que daban por supuesto que la revolución ya había triunfado en las aulas y en los laboratorios, y ahora se les decía que de ningún modo era así. El punto de partida de Heidegger era que posiblemente la universidad estaba condenada a morir, y que quizá perdería el escaso poder educativo que aún le quedaba, aun cuando conservara su "autonomía". Se trataba de transformarla nuevamente en un poder educativo, que a partir del saber educase para el saber. Vilipendiaba la profusión sin límite de la investigación y la falta de rumbo de la enseñanza; pero, advertía, para hacer justicia a lo "nuevo" no bastaba cubrir todo con un ligero barniz político. Ponía en guardia, como ya lo había hecho en Friburgo, contra el llamado "nuevo concepto de ciencia", que no era sino el viejo concepto apuntalado con una frágil base antropológica. "Toda esa cháchara sobre lo político es un disparate, porque de esa manera no acabaremos con el viejo zanganeo."

Esto sonaba más duro que lo que se reproducía del discurso de Friburgo… ¿Terminaría bien? A continuación Heidegger reclamó

coraje para decidir acerca de las cuestiones fundamentales de la ciencia, pues de esta decisión secular dependería que los alemanes siguieran siendo un pueblo que sabía, en el sentido más elevado. Para los profesores universitarios no debía tratarse de inculcar conocimientos, sino de dejar aprender y de conducir al aprendizaje. Pero esto significaba dejarse asediar por lo desconocido, para luego dominarlo mediante el conocimiento comprensivo, adquiriendo una mirada certera para lo esencial. El estudiante debía ser empujado a la inseguridad de todas las cosas, que fundaba la necesidad del esfuerzo: "El estudio debe volver a ser un riesgo".

Los oyentes se miraron unos a otros. ¿Habían oído bien? ¿Que el estudio no debía ser una protección para los cobardes, para aquellos que no osaban experimentar y soportar los abismos de la existencia? Esto parecía quedar muy por encima de las cabezas del auditorio académico. ¿Era posible conciliar todo esto con lo que cotidianamente ocurría en la universidad? El orador parecía estar ofendiendo gravemente a la Universidad Christian-Albrecht. ¿No era el gran orgullo de la universidad de Kiel el haber erradicado todo lo judío, tanto personas como cosas, y todo lo que rezumase espíritu judío del catálogo de sus bibliotecas? E inesperadamente, esta conferencia mantenía en completo silencio el problema racial.

Esta comprobación es importante, pues nos lleva a un punto decisivo: Heidegger nunca proclamó la "teoría racial" oficialmente sancionada, ni, menos aun, le hizo un lugar en su pensamiento. No era un "racista", lo que significa que en él mismo, y no sólo en sus declaraciones como rector, faltaba el elemento crucial del nacionalsocialismo. Sírvanos de ilustración una pequeña anécdota que Heidegger me relató cierta vez, cuando durante una conversación surgió el tema del discurso rectoral, que tantos ataques le valiera. Durante el banquete que siguió a la ceremonia, el ministro, sentado a su lado, se dirigió a él diciendo: "Magnífico rector, no se ha referido usted al problema racial, ¿verdad?". A lo que Heidegger replicó cáusticamente: "Ah, ¿lo advirtió?". Después de lo cual la comida se desarrolló en un clima gélido. Es que Heidegger no aprobaba las teorías raciales de los nacionalsocialistas, y menos aun su aplicación.

Es oportuno introducir aquí algunas reflexiones sobre la posición de Heidegger con respecto al nacionalsocialismo.

Se sabe de qué manera en abril de 1933 terminó aceptando el cargo de rector, que le ofreció el senado de la universidad tras haberlo elegido por voto unánime. El profesor von Möllendorff –un anatomista que, elegido en primera instancia, según la opinión general no podría sostenerse en el cargo debido a su orientación política– se dirigió a su vecino Heidegger, que no estaba comprometido políticamente, para solicitarle, teniendo en cuenta que era el profesor más famoso de la casa, que se hiciera cargo del rectorado en aquellas delicadas circunstancias, e impedir así que se les impusiera a un jerarca del partido. A pesar de su resistencia inicial (seis meses antes le había escrito a mi padre que en lo sucesivo se mantendría alejado de cualquier obligación burocrática para dedicarse de lleno a su trabajo), los insistentes pedidos de Möllendorff y de otros colegas lo llevaron finalmente a acceder.

Pero en el deseo de preservar a la universidad de caer en manos de un mero agente político se revelaba además una inquietud que ocupaba a Heidegger desde sus años de docencia en Marburgo y en Friburgo. "Esta multiplicidad de disciplinas desmembradas [la de las ciencias] sólo consigue mantenerse unida actualmente mediante la organización técnica de universidades y facultades [...] El arraigo de las ciencias en lo que constituye su fondo esencial ha perecido por completo", se dice al comienzo de "¿Qué es metafísica?". El afán de Heidegger residía en reabrir el acceso a ese fondo esencial. A través de todas las rígidas intenciones organizativas quería abrirse paso a una predisposición que sólo la juventud conoce.

Pensaba que en la universidad –y la Alberto-Ludoviciana representaba en su opinión a la universidad alemana en general– se encarnaba la esperanza depositada en la juventud. Hoy que las universidades alemanas están en vías de transformarse en escuelas especializadas, en meros centros de capacitación profesional, y que la opinión pública refleja este desarrollo de larga data, esa preocupación es aun menos comprensible que en aquel entonces. Pero esta esperanza, que se relacionaba con la más alta exigencia intelectual, a la que él mismo se sometía y que imponía a los jóvenes, es lo único que explica por qué en la primavera y el verano de 1933 Heidegger volcó todo su empeño en favor de la universidad, lo que lo llevó a relegar por algún tiempo sus propias labores de pensamiento. Creía

firmemente que en la universidad se originaría una renovación interior y exterior de los alemanes. Suena casi paradójico, en vista de los acontecimientos históricos posteriores: el nacionalsocialismo debía estar al servicio de una universidad de cuño fichteano, y no a la inversa… ¡Qué utopía!

Y nombramos a Fichte con toda intención, pues es evidente que lo que Heidegger vislumbraba tenía una íntima conexión con su sentimiento nacional. Un concepto, una realidad espiritual, que fue exagerada hasta lo monstruoso, banalizada y finalmente destruida por la ideología del nacionalsocialismo, y por todos los acontecimientos que resultaron teñidos por ella. ¿Sobrevive hoy un auténtico sentimiento nacional, valores nacionales, convicciones nacionales? Para los más jóvenes, todas estas cosas suenan gastadas, irrecuperablemente anticuadas, o peor aun. Pero para un hombre como Heidegger (para él como para muchos otros, e incluso para la mayoría de los que siendo jóvenes habían regresado de la Gran Guerra para encontrarse formando parte de un pueblo mirado con recelo en todo el mundo occidental) conservaban todavía un sentido profundo.

Esto no significa que Heidegger sintiera que sus "ideales" de juventud habían sido defraudados: su sentimiento nacional alemán nada tenía de "prusiano". Si él, que no era un hombre político, abrigaba esperanzas para los alemanes, éstas se asemejaban más bien a las de un Stefan George, y hundían sus raíces en una visión de Hölderlin: que todos habrían de unirse "en la más alta fiesta". Estos pensamientos e interrogantes ("¿Dónde está tu Delos, dónde tu Olimpia?") no eran ajenos a la juventud alemana de aquel tiempo. Animaban y daban sustancia al mundo intelectual de los círculos juveniles. (Parece incomprensible hoy que un autor judío –Rosenstock-Huessy– haya declarado que Hitler venía a cumplir el sueño de Hölderlin.)

El sentimiento nacional de Heidegger tenía mucho de ese austero rigor que tanto atraía a los jóvenes en el pensamiento marcial de Ernst Jünger. Recuerdo bien la seducción que ejercían sus libros *El trabajador* y *Tempestades de acero* sobre muchos de mis compañeros de estudio, y cómo Jünger era celebrado como una suerte de figura nacional. En el contexto referido, *El trabajador*, con su visión planetaria, la descripción de una nueva realidad, cobró para

Heidegger gran significación. Todavía en 1980, en una conversación durante su visita a París, Jünger mencionó que alguna vez Heidegger había dictado un seminario sobre ese libro. De hecho, no se trató de un "seminario", sino que en 1939-1940, en un pequeño círculo de profesores universitarios, Heidegger presentó un comentario de la obra, cuyo carácter "visionario" por entonces –aunque llevaba ya diez años de publicada–, aún no había sido comprendido. (Estas reuniones –merece la pena aclararlo– fueron vigiladas y finalmente prohibidas.) La importancia que tuvo este libro para Heidegger, al igual que el escrito de Jünger sobre la "movilización total", se manifestó en el hecho de que alrededor de 1933 aludiera a él en diversas declaraciones públicas. El hombre en cuanto trabajador, decía Heidegger, se ponía en un haber-de-entendérselas con lo ente en su totalidad. El trabajo da plenitud al hombre, pero el sentido que le daba Heidegger nada tenía que ver con máximas nacionalsocialistas ni marxistas. Sin embargo, por diferentes que fuesen los puntos de partida, y por consiguiente las conclusiones, del filósofo y del escritor (Jünger nunca fue más allá del ámbito de pensamiento de la metafísica), había puntos de estrecho contacto; puede considerarse un hecho de una especial fuerza simbólica el que Jünger se contara entre quienes sepultaron a Heidegger.

La cuestión de cómo podría originarse una profunda renovación precisamente en la joven generación que habitaba las universidades alemanas, y la discusión acerca del modo de realizar esa aspiración, podrán seguirse sin duda en las cartas, todavía inéditas, que Heidegger intercambió con Karl Jaspers, según pude colegir por comentarios ocasionales de aquél. Hasta la primavera de 1933, entre Heidegger y su "vecino filosófico" de Heidelberg existió un contacto permanente a través de cartas y visitas, y pese a todo lo que luego los separó, este contacto nunca quedó totalmente interrumpido, como lo atestigua la conmovedora carta que Jaspers envió a Heidegger en ocasión de su 70 aniversario, y que éste, emocionado y pensativo, me dio a leer confidencialmente. La proximidad que durante años mantuvieron los dos hombres resulta especialmente significativa en la "Situación espiritual de la época" (según reza el título del famoso tomo 1.000 de la colección Göschen, escrito por Jaspers), y extendió su influencia hasta la época en que Heidegger

preparaba su discurso rectoral, con la cita de Platón con que lo cierra –"Todo lo grande se halla en la tormenta"–, que apresuradamente fue referida al "movimiento" nacionalsocialista. Varios observadores contemporáneos, como es el caso de Viktor von Weizsäcker, supusieron ya en ese momento que eso que Heidegger llamaba el "ponerse en movimiento" de los jóvenes estaba siendo objeto de una falsa interpretación, como abundan a lo largo de la historia de la filosofía. Si la visión de von Weizsäcker –según la cual, tras las teorías y las fachadas de la política cotidiana, Heidegger veía surgir los contornos de un proceso mucho más profundo, "del que los otros no tenían ni idea"– es acertada, no es cosa que hayamos de juzgar aquí. Pero aquella tan citada frase, pronunciada en una lección de 1935, sobre un "movimiento planetario", que se esgrime como prueba de que Heidegger insistía en ensalzar el nacionalsocialismo, entendida rectamente más bien parece corroborar aquella otra interpretación.

Otro rasgo de la personalidad de Heidegger, su amor por el terruño, fue interpretado, al igual que su sentimiento nacional, como indicio de su vinculación con el nacionalsocialismo. Cuán hondo calaba ese amor, cuáles eran las fuentes en las que abrevaba, hasta qué punto era el sostén de toda la vida del filósofo, son cuestiones a las que nos referiremos más adelante. Heidegger era un hombre que en muchos aspectos parecía un campesino, lo que no significa que su conducta haya sido "rústica", como suelen expresar con desdén los habitantes de ciudad. Pero miraba con cierto recelo todo lo urbano, y nunca se sintió a gusto con ello –exceptuando una sola ciudad, que gozó de su simpatía plena–. El solo hecho de aproximarse a una gran ciudad, a sus estribaciones, con sus canteras, sus fábricas, sus chatos arrabales, y toda el aura de lo deforme y cancerígeno que caracteriza al cinturón moderno, incluso de ciudades viejas y bellas, producía en este hombre de sensibilidad refinada casi una repugnancia física. Quien haya viajado alguna vez con él y recuerde la llegada a una gran ciudad (como Zurich) sabe cuán poderoso era en él este sentimiento. La gran ciudad encarnaba para él un rasgo fundamental de la época: la pérdida del terruño. En una oportunidad, luego de visitar a alguien que vivía en un edificio moderno en Stuttgart, exclamó: "¡Dos granjas, a dos

horas de marcha una de otra, pueden ser más vecinas que dos viviendas de un mismo edificio!".

En medio de la naturaleza, sobre todo de la de su terruño –en la Selva Negra–, se sentía completamente libre. Por el hecho de que era un hombre que vivía con la palabra (su lenguaje nunca era rebuscado, y, menos aun, impreciso), el medio preferido por él era la lengua de su región. El terruño también se encarnaba en determinadas personas, por ejemplo en aquella vieja campesina de la finca de la Rütte donde escribió *Ser y tiempo*, y donde oyó de boca de la anciana muchas palabras que remitían a otro estrato temporal, al que los más jóvenes ya no tenían acceso. Que entre los hombres que para Heidegger representaban el terruño se hallase una figura como Albert Leo Schlageter es un hecho que merece que nos detengamos en él. Por una singular coincidencia, en su búsqueda de "santos" con que adornar su nuevo panteón, los hombres del Tercer Reich se apoderaron de muchos que nada tenían que ver con ellos. Uno de ellos fue Schlageter, fusilado por la fuerza de ocupación francesa del Ruhr en 1923, luego de un proceso sumario en el que se lo condenó como saboteador. Hijo de un campesino de Schönau, pocos años mayor que Heidegger, fue, al igual que éste, alumno del liceo de Constanza y favorito del profesor de griego, el sacerdote Sebastian Hahn, procedente de Rast, cerca de Meßkirch. Quizá esto explique que durante la celebración decretada por las autoridades estatales para el día 26 de mayo de 1933, en conmemoración del fusilamiento, Heidegger haya cantado loas a Schlageter, al que se sentía próximo meramente por su vinculación con el terruño, y a quien, más allá de eso, consideraba un personaje problemático. Su himno a Schlageter fue a la vez un elogio de los bosques y de las montañas de su tierra natal.

Si Heidegger carecía de cierta "urbanidad" y si en definitiva todo lo urbano le era ajeno, esto se aplicaba especialmente a ese espíritu mundano de los ambientes judíos, tan típico de las ciudades del oeste alemán. Pero sería erróneo confundir semejante postura con una tendencia antisemita, aunque frecuentemente se la haya interpretado de ese modo.

Como ya hemos dicho, Heidegger estaba lejos de todo fanatismo racial, a pesar de lo cual se le ha querido imputar ese tipo de ideo-

logía, alegando su reiterado empleo de la palabra *völkisch** en declaraciones públicas. ¿Quién se tomaría la molestia de advertir que para él esa palabra, lejos de coincidir con el tenor del *Völkischer Beobachter*,** conservaba el sentido general que tenía en Fichte?

Es digno de reflexión el hecho de que en las listas de sus seminarios anteriores a 1933 se encuentren numerosos nombres judíos, entre ellos algunos que adquirieron luego una importante resonancia, como por ejemplo el de Herbert Marcuse. Muchos de sus discípulos eran de ascendencia judía, y con algunos de ellos (piénsese en Hannah Arendt o en Helene Weiß) lo unió durante decenios una franca amistad, que perduró incluso durante los doce años de oscuridad. En varias ocasiones brindó su protección a estudiantes judíos, a algunos de los cuales llegó a facilitarles la salida al extranjero. Pero incluso a él, que durante un tiempo pareció encontrarse en una cierta "posición de poder", le hacía falta coraje para viajar a Berlín con el único fin de interceder ante el ministro de Cultura –Rust– en favor de una discípula judía que gozaba de su particular aprecio y que había sido despedida de su empleo. Demás está decir que la diligencia no tuvo éxito.

Cuando la Universidad de Friburgo celebró el centenario del nacimiento de Edmund Husserl, Heidegger me pidió que participara, porque después de todos los reproches y las insinuaciones que se había visto obligado a escuchar con respecto a su antiguo maestro a él no le era posible asistir. Poco tiempo después le hice un relato de esa digna ceremonia, y, no sin emoción, me contó la visita de la hija de Husserl, que le había asegurado que todos los rencores habían sido superados. Mucho después, durante una tarde en su cabaña, tan lluviosa que no invitaba al habitual paseo, aproveché la oportunidad para preguntarle todo acerca de su relación con Husserl, y de los rumores que circulaban al respecto. "Al comienzo no le resultaba fácil referirse al tema, a veces no respondía sino con desgano", recuerda

* *Völkisch*: perteneciente o relativo al pueblo [*Volk*]; es un adjetivo usado profusamente por los nacionalsocialistas, pero inusitado antes y, con mayor razón, después. Se distingue de *volkstümlich*, que significa "popular" en el sentido de folklórico, costumbrista, etc. [N. del T.]

** El *Völkischer Beobachter* [Observador popular] era el órgano de prensa del nacionalsocialismo. [N. del T.]

mi amigo Nagel, que también estaba presente. "Pero tú lo 'taladraste' de lo lindo, y finalmente parecía contento de haber logrado, por una vez, discutir a fondo ese difícil tema". Se habló de todo, comenzando por la relación maestro-discípulo, tan fructífera como llena de tensiones, pasando por la retahíla de versiones, larga como una cola de rata, con sus mezquinas mentiras, verdades a medias y tergiversaciones, hasta llegar a la muerte y las exequias de Husserl, a las que Heidegger no asistió. Nunca le prohibió al viejo profesor emérito el ingreso a la universidad ni el acceso a la biblioteca (ni cuantos infundios más se hayan vertido); no haber acompañado al maestro en su último camino, aunque nadie se lo impedía, fue una flaqueza humana que le resultaba visiblemente incómoda, y tal vez incluso dolorosa. En aquel momento (1938), el mismo Heidegger era observado con suspicacia por los nacionalsocialistas.

Pero con estas observaciones nos estamos adelantando. En aquel verano de 1933 del que hablábamos, cuando Heidegger se encontraba en Kiel, apenas si tuve oportunidad de saludarlo brevemente, lo que le causó visible alegría. Envié un ramo de flores a su esposa y él me respondió con una tarjeta en la que expresaba su desazón por la brevedad de nuestro encuentro, y en la que también evocaba cordialmente a mis padres y la ciudad de Bremen. Lo que aún hoy no deja de sorprenderme cuando releo la tarjeta oficial que reza "El rector de la Universidad de Friburgo / Prof. Dr. Martin Heidegger" es la ausencia de todo emblema. La cruz gamada, que entonces proliferaba por doquier, no figura en ella.

El invierno de 1933 fue arduo y lóbrego. Pasé largos meses internado en el hospital de clínicas de la Universidad de Kiel; en enero de 1934 falleció mi madre en Munich. Para Año Nuevo Heidegger le había enviado una larga carta llena de buenas y alentadoras palabras, en la que no aludía a su propia situación más que con una referencia muy característica: "Lamentablemente, sólo pude hablar con su señor hijo por unos breves instantes, y, en efecto, es doloroso para mí en este momento que las obligaciones de mi cargo no me dejen tiempo ni fuerzas para dedicarme a los jóvenes tal como quisiera". No tenía respiro entre una reunión oficial y otra, agregaba, palabras que permiten entrever que su esperanza de lograr, en común con los jóvenes, algo así como una "irrupción" en la universidad se había

visto defraudada. En cualquier caso, esa irrupción, que él había querido llevar a cabo tras una bandera que en definitiva no era la suya, entonces ya había fracasado. ¿Había sobrestimado sus propias fuerzas al igual que las de la juventud, de la que se consideraba un aliado?

Durante aquellos meses de otoño se produjeron hechos cuya significación no aprehendí con claridad hasta mucho más tarde. Heidegger rechazó dos ofertas para asumir importantes cátedras (en Berlín y en Munich), ambas vinculadas con una "misión política especial". Semejante negativa rayaba en la desobediencia, sobre todo porque en círculos oficiales a todas luces se creía que sería posible cargar al profesor –a quien por entonces el Partido todavía se empeñaba en seducir– con una tarea política, lo que hubiera terminado por transformarlo en una pieza del engranaje partidario. Hasta qué punto estaba preso ya de aquél y qué poco espacio tenía para llevar a cabo sus intenciones originales le quedaría claro a más tardar en la "Manifestación de la ciencia alemana" del 11 de noviembre de 1933, de la que existe una fotografía en que se lo ve acompañado por Pinder y Sauerbruch. En este acto en ocasión de la elección de diputados para el Reichstag, eso que venía percibiendo desde hacía tiempo debe habérsele hecho más que patente: que corría el riesgo de transformarse en una marioneta política, utilizada ante todo por su renombre internacional. En noviembre de 1933 este desarrollo alcanzó su clímax. La catarsis no se hizo esperar.

Según me relató más adelante, ese año Heidegger se retiró a su cabaña antes de lo acostumbrado, en diciembre, solo, para aclarar sus ideas con respecto a sí mismo y a su futuro. El resultado, amargo para él, fue la determinación de renunciar al cargo de rector, pues las cosas no podían seguir como estaban. Quería renunciar a todo lo vinculado con esa posición para volcarse exclusivamente a la enseñanza académica y a su propio trabajo.

Es menester detenerse en lo que esa decisión significaba y cuáles eran las consecuencias que podía acarrearle. La dimisión al cargo de rector mucho antes de concluido su período podía ser considerada una provocación, y costarle, además del cargo, también su cátedra. Pero no veía otra posibilidad. Había hecho oídos sordos a los reclamos provenientes del ministerio para que destituyese a dos de los decanos designados por él –Möllendorff en Medicina y Erik Wolf en Ciencias Jurídicas–.

Se trataba en ambos casos de hombres que no eran nacionalsocialistas, sino estudiosos ampliamente reconocidos, cuya designación sin duda realzaba el prestigio de la universidad. Pero en Karlsruhe no opinaban lo mismo; el objetivo perseguido por el ministerio, con el apoyo solapado de ciertos círculos de la Universidad, cuyo descontento se veía incrementado por la antipatía que les provocaba un personaje famoso como Heidegger, era cambiar completamente el cariz de la Universidad de Friburgo, considerada insuficientemente "teñida" por la política del Partido. Cuando en febrero de 1934 el ministerio exigió categóricamente la destitución de los decanos mencionados, Heidegger declaró que nunca haría tal cosa y presentó su renuncia. De este modo, llevaba a cabo la decisión que ya había tomado pero que no cobraría estado público hasta que el diario *Freiburger Presse* publicara la noticia de la designación de un nuevo rector, ensalzado como "el primer rector nacionalsocialista de la universidad" y sin mencionar a Heidegger, quien no estuvo presente en el acto de transferencia del cargo. La versión según la cual envió por correo la cadena de oro del ornato rectoral es una leyenda propalada con el propósito de difamarlo. Es evidente que se buscó impedir una amplia difusión de su renuncia por el temor a su repercusión en el extranjero y a que fuera explotada para desprestigiar al Reich, precisamente después de que, para descrédito del régimen, Stefan George había abandonado Alemania y fallecido poco tiempo después en Suiza.

"No creo que Heidegger vaya a lograr gran cosa en política: a nuestros dictadores la teoría les importa un comino", había escrito Benedetto Croce a Karl Voßler ya en 1933. Después de la dimisión de su colega, Schadewaldt lo saludó con las siguientes palabras: "¿Y? ¿Volviendo de Siracusa, señor Heidegger?"; pero éste no estaba de ánimo para bromas. Aclarar públicamente su posición entonces hubiera equivalido a un suicidio, pero también evitó hacerlo en años posteriores para no desencadenar nuevas tormentas. Su mal paso le costó caro. Cuál fue su reflexión al respecto lo revela un diálogo que, según un relato fidedigno, mantuvo con una discípula al que lo unía una gran amistad. Cuando ella le dio a entender que le resultaba incomprensible su actividad como rector, con la exposición política que entrañaba, Heidegger respondió, literalmente, que había sido la estupidez más grande de su vida.

SE RETOMA EL CONTACTO

Desde enero de 1934, el lazo que nos unía a Zähringen parecía haberse cortado. La conmovedora carta de condolencia que Heidegger nos envió a la muerte de mi madre se perdió durante la guerra. Nada sabía yo de lo que ocurría en Friburgo, y sólo mucho más tarde me enteré de la dimisión de Heidegger, dado que luego de la interrupción de mis estudios debido a mi estado de salud, que se prolongó algo más de un año, volví a instalarme en Berlín, para concentrarme en un renovado estudio de la historia, tras abandonar la jurisprudencia, que tan poco me atraía. Para abreviar todo lo posible mi permanencia en la universidad, que ya se había dilatado más de la cuenta, me concentré en la disertación dirigida por Walter Elze, y en las clases de aquellos historiadores que, tras el forzado alejamiento de Hermann Oncken, no se habían amilanado ante el nacionalsocialismo.

Erich Kaufmann, que por su origen judío se había visto obligado a abandonar su actividad docente en Bonn y en Berlín, pero seguía desarrollando su seminario privado en Nikolassee, reunía en su casa a intervalos regulares (¡hasta 1938!) a un nutrido grupo de jóvenes abogados, entre los que figuraban varios cuyos nombres luego se hicieron famosos en conexión con el atentado del 20 de julio. De esas veladas de conferencias y discusiones también participaban invitados de otras facultades. Fue allí donde, en el invierno de 1935, conocí a un joven y elegante extranjero, el segundo agregado de la embajada del Perú, cuyo cargo, por lo visto, comportaba básicamente obligaciones de índole social, aunque tras esta actividad se ocultaban propósitos más serios y elevados. Un día, en el curso de una conversación al cabo de varios encuentros en las aulas de la universidad, Alberto Wagner de Reyna mencionó que su padre era oriundo de Friburgo en Brisgovia y que deseaba viajar a esa ciudad, no tanto a causa de los numerosos parientes que allí tenía, sino atraído por Heidegger, con quien deseaba estudiar, ya que desde hacía tiempo estaba interesado en la filosofía. Pero, agregó, no sabía cómo entrar en contacto con él. Inmediatamente resolví intentar una vía de comunicación para este amigo, con el que me entendía de maravillas, especialmente a causa del compartido interés por Heidegger. Acaso de este modo también yo podría restablecer el contacto interrumpido.

Grande fue mi alegría cuando poco tiempo después recibí una respuesta de Friburgo con la inconfundible letra de Heidegger en la que me expresaba su agrado en recibir a mi amigo Wagner como oyente y colaborador, y enviaba para él la nómina de las lecciones y de los trabajos prácticos del semestre siguiente. La última oración de esa carta significó para mí una alegría especial, pues mostraba que el lazo no se había cortado: "Por otra parte, me alegraría que usted me escribiera con algo más de detalle qué es lo que anda haciendo y queriendo, y qué dudas y dificultades lo aquejan". Estas palabras finales me acompañaron en los años sucesivos y me dieron aliento cada vez que emprendía el camino hacia la casa número 47 del camino del Rötebuck o por el sendero hacia la cabaña situada sobre Todtnauberg.

Alberto Wagner, que estudió y trabajó luego varios semestres en Friburgo, estableció un estrecho contacto con Heidegger y compartió con él largas conversaciones filosóficas. Cuando, apenas concluida la guerra (1946), fue posible restablecer el contacto epistolar, Heidegger le escribió a su antiguo discípulo, que por entonces se desempeñaba en misión diplomática en Berna, recordando con agrado esas conversaciones: "En el ínterin he avanzado bastante, sobre todo en lo que se refiere a la interpretación de la filosofía griega. Con gusto le hablaría a usted de esto". Pero la situación de aquel momento, con las fronteras clausuradas, hacía imposible reanudar el diálogo oral. Otros fueron los servicios que el secretario de la legación peruana prestó en esas circunstancias: auxilió a la familia Heidegger con envíos de alimentos (ambos hijos habían regresado de los campos de prisioneros de guerra rusos al borde de la inanición) hasta que la situación en la República Federal estuvo medianamente normalizada.

Si bien la ocupación y el estilo de vida del joven diplomático fueron alejándolo de sus años de estudio en Friburgo, el vínculo subsistió. Wagner lamentó toda su vida no haber podido culminar sus estudios doctorándose con Heidegger. Pero en ocasión de discutirse el asunto de su graduación, después de sugerir como tema de disertación "El problema de la sustancia en Descartes y en Leibniz", Heidegger desechó la posibilidad diciendo: "Quizá, por ser usted extranjero, y además diplomático, no haya inconveniente. Si fuera

alemán, debería desaconsejárselo". El problema, según aclaró, era que el señor Krieck, del Ministerio de Cultura de Karlsruhe (un director de asuntos universitarios muy estimado por los jerarcas nazis), ponía toda clase de obstáculos cada vez que se presentaba a oposiciones un candidato suyo. Las palabras finales de Heidegger fueron: "Ya no hay ningún estudiante alemán de filosofía que se doctore conmigo; no quieren tener disgustos con Krieck y con su repartición".

Alberto Wagner captó la sugerencia y con pesar renunció al plan de doctorarse en Friburgo; lo hizo más tarde en su Lima natal con un trabajo sobre *La ontología fundamental de Heidegger*. Menciono aquí con cierto detalle el incidente y la historia anterior porque pone en claro la situación de Heidegger en la universidad durante aquellos años; las suspicacias de los nacionalsocialistas representaban para él un peligro permanente.

Diez años más tarde el discípulo tuvo una nueva oportunidad de prestar grandes servicios, como lo había hecho ya con su ayuda material: tradujo al español diversos trabajos de su maestro ("Die Zeit des Weltbildes" [La época de la imagen del mundo]), y salió enérgicamente al cruce de las calumnias que señalaban a Heidegger como un "pez gordo nazi". Contribuyó mucho a la difusión del pensamiento heideggeriano en el mundo hispanoamericano.

Concluyamos nuestras referencias a esta amistad de Heidegger, sin duda poco conocida, con una anécdota risueña del año 1970. Por algún asunto diplomático, nuestro amigo, que entonces era embajador en Bonn, debió viajar a Friburgo y por la noche llegó sorpresivamente de visita, sin saber que encontraría en mi casa a Heidegger. El reencuentro del discípulo con su maestro, ya octogenario, fue alegre y efusivo; la sorpresa y el alborozo eran grandes, y el vino contribuyó a exaltar los espíritus. Se hizo muy tarde. Finalmente, cuando esperábamos el taxi que vendría a recogerlos, pedí a mis huéspedes que se registraran en mi viejo libro de visitantes, rico en inscripciones. Después de una jovial despedida, fui a ver qué era lo que habían escrito mis amigos, y me encontré con la siguiente contribución: "Lo lamento, no se me ocurre nada. Alberto". Y debajo: "A mí tampoco. Heidegger". ¡Digno de reflexión, por cierto! Cuando estaba de buen talante, como en aquella velada, Heidegger solía decir que había una cosa para la que tenía una especial facilidad: no pensar en nada. Aquí

la "nada" se había cruzado en su camino una vez más, inesperadamente. Un doble sentido muy heideggeriano, que me ha hecho sonreír muchas veces pensando en esta doble inscripción.

A fines de mayo de 1938, poco después de la defensa de mi tesis doctoral en Berlín, fui con mi padre a Friburgo en coche para visitar a Heidegger. Fue una pequeña "excursión al barroco" durante la cual, haciendo de guía, pude al menos justificar retroactivamente la calificación "*egregie*" que había recibido de Pinder. Durante nuestro viaje, procedentes de Weingarten, pasamos por aquella región que se extiende entre Pfullendorf y Überlingen, Heiligenberg y el "Haldenhof", que más tarde llegaría a ser, en cualquier estación del año, mi paisaje preferido en Alemania. Arribamos a Friburgo en un cálido atardecer de mayo, y al llegar al hotel Zähringer Hof, que aún existía, nos encontramos con una tarjeta de Heidegger, dirigida al "Herr Doctor", con la que nos invitaba al día siguiente a almorzar y a pasar la tarde en Zähringen. Grande fue mi alegría cuando volví a esa casa que ya me era familiar, con su gran vista hacia el este, que por aquel entonces se extendía libremente por los prados hasta el bosque, con la ruina del castillo asomando entre las copas de los árboles. Grande fue la impresión que causó a mi padre el silencioso lugar de trabajo de Heidegger, con sus oscuros anaqueles llenos de libros, entre los que también halló el tomo obsequiado por mi difunta madre.

Después de almorzar, pasamos toda la tarde en la terraza. Se habló de Bremen y de los cambios que allí se habían producido; Heidegger deploraba el hecho de que el alcalde Spitta se hubiese visto forzado a abandonar la vida política. No escatimaba palabras de grave preocupación acerca de los acontecimientos que venían produciéndose en Alemania. Mi padre, que dos años antes había realizado un largo viaje por América del Sur y había tenido largas conversaciones con el escritor Hans Grimm a bordo de la "Cap Ancona", refirió numerosos dichos de aquél que dejaban en claro su preocupación no menos grave por lo que estaba ocurriendo. Por intermedio de un amigo suyo de Cambridge, Grimm había conseguido para mí un libro indispensable para mi disertación, editado en inglés, que no se encontraba en ninguna biblioteca de Alemania. Así, la conversación llegó al tema de mi tesis doctoral, dedicada a un problema histórico de la época de Cromwell (una maniobra bastante obvia para eludir incon-

venientes), pero Heidegger, que no tenía afinidad con lo británico, abandonó rápidamente el tema para referirse a Francia.

La conversación giró en torno del necesario y posible entendimiento con el vecino occidental, y se habló especialmente de los poetas, de Ernst Stadler y de René Schickele. Heidegger nos leyó luego algunos pasajes de un texto suyo que había publicado el año anterior, "Caminos para la discusión", que, pese a su escasa resonancia, parecía ser extraordinariamente importante para él. El escrito fue publicado el mismo año en que el filósofo había sido invitado a un congreso que se celebraba en París con motivo del tercer centenario de la publicación del *Discours de la méthode* de Descartes. El nombre de Heidegger no figuraba inicialmente en la lista alemana; luego, ante la sorpresa expresada por los franceses, en Berlín decidieron hacerle llegar una tardía invitación, que Heidegger declinó en vista de los ribetes escandalosos que había tomado el asunto, evitando así cualquier acto demostrativo. Su respuesta fue el escrito "Caminos del diálogo", una reflexión que hasta el día de hoy vale la pena leer y sopesar. En 1969, en su carta de saludo a Heidegger por su octogésimo aniversario, Jean Beaufret señaló que ese diálogo apuntaba no tanto a las respectivas particularidades de los dos pueblos vecinos cuanto a su origen común, oculto tras su relación de vecinos: "Lo que aún queda oculto en Europa, el signo de interrogación". Sobre esto versaba nuestro reflexivo diálogo de aquella tarde. Al despedirnos, Heidegger le obsequió a mi padre una separata de "Caminos…".

A la mañana siguiente fui nuevamente a Zähringen, pues Heidegger quería hablar conmigo sobre mi futuro. Durante un largo paseo le comenté que a fines del otoño ocuparía el puesto de asistente en el seminario de historia bajo la dirección del profesor Elze; dadas las circunstancias, no sabía si luego me sería posible continuar mi carrera académica y conseguir la habilitación para la enseñanza superior. Heidegger comprendía mis dudas, y volvió a aconsejarme que me cuidara de Krieck. Luego habló de su participación temporaria en la nueva edición de la obra de Nietzsche, de las investigaciones que se ocupaban de sus escritos póstumos y de las vehementes discusiones acerca del papel de Alfred Bäumler y su "revisión" de *La voluntad de poder*. Había mucho malestar con

todo aquello, especialmente por las adulteraciones que, sobre todo en las cartas, había introducido la hermana de Nietzsche, Elisabeth Förster, fallecida poco tiempo antes.

En años posteriores, Heidegger recordó con frecuencia esta breve visita a Friburgo, que se había desarrollado en la antigua atmósfera de confianza y cordialidad, de mentalidades íntegras; evocaba "aquella tarde en nuestra casa en Zähringen, con los vivaces relatos de viaje, y las nociones y los juicios de alcance mundial", que tanto apreciaba el filósofo en mi padre.

EN TIEMPOS DE GUERRA

En septiembre de 1939, poco después del estallido de la Guerra Mundial, se desarrolló una febril correspondencia entre las familias Petzet y Heidegger. Le sugerí a mi padre que le ofreciéramos alojamiento a Heidegger y a su esposa en nuestra casa de campo en Baviera en el caso de que se produjera la evacuación de Friburgo. Arnold Petzet no vaciló en acceder, e hizo preparar para los refugiados, cuya llegada podía producirse de un momento a otro, una habitación en su domicilio de Icking, donde residía desde su partida de Bremen. Heidegger había aceptado la propuesta agradecido, ya que, escribía, su ciudad natal –Meßkirch–, adonde originalmente pensaba dirigirse en caso de peligro, no era un lugar seguro a causa de la proximidad del predio de ejercicios militares de Heuberg.

En las cartas que iban y venían se reflejaba toda la incertidumbre de aquellos días. Proliferaban los rumores: ¿atravesarían los franceses el Rin? Era cuestión de esperar, opinaba Heidegger. En Friburgo, decía, la pronosticada evacuación finalmente no había tenido lugar, y en la universidad continuaban los exámenes de emergencia y las defensas de tesis doctorales. Los tiempos difíciles exigían amoldarse, y él y su esposa estaban habituados a la vida frugal debido a sus temporadas en la cabaña. Si efectivamente se plantease la necesidad de huir, agregaba, tal vez podría encontrar ocupación en el sistema escolar o en la Universidad de Munich, siempre que permaneciese abierta. "Pero con la filosofía no se construyen aviones, de manera que,

mirando la cosa exteriormente, se trata de una actividad que debe parecer completamente extemporánea".

Según comunicó Heidegger ya a comienzos de septiembre, lo que más le preocupaba, después de su familia, era el destino de sus manuscritos, que contenían un trabajo de décadas. Lo más importante estaba guardado en la casa de su hermano Fritz, en Meßkirch, pero quedaban muchas piezas que era necesario poner a buen resguardo. Así, finalmente, en vez de los Heidegger, vinieron a aprovechar el asilo ofrecido, además de unos cuantos enseres domésticos, varias voluminosas remesas de manuscritos, contenidas en cestos cerrados. En su mayoría, se trataba de transcripciones mecanografiadas de sus lecciones y de tratados inéditos de considerable extensión, con algunas anotaciones manuscritas. Recuerdo esto perfectamente porque más tarde Heidegger me autorizó a leer esos originales, que permanecieron bajo mi cuidado durante años, incluso después de la venta de la casa de Icking, hasta que me fueron requeridos para su inclusión en la *Gesamtausgabe*. En las carpetas azules había además numerosos poemas, entre ellos "Der Tod" [La muerte] y "Die Fluh" [El peñasco], que luego Heidegger me regaló.

El 26 de septiembre de 1939 cumplió 50, y mi padre le envió una carta de congratulación; en su respuesta, fechada en Todtnauberg, Heidegger decía: "Seguimos con un pie en la puerta", y relataba que había pasado el día de un modo adecuado a los tiempos que corrían: ordenando y empacando manuscritos. "En estos días en que intercambio cartas con usted, no puedo dejar de recordar con frecuencia la bella estadía en su casa de Bremen, y de rememorar a la finada dueña de casa." Pero el pensamiento de quien escribía esa carta, al igual que el de su destinatario, se hallaba fijo en los tiempos sombríos que se anunciaban, y ningún optimismo funcional decretado por el Estado conseguía aclarar el horizonte. "En cualquier caso, ahora es menester desprenderse interiormente de todo lo que es el entorno inmediato y el terruño; pues, más allá de la posibilidad de la guerra, tenemos otras situaciones que sobrellevar, de las que nos cuesta más aun resguardarnos." En aquel tiempo, esas palabras tenían un sentido muy preciso.

Cuando dos años después, a fines del verano de 1941, murió mi padre, recibí en Icking una conmovedora carta de condolencia de

Heidegger. Al pensar en la partida de Arnold Petzet, decía, no había necesitado buscar un consuelo, pues sabía que había llegado a su fin una vida "que encerró mucha energía activa y realidad, pero también muchas penas y privaciones, y de esta manera fue precisamente una genuina vida humana". Sólo considerándola de este modo se revelaba en su plenitud y en su carácter ejemplar, y, así, era buena su memoria. A la exhortación a honrar el legado de mis padres, Heidegger agregaba un agradecimiento por la extraordinaria generosidad con que él y su esposa habían sido tratados dos años antes por aquel hombre venerado. Pensando en Icking, en tantas cosas que el nombre de este lugar evocaba, comprendía que el recuerdo se mantendría inevitablemente vivo, enlazándose con lo que habría que sobrellevar aún:

> Si alguna vez retornan los tiempos calmos para los alemanes, y ellos se ponen a forjar poéticamente y a edificar su esencia y su designio íntimo, entonces, un día, usted vendrá nuevamente a la querida Selva Negra, y encontrará en nuestro hogar un espíritu sincero de hospitalidad y de pensamientos compartidos.

Cuatro años más tarde, la pesadilla del Tercer Reich se había derrumbado entre sangre y lágrimas. La miseria, el dolor y la incertidumbre se cernían sobre Alemania, pese a las renacientes esperanzas de futuro; nadie se vio privado de penurias y desilusiones. Mientras el mundo comenzaba a recobrar el aliento tras la devastación y el exterminio, no debemos olvidar a los hombres ni las cosas que habían sido de ayuda y nos habían dado fuerzas durante los años oscuros. "La esforzada concentración del espíritu es un esfuerzo que a la larga es difícil de sostener con igual nivel; pero sin eso, nada durable se produce… Todo debe sacrificarse ahora en aras de recuperar un mundo espiritual", escribía Heidegger a Alberto Wagner en octubre de 1946.

Desde la Navidad de 1941, en que Heidegger me había enviado una pequeña separata de edición privada, no había sabido nada de él. ¿Cómo estaría? Intenté por todos los medios establecer contacto con Zähringen, para visitarlo allí en la primera oportunidad. La comunicación postal era azarosa, y no estaba permitido pasar sin

más ni más de una zona de ocupación a otra. Una vez retomada la correspondencia en diciembre de 1946, creí poder anunciar mi visita para la primavera; pero resultaba mucho más fácil llegar a la lejana Bremen, mi ciudad natal, que salvar la breve distancia que me separaba de Friburgo. Finalmente, gracias a la intercesión de las autoridades del Art Collecting Point, que los norteamericanos habían establecido en Munich y para el que yo trabajaba transitoriamente, ocupado de obras de arte y de bibliotecas evacuadas, obtuve un pasaporte para la zona de ocupación francesa, en la que se encontraba Friburgo. Pero mi viaje habría de aplazarse hasta noviembre de 1947: el motivo oficial, autorizado, de la visita era una exposición de arte moderno francés (Picasso, Braque, Gris, Léger, Chagall), la primera en Friburgo, sobre la que yo debía escribir un artículo periodístico. Pero mi auténtico motivo era el deseo de visitar a Heidegger.

Ahora era él quien me brindaba un alojamiento de emergencia; hice mi aporte llevando a la señora Heidegger unos pocos víveres y ante todo vales de racionamiento. Pasaba el día en la ciudad, severamente dañada, ocupándome de la exposición, cuyo efecto se veía realzado por el espacio en que estaba instalada, un antiguo café-concert malamente arreglado; por las tardes debía llegar a Rötebuck 47 antes del toque de queda. Concluido su horario de trabajo, que Heidegger, como siempre, cumplía escrupulosamente, toda su atención se dirigía hacia el huésped. En aquel noviembre de 1947, en el hogar de Martin y Elfride Heidegger, supe qué era "un espíritu sincero de hospitalidad y de pensamientos compartidos". Él percibió inmediatamente que yo no estaba contento con mis tentativas de hallar un nuevo trabajo, y supo desenmarañar los desordenados hilos de mi vida, dotarlos nuevamente de sentido, y hacer aun de la renuncia una fuente de vigor.

Pasamos la primera tarde conversando en su estudio; por la ventana se veía el atardecer, que iba tornándose gris mientras anochecía lentamente. Fue una conversación larga, interminable. Primero tuve que relatar mis experiencias de Berlín, en el círculo interno del comando superior del ejército, y describir mi trabajo en el departamento de historia militar, que se ocupaba ¡justamente! de Grecia, cosa que desde el comienzo me había parecido una burla; debí hablar de la creciente presión que había significado enterarse de cosas cuya

atrocidad aún se ocultaba, o se maquillaba, ante la opinión pública. Por primera vez pude expresar allí un recuerdo que atormentaba más que ningún otro mi conciencia: una tarde, en Moabit, había sido testigo involuntario de un traslado de cientos de judíos –mujeres, niños, ancianos y hombres jóvenes– que, hacinados en camiones, cantando, eran conducidos a la muerte. Al ver lo inimaginable, de lo que aquí y allá daban noticia furtivos rumores, lo había comprendido a medias, con súbito horror. No había podido hablar de eso con nadie. Mi último tiempo en Berlín se había vuelto una tortura. Sin embargo, habría mentido si hubiese dicho que mi traslado al frente oriental había sido un "alivio".

Mi relato de que, ya sobre el final de la guerra, cuando me encontraba en Ausburgo, un comentario imprudente prácticamente me habría costado la vida, dio finalmente pie a Heidegger para referirse a todas las iniquidades que había padecido y a los peligros que había corrido. La luz del escritorio, que alumbraba tenuemente la estancia, se había extinguido ya, pues el suministro eléctrico se cortaba durante la noche, sumiendo en sombras la ciudad. Permanecimos dos horas completamente a oscuras, sólo escuchando nuestras voces. Quizá fue esta situación, que suprimía todo lo accesorio, la que permitió que nuestro diálogo se hiciera cada vez más franco y familiar. Heidegger me escuchó como un padre, intercalando palabras de consuelo y aliento. Y entonces comenzó a revelarme muchas cosas que yo ni siquiera había sospechado. No puedo hacer más que un esbozo general; nunca volvimos a tocar el tema. Habló del invisible y progresivo acorralamiento del que había sido presa, mientras seguía a cargo de su cátedra sin sobresaltos aparentes; de cómo se le había denegado la aprobación para publicar nuevos escritos, o de cómo se trababa la edición de los que habían sido autorizados; de cómo se enteró luego de que existía un expediente donde se reunía "material" acerca de él, y que se lo vigilaba permanentemente desde que habían cobrado estado público algunas frases, demasiado explícitas, que dijera en sus lecciones. Y cómo en una oportunidad un estudiante de cierta edad, que participaba de sus seminarios, se le había acercado para anunciarle que era agente de la Gestapo y que tenía orden de vigilarlo, pero que en vista del trabajo que se hacía en los seminarios, se sentía incapaz de seguir lle-

vando adelante esa tarea de traición. Pero que su silencio ya se había dilatado demasiado, y por eso quería ponerlo al tanto de la situación, antes de que tal vez una orden más grave lo privase definitivamente de su libertad. "Hablamos largo rato –recordó Heidegger–. Se trataba de un hombre excelente. No he vuelto a verlo, fue trasladado al frente, donde murió" (cf. *T&G*, pp. 41 y s.).

Incluso más penoso aun que muchas de las intrigas y los planes rayanos en lo inverosímil que se habían urdido en aquel tiempo contra el filósofo, que se había vuelto una figura incómoda, fue lo que me relató acerca del fin de la guerra. Lo habían puesto casi a la cabeza de la lista de reclutamiento para el *Volkssturm*,* luego de clasificarlo "prescindible" en su labor universitaria, quizá con la esperanza de quitárselo finalmente de encima, perfidia que, en todo caso, no logró su objetivo. Finalmente, había partido en bicicleta de Friburgo, destruida por las bombas y amenazada por la invasión de los aliados, dirigiéndose a Meßkirch, su ciudad natal. Pero lo peor le esperaba a su regreso:

> En aquel momento, en diciembre de 1945, frente al claustro docente de filosofía y sin ningún tipo de aviso previo, fui sometido al interrogatorio inquisitorial de las veintitrés preguntas, y me derrumbé. Entonces llegó el decano de la Facultad de Medicina, Beringer, que a través de la maraña de mentiras había visto las intenciones de mis acusadores, y simplemente me llevó en su coche a Badenweiler, a casa de Gebsattel. ¿Y qué hizo éste? Salió conmigo a caminar por el bosque nevado, subiendo al cerro Blaue. Nada más. Pero me ayudó como persona. Tres semanas después regresé, restablecido.

No hacía falta que Heidegger dijera cuán hondamente lo había herido la actitud de la universidad –que lo había dejado caer– y la conducta de sus propios colegas. Siguió siendo un tema sensible por muchos

* Literalmente: "ofensiva del pueblo" (o "tormenta del pueblo"). Unidades irregulares organizadas durante los últimos meses de guerra con hombres de entre 16 y 60 años (sin incluir, naturalmente, a los hombres de entre 18 y 40, que se encontraban ya, salvo excepciones, bajo bandera). [N. del T.]

años, pues a él le correspondía la honra. Fue una herida que nunca llegó a cicatrizar completamente.

De la oscuridad en la que nos había sumergido la memoria de los sombríos tiempos transcurridos, el retorno de la luz eléctrica nos retrotrajo a la noche de noviembre en Friburgo. La confianza recíproca de esas horas fue la piedra fundamental de una amistad que había de permanecer indestructible. Heidegger puso fin a la conversación con uno de sus gestos inimitables: cogió una hoja de papel impreso y me leyó su propia traducción de la gran canción coral de la *Antígona* de Sófocles. Es la que trata del hombre y su destino y que se cierra con las estrofas:

Saliendo en su camino a todas partes, vacío de experiencia sin salida
llega a la Nada.
De la única salida, de la muerte, no puede
ponerse a salvo por ninguna huida
aun si supo la angustiosa enfermedad
eludir hábilmente.

Lo ingenioso sí, pues en los manejos
de la destreza su maestría supera lo esperado,
da en urdir cosas malignas
incluso, y en lo honesto, por otro lado, acierta.

Entre los estatutos de la tierra
y la aclamada justicia de los dioses toma su curso.
Inmenso se yergue sobre el lugar, perdido ha el lugar
él, para quien siempre lo que no es, es,
en provecho de la osadía…

Mas no fue Sófocles quien tuvo la última palabra aquella noche en Zähringen. Muy tarde, cuando ya me había acostado, golpearon a la puerta. Era Heidegger, con una vela en la mano, en pijama. Tenía que darme algo, dijo, un trabajo sobre literatura alemana, y pedirme que lo leyera sin falta. Se trataba de un ensayo sobre los últimos poemas de Stefan George. Aquellos poemas: “Cuando en la mira,

cayendo suavemente", "Tú, esbelta y pura como una llama", y sobre todo "Milagro desde lejos o sueño", que en *De camino al habla* se volvieron una compañía permanente para Heidegger… esa noche, yo, que hasta entonces no me había apropiado interiormente de ellos, los recibí de él como un regalo. Cuando nos despedimos, a la mañana del día subsiguiente, me entregó, como obsequio de hospitalidad, la canción del coro de *Antígona*.

III
Trabajos y repercusión después de 1945

¿APARICIONES PÚBLICAS?

"Perdido ha el lugar…" En el invierno de 1944, durante el último trimestre, antes de que Friburgo quedara destruida por las bombas, Heidegger había comenzado a dictar en la universidad unas lecciones sobre "Pensamiento y poesía", que sin embargo no pudo llevar a término. La cátedra le quedó vedada, pues la universidad y la fuerza de ocupación le retiraron la autorización para enseñar. Nadie sabía decir entonces si alguna vez podría retornar a las aulas. De este modo, el "profesor" quedó separado de su elemento natural y su voz fue amordazada; también se le prohibió publicar. La situación era análoga a la de la fábula del león enfermo de Lafontaine: salieron a la luz la envidia y la malevolencia, la incomprensión y el resentimiento, tratando de herir y de hacer daño de mil maneras a quien antes era objeto de adulación, pinchándolo con agujas, calumniándolo… Fueron contados los que entonces se mantuvieron abiertamente firmes junto a él.

La confidencia, contenida en una carta que Heidegger me envió en octubre de 1948, ilustra qué pensaba realmente en ese tiempo en que se lo hostigaba y se lo excluía del ámbito público, y cómo conseguía ver más allá de su escandalosa situación. Seis meses antes, Alberto Wagner de Reyna, que por entonces se encontraba cumpliendo funciones en la embajada peruana en Berna, me había invitado a pasar una temporada en Suiza para tomar distancia del escenario de la guerra. Acepté agradecido el amparo que mi amigo cordialmente me ofrecía, pero se me hizo difícil soportar el contraste

entre aquella destrucción y ese mundo intacto. Tras la "embriaguez" de esos días en Suiza, a mi regreso comencé a abrigar serias dudas acerca de que algo semejante, una suerte de *restitutio ad integrum*, fuese deseable para Alemania, después de lo mucho que ésta había vivido y sufrido. Además de transmitir a Heidegger los saludos y los buenos deseos de su antiguo discípulo, le hice un relato detallado de los días pasados en Berna, y le comuniqué mis dudas.

Con fecha 26 de octubre, me envió una larga respuesta en la que también se explayó acerca de la situación mundial de entonces. Allí (se refería a Suiza), y en otros lugares donde la situación era comparable, se vivía al margen de "lo que propiamente era". Por terrible que fuese lo que les había sobrevenido a los alemanes, y aunque el desarrollo insumiera décadas, en todas partes se veían signos de que el mundo moderno del hombre técnico se acercaba a su fin, lo que también significaba que había llegado a su punto más alto. (Más tarde, en su discurso de Meßkirch, reconoció con franqueza haberse equivocado con este pronóstico, o al menos con su proyección a un plazo tan breve.) Continuaba diciendo que, en su opinión, la psicología, que hacía tiempo se había convertido en psicoanálisis y que en Suiza y en otros lugares se tenía por filosofía, cuando no por religión, también era técnica. Respondiendo puntualmente a mi pregunta, Heidegger decía: "Es vano intentar meramente renovar lo antiguo, si no retomamos las experiencias fundamentales de Nietzsche y de Rilke y no ponemos en obra, con seriedad, su mirada sobre la época actual del mundo". Pero esto no significaba pretender hacer del pensamiento y de la poesía una profesión de fe, ni mucho menos darse ínfulas de redentor. Sólo quería decir "que padezcamos la penuria del hombre actual y mantengamos el oído atento al grito con que expresa, sin poder entenderlo, esta penuria, para que sea posible volver una y otra vez a la meditación pensante". A la vera del vicio único "de querer conocer y enterarse de todo lo más reciente, para olvidarlo al atardecer del mismo día", las palabras grandes y sencillas estaban en soledad, como si no existieran.

Sin embargo, no quería que se tomasen sus palabras en el sentido de algo tan banal como una crítica de actualidad. Se trataba del esfuerzo de enfrentarse a "las sencillas exigencias del ser [*Seyn*]".

Podía llevar mucho tiempo hallar este camino, y el resultado podía ser pobre en relación con la faena diaria. "Sin embargo, debemos encontrar el camino de retorno a la pobreza de la situación esencial. Y parece que por doquier las circunstancias exteriores acuden en nuestro auxilio."

Heidegger no era el único que en aquel entonces se entregaba a ese tipo de pensamientos. ¿Acaso Rilke no había dicho y esperado algo similar durante las jornadas del derrumbe alemán en noviembre de 1918? Pero debe ponerse en duda que este camino de "retorno a la pobreza de la situación esencial" haya sido buscado seriamente; quizá, más bien, hacía tiempo que la flecha que indicaba la dirección a seguir tenía otro sentido, de manera que la visión de que allí había una encrucijada decisiva no pudo echar raíces. Vinieron los días del "gran lavado de cara", a los que se refiriera Christoph Meckel: "Se buscaron nuevas briznas de paja para los viejos nidos…". Heidegger, empero, hizo lo suyo para exhortar a un examen de conciencia. Porque si bien oficialmente le estaba vedado el acceso a la expresión pública, hubo algunas personas valientes que no prestaron oídos a las difamaciones e insistieron en escuchar al pensador en persona. Tomó la delantera en este sentido un grupo de jóvenes de Bremen (a fines del otoño de 1949). Pocos meses más tarde siguió su ejemplo un gran médico, Gerhard Stroomann, en Bühlerhöhe; y poco tiempo después hizo lo propio la Academia de Bellas Artes de Baviera, recientemente fundada, merced a la intervención del conde Clemens Podewils. De este modo, inesperadamente se le ofrecía a Heidegger un triple foro, del que se valió para hacer oír su palabra. Sólo en el semestre invernal de 1951 pudo regresar a la Universidad de Friburgo.

Si retrotraemos nuestra mirada, comprenderemos que alguien que ha pasado por todos estos espacios, y que en parte ha contribuido a su concreción, no podía dejar de percibir cuán diferentes eran de los ámbitos en los que Heidegger había intervenido antes. Dicho con toda sencillez: se vio enfrentado a un público completamente diferente (y, por lo tanto, a un tipo de intervención pública diferente) respecto del que había conocido en las aulas de Friburgo. Es verdad que también aquí, con los auditorios siempre repletos, había personas jóvenes, un grupo más o menos numeroso de estu-

diantes. Pero ya no se trataba de aquel elemento juvenil homogéneo que con sus preguntas, con las dudas acerca de su cosmovisión, había tomado rumbo hacia nuevas costas, y que buscaba un nuevo piloto que se apartase del curso de los mayores y en el que poder confiar. Los que lo escuchaban ahora eran eruditos de todo tipo, artistas de todas las tendencias, hombres reputados en las carreras de la vida práctica, o por lo menos no carentes de algún éxito; eran damas de la sociedad que se esforzaban por seguir a ese animal fabuloso, el filósofo; y no pocos eran los curiosos que llegaban atraídos por ese nombre de tan dudosa fama. Se agolpaban en la elegante Bühlerhöhe o en el salón de la Academia en la capital bávara, que en esas ocasiones no olvidaba hacer alarde de su legítimo elemento católico. El pequeño círculo que rodeaba al pensador en la ciudad hanseática no respondía a esas características, y es por eso que a Heidegger le gustaba tanto frecuentarla. "Lo que quiero en Bremen es el aire puro; eso es lo que cuenta", dijo cierta vez, cuando preparaba allí una conferencia.

A veces era casi enternecedor comprobar con qué paciencia y con qué solicitud intentaba adecuarse a esos ambientes, a esas exigencias y expectativas tan desusadas, pese al hecho de que todo aquello le suscitaba frecuentes dudas, y a que probablemente nunca haya conseguido realizar lo que se proponía. Aclaremos esto con un pequeño ejemplo. A la mañana siguiente de una conferencia en Stuttgart, salimos a pasear por el parque del castillo de Hohenheim, y nuestra conversación giró en torno del problema de la "personalidad creadora" y, en general, del concepto tradicional de personalidad. Llegados a este punto, Heidegger se detuvo de repente y declaró que todo eso se había desmoronado ("eso se acabó definitivamente"), pero que la gente no lo percibía y que en esto, como en todo, se aferraba a sus viejas nociones, en lugar de "entregarse libremente". Reanudando la marcha, dijo que especialmente para mí, como historiador, resultaban de allí perspectivas decisivas acerca de qué era la historia… Pero interrumpiéndose bruscamente me pidió que de ningún modo pusiese sobre el tapete esas cuestiones en la discusión prevista para esa tarde en casa de uno de los notables de Stuttgart, y, ante mi sorprendida reacción, aclaró que al parecer habría allí personas que tenían preguntas específicas que hacerle,

que apuntaban más bien al terreno "práctico", en la tónica de "¿Qué debemos hacer?", tal como había ocurrido tiempo antes en Bremen. Si nos embarcábamos en un tema como el que veníamos discutiendo, acabarían por hablar dos o tres, mientras que los restantes ya no podrían seguirnos. Mi anotación sobre esa tarde dice:

> Heidegger, con calma y con paciencia angelical, considera todas las cuestiones planteadas (de teología, de teoría de la historia, por ejemplo sobre Spengler o Toynbee) con gran cautela, como para no asustar a sus interlocutores. Por eso, ellos no advierten que "Ser = Dios" es una premisa fundamentalmente falsa, ni que ellos hablan propiamente de la historia de los historiadores, y no de la historia como acontecer.

Sin embargo, finalmente se logró hablar de algo fructífero, por ejemplo sobre el "pensar", pues aquí, en el corazón de Suabia, la mención del verso del poeta suabo Mörike, "¡Piénsalo, alma!", encontró un meditativo eco.

Lo que en esta cuestión le resultaba gravoso a Heidegger, y que nunca había experimentado en su trato con generaciones de estudiantes, era la "opinión pública". Toda su vida desconfió de ella, porque no es un auténtico interlocutor y en verdad carece de rostro. "Lo que intento hacer en estos meses también en el campo de la opinión pública no deja de ser ambiguo, el inevitable tributo a la estructura de emplazamiento [*Ge-stell*]." También esto, entonces, era un tributo a la técnica, que se ha apoderado del ser humano moderno en su totalidad. Pero no rendía ese tributo de buen grado. Muy pronto surgieron indicios de que Heidegger habría preferido retirarse de la agitación de la vida pública: "Me espanta un poco el asunto", dijo con referencia al Congreso de Munich, en mayo de 1950. Y poco después llegó a la siguiente conclusión: "En lo de Stroomann [es decir, Bühlerhöhe] no tiene sentido". La afirmación de que todo lo dicho (o escrito) se coloca hoy necesariamente en una situación ambigua llegó a ser el lema de todos sus esfuerzos:

> Ya no (o aún no) logra ser un dar parte, un com-partir. Ha de tener razones que vienen de muy lejos el hecho de que a uno

> como yo lo hayan echado de la universidad. Cada vez más urge extraer las necesarias consecuencias. Todavía no se ha encontrado un ámbito acorde, y surgido orgánicamente, para compartir el pensamiento.

¿Dar parte a quién, compartir con quién? Heidegger pensaba en primer término en aquellos que había tenido frente a sí durante décadas en sus lecciones y seminarios, y con los que había tratado permanentemente: los jóvenes, pues un pensamiento que, como el suyo, cambia el mundo, busca y encuentra su suelo fértil en primer lugar en la juventud. Por ello, es característico que cierta vez, cuando a raíz de un fatal malentendido se generó una desavenencia transitoria con la Academia de Munich, reaccionara diciendo que era muy lamentable que de este modo la juventud fuese privada de una oportunidad de ser esclarecida en alguna cuestión. Cuando finalmente, en provecho de la buena causa, superó su enojo y se forzó a reanudar su vínculo con Munich, lo hizo dejando en claro que con gusto y alegría se ponía a disposición de la juventud. Cuando en mi casa de Icking decidimos que leería una segunda vez su conferencia dictada en la Academia, con el título "Das Ding" [La cosa], sólo permitió que se invitase a personas jóvenes. Fue tan estricto con esta decisión que en esa oportunidad no se permitió invitar a su antiguo amigo, Manfred Schröter, especialista en Schelling –quien no había podido escuchar la conferencia debido a otras obligaciones– para que la juventud no se sintiese oprimida por la presencia de un caballero mayor cargado de prestigio.

Por cierto, ese tipo de cuidados nunca fue recibido con gratitud. Muy pronto advirtió que, a pesar de todo, la juventud, a la que prefería dirigirse, nunca era tomada en cuenta para las grandes conferencias públicas, y que por lo general los jóvenes debían quedarse lisa y llanamente en la puerta para que se pudiera cumplir con las "inexcusables" exigencias sociales. El número de entradas disponibles para los estudiantes que se agolpaban en la entrada era siempre muy reducido; así ocurrió también en la conferencia sobre Hölderlin, para la que había sido necesario alquilar un teatro, porque el pío rector había denegado su permiso para que Heidegger hablase en el aula magna.

Situaciones como éstas le hicieron más y más enojosas las grandes conferencias, a las que era invitado en todas partes, y para las que no pocas veces se dejaba convencer. Tampoco la masiva asistencia de estudiantes a las lecciones que a partir de 1951 volvió a impartir en Friburgo hizo que se llamara a engaño: algo decisivo había cambiado. Así, pues, el tratamiento de aquello de lo que, cada vez con más urgencia, era importante para Heidegger fue pasando de las formas usuales de la difusión moderna a otro ámbito, el del diálogo; este desarrollo se vio reforzado por la evolución del trabajo mismo. Consideraba que no había que confiarse de "esta sociedad", ya que la derrota era inevitable en la medida en que uno estaba obligado a luchar en *su* campo: "Ésa es la única posibilidad: mantenerse alejado. ¿Pero dónde? Me lo pregunto todos los días. En una reunión de *su* generación, pero en una reunión que no sea de una organización y que no esté expuesta a lo público".

EL CLUB DE BREMEN

En 1949, época en la que aún pesaba sobre Heidegger el anatema de la universidad y de las fuerzas de ocupación, era inevitable que se generara revuelo cuando pronunció una conferencia en Bremen, invitado por una asociación de los miembros más respetados del comercio y de la gran burguesía de la ciudad hanseática, el Club de Bremen. Esta conferencia fue seguida por muchas otras, presentadas en el mismo marco a lo largo de la década siguiente. Pese al gran viraje que se había producido en la situación alemana, la conciencia pública no había olvidado el nombre de Heidegger, como lo prueban, por ejemplo, varias cartas que ya antes de 1950 Gottfried Benn escribiera a su amigo de Bremen, el comerciante F. W. Oelze. Por su contacto con el escritor Egon Vietta, promotor entusiasta de Heidegger, Oelze se habría enterado tempranamente de los planes destinados a romper el cerco del indigno "ghetto" creado en torno del filósofo, de lo que había puesto al corriente a Benn, quien contaba a Heidegger entre los tres o cuatro hombres que realmente tenían algo para decir en esa posguerra; y aunque éste se mantuvo

firme en su opinión, su apreciación sobre Heidegger era, por lo demás, extremadamente oscilante. Así, en octubre de 1949 señalaba que toda la cuestión referida a éste había pasado de la raya: "Para colmo, ahora se pone a viajar… ¡Muy feo!". Cuatro años más tarde, cuando Heidegger –que ocupaba nuevamente el cargo de su seminario en Friburgo– regresó una vez más a Bremen, el poeta preguntó extrañado: "¿Qué es lo que lo une tanto a Bremen?".

En su respuesta, Oelze –que en mayo de 1953 había presenciado la conferencia de Heidegger "¿Quién es Zaratustra?"– explicó la predilección de éste por Bremen

> por el hecho de que aquí, y quizá sólo aquí, se encontró con un estrato social con una mayoría tan compacta como no existe ni en las ciudades universitarias, ni en las ciudades administrativas, ni en *Bühlerhöhe*: grandes comerciantes, especialistas de ultramar, directores de compañías navieras, directores de astilleros. Gente para la que un pensador famoso es un ser de fábula o un semidiós.

Hasta cierto punto, la visión de Oelze era acertada, pero como carecía de un contacto directo con el círculo de los oyentes más fieles de Heidegger en Bremen, de su correcta apreciación sociológica no logró extraer las conclusiones justas. No sabía, y probablemente no tenía cómo saberlo, dos cosas. En primer término, que la presentación del filósofo en ese ambiente, aparentemente tan ajeno, no era fruto de su ambición personal, sino de la iniciativa de un número de hombres y mujeres que, más allá de su profesión, se sentían impulsados a un autoexamen espiritual y a una renovación de los tiempos que trascendiese lo material, y que por ello se empeñaron en proporcionar al pensador –cuya calidad permanecía incontestable por sobre todos los cuestionamientos, y que ya había sabido aportar a la ciudad la fecunda inquietud del pensamiento–, la posibilidad de disertar en público. Factor decisivo era también la intención de oponerse explícitamente a la injusticia de la que Heidegger había sido víctima. En efecto, no se le prohibiría la palabra en el seno de una asociación cuyos miembros representaban a las fuerzas vivas de la Ciudad Libre.

En segundo término, hay que aclarar que para Heidegger, desde muchos puntos de vista, era una experiencia beneficiosa, y aun fortalecedora, encontrarse frente a esa "mayoría tan compacta" a la que aludía Oelze, cuyo pensamiento, en general, no se había visto deformado por la enseñanza académica, sino a lo sumo por la antigua educación escolar humanista, y que por lo demás se caracterizaba por una mentalidad sumamente liberal, a la que sin duda contribuían sus contactos con el mundo no alemán. No había peligro de que un auditorio ciertamente sin instrucción filosófica, pero por eso mismo libre de preconceptos, predispuesto y receptivo, confundiera al pensador con una criatura fantástica, ni mucho menos con un "semidiós". Precisamente a esto se refería Heidegger cuando decía que de lo que se trataba era del "aire puro", en busca del cual acudía tan gustosamente a Bremen, donde estaba a salvo de la fastidiosa "admiración". No fue por "jactancia" (como creía equivocadamente Benn) que Heidegger se sintió ligado a Bremen desde el comienzo, sino porque allí encontraba la libertad de manifestar su pensamiento, recibido con libertad y con benevolencia. De esto brinda un claro testimonio su conversación con Hilde Roselius.

Heidegger preparó con esmero su primera conferencia tras años de silencio forzado. Cuando a fines del verano de 1949 la dirección del Club de Bremen tomó contacto con él, estaba en prensa la primera edición alemana de posguerra de *Caminos de bosque*, y era posible suponer que para la conferencia en Bremen escogería alguno de los temas allí tratados (los trabajos sobre Hegel, Nietzsche y Rilke, "El origen de la obra de arte", "La época de la imagen del mundo"). A mediados de octubre escribía:

> Me inclino ahora por el plan de leer, en la primera semana de diciembre, un día "La época de la imagen del mundo" (no es lo mismo oírla que leerla impresa, y además *Caminos de bosque* no sale a la venta hasta mediados de noviembre), y al día siguiente sostener una discusión, en la que podré tocar los puntos que me parecen esenciales, más allá de la "Imagen del mundo". Tengo otro plan de reserva: leer algo de un diálogo sobre la cosa [*das Ding*] que conduce al mismo ámbito de preguntas.

Era evidente su deseo de no limitarse a repetir ante los bremenses algo ya impreso, sino dirigirse a ellos con la frescura de lo inmediato. En paseos compartidos por las montañas sobre Todtnauberg evocábamos recuerdos de su estadía en Bremen en 1930, incitados por la visita de un enviado del Club, que se había acercado para tomar contacto personal con Heidegger y repasar los últimos detalles, antes de que éste se retirara a Meßkirch para preparar su conferencia. Esperaba con entusiasmo ese viaje, que lo sacaría de un aislamiento artificial: "Quizá –sugirió– sea posible prolongar la estadía de manera que, a pesar de que los días son tan cortos, pueda ver algo de la región y de sus gentes". Este deseo se vio satisfecho, entre otras cosas, por una excursión a Worpswede.

Ni la dirección del Club ni sus miembros, muchos de los cuales aún recordaban la conferencia de 1930, sabían cuál sería el resultado del retiro de trabajo en Meßkirch; ignoraban que aquello que el profesor llegado de Friburgo había de decirles en la nueva situación sería mucho más turbador aun de lo que en su momento había sido la visión de la "Esencia de la verdad". Incluso para las personas más cercanas fue una sorpresa que para su conferencia en Bremen Heidegger no eligiera ninguno de los temas mencionados; el anuncio para el 2 de diciembre decía, en cambio, que en el salón de la chimenea del nuevo edificio del ayuntamiento se referiría a la "Mirada a lo que es". Presentó en Bremen por primera vez sus célebres puntos de vista sobre la metafísica de la técnica, que constituyen el fundamento de toda su labor posterior, el pensamiento de las tres últimas tres décadas de su vida. Se trata de un grupo de cuatro conferencias: "La cosa" ["Das Ding"], "El emplazamiento" ["Das Ge-stell"], "El peligro" ["Die Gefahr"] y "La vuelta" ["Die Kehre"], la tercera de las cuales no fue pronunciada en esa oportunidad. Heidegger confrontó a su público con una exigencia descomunal, que éste, dicho sea en su honor, enfrentó con entereza y con atención concentrada hasta el final.

Cuando ingresó al salón del ayuntamiento, uno de los pocos recintos de gran tamaño de la ciudad castigada por la guerra que resultaron indemnes, reinaba una gran expectativa. Sin duda, todos percibían que estaba a punto de producirse un acontecimiento intelectual al que no se asiste todos los días; pero no los congregaba una curiosidad teñida de esnobismo como la que un año después,

en Munich, echaría abajo las puertas de los salones. El público reunido en Bremen no se componía sólo de miembros del Club; había numerosos huéspedes llegados desde lejos. Como antaño, el alcalde Spitta y el concejal Apelt, reelegidos en sus antiguos cargos, ocupaban sus asientos frente al pupitre del orador; Heidegger ocupó su puesto con visible emoción. Comenzó dando "gracias a esta antigua ciudad" que lo había convocado, y continuó diciendo: "Aquí leí hace diecinueve años una conferencia en la que dije cosas que recién hoy comienzan a ser entendidas y a tener su efecto. En aquel momento corrí un riesgo; también hoy correré un riesgo".

En un informe publicado pocos días después, Egon Vietta sostuvo que Heidegger había elegido con premeditación la misma ciudad hanseática, "para lanzar lo que ha sido hasta hoy su pensamiento más audaz", un intento de pensar que, por así decirlo, removía con una grúa gigante el andamiaje de nuestra civilización, sacándola de su peligrosa certeza de sí, para aclarar la esencia de la técnica, cuya caracterización como "estructura de emplazamiento", tan fácil de recordar como de malinterpretar, pronto estuvo en boca de todos, aun cuando el carácter de esta abstracción no hubiera sido aprehendido con precisión. Pero enseguida se recordaron muchos de los pensamientos que conformaban la ambiciosa arquitectura de la "Mirada…", sobre todo el "jarro" como ejemplo de la cosa, invocado por Heidegger con fuerza poética, y, junto con él, la "cuaternidad" del cielo y la tierra, lo divino y lo mortal. Se hablaba del "juego de espejos" de los "cuatro", por el que éstos se reflejan unos a otros: palabras e imágenes que en 1924 habían sido empleadas por Rilke en una dedicatoria a Max Picard.

Durante la década de 1950, Heidegger viajó ocho veces a Bremen con el mismo propósito. Después del grupo de conferencias de la "Mirada…" y hasta culminar con las jornadas del seminario "Imagen y palabra", pronunció en la ciudad las conferencias "Logos – palabra guía de Heráclito",* "¿Quién es el Zaratustra de Nietzsche?", "La proposición del fundamento", "Ciencia y meditación", "El habla", "La tesis de Kant sobre el ser" (leída en privado), y siempre la orga-

* "Logos – das Leitwort Heraklits"; esta conferencia fue publicada luego con el título "Logos (Heraklit, Fragment 50)" ["Logos (Heráclito, fragmento 50)"], en *Vorträge und Aufsätze* [*Conferencias y artículos*]. [N. del T.]

nización estuvo a cargo del Club de Bremen. Incluso se planteó la posibilidad de hacer accesible para el público la "Mirada a lo que es" editándola como publicación del Club, plan que lamentablemente fracasó debido a compromisos editoriales contraídos por el filósofo. Sin embargo, la reaparición pública de Heidegger quedó firmemente asociada en la memoria con el nombre de Bremen. Circulaban numerosos apuntes y transcripciones de sus intervenciones. A las conferencias, realizadas en el ayuntamiento o en el gran salón del Schütting,* seguían veladas de discusión, ya en la Casa del Concejo, donde Heidegger gustaba alojarse, invitado por el Club, ya en casas particulares, lo que daba a los bremenses la oportunidad de lucirse como anfitriones. En particular, en repetidas oportunidades la casa del concejal Helmken, en Oberneuland, fue el escenario de esas reuniones, de las que participaba un número importante de personas. Al círculo íntimo de los "amigos bremenses", que comprendía unas doce personas, se sumaban numerosos huéspedes, algunos llegados desde afuera. Pero Heidegger insistía en que la selección fuera rigurosa: muchas personas con las que solía alternar no fueron invitadas porque, a juicio de Heidegger (y sin que esto llegase a conocimiento de aquéllas), no armonizaban con ese círculo, cuya homogeneidad valoraba especialmente. El núcleo estaba compuesto por algunos de sus antiguos estudiantes de Marburgo o Friburgo, al que se sumaban varias personas del "entorno" apostrofado por Benn, que habían trabado amistad con el grupo durante la visita de 1949.

"Porque el modo bremense se ha inventado una sola vez", dice un poema de ocasión de Hermann Apelt escrito en 1911. Heidegger estimaba, e incluso amaba ese modo, caracterizado por el espíritu de pertenencia a la ciudad y por la liberalidad abierta al mundo, del mismo modo que los bremenses que entraban en contacto con él lo estimaban y lo amaban, sin que esto significara que todos accedieran de inmediato a las profundidades de su pensamiento. Era su humanidad lo que resultaba tan cautivante, una humanidad que ejercía su efecto sobre todos, tanto más porque en el ambiente

* La antigua sede del poderoso gremio de comerciantes de Bremen, construida en el siglo XVI. [N. del T.]

de Bremen podía manifestarse con entera franqueza. Aquí no despertaban el recelo de Heidegger cuestiones de prudencia académica ni un exceso de convenciones sociales, pues se habría retraído frente a la arrogancia aristocrática o a la presunción de la riqueza. Así como él se regocijaba de la ciudad, del quehacer de sus habitantes y de su mirada amplia, tendida allende los mares, así también sus amigos bremenses respondían a ese interés acogiendo vivamente su pensamiento y haciendo sensibles esfuerzos por acompañarlo por caminos que les eran poco familiares. La fidelidad de este círculo de amigos de una generación más joven era tan grata para el pensador que cada vez que viajaba a la ciudad hanseática sentía el impulso de permanecer varios días, para poder hacer justicia a todo y a todos. Espíritu práctico, predisposición, ausencia de un pensamiento esquemático: he aquí lo que significaba para él la atmósfera del lugar, a lo que se sumaba la calidez y el espíritu decididamente amistoso con que se lo recibía. No se encontraba aquí rodeado de funcionarios, sino de personas de pensamientos y acciones independientes.

El rigor que caracterizaba la discusión y el diálogo con él cuando se trataba de lo esencial del esfuerzo espiritual se resolvía en un clima de cordialidad familiar, e incluso con un ánimo decididamente festivo cuando tocaba el turno a "las buenas cosas de la vida" y el camarero del Concejo, vestido de rojo frac, depositaba sobre la mesa de la posada de la avenida Parkallee las garrafas de vino. De una manera que es difícil de describir, la ciudad se le había hecho cara a Heidegger desde su primera visita, cuando se hospedó en mi casa paterna. Tal vez sobreestimó un poco a sus habitantes en relación con aquello que parecía haber tenido en mente a comienzos de la década de 1950: edificar, junto con algunos de ellos, en dirección contraria al torbellino de la técnica económica en ascenso en el mundo entero. Este proyecto habría exigido que el pensador permaneciese en Bremen, e inevitablemente habría conducido a la conformación de algún tipo de "organización", cosa que él precisamente rechazaba. Sin duda no deseaba volver a ensayar el triste papel de "Platón en Siracusa", que ya una vez le había resultado funesto.

El foro de expresión semipública que la iniciativa bremense le había ofrecido en 1949 estaba destinado a alcanzar su punto culminante diez años más tarde, a través de una forma que era la más apro-

piada para él: el diálogo socrático. Las cartas que citamos a continuación muestran el esmero puesto en la preparación del diálogo-seminario "Imagen y palabra". Pero también dejan entrever el modo de proceder habitual de Heidegger y revelan la firmeza con la que ya desde el inicio, cuando comenzó a tomar cuerpo la organización del seminario –que respondía a una esperanza largamente acariciada, y a pedidos reiterados durante años por los amigos– se excluyó cualquier cuestión que remotamente pudiera parecerse a una mera "discusión" sin compromiso.

Ya hemos señalado que no era posible unir el seminario con las festividades por el 70º aniversario del filósofo. "Para no poner en peligro lo que propiamente corresponde al diálogo que tendremos en Bremen, considero que la mejor fecha será en los primeros meses de 1960; mi programa para el otoño del corriente año está ya sobrecargado. Para aquella fecha espero hacer accesibles algunas cosas nuevas sobre 'el habla'", escribía Heidegger en febrero de 1959. Además de la ceremonia que tendría lugar en su ciudad natal, Meßkirch, que lo distinguiría como ciudadano ilustre, tenía numerosos compromisos que atender, también en el ámbito privado, tanto allí como en Friburgo, a los que no podía sustraerse. Pero esto sólo significaba posponer la realización del plan trazado. La fecha para las jornadas se fijó para comienzos del verano de 1960, y el concejal Helmken puso a disposición su casa en la calle Lindenweg, en Oberneuland. El tema del encuentro era "Imagen y palabra". Los participantes debían prepararse leyendo varios textos, entre ellos el escrito de Wilhelm von Humboldt *Sobre la diferencia de estructura de las lenguas humanas y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la humanidad*, de 1836, así como el discurso de Paul Klee en Jena sobre el arte moderno.

El 1º de mayo Heidegger me escribió para decirme que había reconsiderado el asunto de las lecturas:

> La mayoría no podrá con ellas. El "Humboldt" ya por sí solo es un hueso duro de roer. Sería más aconsejable que releyéramos mis escritos (conferencias y artículos, *Caminos del bosque*, "La proposición del fundamento", "De camino…"), que si bien son conocidos, no necesariamente han sido entendidos, y a partir de

allí pasar libremente al tema "Palabra e imagen". Pues, de cualquier manera, acabaremos por discutir mi pensamiento. Yo quisiera tener ocasión de enfrentarme al mismo libremente, y de aprender algo del diálogo.

En una sinopsis introductoria caracterizaré el tema, con lo que habré trazado las líneas principales para el desarrollo del diálogo.

Queda por decidir si yo mismo conduciré todo, como en una suerte de seminario libre, o si habrá de conducir el diálogo, por ejemplo, el señor Helmken. Ambas modalidades tienen su pro y su contra. Con la primera se conseguiría una cohesión mayor, más dirigida, pero se corre el riesgo de la unilateralidad. Sería bueno que usted lo hablara con el señor Helmken, porque según cuál sea el modo de proceder, deberé adaptar mi sinopsis.

Finalmente, se convino en seguir la primera vía. Los textos que debían preparar los participantes eran cinco: una cita de Agustín (*Confesiones*, x, 7 y 8), el fragmento 112 de Heráclito, la parábola del atril de campanillas de Zhuang Zi, el discurso de Jena de Paul Klee "Sobre el arte moderno", y el dístico de Heidegger: "Nur Gebild wahrt Gesicht/ doch Gesicht ruht im Gedicht" ["Sólo la figura(ción) guarda el rostro (lo visto)/ mas el rostro (lo visto) reposa en el poema"].* Éste era el punto de partida presupuesto para el diálogo del seminario, que se desarrolló a lo largo de dos días y una tarde, en parte en la Galería de Arte de Bremen, frente al "Retrato de Rembrandt" y a un cuadro abstracto de Manessier, y luego, en su mayor parte, en Oberneuland. Las reuniones pusieron en claro que casi ninguno de los presentes estaba a la altura del método de interrogación de Heidegger, ante todo porque su preparación no era tan sólida como la de los estudiantes de un seminario en la universidad.

Al cabo de dos días de largas discusiones, que Heidegger había logrado controlar cuando amenazaban derivar hacia lo intelectualmente intrascendente, el diálogo se concentró en la cuestión

* "Gesicht" es en lenguaje corriente "cara", "rostro"; en un sentido menos usual puede ser "visión", pero "Gesicht wahren" puede traducirse como "guardar las apariencias". El dístico juega con esta polisemia; también podría traducírselo: "Sólo la figura guarda la apariencia/ mas la apariencia descansa en el poema". [N. del T.]

de qué es una metáfora. Ejemplo: "Presurosas nubes/ veleros del aire". Pero pronto aquello que a partir de este ejemplo pareció surgir como resultado firme tambaleó, y el carácter "abismal" de las preguntas de Heidegger –que solía irrumpir precisamente cuando parecía haberse alcanzado una seguridad completa– se apoderó del grupo reunido en el jardín.

Los escasos apuntes que tomé durante esa tarde no contienen más que retazos de pensamiento. ¿Cuál es la relación entre lenguaje y metáfora? ¿La imagen tiene preeminencia sobre la palabra? ¿Es más amplio "imagen" que "palabra"? ¿Qué quiere decir propiamente "imagen", qué quiere decir "palabra"? El lenguaje nunca brinda una figuración adecuada. Se pone al descubierto la teoría del lenguaje, que funda el "signo" en una convención; se reflexiona acerca del vínculo entre presentificación y recuerdo. ¿En qué medida la palabra está emparentada con la imagen? ¿El lenguaje tiene carácter de imagen? "Mientras haya metáfora habrá metafísica"…

Se compararon versos: el original homérico de la escena de Calipso de la *Odisea* con las traducciones de Voß y de Rudolf Alexander Schröder, y con la traducción en prosa de Schadewaldt, por la que Heidegger se inclinaba decididamente. Al atardecer, cerró las jornadas recitando la estrofa de Eichendorff referida a la canción que duerme en todas las cosas.

Estas escasas anotaciones permiten concluir que la tentativa del seminario en Bremen estuvo lejos de alcanzar las expectativas con que se lo había encarado, y así lo expresó Heidegger más tarde. "Sabía que el diálogo sería dificultoso. Pero lentamente se fue poniendo en marcha, y generó algunas preguntas. Más no se puede alcanzar en condiciones como ésas", escribió a sus anfitriones. Todos, los bremenses y los huéspedes de otros lugares –entre los que se contaban Jean Beaufret, de París, el cura Paul Haßler, de Basilea, el doctor Martin Nagel, y la antigua amiga de Heidegger, la doctora Ingeborg Schroth– hicimos la experiencia de lo que quería decir Georg Picht cuando se refería a las sesiones de seminario de Heidegger, que él tomaba con la seriedad de lo sagrado. Hoy su estilo sería tachado de "autoritario": no había eso que ahora se llama con ligereza "discusión" y que él consideraba palabrería. "Se aprendía inmensamente." Pero en esos días bremenses también experi-

mentamos que Heidegger "vivía en un paisaje tormentoso" (¡y eso que nos trató con delicadeza!). Lo de Bremen no puede compararse con lo que se logró posteriormente, en los seminarios de Le Thor (1966/1973).

Heidegger consideró con interés y simpatía los planes, inicialmente vagos, de fundar en Bremen una nueva universidad dándole una forma distinta a la habitual, pues creía ver en ello la posibilidad de un nuevo inicio, libre del lastre de lo heredado. El cariz que tomaron los acontecimientos a poco de fracasar la primera comisión fundadora –la desviación hacia lo político– le produjo una gran decepción. En una carta que dirigió a un miembro del círculo de Bremen en el año de las revueltas estudiantiles puso de manifiesto qué pensaba al respecto, no sólo desde la perspectiva del caso de Bremen, sino en general. Decía allí que la universidad se convertía forzosamente en una escuela profesional:

> Habría que llevar esto hasta sus últimas consecuencias. La orientación intelectual quedará a cargo de los politicólogos, y la transmisión de lo "espiritual" se producirá por fuera. Es inútil obrar contra el furor del mundo técnico. Es menester ver todo esto sin resignación. Esto, que frecuentemente no es fácil, es más fructífero que empeñarse en esfuerzos, destinados al fracaso, de salvar lo que fue. Tras el mundo técnico obra un secreto. Ese mundo no es mera hechura del hombre. Nadie sabe si el hombre reconocerá esto sobrio como lo "sagradamente sobrio", ni cuándo lo hará. Basta con que esta referencia quede abierta (25 de febrero de 1968, a Ingeborg Böttger).

Hacía alusión una vez más, con pocas palabras, el tema de la "Mirada a lo que es".

Pero las visitas a Bremen tenían para Heidegger otro costado. En 1930 se sabía ya que le interesaba vivamente la historia de la ciudad hanseática, a la que había tenido una excelente oportunidad de aproximarse en casa de mis padres, entre otras cosas por la actividad de mi padre como miembro del consejo directivo de la compañía naviera Norddeutsche Lloyd, interés que no había decaído con el paso del tiempo. Como hasta entonces no había podido inspec-

cionar un transatlántico, quería informarse ahora con detalle sobre la reconstrucción de la flota mercante alemana, que por esos años estaba en sus comienzos, y se interesaba especialmente por las innovaciones de la técnica. A mediados de la década de 1950, gracias a la intercesión de Karstedt –un directivo de la Lloyd que seguía con tesón las conferencias de Heidegger y que confeccionó una versión con perspicaces notas marginales de la conferencia sobre ciencia y meditación–, en el puerto franco de Bremen Heidegger pudo visitar una nueva embarcación a motor de gran tamaño, perteneciente a la compañía de navegación ARGO. Esta visita a la "Arion" le produjo un gran placer; sorprendió al capitán con pormenorizadas preguntas técnicas, y finalmente solicitó no sólo ver el puente de mando, las cubiertas y las bodegas, sino incluso que se lo condujera a la sala de máquinas. Allí se hizo explicar todo detalladamente, y entabló una larga conversación con ingenieros y marineros. Cuando finalmente resurgió de las profundidades, algo manchado de grasa, radiante de energía emprendedora, vino a mi encuentro (tímidamente, yo había permanecido en cubierta) y me dijo con una sonrisa satisfecha: "¿Qué le parece? ¿Qué diría Jörg ahora?". Se refería a su hijo mayor, el técnico, de quien esperaba que aprobara esta prueba.

En cambio, unos años más tarde experimentó una decepción al visitar Bremerhaven, pues si bien las esclusas, los docks y el gran muelle Columbus lo llenaron de admiración, la visita a la nueva Bremen fue un fracaso rotundo. El gigantesco barco, recién reformado, no halló piedad en su mirada. El equipamiento de "hotel flotante", según dice la expresión –más que acertada en este caso–, la variopinta colección de bares, boutiques, cines y lujosas tiendas de todo tipo al gusto de los pasajeros americanos, le parecían una degradación de todo lo que un barco debía representar. Partió disgustado, y hasta regresar a Bremen no pronunció palabra, salvo acotar con cierta indignación que semejante condescendencia con las payasadas de la moda sin duda no habría contado con la aprobación de mi padre.

Sin embargo, esto no afectó la calidez de sus vínculos con la navegación, con los armadores y con los comerciantes, una de las razones de que en 1962 se lo invitara a la famosa "Schaffermahlzeit" de

Bremen, el banquete de fraternidad más antiguo del mundo. Un miembro del círculo de amigos, el doctor Eddo Blaum, ocupaba en aquel momento el cargo de Erster Schaffer. Yo lo alentaba, tratando de despejar sus dudas y sus temores, y Heidegger finalmente aceptó la invitación para gran alegría del doctor Blaum. Eso sí, se rehusó categóricamente a vestir el tradicional frac; pero el traje oscuro ya ganaba terreno en sociedad. "El segundo viernes de febrero", según reza la regla de este banquete, con el que antiguamente se celebraba la inminente ruptura del hielo y el consiguiente reinicio de la navegación, y que reunía a los comerciantes con sus socios, los marinos, encontró a Heidegger una vez más en Bremen. "El precursor del existencialismo" (según proclamaba un diario bremense en su enumeración de los invitados de honor) ocupaba un asiento en la mesa travesaña del tridente de Neptuno que se arma cada año en el gran salón medieval del ayuntamiento de Bremen, y que, decorado con flores y platería antigua, reúne a los miembros de la Casa de Navegación Marítima, capitanes y comerciantes, junto con sus huéspedes provenientes de toda Alemania, incluyendo a los invitados de honor, y con el alcalde, que oficia de anfitrión.

Se temía que Heidegger se sintiese muy ajeno a todo el ambiente, y por esa razón se lo ubicó frente a uno de los más amables, simpáticos e ingeniosos de entre los grandes comerciantes de Bremen, Henry Lamotte. El nombre merece ser registrado, ya que Lamotte no sólo conversó con él acerca de las diferentes tradiciones de la comida y de la bebida, sino que en los intervalos lo entretuvo con historias bremenses serias y jocosas, e incluso con alguna anécdota subida de color, y logró ponerlo de tan buen humor que el anciano comensal pasó muy entretenido las cuatro horas y cuarto que prescribe la tradición, entre discursos y cantos. Cuando cerca de las nueve de la noche (la festividad había comenzado a las tres de la tarde) bajó al Ratskeller –el comedor ubicado en el subsuelo del ayuntamiento–, donde lo esperaban los amigos, sus ojos chispeantes revelaban cuánto había disfrutado la velada.

Cerremos este recuento de la larga relación de Heidegger con Bremen citando algunos de sus dichos que muestran cuán hondo era su vínculo con la ciudad.

Cuando en el semestre invernal de 1951-1952 pudo retornar a su vieja universidad y retomar sus lecciones, desde Bremen se le envió como honor especial un vino de obsequio, según una usanza que se remonta a los tiempos de Goethe. En su carta de agradecimiento, fechada el 21 de noviembre, dice:

> El vino de Bremen, de excelente calidad, llegó en el momento oportuno, para el almuerzo previo a mi primera lección. Agradezco de corazón este obsequio y la intención con la que fue enviado. En estos días he estado pensando muy especialmente en los amigos de Bremen, que pueden reclamar para sí haber sido *los primeros* que, hace algunos años, me dieron la posibilidad de hablar en público… Una vez más se me hace patente cuán esencial es la palabra hablada, aun si entre los muchos alcanza sólo a unos pocos, e incluso desconocidos.

Otro regalo de los amigos de Bremen, al que nos referiremos luego, se le entregó en Friburgo en la víspera de su septuagésimo aniversario: los cuarenta tomos de la última edición de las obras de Goethe publicada en vida del autor, adquiridos en la tienda de un anticuario de Bremen, cuya entrega se acompañó con una serie de citas de Goethe apropiadas para la ocasión, que leyeron por turno los amigos cuando le entregaron el obsequio. Visiblemente emocionado, en su alocución a los invitados de la velada festiva Heidegger dijo que si querían saber qué era Bremen, allí habían podido verlo. Tomaría como advertencia el hecho de que se trataba de una edición definitiva, pues para él había llegado el tiempo de hacer lo propio… Al concejal Helmken, que tuvo la iniciativa del regalo, le escribió: "No seré capaz de expresar suficientemente mi gratitud, aun cuando llame en mi auxilio lo que he intentado darles a mis amigos bremenses durante los pasados años, y lo que quizá pueda darles aún. La índole y el sentido del obsequio reflejan la magnificencia del espíritu de Bremen".

Nunca encontró una respuesta más bella la pregunta de Gottfried Benn acerca de qué unía tanto a Heidegger con Bremen.

BÜHLERHÖHE

En diciembre de 1949, la última noche de su estadía en Bremen Heidegger me entregó como presente su libro *Caminos de bosque*, recientemente publicado, y a mi pedido transcribió en él la parábola de Lessing del molino de viento:

> No soy verdaderamente más que un molino, y no un gigante. Aquí estoy, parado en mi sitio… solo. Los treinta y dos vientos son, todos ellos, mis amigos. De toda la ancha atmósfera no pido una pulgada más de lo que mis aspas requieren para completar su giro. Que se les deje la libertad de este giro; nada más.

Que Bremen le brindase un lugar para volver a circular fue una experiencia saludable y fortalecedora que nunca dejó de agradecerles a la ciudad y a su gente, aunque al poco tiempo otros siguiesen el ejemplo y lo invitasen a disertar.

La clínica Bühlerhöhe, creación del arquitecto del *Jugendstil* Wilhelm Kreis –ubicada en lo alto de las montañas, en el norte de la Selva Negra, por encima de Baden-Baden y del valle del Bühler– "era un monumento arquitectónico nunca utilizado, una obra de lujo, planeada para ser una casa de juego…". Así caracterizaba Gerhard Stroomann el edificio de arenisca colorada, con aires de castillo, en el que, proveniente de Munich, se había instalado en 1920, cuando era un médico clínico de futuro promisorio. Fue su particular audacia la que lo llevó "a subir a la Bühlerhöhe, absolutamente desconocida, vacía y sin forma, yo solo con mi medicina, como hombre, espiritualmente", y a edificar allí, en pocos años, algo que era más que una clínica famosa. "Bühlerhöhe ha llegado a ser un término que no sólo se asocia con la medicina, con un contacto siempre íntimo con la ciencia, sino que se ha transformado en una isla humana… destinada a producir nuevamente lazos internacionales". Si Stroomann, a quien se recuerda como "el médico de la Bühlerhöhe", escogía formulaciones tan altivas, lo hacía en buena medida para referirse a su intento de crear en su "montaña" un sitio de saludable intercambio espiritual, donde a través de conferencias y discusiones se intentase hacer un aporte al conocimiento "de lo que está

ocurriendo hoy". Se ponía al servicio de los "esfuerzos del espíritu creativo", limitándose, de acuerdo con una formulación de Max Weber, "al *pianissimo* de las relaciones enteramente privadas", aunque pronto apuntó también a una repercusión más amplia.

En una carta a Rudof Bultmann, Max Kommerell –que a fines del otoño de 1943 había acudido a Bühlerhöhe para restablecer su menguada salud– hace una caracterización del médico y de la situación que no carece de irónica agudeza:

> El médico jefe, doctor Stroomann, tiene un alma un tanto tímida, que oculta bajo su prudencia mundana y haciendo el papel de mediador universal, y gusta de picotear poesía, pero más aun de observar a todo género de gentes escribientes y versificantes, aunque sin el menor ruido. *Ex officio* es muy psicólogo y en su juventud su desarrollo [...] se vio influido por la psicología. Ha emparchado a diversos contemporáneos de nota, o más bien sus sistemas nerviosos hechos trizas, tanto a magnates como a genios de la técnica, científicos, etcétera.

Si por Strooman hubiese sido, probablemente habría predominado el elemento poético y literario. Pero también acudían a él los políticos de la época, como Tschitscherin, Stresemann, o el canciller del Reich, Hermann Müller. Ernst Toller fue su paciente, al igual que Heinrich Mann. Después de sobrevivir sin mayores sobresaltos al Tercer Reich y los difíciles años de la posterior ocupación francesa, concentró sus esfuerzos en una nueva dirección, tratando de realizar así sus afanes y sus deseos más íntimos. Ya en 1949, apenas se hubo retirado la fuerza de ocupación, comenzó a organizar conferencias –las llamadas "tertulias de los miércoles"– que fueron su creación favorita y que alentó hasta su muerte, en 1957. Ante un auditorio siempre creciente, se discutían allí los más diversos temas, con la mira siempre puesta en las grandes cuestiones intelectuales del momento: crítica social, filosofía, lengua y poesía, artes plásticas, música, también psicoanálisis. Allí, en la sala circular debajo de la cúpula, renombrados eruditos, artistas y hombres de la vida práctica hablaron sobre su especialidad y se prestaron a la discusión; sirvan para ilustrar el nivel de los oradores los nombres de Carl Orff,

Friedrich Sieburg, Emil Preetorius, Karl Kérenyi, Max Bill, Beda Allemann, Kurt Bauch, Georg Schmidt (de Basilea) y Hans Kienle. A ellos se sumó Martin Heidegger, que los días 25 y 26 de marzo de 1950 dictó nuevamente sus conferencias de Bremen.

En las notas de Stroomann –*De mi libreta de anotaciones roja*–, con su estilo ligeramente patético-expresionista en el que resuena el eco de los poetas que apreciaba, pertenecientes a su propia generación, el médico se refiere a estas veladas con Heidegger y a otras posteriores:

> Cuatro veces [...] habló Heidegger en Bühlerhöhe, y en cada una de esas oportunidades se produjo esa excitación extraordinariamente descomunal que se levanta cual tormenta cuando él lee, o aun cuando apenas se encamina hacia el pupitre, como no ocurre con ningún otro contemporáneo [...]. Pero ¡quién puede cerrarse cuando brota el ímpetu de su pensar y de su saber, que en cada palabra se manifiesta como nueva creación! ¡Sí, todavía hay manantiales ignotos! ¡Cuánta gratitud le deben nuestras tertulias de los miércoles!

Pese a sus exageraciones bien intencionadas, Stroomann, que se sabía responsable de esas veladas, sin duda también sabía muy bien qué flaquezas se ponían de manifiesto precisamente cuando se dialogaba con el filósofo. En otro pasaje de sus anotaciones dice que casi siempre era

> como una celebración, como un fuego abrasador. Enmudece la palabra. Pero cuando se abre la discusión, eso significa máxima responsabilidad, y también máximo peligro. Muchas veces falta destreza. Es necesario ceñirse al tema [...] aunque sólo se trate de una pregunta.

Pero en Bühlerhöhe faltaba un público adecuado. En la atmósfera mundana de la clínica apenas era posible sostener verdaderos diálogos, como por lo general lo requerían los temas seleccionados. En la sala, los pacientes se codeaban con elegantes jubilados de Baden-Baden y con magnates industriales del oeste de Alemania, y con otros

muchos curiosos atraídos meramente por el sonido del "gran nombre". Los escasos estudiantes de Friburgo o de Heidelberg que ocasionalmente se sumaban no lograban modificar el ambiente de velada social a la moda que tenían los encuentros. Era evidente que el interés de la concurrencia apuntaba más a un entretenimiento de alta categoría que a una rigurosa disciplina del espíritu, una postura intelectual como la que censura Nietzsche en una carta a Lou Salomé, que "toma el conocimiento como un *plaisir* entre otros *plaisirs*". Bühlerhöhe no era terreno fértil para una simiente destinada a preparar con seriedad un nuevo futuro espiritual.

No pretendemos negar que hubo algunas veladas de gran provecho para los oyentes… especialmente cuando no se ensayaba una de esas "discusiones" triviales, sin la menor preparación. Ilustremos los pro y los contra de esas "tertulias de los miércoles" con algunos ejemplos extraídos de mis notas. Al cabo de su conferencia sobre "Arte abstracto", un orador tan hábil y culto como Emil Preetorius logró involucrar al ministro de Cultura de Afganistán en una fascinante discusión con Heidegger, durante la cual éste se refirió a la relación entre arte abstracto y técnica moderna diciendo que ella era un "instrumento de la esencia de la técnica", algo completamente diferente del arte, y que no se comprendía a sí misma si pretendía ser arte. En la técnica, el espíritu europeo se realizaba de acuerdo con su especie y su extensión. Los griegos llamaban *tejné* al arte, pero con esto no hacían referencia ni a la técnica maquinal de nuestros días ni a lo que actualmente recibe el nombre de "arte", sino a un modo de apertura de la esencia del mundo.

Por cierto, sólo quien oyese la conferencia de Heidegger sobre la técnica pronunciada un año más tarde en Munich podía aprehender en su totalidad las conexiones bosquejadas aquella noche en Bühlerhöhe; de esta discusión que, como sucedía generalmente, fue demasiado sucinta, muchos de los oyentes retuvieron fragmentos inconexos, lo que dio pie a diversos malentendidos. Del lamentable nivel en el que solían desarrollarse las "discusiones" pueden brindar una muestra mis notas correspondientes a una conferencia de Allemann "Sobre lo poético". En esa ocasión, sostuvo que el modo principal de comprender un poema era a través del ritmo; que había ejemplos de palabras que respondían a una trama rítmica, más que

a una de sentido. Heidegger agregó que era menester comprender el ritmo desde la historia aconteciente, y no desde la disciplina académica de la historia, como confrontación del "desde dónde" con el "para qué". Y se preguntaba si el ritmo en la naturaleza podía aproximarse a eso que Allemann señalaba: "¿A qué apunta el concepto de ritmo?". De pronto, alguien del público lo interrumpió exclamando: "¿Por qué siempre quieren explicar todo?". A lo que Heidegger respondió: "Se equivoca; nosotros aquí no queremos explicar [*er-klären*] nada, sino aclarar [*klären*]".

En el transcurso de la misma discusión se sopesó la sentencia de Allemann de que "lo poético es producción de la forma" (Hölderlin: "forma de los celestiales"). ¿Se refería esto a la forma lingüística? Rompiendo el concentrado silencio alguien prorrumpió: "¿No podríamos animar un poco el ambiente cediéndole la palabra a una dama?". La secretaria ejecutiva de Stroomann aprovechó la sorpresa general para citar un proverbio indio: "Quien comprende el secreto de la vibración, lo comprende todo". Otra señora tomó entonces la palabra y dijo que por lo tanto el poeta no puede producir la forma divina misma, pero sí una que permita vislumbrarla como a través de un velo maravilloso. Allemann, terminante: "No, justamente lo asombroso de la obra de arte es que *no* hay tal velo. El ritmo obra atravesando la palabra". La sala se animó. "¿Podríamos vivir acaso sin la obra de arte?" Allemann lo niega, a lo que una señora objeta que hay muchas personas que detestan los poemas… Carcajada general. Alguien grita "¡Yo sí que puedo vivir sin obras de arte!", y otro opina que todo ese "encontrarse en el ritmo y ponerse a vibrar con él" del que se había estado hablando conducía directamente al dadaísmo, y que en ese caso lo mismo daba que nos pusiéramos a balbucear.

Los participantes parecían un grupo de escolares protestando descontentos. Finalmente, Heidegger consiguió decir algo:

> Verdaderamente me sorprende cómo "filosofan" aquí. Hace tiempo que no me topaba con este tipo de problemas. Pero meditemos, ¿qué hay de la indagación poética de la poesía? ¿No será que ésta no es cosa de historiadores de la literatura? ¿Diálogo poético entre poetas, o más aun? ¿En qué forma se produce el diálogo entre poetas?

A lo que respondió Allemann: "Ineludiblemente, con cada palabra".

Para el pensador Heidegger, el nivel insuficiente, a veces bochornoso, de los "diálogos" debía ser una gran decepción, que la presencia de dos o tres "compañeros de diálogo" no alcanzaba a mitigar. Los escasos encuentros con personajes notables, fructíferos para él desde el punto de vista personal y teórico, no podían compensar aquellas experiencias. Algunos de esos encuentros también provocaron desazón, como en el caso de Ortega, con quien no hubo ni coincidencia productiva ni una auténtica confrontación. En realidad, el clima de Bühlerhöhe se oponía a ello: con su hotelería impecable y la multitud de huéspedes que iban a pasar allí el día, era todo lo contrario de una academia platónica. Cuando a continuación ocupó el estrado Gustaf Gründgens para presentar, junto con Elisabeth Flickenschildt y Antje Weisgerber, una *causerie* de tono ligero sobre teatro y arte moderno, aderezada con gesticulaciones, el espíritu de los poetas y los pensadores invocado minutos antes huyó de la sala… y Heidegger se retiró, sin que el gran mimo lo reconociera.

Stroomann quería que las "tertulias de los miércoles" brindasen un aporte al conocimiento de "lo que ocurre hoy". Una suerte de inventario de los tiempos, un amplio y plural análisis que abarcase las más diversas perspectivas, un balance; y sólo para una mirada fugaz y superficial esto podía confundirse con "el escrutinio de lo que es" por el que bregaba el filósofo. A causa de la gran estima que le merecía Stroomann como hombre y como médico, Heidegger tardó en retirarse del proyecto de Bühlerhöhe. No quería ofenderlo ni desilusionarlo en su intento de buena fe. Pero muy pronto supo que de allí no surgiría nada. La prematura muerte de Stroomann le evitó la amarga decepción que, sin duda, le habría sobrevenido antes o después. El mérito de haber sido uno de los que apoyaron a Heidegger ya a comienzos de la década de 1950 es indiscutible. "Puede decirse, sin exageración, que fue un verdadero benefactor del filósofo Heidegger", escribe Friedrich Sieburg en su necrológica publicada en el *Frankfurter Zeitung*.

LA ACADEMIA DE MUNICH

Mi sospecha de cuál sería la atmósfera que se iba a respirar en Bühlerhöhe me produjo una aversión que me llevó a abstenerme de asistir a las conferencias que Heidegger pronunció allí en marzo de 1950 – aún me hallaba bajo los efectos de la impresión recibida en Bremen–. Poco tiempo después, en abril de 1950, recibí en Icking un llamado telefónico del conde Clemens Podewils, secretario general de la Academia de Bellas Artes de Baviera, fundada después de la guerra y cuyo presidente era Emil Preetorius. Podewils me comunicó que Heidegger había accedido a presentarse en Munich a comienzos de junio con una conferencia ante la Academia, y como sabía que yo tenía una relación estrecha con el filósofo, deseaba contar con mi colaboración para poner a punto algunos detalles.

Inmediatamente escribí a Friburgo para cerciorarme de los propósitos de Heidegger, y agregué a mi pregunta una invitación a Icking para conocer la casa donde mi padre había pasado los últimos años de su vida, y en la que él se habría refugiado durante la guerra (por otra parte, sus manuscritos seguían en custodia allí). Al parecer, durante varias semanas había dudado en escribirme, pues suponía que yo estaba con mucho trabajo y daba por sentado que Podewils me había puesto al corriente de todo. Me aseguraba que en su visita a Munich, él y su esposa no dejarían de lado Icking. "La memoria de sus padres no me lo permitiría; por no mencionar la gran adhesión con que sigue usted las tentativas que actualmente estoy realizando en el ámbito público. Es éste un asunto ambiguo, el inevitable tributo al emplazamiento".

Durante las semanas siguientes, los preparativos para la conferencia de Munich me llevaron a frecuentar al conde Podewils y me permitieron conocer su noble, fina y recta personalidad, de la que daría sobradas pruebas a lo largo de las diversas dificultades que surgieron en aquel tiempo y en años posteriores. Podewils, que no conocía a Heidegger personalmente, me hizo relatarle muchas cosas sobre él, y pronto presintió que la presentación del filósofo en Munich no estaría totalmente exenta de problemas. Mientras, Heidegger se retiró a Meßkirch para preparar su nueva conferencia, cuyo tema era objeto de acaloradas discusiones en el palacio Príncipe Carlos,

de Munich; en sus bellos salones funcionaba por entonces la Academia; por vía postal, yo mantenía informado a Heidegger. A mediados de mayo, éste nos escribió simultáneamente a Podewils y a mí para comunicarnos el título definitivo del tema: "Sobre la cosa", sin agregar nada más.

Quedaban varios asuntos por resolver, para los que Podewils apeló a mí como intermediario. Porque cuando se supo que el filósofo –objeto de habladurías a causa de su "pasado político", así como por su pretendido "existencialismo"– hablaría en Munich, abundaron las solicitudes y las polémicas. Todos querían tener alguna clase de participación en la muy debatida visita. Antiguos discípulos y viejos amigos, como el padre Lotz, a la sazón profesor de metafísica del Seminario Jesuítico, y Manfred Schröter, el especialista en Schelling, intentaban lograr un encuentro de Heidegger con sus respectivos círculos; con el derecho que le daba ser el anfitrión, el conde Podewils quería llevarlo a su propiedad rural de Haarsee, y, en medio de todo eso, no había que pasar por alto a Romano Guardini, antiguo compañero de estudios de Heidegger, según el expreso deseo de éste. Me costó grandes esfuerzos de elocuencia desbaratar una recepción con el mundillo de Munich prevista por la Academia. "Mi marido se verá bastante horrorizado cuando sepa que tal idea fue siquiera considerada", me escribió la señora Heidegger. Por su parte, Heidegger decía: "Así seguirá la cosa. Me produce algo de pavor". Finalmente, se hizo lo posible por desterrar del programa todo lo que tuviera carácter "oficial"; como "compensación", luego de los días presumiblemente agotadores de Munich, se incluía entre otras cosas una estadía en mi casa de campo en Icking.

Si bien hasta aquí, gracias a la cooperación del comprensivo conde, todo parecía encaminarse del mejor modo posible, el mero anuncio de una conferencia de Heidegger produjo toda clase de resistencias, que se manifestaron explosivamente. Eran tiempos agitados en la capital bávara: el Parlamento del estado de Baviera era escenario de turbulentas disputas en torno del ballet *Abraxas*, de Werner Egk, tachado de "amoral" y execrado como "misa negra"; no menos turbulentos eran los altercados en el Concejo de la ciudad, donde uno de los hombres del ministro Hundhammer propuso cortar la electricidad durante una puesta en escena de la *Princesa*

de las Csardas, una obra supuestamente filonazi. En esa misma intervención apostrofó a Heidegger de "antiguo mozo de espuelas del régimen nazi", expresando su consternación ante el hecho de que ahora ¡se atreviese a hablar públicamente en la Academia de Bellas Artes de Baviera!

En esos días a orillas del Isar parecía perderse toda medida espiritual. Mientras el presidente de la República Federal, Heuss, asistía a la representación de la *Pasión* en Oberammergau, el ministro de Educación y Culto de Baviera consideraba que su conciencia no le permitía hacer otro tanto, porque el barítono que interpretaba a Cristo había sido catalogado por la agencia de desnazificación como simpatizante. Rayan en lo indescriptible las maniobras mediante las que, entre bambalinas, se intentaba influir sobre el Ministerio de Educación y Culto y sobre los círculos allegados a aquél para impedir la conferencia de Heidegger; la resistencia obcecada alternaba con la intriga, la tergiversación e incluso la amenaza. Si en cambio se hubiese examinado a los que se empeñaban de este modo, sin duda se habría llegado a la conclusión de que sólo una exigua minoría había leído alguna vez un texto de Heidegger o entendido siquiera una sola frase suya. ¿Y quién sabía realmente lo que había sido su rectorado en Friburgo, o que de 1936 en adelante no había podido publicar o viajar sin ser observado por la Gestapo?

Aunque no alcanzó su propósito, la incansable actividad de estos opositores logró que la presentación del pensador en Munich se desarrollase en medio de una atmósfera enrarecida y hostil. Pero a la vez, lo que es significativo, la oposición no estaba unificada: una brecha separaba a los grupos favorables de los desfavorables, pues alrededor del nombre de Heidegger se dividían las aguas, separando a un sacerdote de otro, a un poeta de otro, a un filósofo de otro, a un estudiante de otro. Mientras que el clero más ortodoxo tronaba negras profecías, las mejores cabezas de entre los benedictinos y los jesuitas se manifestaban favorables a Heidegger, y mientras varios estudiantes de la Universidad de Viena se pusieron en camino (haciendo autostop durante varios días) para oír, siquiera una vez en su vida, a Heidegger, la Sociedad Kantiana, seguramente preocupada por el bien de sus socios, programó otra conferencia para la misma tarde.

Cuando la discusión aún no había alcanzado su punto culminante y se debatían con ímpetu creciente los pro y los contra, en las últimas horas de la tarde del 26 de mayo recibí un telegrama fechado en Zähringen que me dejó completamente anonadado: "Cancelé conferencia hoy definitivamente. Explicaré. Heidegger". Como ya no podía comunicarme con Podewils esa tarde, me encontré ante un misterio que los "fantasmas de la noche" fueron trocando en formas más y más aberrantes. ¿Qué había sucedido? A la mañana siguiente, otro telegrama confirmó la cancelación; agregaba, sin embargo: "Dispuesto, si en círculo privado". Finalmente, llegó una carta que aclaraba lo sucedido y que merece ser reproducida aquí, porque su reacción ante un (supuesto) agravio muestra cuán extremadamente susceptible, e incluso cuán profundamente herido, se encontraba Heidegger como consecuencia de las injusticias, las calumnias, los insultos y las bajezas del lustro precedente, y de la penosa situación personal en que lo habían sumido.

Decía allí:

> La medida se está colmando. El 24/5 recibí en Meßkirch un telegrama según el cual el *directorio* de la Academia solicitaba para la conferencia un estilo y además un subtítulo que armonizase con la institución. De manera que cancelé definitivamente la conferencia. No creo que el conde P. tenga algo que ver con el asunto. Pero hace ya tres meses que se confirmó la conferencia, por la que no recibiría honorarios, con un título precisamente formulado: "Sobre la cosa". Ahora, a quince días de la fecha, vienen con pedidos especiales. Sin entrar a calificar en general esta actitud, parece que no me consideran capaz de decir algo que quizá pueda ser esencial para esa Academia./ En toda la época de Hitler no me había ocurrido algo así./ Lamento profundamente todo el asunto; esto se suma a otras cosas que pasan por aquí, y es muy doloroso.
>
> Dos días atrás fui a la tumba de mi madre, en su onomástico. A partir de ese momento vi con toda claridad el camino que me queda por delante. Es muy lamentable que se prive a la juventud de las oportunidades que podrían, aquí y allá, servirles de orientación. Pero esto se ha acabado definitivamente. No asumo la res-

ponsabilidad por esta omisión de una posible ayuda, sino que se la atribuyo a la universidad, al gobierno y a las restantes instancias dirigentes.

Le dolía especialmente que mis amistosos empeños, que habían insumido tanto tiempo y esfuerzo, no hubiesen conducido a nada… y no tener la posibilidad de visitar Icking. Se desvanecía la perspectiva de pasar juntos unos días, que habrían representado un descanso y un estímulo también para su esposa. También rechazaría las invitaciones de varias asociaciones estudiantiles (Heidelberg, Tubinga, Marburgo, Bonn), ante todo porque su situación en Friburgo seguía siendo escandalosa. "Pero olvidémoslo. Hay otras cosas en juego. Sólo espero que se mantenga íntegra mi capacidad de trabajo y que la calma interior y exterior no se vea perturbada. Le agradezco de corazón sus esfuerzos, ahora inútiles, y lo saludo en buena amistad…"

Esta carta, sobre cuyo contenido me comuniqué de inmediato con el conde Podewils, consternó profundamente a todos los involucrados. En principio, parecía inexplicable cómo había podido originarse la solicitud del directorio de la Academia de que se respetase un determinado "estilo" acorde con el carácter de la institución. Ni Podewils ni Preetorius eran capaces de algo semejante. Pero era previsible que Heidegger, que había recibido en negro sobre blanco tal demanda, no pudiera responder a ella sino cancelando el compromiso.

El desenlace no se hizo esperar. En respuesta a dos cartas que expresaban mi estupefacción y mi alarma, el 28 de mayo recibí un telegrama: "Vamos a casa de Icking". La intervención de la condesa Sophie Podewils, que ante la cancelación de Heidegger había salido a toda prisa hacia Friburgo como emisaria de paz, sabiendo que sería recibida con frialdad, trajo la esperada luz. Se supo entonces que el telegrama de la Academia incluía una errata: en vez de "estilo de la conferencia" [*Vortragsstil*] debía decir "título de la conferencia" [*Vortrags-Titel*], es decir que lo que se solicitaba era que el título de la conferencia contuviese alguna referencia al carácter de la Academia como institución dedicada a las bellas artes; en suma, un mero detalle. Así, más allá del hecho de que Heidegger había formulado el título con toda claridad con bastante anticipación y de

que el pedido, en definitiva, era bastante frívolo –nunca quedó claro quién lo había hecho–, sólo restaba como motivo de conflicto la torpeza de que semejante telegrama se hubiese enviado, torpeza que tampoco la apresurada visita de la condesa pudo disimular, pero que de ningún modo habría ocasionado una reacción tan airada de Heidegger, según me escribió su esposa esa misma tarde: "Por favor, secunde usted nuestros esfuerzos para calmar las aguas, agitadas por el susto y la confusión". Pocos días más tarde, Heidegger me escribía apaciguado, dando por terminado el incidente; más allá de aquella pequeñez, se había animado, decía, por el interés de la causa. Y agregaba: "Gustosamente y con alegría me pongo a disposición de la juventud".

Los incidentes que amenazaron con hacer fracasar la conferencia de Munich no se hicieron públicos. Pero la excitación que se había apoderado de la Academia llegó a su punto máximo el día de la conferencia, cuando una enardecida multitud de curiosos invadió, literalmente, la sala, y apiñándose en sillas y escalones, en rincones y en pasillos aprisionó al público invitado, que ya había ocupado sus asientos. Finalmente, Heidegger pudo comenzar a dictar su conferencia, que ampliaba significativamente la primera parte de la "Mirada…". Nuevamente habló de cielo, tierra, lo mortal y lo divino, en cuya "cuaternidad" aparece el mundo; del juego de espejos de los "cuatro" unidos, en el que la cosa deviene cosa y el mundo deviene mundo. En ocasiones dejándose llevar, y otras veces oponiendo resistencia, la concurrencia estaba tan absorta en lo que se decía que no percibió que en ese punto el secretario de Estado abandonaba la sala. La afrenta manifiesta pasó casi desapercibida. Luego, Heidegger citó la dedicatoria de Rilke a Picard en que figura la frase "juego de espejos", pero fue mucho más allá de lo que había percibido el poeta. Se trataba de una exhortación a los hombres, que no hacen suyo el mundo que habitan en tanto "seres vivos", sino únicamente como "mortales".

¿Era ése el lugar apropiado para esas expresiones, que muchos no quisieron tomar en serio, considerándolas más bien un alarde de arabescos poéticos? El público de la Academia, inclinado a buscar incluso en una conferencia de filosofía meramente una "inspiración", no se diferenciaba mucho en este sentido del de Bühlerhöhe.

No obstante, entre los oyentes había un gran número de personas que estaban a la altura de Heidegger y que, entonces y más tarde, lograron entablar un auténtico diálogo con él, especialmente en un círculo de amistades reunido en torno del conde Podewils, por un lado el conde mismo –con quien Heidegger pronto trabó amistad–, y por otro lado los miembros de la Academia –poetas, artistas plásticos, escritores, músicos y lingüistas, entre ellos Carl Orff, Ernst Jünger, Friedrich Georg Jünger, Richard Harder, Ilse Aichinger, Günther Eich, Preetorius, Guardini, Georgiades, Von Weizsäcker y Heisenberg–. El director de televisión Clemens Münster brindó a Heidegger la posibilidad de profundizar su conocimiento del ámbito de la radio y la televisión, en el que estaba interesado por su trabajo de esclarecimiento de la esencia de la técnica.

Sin embargo, el contacto con la juventud, que tanto le importaba, no se produjo entonces en la medida deseada. En este sentido, la reiteración de la conferencia "Sobre la cosa", que tuvo lugar en Icking el 10 de junio, fue una excepción, pues allí sólo participaron jóvenes, entre ellos, estudiantes de Viena y de Friburgo. Era evidente la alegría que a estas escasas dos docenas de personas, que pasaron un día entero junto a Heidegger, les producía el hecho de acompañarlo en el camino del pensar, sometiéndose a su riguroso ejercicio. La discusión que se desarrolló durante la tarde, después de un largo descanso en el jardín, y que se prolongó durante dos horas, le demostró a Heidegger que no había hablado en vano. El diálogo sobre la "Cuaternidad" llevó a Lao Tsé, sobre quien una joven aportó datos esenciales. Al terminar, quienes habían participado de la conferencia y del coloquio quizá llegaron a vislumbrar algo sobre la posibilidad de aquella "vuelta" [*Kehre*] desde la filosofía de estos tiempos, sistematizadora y calculadora, hacia un pensamiento meditante. Para muchos de los asistentes, el encuentro con Heidegger fue una señal en ese sentido.

La fatiga de dialogar y discutir sin interrupción con un sinnúmero de personas, en su mayoría desconocidas, fue excesiva para Heidegger. Al día siguiente amaneció enfermo. Le resultaba imposible viajar. Pero la gran alarma que produjo en todos pronto fue disipada por el médico; eso sí, el paciente necesitaba reposo total, para reponerse de un evidente exceso de fatiga, y una medicación

ligera. Después del primer día, durante el que estuvo muy débil, Heidegger se recuperó rápidamente. En lo que a mí respecta, la circunstancia de que se viese obligado a permanecer en Icking más tiempo del previsto no carecía de cierto atractivo; algunas bellas conversaciones con el convaleciente, en la terraza o en el banco junto al bosque de hayas, quedaron grabadas en mi memoria. En la vieja mesa rústica procedente de Worpswede escribió, por último, los poemas "La muerte" y "El peñasco", que me obsequió en recuerdo de mi madre. En el libro de visitas escribió: "Sólo aquello del mundo que es de poca monta/ llegará alguna vez a ser cosa./ 10 al 13 de junio de 1950. Martin y Elfride Heidegger".

Pocos días más tarde, una carta que recibí desde Friburgo en la que me agradecía "por la hospitalidad realmente amistosa, iluminada una y otra vez por la luz del hogar de sus padres, en Bremen", dio un cierre a esos días, evocando todo lo que habían contenido:

> Más allá de mi malestar del lunes, la estadía en su casa de Icking se enlaza con la primera y la segunda visita a Bremen, pero los días fueron demasiado agitados y trabajosos, y también muy desacostumbrados después de un retiro tan largo. Pero evitemos hacer muchas consideraciones al respecto. Su casa es bella. Le deseo que pueda trabajar bien en las próximas semanas… El nombre de Icking es ahora una palabra plena, y podemos movernos en su significado.

La carta no olvidaba "la circunspección y la puntualidad bremenses" con que nuestra vieja ama de llaves, Käthe Heidelck, se había ocupado de él y de su esposa.

Más tarde, durante los dos años que permanecí en Icking, Heidegger figura varias veces en mi libro de visitas; en una oportunidad hace referencia a la *Antígona* de Sófocles-Hölderlin-Orff, que había ido a ver. Pero el principal motivo de sus visitas eran los grandes ciclos de conferencias que entonces organizaba la Academia, en los que fue uno de los disertantes; Clemens von Podewils se refiere a ello en sus recuerdos sobre Heidegger. Aunque colaboré en la organización de uno de los programas, en el que Heidegger leyó "¿Qué significa pensar?", no pude "cultivar la vecindad" de Podewils y

Richard Harder, como me recomendaba Heidegger, porque ya a fines del verano de 1952 dejé la casa de Icking para mudarme a Friburgo.

Invitado a Munich, sólo asistí a la primera de las grandes jornadas de conferencias de la Academia, en 1953, que también resultó la más fructífera y la más rica en consecuencias. Su tema era "Las artes en la era técnica", y se presentaban, una tras otra, conferencias de Romano Guardini ("La situación del hombre"), de Heisenberg ("La imagen de la naturaleza de la física moderna"), de Heidegger ("La pregunta por la técnica"), de Preetorius ("El arte-imagen"), de Friedrich Georg Jünger ("El lenguaje"), de Walter Riezler ("La música"), y por último de Manfred Schröter ("Balance de la técnica"). Esta vez los estudiantes se habían franqueado la entrada poco menos que a golpes. La noche de su conferencia, Heidegger reunió a todo el Munich intelectual de la década de 1950; entre los asistentes se hallaban Hans Carossa y Heisenberg, codo a codo con Ernst Jünger y Ortega y Gasset, y junto a ellos jóvenes y estudiantes de todas las facultades. Esta conferencia era al parecer el mayor foco de atención, pese a que para los inexpertos los caminos del pensamiento de Heidegger eran aun más difíciles de seguir que las disquisiciones sobre ciencia natural que hiciera Heisenberg la noche anterior. El diálogo intelectual entre el investigador y el pensador que se inició entonces fue luminosamente comentado por Carl Friedrich von Weizsäcker en su discurso en memoria de ambos, donde lo compara con el diálogo entre Platón y Aristóteles, que también quedó inconcluso. Menciono este hecho porque permite entrever de qué manera un oyente atento podía percibir en el fervor de esas jornadas la dimensión que cobraba el diálogo.

Cuando Heidegger cerró su conferencia con aquella sentencia luego famosa –"Porque el preguntar es la piedad del pensar"–, mil voces se desencadenaron en un interminable torbellino de ovaciones, y entonces tuve la sensación de que el cerco de desconfianza y rencor que se cernía en torno de mi maestro y amigo finalmente se había roto. Fue éste, quizá, su éxito público más resonante.

En el semestre invernal de 1951-1952, Heidegger volvió a dictar cátedra en Friburgo, y para ello fue necesario inventar un "artificio legal", pues desde hacía tiempo su cátedra se hallaba ocupada por un sustituto. Sólo su nombramiento como emérito dio carácter "ofi-

cial" a su rehabilitación. A pesar de la afluencia multitudinaria –hubo tiempos en los que fue necesario reproducir sus lecciones por altoparlante a otros auditorios, pues el aula magna estaba colmada– él no se engañaba: sabía que la situación en la universidad había cambiado por completo. Aunque en los rostros de los oyentes percibía cuán auténtico era su deseo de seguirlo, percibía también –y se lo confirmaban los diálogos individuales– que ya no (o aún no) lograba que su hablar fuese un "com-partir".

Después de ese primer invierno en el que retornó a la vida universitaria, a comienzos de la primavera de 1952 volvió a escribirme sobre el tema, refiriéndose a la vez a lo que se intentaba y se debatía en la Academia de Munich:

> Cada vez me resulta más claro, y a esto contribuyen especialmente los debates de Munich, que hoy, en todos los terrenos, las tareas corresponden a *su* generación; no a los viejos, que no comprenden nada, ni a los jóvenes, que no pueden progresar sin la generación *próxima* precedente –ni podrían hacerlo aun cuando hoy fuera posible ayudarlos, cosa que impiden las instituciones con su democratización decadente–. Hoy, en la universidad, como individuo aislado uno no es más que una figura cómica. Las aulas repletas no me ilusionan en lo más mínimo, ya que hace un semestre estoy presenciando el fracaso de un importante seminario [...].

Retrospectivamente, las experiencias de Bremen, Bühlerhöhe y Munich mantienen su importancia como brechas abiertas en el encierro que impedía al pensador expresarse libremente. Pero también como la apertura a un público más numeroso, con el que hasta entonces Heidegger no había tenido prácticamente ningún contacto. Muy pronto el maestro reconoció los inconvenientes y los conflictos de esa apertura, de la que injustamente se ha dicho que le permitía alimentar su ambición. Ya en la década de 1950 extrajo las consecuencias de esta convicción, aun cuando esto significaba desairar ocasionalmente una bien intencionada protección. Limitó sus lecciones a Friburgo, hasta que terminó por abandonarlas por completo.

La generación en la que creía poder depositar sus esperanzas se hallaba diezmada, pues había perdido sus mejores hombres en la guerra, de lo que es un ejemplo el nombre de Felix Hartlaub. El hecho de que los sobrevivientes no hayan realizado más que una pequeña parte de aquello que Heidegger consideraba la auténtica tarea resume su falta y su fracaso, de los que asumo con dolor mi parte. ¿Se perdió aquí una oportunidad histórica? La tarea que queda por delante es la que se nombra al final de la *Carta sobre el humanismo*:

> En la actual precariedad del mundo es necesaria menos filosofía, pero una atención mucho mayor al pensar, menos literatura, pero mucho mayor cuidado de la letra. [...] Con su decir, el pensar traza en el lenguaje surcos apenas visibles. Son aun más tenues que los surcos que el campesino, con paso lento, abre en el campo.

IV
Diálogos

NOTAS DE LA DÉCADA DE 1950

A partir del encuentro durante mis años de estudiante, durante las cinco décadas en cuyo transcurso se desarrolló, primero, un amable contacto y luego una cordial amistad, sostuve con Heidegger, además de las charlas de ocasión y el intercambio de novedades, innumerables diálogos en el sentido más pleno del término. Muchos de ellos se han perdido en mi memoria, o han quedado registrados "con una única y significativa palabra" (Goethe). No haber tomado nota de esos diálogos, algunos de los cuales me parecieron inolvidables, fue una omisión irreparable. Sin embargo, de unos pocos –más por azar que siguiendo un plan– conservo anotaciones que van más allá de unas cuantas palabras sueltas; algunos de esos diálogos se desarrollaron en Icking o en Munich, otros en Friburgo. Ya que por lo general hice mis anotaciones inmediatamente después de los encuentros con Heidegger –cuando me parecía que lo dicho tenía cierta importancia–, y puesto que aún hoy considero que conservan interés, las reproduzco a continuación, introduciendo sólo algunas correcciones de estilo y unas pocas aclaraciones. Otras notas de nuestros diálogos han sido incorporadas a los capítulos VI y VII. Heidegger nunca las leyó, ni tenía conocimiento de ellas. He suprimido pasajes de índole estrictamente privada.

24/2/1952
(A fines del primer semestre invernal en el que Heidegger había reanudado sus lecciones en Friburgo; durante un encuentro en Icking –¿o en Munich?–):
Pregunto por sus lecciones. Es problemático, responde. La atención de los oyentes intensa; y unos pocos parecían muy involucrados. Mucho más decepcionante resultó el seminario; era demasiado difícil, se hacía necesario transigir. Literal: "Es que ya no saben nada. De mis discípulos no me envían a nadie. En suma: no resultó nada. Habría que volver a leer 'interpretaciones'. En principio, yo podría dejar de dictar cátedra en cualquier momento, pero las lecciones fueron anunciadas y se harán".

Pregunta: ¿cómo seguirá todo? "Un seminario en Todtnauberg tampoco sería la solución; no tiene que transformarse en una 'Escuela de la Sabiduría' al estilo de Keyserling."

Pregunta: ¿Cómo? Y sobre todo ¿a quién hacer partícipe?

Heidegger responde: la idea de una "lista" de participantes a invitar (según la propuesta de Vietta) es impracticable. Porque Vietta pasa por alto que hay otros que querrían ir, además de los que él tiene en vista. (En definitiva, Vietta no tiene "alquilado" a Heidegger, aunque así lo crea.)

Propuesta de compromiso: dictar cátedra un semestre, suspender el siguiente. Heidegger es partidario del verano como período de trabajo, además de que el semestre invernal es el más coherente, y por ello el más apto para dictar cátedra.

Heidegger: "En las lecciones no se puede decir todo; lo más importante transcurre en silencio". (Le recuerdo a Jacob Burckhardt, que también guardaba en silencio algunas cosas.) "Burckhardt tenía sus conferencias municipales, pero a ellas asistían muchos curiosos. Yo no estoy en condiciones de dictar cátedra 'de pasada'[...] aunque un antiguo discípulo, que ahora es profesor, haya dicho que no me costaría mucho trabajo". (¡Esto se refería al seminario!)

Mi observación de que él siempre estaba enteramente *ahí*, presente, pareció alegrarlo.

Comentamos libros. Un trabajo sobre "el espacio en la antigüedad"; según Heidegger "debe decir puros disparates, porque la antigüedad no conocía *el* espacio, sino sólo lugares".

Erik Wolf: *Frühgriechische Rechtsdenker* [Pensadores jurídicos de la Grecia temprana], el libro sobre George de Boehringer. La edición de Hölderlin por Beissner; había que mirarla con ojos críticos, en parte sostenía posiciones totalmente insuficientes: por ejemplo, el arreglo de "Como cuando en día de fiesta" le parecía a H. temerario e insostenible. Hablamos de *Ratzeburg*, de Barlach, que habían puesto en escena en Darmstadt. Heidegger: "Es imposible. Los jóvenes no escuchan. Vietta se equivoca, y Sellner (más allá del respeto que me merece su labor intelectual) se deja meter en el ajetreo". La resignada conclusión: "*Eso* es todo en vano…"

Finalmente: música, grabaciones nuevas. "Muy bello el canon de Pachelbel; seguro que le gustaría a Orff". Y la *Cassation* de Haydn, donde se advierte una vez más que Haydn no es un "papá".

Por último: la *Noche dálmata*, de F. G. Jünger. Comento la impresión que esa novela breve causó en Gertrud Eysoldt; que en una reciente visita a Ohlstadt ella me narró toda la acción del libro como una secuencia de escenas dramáticas, con la mirada de una gran actriz.

27/4/1952 en Icking (en oportunidad de la reposición de Antígona*)*

En la mesa, Heidegger está de muy buen talante; el tratamiento le arranca un elogio de la buena "tradición bremense" que la señorita Heidelck mantiene en alto. Después de la comida sugiero tomar un café y le pregunto: "¿Usted qué piensa?". Él, muy serio: "No *pienso* nada". Me corrijo: "Pues ¿qué *opina*?" Y él, con sonrisa pícara: "Pues sí, tomémoslo ahora, por favor".

Diálogo sobre la actividad universitaria y el modo de enseñar en los seminarios. H. cuenta sobre Rickert, que les reservaba la tarea de registrar el protocolo de las sesiones a unos elegidos. Recordaba cómo él, H., y Guardini, que por entonces ya era capellán, se apretaban en un extremo de la mesa, que llegaba a la habitación contigua. La agorafobia de Rickert le impedía dictar seminarios fuera de su casa; para dictar cátedra en el viejo edificio de la universidad tenían que trasladarlo en coche, y maniobraban para llevarlo hasta su pupitre, que estaba próximo a la puerta, donde Rickert daba clase sentado.

Al igual que Rickert, también Husserl tenía como única modalidad el monólogo. Fenomenología, durante semestres enteros. Cuando Heidegger, a la sazón asistente de Husserl, consiguió por una vez que se hablase de otro tema, Husserl se atuvo al programa hasta la primera oración… y a partir de allí volvió a hablar todo el semestre acerca de su viejo tema, acerca del que, ciertamente, no dejaba de aportar algunas cosas magníficas. Al cabo de una de esas horas de seminario, durante las cuales todos lo escuchaban sin pronunciar palabra, preguntó a H.: "¿Notó usted que hoy la participación fue especialmente activa?"

Refirió otra anécdota que ilustra el carácter de Husserl. Invitado a Londres a dictar tres conferencias, cuyos preparativos estuvieron a cargo de la señora Malvine Husserl, "el viejo siguió trabajando hasta la hora de su partida. De camino a la estación tampoco hablaba de otra cosa más que de la conciencia absoluta, por un lado, y de la naturaleza, por el otro". En el andén, cuando ya se oía la llegada del tren de Basilea, Heidegger pregunta finalmente: "Señor *Geheimrat*, ¿y la historia?" Consternado, Husserl le pone una mano en el hombro: "¿La Historia?… Sí, la estaba olvidando". Dicho lo cual abordó el tren a Ostende.

24/4/1953 en Zähringen

Heidegger está muy nervioso. Asomos de irritación. La persistencia de los rastreros ataques que lo tienen como blanco, junto con la frecuente incomprensión de las personas más próximas, lo abaten. Amargas palabras contra el periodismo.

Pregunta: ¿Cómo fue su viaje a Munich? Habló con Podewils, Guardini, Ludwig von Ficker.

Menciono un artículo periodístico en el que se relataba la participación de H. en un ciclo de conferencias televisado por el *Bayerischer Rundfunk*, que incluía la "simpática" anécdota del profesor "distraído" que confundía a uno de los técnicos de la emisora con un famoso escritor, y lo colmaba de felicitaciones por su última obra. H. está horrorizado. Pasó no menos de una hora y media escuchando la explicación introductoria de Clemens Münster, referida a los aspectos *técnicos*. "Me interesó conocer algunos detalles sobre

los procesos técnicos, justamente porque en el futuro tendremos que soportar todo eso." Antes le había pedido a Münster que no mencionase su presencia. "Ya no es posible dar un solo paso en público; ¡ni medio paso!" La anécdota, por supuesto, es inventada, al igual que su participación en un curso introductorio de tres días. Ahora se venía el cine tridimensional; las cosas eran cada vez más espantosas, pero aún estábamos lejos del final.

Después hablamos sobre los *Trionfi* de Orff. H. oyó por radio *Carmina Burana* y quiere comprar los discos, le gustó mucho la interpretación de Jochum. Pregunta si yo he visto la representación. No, pero relato la impresión negativa que se llevó la señora Stroomann; sobre todo el *Trionfo di Afrodite* era impresentable: "Todo en griego, pero fuera de eso…". Al final habían proyectado una gigantesca Afrodita sobre la pared del fondo de la sala. H. se revuelve: "¿Y a Orff le pareció bien?". Sobre la reacción de Orff no supe responder. Walter Riezler le comentó lo mismo a Heidegger: que ahora, pese a haber recibido varias invitaciones, no quiere ir a Stuttgart. Piensa ver la reposición en Munich, durante el verano.

Luego comentamos la visita de Sartre a Friburgo. "Estuvo sentado en la silla donde está usted ahora. Hablamos una hora y media. Es sobrino de Albert Schweitzer y por eso maneja bien el alemán. Fue un buen diálogo, me alegro de que haya venido."

Vale la pena relatar cómo fue la primera vez que Sartre oyó hablar de Heidegger. En Marburgo H. había tenido un discípulo japonés, el conde Kuki, que después viajó a París, donde contactó a un joven de la École Normale para que le diera una introducción a la filosofía francesa actual. Se trataba de Sartre; Kuki, con el tiempo, le fue contando más y más sobre cierto profesor de filosofía alemán, que por entonces tenía poco menos de 40 años y acababa de publicar un libro, *Ser y tiempo*… Así llegó Sartre a Heidegger y al existencialismo… (Heidegger extrae de su biblioteca su ejemplar de *El ser y la nada* y me lo muestra). Sartre le comunicó el reciente fallecimiento del conde Kuki.

Hablamos de lo que ocurre en Munich. La condesa Podewils le escribió a Heidegger sobre Barrault y la gran impresión que causó su conferencia en la Academia (a la que yo asistí). ¿Podría yo decir algo sobre esa conferencia? Intento un resumen, describo la presen-

cia de Barrault como hombre. La escena del silencio, donde el silencio "dicho" es repentinamente palpable; H. me hace relatárselo con sumo detalle. "Un gran actor; pero *grande*." Qué lejos estaba eso, sin embargo, de lo que el teatro podía brindarnos (quizá).

Después, sobre libros. Traje para H. el epistolario Rilke-Gide; lo abre y encuentra la carta en la que Rilke anuncia a Gide que recibirá como regalo la edición de Hölderlin. H. está conmovido. "Gide…, aún no he leído nada de él. ¿Por qué no me trae algo alguna vez?"

La mención del epistolario Gide-Claudel y de la situación actual del cristianismo lleva a H. a hablar del "contrincante" de Sartre, Gabriel Marcel. "Una nulidad, inflada por ciertos ambientes católicos. Marcel está furioso porque no respondo a su cháchara. Ahora escribió un libro sobre mí. No… ¡Una obra de teatro!" Azorado, le pregunto si acaso aparece él en esa obra. "Sí, hay un filósofo en una cabaña, que él cree que es el ombligo del mundo, y que, sentado allí como en un trono, emite misticismos filosóficos, hasta que se enreda con el lenguaje, queda atrapado y perece… Debe ser espantosa, pero existe. ¡Y el título en alemán es *Die Wacht am Sein* [La Guardia junto al Ser]!"*

Heidegger se exaspera, porque aquí, una vez más, se manosea lo que para él es más valioso. Finalmente cambio de tema y hablo de su próxima visita a Bremen. ¿De qué hablará?

> Le daré el gusto a usted, con el tema "¿Quién es Zaratustra?". Lamentablemente, no venía ocupándome mucho de Nietzsche, de manera que me costará todavía bastante trabajo. Pero, naturalmente, hace rato que tengo las líneas generales del asunto, y es algo que tiene una especial importancia para mí. Se trata del pensamiento de Nietzsche sobre la "venganza" (de eso usted ya sabe algo) y del "eterno retorno de lo mismo" y del concepto del "superhombre". Después de las terribles trivialidades que propaló Gottfried Benn en su ensayo sobre Nietzsche publicado hace

* Juego de palabras que alude al título de la canción "Die Wacht am Rhein" [La Guardia junto al Rin]; se trata de una canción patriótica de alrededor de 1840 que glorifica la lucha contra el enemigo tradicional, Francia. Muy popular durante la Primera Guerra Mundial, luego fue considerada un himno del revanchismo. [N. del T.]

> poco, tal vez sea necesario. A propósito, Petzet: ¿Benn está senil? ¿o es que siempre fue así con respecto a estas cosas?… casi me lo temo.

Después, durante un largo paseo hasta el castillo de Zähringen, mucho más sobre Benn. H. está consternado y furioso por lo que Vietta escribió sobre él:

> No entiendo esas adulaciones. Estamos de acuerdo: Benn, como *poeta*, ha escrito muchas cosas realmente magníficas, impulsado por el fervor del expresionismo, y estos poemas son algo que permanece. Aún hoy, concedámoslo, surgen de ese modo algunas cosas. ¡Pero sus libros! Ahora la gente imagina que por haber leído *El tolemaico* o *Problemas de la lírica* se ha asomado a los misterios del mundo. ¡Esas observaciones! Por otro lado, es característico de los que viven hoy que se crean obligados a agregar explicaciones a su poesía. Es de una arrogancia frente a las cosas que apesta. Tome por ejemplo la *Lírica*: si hablamos con franqueza, no negará usted que está sencillamente mal escrita, es completamente periférica. ¿Qué se esencializa del poema en esta *Lírica*? Como ya le digo: muchos, muchísimos de sus pensamientos propios permanecen y permanecerán. Pero Benn nunca se liberó del expresionismo para superarlo. Piénselo por una vez desde el lado de la pintura.
>
> Y ahora, claro, se enojan cuando de pronto alguien como uno se pone a escribir sobre Trakl y se mete en el negocio ajeno. No me va a negar que lo que pudimos sacar en limpio sobre Trakl en Bühlerhöhe está a un mundo de distancia del "pensamiento" de Benn sobre la poesía. La consecuencia es que también Benn, al que nunca le toqué un pelo, comienza a soltar mordacidades y frasecitas de mal gusto contra mí. Ya cuando publiqué *Hölderlin* lo tomó como una ofensa mortal. Naturalmente, eso no encaja de ningún modo con el cinismo de Benn… ¡y él, justamente, cree que comprende a Nietzsche!

H., que sabía cuánto significaba entonces para mí la poesía de Benn, no decía estas cosas con inquina, sino más bien con tristeza.

14/4/1959 en Friburgo

Cita en la librería Albert. De allí fuimos a la vinería Berthold y bebimos un tinto italiano. Hablamos de médicos, se menciona el nombre de Stroomann; H. me pregunta por mi trabajo en la edición de los escritos póstumos de aquél. Saco de mi carpeta una anotación de Stroomann, que da lugar a un diálogo. Se trata de un trozo de papel de embalaje, en el que Str. copió una noticia de un periódico del año 1948; informaba que Sartre había visitado a Jaspers, y, para su sorpresa, en lugar de encontrar a un hombre abierto al mundo, había encontrado a un típico profesor alemán. "Minucioso hasta el extremo, pesadamente meditativo, pedagógico." Observación de Stroomann: "Imagino a Jaspers como un hombre poco alegre, sin sensibilidad artística. Fue psiquiatra, lo cual de por sí es pernicioso".

Heidegger me mira unos instantes, casi embobado; después dice lentamente: "Exacto. Es exactamente así". Nada podía caracterizar a Jaspers mejor que esas palabras: "poco alegre, sin sensibilidad artística". Y H. cuenta que se encontraba de visita en lo de Jaspers cuando murió Rilke (fines de diciembre de 1926). Llegó la noticia de la muerte, que conmovió a H. profundamente. Jaspers, en cambio, comenzó a hablar de Rilke en un tono degradante: ¡un tipo impresentable!, ¡un personaje aborrecible! "Es que Jaspers no tenía ni una chispa de ingenio poético. Lo cual, en el fondo, es muy triste."

Pregunto a Heidegger si debo incluir esa anotación en el libro de Stroomann. Sí, decididamente. Es necesario para enderezar ciertas tergiversaciones. De repente, H. clava su mirada en mí: "¿Tergiversaciones? Dicen que se publicó por ahí algo gravísimo. ¿Usted sabe de qué se trata? Me escribió Rainer Marten diciendo que por nada del mundo lo leyera. Ni pienso leerlo. Pero cuénteme un poco; es mejor que me entere por boca suya".

Sólo podía tratarse del escrito de Paul Hühnerfeld. Así que le referí algunos de los "hechos" que aduce Hühnerfeld en su relato, que tomé al azar, esforzándome por encontrar una formulación lo menos dolorosa posible. Hühnerfeld escribía que, si bien Heidegger no había eludido directamente el servicio de guerra, la comisión examinadora lo había considerado demasiado débil para el servicio activo; y así, el filósofo debilucho había podido seguir rumiando sus pensamientos, a salvo del peligro, lejos del frente.

Fuera del hecho de que, durante el último año de guerra, H. fue movilizado y enviado al frente occidental, lo indigna la despectiva mención de su debilidad:

> ¿Sabe usted por qué estaba débil? Porque había pasado hambre durante meses, para poder llegar a rendir el examen de habilitación para la enseñanza superior. Meses y meses. ¿Sabrá ese Hühnerfeld lo que es pasar hambre, cuando uno no tiene recursos y no recibe ninguna ayuda?

La mayoría de las "anécdotas" que se consignan en las notas parecen inventadas. Sobre su encuentro con los teólogos de la Academia Evangélica de Geismar, H. prometió hablarme en otro momento. Pero lo cierto es que no fue él, sino la rueda de teólogos la que se vio en aprietos, porque él era mejor conocedor de la Biblia. Cito entonces la frase más insidiosa del panfleto: "¡Pobre filósofo, nunca tocado por la fe, nunca alcanzado por el rayo de lo divino!"; al oír esto, el rostro de Heideger se ensombrece. Calla y me mira, profundamente herido.

Hühnerfeld registra que en el escritorio de H., el escritorio de "ese provinciano irremediable que es Heidegger", se veían los retratos de Dostoievski y de Pascal. H. monta en cólera por un instante, pero se controla y dice con calma: "¡Entonces es cierto que viene todo de Szilasi! ¿Quién, si no, podría saber todas esas cosas? Fue él quien estuvo en Marburgo, y no el señor Hühnerfeld".

Trato de interceder diciendo que no puedo imaginar que Szilasi haya obrado con mala intención. "No –dice H.–, yo tampoco creo ni un instante que Szilasi lo haga por maldad. Pero se deja sonsacar todo, con pelos y señales, por un escritorzuelo como ése, con tal de que sus maneras sean agradables. Y después ese 'periodicanalla' lo tergiversa."

¿Y qué se puede hacer?

> No se puede hacer nada, Petzet. Incluso si uno se defiende, llega tarde y ya ha quedado en el papel del simple. Quieren lograr que me achique, o, mejor dicho, derribar el pensamiento. Pero no lo lograrán… Vea usted: este tal Hühnerfeld me escribió hace un

> año y medio, en nombre de una prestigiosa editorial de Berlín, que publica la colección "Cabezas del siglo XX"; son pequeñas monografías: Stravinski, Picasso, etc. Me solicitó que le facilitase material biográfico. Le respondí que, en mi opinión, era hora de cesar, de una vez, de informar al lector de interesantes aspectos biográficos, para ocuparse, *por fin*, de *aquel* asunto al que desde hace cuarenta años dedico mis esfuerzos, y reflexionar sobre él. Mi vida no es nada interesante.

En respuesta, Hühnerfeld le había escrito una carta sumamente grosera, llena de insolentes amenazas. ¡Se iba a vengar!… Y ahí estaba pues la "venganza", un mamarracho escrito en cuatro meses.

Son casi las siete; Heidegger tiene que ir a la estación a encontrarse con su esposa. Querría quedarse y contar muchas cosas sobre Tubinga y sobre Stuttgart, donde por primera vez ha tenido en sus manos los manuscritos originales de Hölderlin; asegura que no puedo imaginar la conmoción que eso significa para él:

> Ahora entiendo a Norbert von Hellingrath: ¡de esos papeles mana el presente! Lo que han hecho de eso los filósofos no es verdadero. Tampoco mi conferencia, que por ahora ha perdido el suelo bajo sus pies. Esa carta a la madre, escrita durante la caminata a Burdeos… son cosas que no lo sueltan a uno.

Su próxima conferencia en Munich (donde, según dice, hay una creciente oposición de los oscurantistas) será la última; pondrá todo en ella. "Ahí tendrán qué masticar en adelante." Después, sólo quiere decir lo suyo en Bremen, en el círculo más íntimo ("como la última vez"). Pero en Munich quiere rodearse en esta oportunidad de todos los fieles secuaces. Por cierto, el *Altes Residenztheater* [Antiguo Teatro de la Corte] es un espacio muy pequeño como para que quepan también los estudiantes, además del número ya excesivo de socios de la Asociación Hölderlin y de invitados oficiales. Cuando se entera de esto, el secretario de educación superior, un católico, comunicó a la asociación que podía contar con el aula magna de la universidad, con una sola condición: que no hable Heidegger. "Sí, Petzet. Es así."

En la estación, Heidegger pregunta cuándo habré terminado la corrección. ¿El jueves? Entonces, que se la traiga a las tres. "¡Y después nos vamos a la Casita del Cazador a tomar un vino!"

16/4/1959

Fui con los pliegos corregidos a Zähringen. Se sumó Guzzoni, doctorando de Fink; él también ha estado corrigiendo. Finalmente, Heidegger regresa de un paseo: olvidó que me había citado. La señora Elfride sonríe: "Ay, señor Petzet, usted ya sabe qué pasa cuando yo no anoto todo". H. me pide que espere. Después de media hora me hace subir. ¿No podría yo venir mañana? Entonces dedicaría más tiempo a conversar conmigo. Hoy tiene que seguir un tren de pensamiento importante, y no puede permitirse la interrupción de un largo paseo. Accedo de inmediato; pero cuando hago ademán de irme H. dice: "Las correcciones podríamos hacerlas hoy, así mañana estamos libres para lo otro".

Pasamos revista a la corrección, y H. acepta todos los pequeños cambios propuestos. Esta vez, yo no había encontrado casi nada, pasando por alto varias cosas apuntadas por Guzzoni. Estoy un poco avergonzado, pero H. me tranquiliza diciendo que por lo general él casi no encuentra errores, porque no puede dejar de concentrarse en el tema del texto; y que probablemente a mí me pase lo mismo.

Un pasaje, hacia el final de la conferencia, trata del "acontecimiento apropiador" [*Ereignis*]. H. me enseña una omisión importante que encontró su mujer. La oración dice: "No hay ninguna otra cosa a la que el acontecimiento apropiador reconduzca, o a partir de la cual pueda, más aun, ser explicado…" Debía decir: "pueda *ser reconducido*".* Releo la oración, después releo todo el pasaje y finalmente respondo: "Me parece que debe quedar así, como dice en la prueba de imprenta". Heidegger objeta que entonces ese "más aun"

* En alemán, la diferencia entre una y otra variante se reduce a una sílaba; la primera variante dice: "Es gibt nichts anderes, worauf das Ereignis zurückführt, woraus es gar erklärt werden könnte…"; la segunda variante sustituye el verbo conjugado "zurückführt" por el participio "zurück*ge*führt". La traducción de Y. Zimmerman dice en este punto: "No hay otra cosa a la cual aún pudiera remitirse el advenimiento apropiador, o desde la cual incluso pudiera ser explicado". [N. del T.]

[*gar*] carecería de sentido. Yo: "Sí, sí. Porque es como si ahí se 'enfocara' el acontecimiento desde dos ángulos diferentes". H. se inquieta. Revisa el manuscrito, y allí dice "ser reconducido". Entonces digo: "Pues tendrá que atenerse a su texto…" H.: "¿Por qué? Lo voy a pensar bien. Puede ser que al fin y al cabo usted tenga razón". Después agrega con un guiño: "Un típico pasaje de Heidegger, ¿no es cierto?" "Bueno, no quería decirlo… ¡pero es lo que estuve pensando todo el tiempo!" Nos reímos.

Al despedirnos me regala la traducción al noruego del "Camino de campo"; después me pregunta: "¿Usted sabía que Böhlendorf, el amigo de Hölderlin, estuvo en Bremen y trabó amistad con su alcalde Smidt? Debería usted escribir alguna vez un trabajo: 'Hölderlin y Bremen'".

17/4/1959

Caminamos subiendo hasta el robledal, en dirección a la *Jägerhäusle* [Casita del Cazador]. Retomo el comentario de ayer acerca de Böhlendorf:

> En la biografía de Smidt que revisé hoy por la mañana no encontré ninguna referencia a Böhlendorf. Pero el librero de Hölderlin en Frankfurt, Friedrich Wilmaus, anteriormente estuvo en Bremen; Smidt lo menciona con frecuencia. Y otra cosa: en 1813-1814 Smidt pasó una larga temporada en Friburgo, en el cuartel general de los aliados. Por entonces, Jacob Grimm era un joven teniente del Estado Mayor de Hannover. Smidt también entabló contacto con Wilhelm von Humboldt; y en Karlsruhe visitó a Hebel. A su hija, en Bremen, le envió el *Amigo de la casa*, recomendándole que prestara especial atención al capítulo "Los principales planetas".

H. se detuvo, encantado:

> ¡Qué contactos! ¡Qué relaciones! Hoy ni siquiera advertimos cómo se situaban, unos con respecto a otros, los hombres de entonces, cómo vivían juntos. Es muy bello eso que usted ha encontrado. ¡Siga rastreando a Smidt! Y si asistió en Jena a las

> lecciones de Schiller, si era amigo de Fichte y conocía a Goethe: ¿qué hay de Napoleón?

Le respondo que siendo muy joven, en Milán, de camino a la calle Brera, Smidt se topó con el joven Bonaparte y quedó completamente pasmado por su aspecto y su porte. Más tarde, ya senador, Napoleón lo recibió dos veces en París, al igual que al alcalde de Bremen, Gröning, pocos años mayor. Smidt lo había sido retratado como "el más peligroso de todos los hombres".

H. responde:

> Debería usted comprobar qué dijo Smidt sobre Bonaparte alrededor de 1799-1800, es decir antes de Lunéville, cuando estaba en contacto [Smidt] con Wilmans, y por su intermedio seguramente con Böhlendorf. Todo lo que esa clase de gente decía sobre él es importante en vistas de la "Fiesta de la paz" de Hölderlin (1801). Pues no hemos llegado a recrear aún qué pensaban en aquel tiempo los mejores sobre Bonaparte, y qué significó su aparición para el mundo.

Naturalmente, pienso en Beethoven, en Goethe, y respondo: "Para mí la interpretación de Allemann de la 'Fiesta de la paz' resultó accesible desde el primer momento, e incluso obvia. Es que con mi director de tesis, Elze, aprendí sobre Bonaparte cosas totalmente contrarias a todo lo que hubiese admitido nuestra historiografía nacionalista prusiana, que nos escamoteaba lo esencial".

H.: "Es una desgracia que ahora, para colmo, esta visión venga a eternizarse a través de la puerilidad de Hitler, que se comparaba con Napoleón".

Más adelante, en el transcurso de la conversación, me refiero a los trabajos sobre Napoleón de Berthold Vallentin, en los que se plasma la visión de George, a saber, que en él se produjo una encarnación de índole semidivina. Y de cómo George ya había abonado el terreno para la comprensión de la "Fiesta de la paz" como himno a Napoleón.

Volviendo al trabajo de Heidegger sobre el "habla", le pregunto: "¿Qué hizo finalmente con el 'típico pasaje de Heidegger'?" Responde H.: "Opté por la versión que usted defendía, 'reconduzca'; es que ese doble sentido me viene muy bien. Y después: lea el pasaje sobre el

'*Es gibt*' ['hay', 'se da']". Cuando le digo que quizá éste era uno de esos casos en los que el lenguaje es más sabio que el autor, Heidegger ríe: "¡Sí, Petzet, exactamente!"

Esto me da ocasión para explicitar algo que me ocupa desde hace días: que en la conferencia sobre el "habla" lo dicho en *Ser y tiempo* se muestra de otro modo, como si se tratase, precisamente, de otra parte de lo mismo. "Así, por ejemplo, cuando usted habla de la 'escucha previa' que precede a todo 'hablar', ¿no es esto lo mismo que el 'estar-siempre-ya-junto-a' de *Ser y tiempo*, ese carácter existenciario cuyo repentino conocimiento en su momento, treinta años atrás, me cayó como un rayo?"

Heidegger se detiene. "Qué grato es que diga usted eso. Ni siquiera hace falta que lo discutamos. Usted lo ha notado: en el fondo no es otra cosa que lo que trato de mostrar hace cuarenta años. ¿Pero dónde estarán los que escuchan? ¡Lea el §34 de *Ser y tiempo*!"

"Pero… ¿y los jóvenes, los que tienen entre 20 y 30 años, los que todavía son ellos mismos y no se han vendido a un esquema? ¡Como era yo en aquel tiempo!"

H.: "Sí, ya sé. Pero vea: voy a hablar ahora por última vez sobre Hölderlin, ¿y dónde estarán los jóvenes? *Afuera*…"

Llegados a la Jägerhäusle, en el salón casi vacío, H. elige la mesa central, junto al gran ventanal. Dice que tiene que hablar por teléfono con Podewils, que lo hostiga para que le envíe el texto. "Mientras hablo, reflexione sobre lo siguiente: ¿cómo se traduce nuestra palabra alemana *Sage* al francés? Encontré algo ahí".

Después de un rato, cuando regresa, naturalmente no he encontrado nada. "Bueno, no esperaba otra cosa", dice H. Su mujer había mencionado al pasar que los franceses no tenían una palabra para traducir el término alemán *Märchen*. Entonces, H. pensó de pronto en las fábulas de Lafontaine: "*fabula* – *phasis* – φῶς– y apareció completo el hilo dorado que conduce hasta el griego. ¡'*Fable*' = '*Sage*'!" Brindamos con un Wasenweiler pinot noir.

Bebido el "cuartito", Heidegger pide otra vuelta: "Y ahora, según la buena usanza fraterna, nos tomamos un 'octavito', ¿no?". Tardo unos instantes en entender qué es eso de la usanza "fraterna", hasta que comprendo que se refiere a su hermano de Meßkirch. "Es que él descubrió el parentesco del dialecto suabo con el griego: 'To no-

ein te kai ein-ai', eso no significa más que 'Otra más y…'* Ya ve, Petzet, ¡ahí tiene toda la sabiduría del 'octavito' de Meßkirch!"

Cuando llega el "octavito", dedica un brindis a su hermano (Fritz Heidegger se estaba jubilando en esos días): "Si tuviera tiempo debería viajar hasta allí para ayudarlo un poco. ¡Este primero de mayo! ¿Cómo hará para sobrellevarlo? Pero tengo que dictar la conferencia sobre Hölderlin. El tiempo apremia".

El día anterior me había mostrado unas fotocopias de poemas de Hölderlin que me impresionaron mucho. Él no se mostraba sorprendido; decía que era estremecedor ver esas páginas y tenerlas en la mano: sencillamente, Hölderlin estaba "ahí". Sólo ahora podía comprender lo que le había ocurrido a Norbert von Hellingrath.

Mientras lo oía, volvió a mi memoria un hecho lejano, casi olvidado. Se lo comento a Heidegger: hace veinticinco años, en los primeros tiempos del Tercer Reich, conocí en Berlín, en el seminario privado de Erich Kaufmann, a un joven funcionario judío, especialista en derecho de gentes. Simpatizamos de inmediato, conversamos y trabamos amistad. Un día, durante el invierno, me invitó a su casa, una vivienda sumamente señorial en Dahlem, sobre la plaza Thielplatz; pasamos la mitad de la noche bebiendo whisky puro (yo no tenía costumbre de beber tan fuerte). Me mostró una serie de tomitos gastados, una edición de Platón de fines del siglo XVIII que había sido propiedad de Hölderlin; en los márgenes, aquí y allá, se veían anotaciones de la mano del poeta.

H. quedó como electrocutado; dio un golpe en la mesa, excitadísimo. "¡Petzet! ¿Usted vio *eso*? ¿*Existe* eso?" Le confesé que entonces, en 1935, yo no tenía noción de lo que eso podía significar; sólo recuerdo vagamente que en medio de la ebriedad causada por el whisky el nombre de Heidegger pasó fugazmente por mi cabeza. ¿Pero quién era el poseedor de aquellos tomos? Olvidé su nombre hace tiempo, sólo lo vi una o dos veces después de aquella noche; quizá hubiera partido al extranjero (¡ojalá haya sido así!).

Heidegger anota febrilmente lo que relato y me dice que debe informar al Archivo Hölderlin de la existencia de esa edición, pues

* El juego de palabras es intraducible; "otro más" se dice en alemán "noch ein", y en dialecto suabo se pronuncia "no ein". [N. del T.]

seguramente ni siquiera ese hecho era conocido. "Exactamente como usted dice: exactamente así solía trabajar Hölderlin con sus libros."

Después vuelve a hablar de la conferencia sobre el "habla". Un rato antes Podewils le había dicho por teléfono que ahora, con la traducción de la conferencia al francés (una labor que estaba a cargo de Beaufret), podía percibir cuánto diferían las lenguas romances de la nuestra. En cambio, destacaba la proximidad del griego: "Qué bueno que uno tras otro al menos vayan notando eso. Qué significó, propiamente, la transformación de lo griego por lo romano es tan *fundamental* que aún no ha sido posible comprenderlo. ¡Y después la gente habla tan campante de 'la antigüedad'!"

Por último, encuentro el momento para decirle a H. que el discurso de Walter Schulz en Tubinga, en ocasión de su rechazo a ocupar la cátedra de Heidegger (yo le había enviado a H. un recorte de periódico con el texto), estaba desfigurado porque el periódico no transcribía el decisivo pasaje final: a los estudiantes que lo felicitaban por su decisión de permanecer en Tubinga y lo honraban con una marcha de antorchas, Schulz les había dicho claramente que el trabajo de la joven generación filosófica, independientemente del lugar donde se hallasen los profesores y los estudiantes, *sólo* podía ser fecundo si se tomaban en cuenta los aspectos señalados por Heidegger, y que por ello él, Schulz, realizaba todo su trabajo a la luz del pensamiento de Heidegger.

H. se mostró horrorizado por la omisión, fuera cual fuese el motivo. "Esto se va poniendo tenebroso…" Sencillamente, le parece inconcebible. Finalmente dice: "Qué bueno que usted me lo haya dicho. Eso cambia muchas cosas".

En el camino de regreso hablamos de problemas editoriales. Un largo lamento, del que no está ausente la pregunta por si, en definitiva, en esta actividad la habilidad comercial es compatible con el aspecto espiritual, o tan siquiera con un asomo de noción de aquello de que se trata. "Es más que grave. ¿Qué se puede hacer?"

Nos despedimos en la puerta de la casa de Rötebuck 47. Una vez más, expresa el deseo de verse rodeado en Munich por todos los fieles secuaces, en vista de la oposición que está creciendo allí. "¡Pero les voy a dejar ahí algo pagano que les va a dar que pensar por mucho tiempo!"

REFLEXIONES SOBRE EL DIÁLOGO CON LA REVISTA *DER SPIEGEL*, 1966

Desde el momento en que Heidegger reapareció en el espacio público alemán, y desde que comenzó la publicación de sus nuevos libros y escritos, la renovada presencia del pensador, estigmatizado por su alegada toma de partido por el nacionalsocialismo, despertó las suspicacias del periodismo, así como las protestas de viejos contrincantes que lo creían derrotado. Que el "irrecuperable provinciano Heidegger" (Hühnerfeld) se atreviese a depositar la pesada carga de su pensamiento en las ligeras naves de las esperanzas de posguerra no era visto con buenos ojos por los funcionarios de la cultura. Muchos hubiesen querido aislarlo antes de que lograra ganar terreno entre la nueva generación y generar revuelo. Un odio soterrado contra la desagradable exigencia de tener que cambiar de idea y retornar a un nuevo comienzo se hacía sentir mediante numerosos ataques, interpretaciones erradas y aun afrentas personales, de las que el pensador fue blanco durante la década de 1950 e incluso en la de 1960, y que no trepidaban siquiera en manchar su honor. Esta enemistad se vio exacerbada una y otra vez por el silencio de Heidegger. No era posible extraerle declaraciones, que hubiesen dado pasto a nuevas invectivas (cf. *T&G*, p. 40), pues en tales circunstancias también era prácticamente imposible una discusión objetiva. No la hubo hasta que se despejaron las borrascas… y hasta que apareció la vergüenza ante los extranjeros que admiraban al pensador. Contra el que calla se desgañitan las voces más estridentes.

Con frecuencia se ha especulado acerca del motivo que llevó a Heidegger a no alegar en su defensa (salvo una breve rectificación publicada en *Der Spiegel*), y eran sus mejores amigos los que sufrían por el hecho de tener que defenderlo sólo con argumentos propios, pero no con réplicas salidas de boca del agredido. No pocas veces tuvo que oír Heidegger sus reproches, sus insistentes pedidos para que refutase ciertas insinuaciones, que los amigos sabían que carecían de todo fundamento. Yo mismo tuve la experiencia de que un prestigioso periódico extranjero se negase a reproducir una réplica detallada y objetivamente "fundamentada" en respuesta a una desvergonzada imputación, con el argumento de que ellos sabían muy

bien lo que decían. Sin embargo, en un ambiente tan hostil Heidegger fue incapaz de decir una sola palabra, lo que aparentemente concedía la razón a quienes lo vapuleaban.

En efecto, tenía la convicción de que lanzarse a esa arena, en lo que no podía más que llegar tarde, era, inevitablemente, hacer el papel de "simple". Aunque no leía muchas de las ruindades que se difundían acerca de él, no podía evitar que de un modo u otro llegasen a sus oídos y a veces solicitaba a los amigos que se las refiriesen. En tales oportunidades, permanecía calmo en su exterior, pero eran cosas que lo herían profundamente. "No fue bonito lo que hicieron conmigo", dijo, ya octogenario, a Richard Wisser con referencia a las emisiones radiales con las que entonces se quiso homenajearlo. Nadie sabe cuánto sufrió realmente por los ataques que se le dirigieron durante años. Como ya hemos observado, no poseía un "cuero duro", y un agravio infundado o un insulto personal le dolían de un modo que hoy nadie está en condiciones de justipreciar.

Lo que tocaba un punto especialmente sensible eran las insidias con respecto a su pretendida conducta en relación con sus antiguos discípulos judíos. Se buscaba estigmatizarlo sosteniendo que odiaba a los judíos. No sin razón lo indignaban, por lo tanto, ciertos dichos y los hechos relacionados con el nombramiento de Karl Löwith para una cátedra en Heidelberg. Llamé la atención de Heidegger sobre un artículo aparecido en el periódico *Neue Zeitung* con el título "Alemán heideggeriano", sin sospechar el acceso de ira que provocaría esta mención (le hablé además de otro artículo que contradecía el anterior, publicado en el *Neue Rundschau*). En la respuesta que Heidegger me remitió desde su lecho de enfermo se percibe todo su amargo sentimiento:

> Que un hombre que hoy tiene 55 años, y que desde 1919 asistió durante nueve años completos a mis lecciones y seminarios (y que en Marburgo venía a mi casa poco menos que día por medio para exprimirme) pueda rectificar varias cosas, y que hoy, ante los neófitos, pueda crear la *apariencia* de ser un iniciado, no debería extrañarnos. Pero ni el *NZ* ni el *NR* necesitan que el mismo autor, como emigrado entre emigrados en los Estados Unidos (y a su paso por Suiza y por París) propalara las peores mentiras sobre

mi persona. También me duele el terrible abuso que se hace de un término esencial para mí, la "Vuelta" [*Kehre*].

En el año 29, cuando Löwith era todavía un marxista de los más rojos (hoy se ha "vuelto" [*gekehrt*] cristiano y se dispone a ocupar la cátedra de filosofía en Heidelberg), escribió que *Ser y tiempo* era pura "teología disfrazada". Más tarde escribió que era puro ateísmo: siempre según convenga… L. también oculta a sus lectores que la auténtica "*Kehre*" se comunica por primera vez en 1930, en el discurso "De la esencia de la verdad". El señor L. escuchó en aquel momento la conferencia y recibió una copia mecanografiada. Sobre este hecho guarda silencio, al igual que sobre mis lecciones de 1927, el año de publicación de *Ser y tiempo*; allí desarrollé, cuatro horas por semana, la cuestión del ser, y no la de la subjetividad.

Pero ya he escrito más de la cuenta; porque se trata de otras cosas, totalmente distintas. Ahora que vuelvo a salir al ruedo han encontrado al hombre indicado para los órganos indicados, con el fin de descomponer todo de antemano, del modo más astuto. Porque ahora se puede leer en la revista del señor Fischer cómo es ese asunto de Heidegger, y el *NZ* con sus hombres de segunda línea presta la asistencia necesaria. Esa gente no quiere arribar a auténticas preguntas y experiencias; pero quiere conservar, o recuperar, el *predominio* en la esfera del diálogo público.

Puesto que estos señores están tan informados sobre mi pensamiento, al parecer mejor que yo mismo, me pregunto entonces ¿*por qué* no hacen las cosas ellos mismos, y plantean las cuestiones y las resuelven? No falta mucho para que monten un proceso a los pensadores griegos porque "sólo" pensaban como griegos, y no como egipcios, o como hebreos, o todo mezclado.

Usted mismo ha notado que ahí lo único que se hace es darle vueltas a la rueda de las agudezas. El autor, que ahora viene a desplegar finalmente toda su "repercusión" en Alemania, pone en escena, junto con sus semejantes, el mundo literario. Ahora que empiezan a pulular esas figuras en las universidades, de por sí dudosas, del oeste alemán, uno, propiamente, ya no debería poner el pie en una institución de ésas. Estoy madurando mis reflexiones sobre éstas y otras cosas…

Esta carta muestra la amargura que en la década de 1950 se apoderaba a veces de Heidegger, a pesar del gran apego que tenían por él algunas personas más jóvenes. Finalmente, también soportó la frase pergeñada por Löwith del "pensador en un tiempo de escasez"; su escepticismo, que ya había manifestado con la frase citada anteriormente, relativa a sus discípulos que enseñaban en las universidades, se profundizó: "Eso tampoco resultó". Ignoro si más tarde hubo una reconciliación con Löwith (Heidegger viajaba regularmente a Heidelberg para las jornadas de la Academia). El hecho de que aquél aportase una importante contribución para el homenaje a Heidegger en sus 80 años difícilmente haya bastado, a pesar de las palabras lisonjeras, para borrar lo ocurrido. Los profesionales del acoso periodístico prolongaron su labor durante años. "Falta mucho, todavía, para que las persecuciones lleguen a su punto más alto, o mejor dicho, más bajo", me escribió Heidegger alguna vez, cuando las enojosas habladurías no cesaban.

El disgusto por eso que en la carta arriba citada llamaba "el mundo literario" no se debía sólo al padecimiento personal que le provocaba: después de la guerra, cuando en su reflexión se ocupó cada vez más del habla, dando así el más amplio espacio a la poesía, los conflictos con los filólogos se hicieron más y más frecuentes. Que se volviesen en su contra los especialistas en lenguas antiguas y modernas resulta comprensible, pues con frecuencia se oponía a esas ciencias. Ya en 1949 me escribió que los métodos de muchos de los escritos publicados en las revistas eran baratos:

> Pero parece que el literato es la contrapartida necesaria de la técnica. Acerca de él, Nietzsche ya dijo todo lo necesario en la década de 1880: el literato "que no es nada, pero 'representa' casi todo, que hace el papel del conocedor y lo 'reemplaza', al punto de condescender a recibir, en lugar de aquél, con toda modestia, sueldos, honores y homenajes…".

Ocasionalmente afirmaba que la etimología siempre sería un obstáculo en el camino del pensar mientras se le concediese la prioridad por sobre la esencia del habla y se la considerase la voz de lo absoluto… Con tales frases embestía frontalmente a los especialis-

tas. No puede sorprender, por otra parte, la concepción de Heidegger según la cual no sólo el lenguaje especializado, sino en general la forma empobrecida y abstracta del habla moderna, hasta las profundidades de la literatura, está determinada por el prevalecer y la esencia de la estructura de emplazamiento. Con frecuencia esto quedaba de manifiesto en los diálogos, cuando se entreveía la preocupación por que el hombre, que era quien había movilizado aquello, acaso no sabría ponerle fin. Heidegger no ocultaba su crítica al espíritu de Occidente, que tan seguro estaba de su causa. En septiembre de 1961 me escribió desde Todtnauberg diciendo que ahora estaba saliendo a la luz toda la esencia carcomida de Occidente. Sin embargo, tampoco eso "se" notaba; el proceso de embobamiento general en nuestro medio continuaría. Aún no se comprendía que en la época del emplazamiento había que exigirle al hombre la reforma de todos los modos de su existencia. El pensamiento, tal como lo entendía Heidegger, no es una cómoda prebenda, y tampoco lo son las consecuencias que el hombre debería extraer de él.

Una y otra vez volvíamos a hablar de la situación penosa y humillante en la que se encontraba el filósofo en su propia universidad y en su propia facultad, incluso después de su nombramiento como emérito, situación que él atribuía a un "sistema" que había sido puesto en marcha para socavarlo, para derribarlo, no sólo a él, sino a todo el pensamiento. Decía que era una gran ilusión creer que semejantes "faenas de escritorzuelo" carecían de efecto más allá de la confusión momentánea que sembraban. A la larga, sin duda, toda esa cháchara se desmoronaría. "Si *Ser y tiempo* no ha sido entendido, ¿qué es posible esperar entonces para las obras posteriores?" Por esta razón era tan pesado para él, decía, transmitir a sus lectores y oyentes la requerida tenacidad y cautela. Seguía siendo aquel maestro para quien lo importante era la auténtica comunicación, y que tantas veces resultó desengañado. Con todo, Heidegger no podía cerrarse al hecho de que las tentativas que, escribiendo y hablando, realizaba en aquel tiempo en Alemania eran con frecuencia más fecundas y ricas en consecuencias "de lo que uno puede alcanzar a ver".

A medida que una nueva generación se mostró dispuesta a escuchar a Heidegger y a volverse hacia él, y no en último término en el exterior (¡Francia!), tanto más lo urgían sus amigos a desemba-

razarse de una vez por todas de los reiterados reproches mediante una suerte de "confesión" pública. Semejante idea repugnaba profundamente a Heidegger. Tenía la conciencia tranquila en lo que se refería a su persona y a su causa, y no veía ningún motivo para realizar una "marcha a Canossa", destinada a pedir perdón por sus acciones pasadas, pero más aun por sus ideas, lo que significaría admitir retrospectivamente una culpa. En todo caso, consideraba que su dimisión al cargo de rector en febrero de 1934, al igual que toda su posición intelectual –manifestada además en numerosos discursos perfectamente claros ante colegas y estudiantes–, habían dejado sentado de modo incontestable que semejante paso de su parte era innecesario… ya que él nunca había sido nacionalsocialista (cf. *T&G*, pp. 29 y ss.).

Pero no era sólo una orgullosa, y aun caprichosa, insistencia en el punto de vista de su conciencia moral lo que lo hacía detenerse ante ese paso. Conocía demasiado bien el revuelo que causaría semejante gesto, cómo atizaría el fuego de la disputa pública y removería cuestiones que el tiempo ya había aquietado. Temía, y probablemente tuviera razón, que su renovada y fecunda actividad, incipiente aún, no soportase el embate. Su trabajo, retomado en 1949, habría sido entonces vano, y, en su vejez, este trabajo y los frutos obtenidos con esfuerzo eran para él lo más importante. Amén del hecho de que cualquier "revuelo" no sólo hubiese debilitado su fuerza de trabajo, sino que podía llegar a paralizarla durante largo tiempo, consideraba que nadie podría sacar provecho de agitar a la opinión pública con sucesos de un pasado ya lejano. Una juventud para la que el Tercer *Reich* no era más que un lejano recuerdo de infancia, y que ahora se hallaba en el umbral de la universidad, posiblemente haría a un lado sus libros, llena de irritación y desconfianza, caso en el cual debía temer por el futuro de las semillas que había echado en los surcos de su pensar.

De manera que por aquel entonces, a mediados de la década de 1960, podía presumirse que Heidegger no iba a tomar posición pública en ese torbellino de banalidades, en esa creciente confusión de interrogantes, asertos, invectivas e intentos de rehabilitación, y que tan sólo después de su muerte podría saberse cómo habían sido en verdad las cosas.

Y así fue, efectivamente. Pocos días después de la muerte del filósofo, el semanario *Der Spiegel* publicó con gran despliegue un diálogo de Rudolf Augstein –su redactor en jefe– con Heidegger, que, según rezaba una advertencia editorial, se había realizado diez años antes, el 23 de septiembre de 1966, en la casa de Heidegger en Friburgo. La única e indispensable condición que el entrevistado había formulado para acceder al diálogo era precisamente ésa: que el material se publicase sólo después de su muerte. El semanario se atuvo a esta condición y se ocupó de mantener en secreto la existencia de la entrevista, si bien al parecer el hermetismo no fue total. Como quiera que sea, la publicación del 31 de mayo de 1976 generó gran excitación, particularmente entre quienes nunca hubiesen imaginado algo semejante. El poder detonante de la "bomba" (por expresarlo en la jerga correspondiente) no se había visto mitigado por la década que había estado guardada en la caja fuerte; célebre por sus revelaciones sensacionales, el *Spiegel* consiguió así dar una de las grandes sorpresas de su historia.

Los hechos previos a la entrevista son enmarañados y no merecen ser referidos con detalle. Todo aquel que conociese, siquiera fugazmente, a Heidegger habrá considerado sorprendente que, una vez decidido a dar semejante paso, eligiese justamente al *Spiegel* para transmitir a la posteridad lo que tenía que decir acerca de las consabidas cuestiones. Porque un periodismo como el que el *Spiegel* representa de manera casi ejemplar era fundamentalmente adverso a su mentalidad. Pero Heidegger, que en esa época lo leía habitualmente, sabía muy bien que ningún otro periódico llegaba a un círculo de lectores tan amplio como éste, que lograba una y otra vez ser el centro de la atención pública. Lo que allí se publicara como declaración póstuma del filósofo, como su mensaje al público, trascendería sin duda la órbita de los auténticos seguidores, y llegaría no sólo a los curiosos y a los indiferentes, sino incluso a los refractarios y a los antagonistas.

Conocí tempranamente el proyecto, y en un primer momento me opuse con vehemencia. Sin embargo, no recuerdo los preparativos de la entrevista con todas sus peripecias. Hubo complicaciones, enojos de ambas partes, nuevos acuerdos, hasta que finalmente se llegó a fijar el procedimiento, la fecha y la condición arriba indicada.

Heidegger me pidió que estuviese presente en el diálogo, como su "segundo", por así decir, pues también por la otra parte habría dos participantes. Aún recuerdo un viaje a Hamburgo para presentarme a Georg Wolf, el segundo integrante del equipo entrevistador, un hombre de formación filosófica; repasamos con él algunos puntos. Conocí a Rudolf Augstein la mañana de la entrevista, cuando fui a buscar a los periodistas al hotel Colombi de Friburgo para conducirlos a Zähringen. Tenía de Augstein la imagen de un "verdugo inquisidor" que se disponía a degollar a mi maestro; sin embargo, se granjeó mi simpatía en menos de un minuto, pues desde el fondo de su corazón exclamó que sentía un "terror pánico" por tener que enfrentarse con el "célebre pensador"…

Éramos seis: Augstein, Wolf, la fotógrafa, un taquígrafo, un técnico y yo. La señora Heidegger nos recibió en la puerta de calle, y me indicó que condujese al grupo hacia la planta alta, donde Heidegger nos esperaba en la puerta de su estudio. Me asusté un poco al verlo, pues advertí que se hallaba en un estado de extrema tensión. Las fotografías tomadas durante esa mañana (la entrevista se prolongó desde las 10:00 hasta la 13:00) muestran con claridad cuán tenso estaba: las venas de sus sienes y de su frente hinchadas, los ojos ligeramente protuberantes por la excitación, signos un tanto preocupantes, pero que a lo largo del diálogo fueron cediendo hasta desaparecer. La fotógrafa, señora Digne Meller-Marcovic, publicó la mayor parte de sus tomas en un bello libro, que representa un asombroso testimonio de su capacidad para capturar, a través de la imagen, los matices de la expresión y de los gestos de los momentos importantes del diálogo. Se hizo posible olvidar por completo la presencia de la señora Meller-Marcovic y no sentirse incomodado por la cámara, lo que es un bello ejemplo de tacto y de humanidad en el despiadado servicio de la técnica.

El vivo diálogo entre Augstein y Heidegger, que conmovía también a los dos acompañantes, su intensidad que crecía de pregunta en pregunta, de respuesta en respuesta, casi sin respiro, sus vicisitudes y los puntos culminantes, no serán reproducidos aquí, pues el diálogo fue publicado con el visto bueno de ambas partes, incluyendo algunos añadidos de la mano de Heidegger. Lo único que me permitiré agregar son unas pocas palabras sobre la impresión

que me produjo el conjunto de la escena, que no puede reconstruirse a partir del texto ni de las fotografías más vívidas, y sólo pervive en quienes en su momento participaron de los hechos.

La tensión inicial (sin muchos "preliminares" se había pasado directamente al grano) me hizo temer un arranque de cólera del anciano de 76 años, que ahora, después de contenerse durante tanto tiempo y después de tantos disgustos mal apaciguados, por primera vez era invitado a pronunciarse ante extraños. (¿Habrá tenido presente todo el tiempo que no hablaba sólo para las pocas personas presentes, sino para un círculo vastísimo?) Sin embargo, conservó en todo momento la corrección; sólo el tono rencoroso de ciertas frases delataba que entonces salían a la superficie afecciones largamente soterradas (esto era especialmente patente para quien lo conocía y sabía cuánto quedaba sin decir en esas frases). Heidegger evitó toda desviación hacia lo no esencial, todo aquello que pudiera entenderse como un "desquite personal"; en unas pocas ocasiones se retractó de lo que acababa de decir. A medida que desaparecía de las delicadas preguntas de Augstein la referencia a pequeñeces políticas y a agravios personales (evidentemente, a lo largo del diálogo el periodista fue percibiendo que esas cosas no eran centrales, y que lo importante en ese momento era llegar hasta lo propiamente esencial), tanto más libre se sintió Heidegger en sus respuestas, hasta que insensiblemente fue tomando las riendas del diálogo. Cuando éste hubo alcanzado su clímax con la sentencia "Sólo un dios puede aún salvarnos", quien preguntaba y quien respondía habían alcanzado un "nivel" que superaba con creces lo que la ocasión hubiese exigido, y que ya no pudieron enturbiar algunas pequeñas controversias, como aquella sobre la significación del arte moderno. Cuando finalmente se pronunció la famosa frase con la que invariablemente concluyen las entrevistas del *Spiegel* (y que Augstein casi habría olvidado si yo no se la hubiese recordado), todos respiraron aliviados: "Profesor Heidegger, le damos las gracias por esta conversación" no fue, en este caso, una mera fórmula. Después de brindar con un vino de la región, servido en viejos cálices, hicimos pasar a la señora Heidegger, quien sin duda había vivido tres horas de ansiosa espera.

Por invitación de Heidegger partimos entonces con ella en el coche de Augstein (sin el taquígrafo y el técnico) rumbo a Todtnauberg

para conocer la "cabaña", el otro lugar de trabajo del filósofo, que había llegado a ser tan importante para él como la celda de clausura en lo de su hermano en Meßkirch. Esta excursión, favorecida por el templado sol de septiembre, también fue documentada por la fotógrafa, que tiempo después retornó sola, sin el ajetreo de la misión oficial, y tomó un gran número de fotografías especialmente bien logradas sobre la vida en la cabaña y en sus alrededores. Heidegger enseñó a los visitantes su estudio, cuya absoluta sencillez (en aquel tiempo ni siquiera adornaba la pared el retrato del anciano Schelling) los turbó visiblemente. Nadie había esperado una celda tan "fría". Pero muy pronto se acostumbraron a ese entorno desusado. Algo más tarde nos encontramos sentados en torno de la mesa frugal, en el rincón de la habitación mayor, junto a las ventanas, lugar de tantas conversaciones en todos los "registros". Era visible que Heidegger se había quitado un gran peso de encima; yo, que hacía tanto tiempo conocía ese peso, leía el alivio en su mirada. Tanta era su alegría ahora que un instante después fue a buscar los poemas de Hebel y comenzó a leerlos en voz alta, como si quisiese brindar a sus visitantes un beneficio que concordase con el *genius loci*. Sobre el final de la tarde, en un clima distendido, emprendimos el regreso a Friburgo.

La publicación de la entrevista en el *Spiegel* después de la muerte de Heidegger ha servido de clarificación, aunque no llegó a disipar los reproches que hacía tantos años se le hacían. Muchos sencillamente la ignoraron. La tácita esperanza del pensador de que la enemistad cediese el terreno a la confrontación objetiva no se ha cumplido aún. *Es de esperar que las explicaciones de Heidegger del complejo de cuestiones relativas a su paso por el rectorado, que sólo se publicaron en 1983, y a las que ya hemos hecho referencia en varias oportunidades, produzcan algún cambio en este sentido* (cf. *T&G* pp. 21 y ss.).

No todos tuvieron el coraje del escritor Rudolf Krämer-Badoni, que, pese a su decidido rechazo de los puntos de vista de Heidegger sobre el arte, no dudó en profesar públicamente su reconocimiento por la postura filosófica y humana de éste. Su libro, publicado en 1980, en el que manifiesta su desacuerdo con las tesis del filósofo, contiene una advertencia final en la que el escritor rechaza toda inter-

pretación que lo coloque entre los múltiples detractores o, mejor dicho, enemigos personales de Heidegger:

> En lo que a mí respecta, declaro que considero a Martin Heidegger el filósofo más relevante de la actualidad. Y en cuanto al ciudadano Heidegger, su alejamiento casi inmediato tras una breve toma de partido debería por fin reconocerse como lo que fue: un acto de hombría frente a un dictador…

V
Encuentros

En los años de la segunda posguerra se entrevistaron con Heidegger muchas personas notables que procuraron un contacto con él: filósofos, teólogos, eruditos de todas las especialidades, artistas y poetas. La alteración que durante un tiempo sufrió su manera de insertarse en el espacio público, su frecuente participación en actividades ajenas al ámbito universitario (que en gran medida se le había hecho insoportable), su membresía en las academias de Heidelberg y de Berlín, sus conferencias públicas, especialmente en Bremen y en Munich, sus ocasionales apariciones en otras ciudades de Alemania y del exterior (Atenas, París) y finalmente sus seminarios en el exterior (en Francia) lo llevaron a conectarse con hombres y mujeres que no pertenecían a los círculos académicos que antes frecuentaba. En su mayor parte, todo aquello le resultaba ajeno, y durante los tres últimos lustros de su vida se fue retirando más y más de esa agitación que, alimentada muchas veces por la mera curiosidad, comenzaba a aprisionarlo. Con todo, estos años también lo pusieron en contacto con personas que llegó a considerar importantes y valiosas, y cuya presencia él mismo, por consiguiente, buscaba. De esta suerte, sin proponérselo se amplió el círculo de sus amistades, y nuevos camaradas vinieron a relevar a los que le arrebatara la muerte, o la discordia debida a los malos entendidos intelectuales y políticos. No obstante, nunca pudo superar por completo la pérdida de viejos amigos con los que había compartido un trecho de su camino. Como quiera que se hubiese producido, el quebrantamiento de la fidelidad le dolía más que cualquier otra cosa.

No todos los que se cruzaron en su camino durante aquellos años tuvieron con él lo que realmente puede llamarse un "encuentro", aun cuando en ocasiones se trataba de nombres célebres. En algunos casos, los propios involucrados dieron su testimonio después de la muerte de Heidegger; así lo hicieron Medard Boss, su médico, y Clemens von Podewils, el intermediario, junto con su círculo, además de otros que ya hacía tiempo tenían con él una relación de confianza, como Hans-Georg Gadamer o Walter Biemel. No es éste el lugar para referirse a ellos, aunque en numerosas oportunidades fui testigo de sus reuniones con Heidegger.

Sólo quiero referir lo que ha quedado grabado en mi memoria porque lo presencié, encuentros con personas que, precisamente por su vinculación con Heidegger, llegaron a significar un acontecimiento también para mí.

EGON VIETTA

En los primeros años de posguerra, la reaparición de Heidegger –su resurgimiento a la vida espiritual de Europa– estuvo ligada por múltiples hilos con un hombre del que hoy ya casi no se habla: Egon Vietta. De ascendencia mitad italiana, moreno y vivaz, este jurista nacido en 1903 en Brühl –Baden– comenzó a asistir a las lecciones de Heidegger a fines de la década de 1920; el pensamiento del filósofo le había transmitido impulsos decisivos, y se puso en contacto directo con él. Después de la guerra abandonó la profesión de las leyes y se dedicó enteramente al venerado filósofo, manifestándose en su favor en cuanta ocasión se presentaba. Su pequeño libro *Die Seinsfrage* [La pregunta por el ser], publicado en 1950, permanece hasta hoy como elocuente testimonio de su devoción.

En este escrito polémico –cuyo estilo, a veces excesivamente atrevido, delata al versado periodista–, Vietta parte del reconocimiento de que nuestra civilización europea tardía es una civilización sin filosofía, una civilización que ya no puede percibir cuál es la raíz de su propio vacío. El temor a la filosofía, por un lado, la explotación de la naturaleza y del hombre, por otro lado, son la base desde

la cual se desarrolla una abarcadora crítica de la técnica, que Vietta complementa con una condensada exposición de las conferencias de Heidegger en Bremen, dedicadas a la "Mirada a lo que es", que en aquel momento (1949) aún estaban muy frescas en su memoria y que pudo complementar con la transcripción que él mismo había hecho de ellas. Incorporó a su texto mucho de lo que después de las conferencias se dijo en las discusiones con el círculo de los amigos bremenses, de manera que el libro presenta un vívido documento de aquellos días tan importantes para Heidegger. Un tema central es la mirada a la poesía del siglo XIX, que Vietta, en el caso de George, Ungaretti, Mallarmé o Benn, interpreta como una "vía de escape" frente a la hegemonía total de la ciencia. La destrucción de la representación del hombre como centro, la necesidad de una grande y esencial transformación, así como la ineludible pregunta por la muerte son otros de los grandes temas de la obra, que a pesar de su carácter fragmentario, y a veces rayano en lo fantástico, brinda una exhaustiva introducción al pensamiento de Heidegger.

Veinte años antes, cuando intentó una exposición de tono periodístico de la filosofía de *Ser y tiempo*, Vietta había recibido de Heidegger la advertencia de que apropiarse de lo dicho por él significaba "que esto mismo, los libros, tengan *una* única tarea: permitir que el ente que somos nosotros [...] llegue efectivamente a ser apremio y liberación. Sólo cuando los libros y las sentencias desaparecen tras cumplir con su faena, sólo entonces se ha llegado a la comprensión". ¡Nada, pues, de saber libresco en Heidegger! Y Vietta sabía muy bien, como lo expresa en otra parte, que una difusión propagandística de la filosofía no podía tener otra consecuencia que la de vaciarla de toda significación, transformándola en pura cháchara, como había ocurrido con la cultura humanista. No obstante, en su apasionada lucha en favor del filósofo no siempre supo eludir la apariencia de lo propagandístico, y esto le valió la hostilidad de los contrincantes y el recelo de los amigos.

Debido a que él mismo era poeta (su estremecedora obra sobre la guerra, *Monte Cassino*, fue estrenada en Essen el 1º de diciembre de 1949, con escenografía de Willi Baumeister, y contó con la presencia de Heidegger), Vietta poseía una fina sensibilidad para conectar poesía y filosofía. Era, en especial, un excelente conocedor de Rilke.

En la inolvidable velada en la Haus des Senats [Casa del Concejo] de Bremen, cuando después de una discusión acerca de la conferencia sobre la "Mirada a lo que es" se habló de la "cuaternidad", del juego de espejos de tierra y cielo, lo mortal y lo divino, Vietta, que había escuchado largo rato en silencio, intervino diciendo que tenía algo que aportar que Heidegger quizá desconociese. Entonces, de un tomo de poesía recientemente publicado leyó aquel fragmento de Rilke que habla del "juego de pelota para dioses/ juego de espejos…". Heidegger quedó visiblemente turbado, pues el poeta había anticipado con la palabra lo que el filósofo encontrara guiado por el asunto de su pensar, y que consideraba una creación novedosa. Vietta hizo varios descubrimientos de ese tipo. Él mismo escribió una serie de aforismos sobre Heidegger que permanecen inéditos; en uno de ellos dice que no es posible comprenderlo con los medios que una formación occidental del "logos" ofrece para la comprensión de un filósofo, pues ello implicaría "caer una vez más en el estado tradicional del pensamiento racionalmente determinado": precisamente aquel pensamiento cuyo "mero juego de la agudeza" es cuestión de combatir.

Vietta, que había reconocido la trascendencia mundial del pensamiento de Heidegger, se ocupó de difundirlo más allá de los confines de Europa. Cierta vez, en uno de sus acostumbrados viajes que lo llevó a pasar una larga temporada en los Estados Unidos, fue recibido por el presidente de una universidad interesado por la filosofía europea. Tras una prolongada espera, Vietta se encontró finalmente frente al poderoso personaje, que con la consabida jovialidad le palmeó el hombro y, consultando su reloj, dijo a su perplejo huésped: "Now, Mr. Vietta, tell me all about Mr. Heidegger… in five minutes!" El pequeño círculo ante el que Vietta narraba sus peripecias estadounidenses, en Stuttgart, rió a carcajadas. Pero Heidegger, a quien la anécdota le había causado mucha gracia, se puso serio de repente. Después de todo lo que había oído del fascinante mundo de los Estados Unidos, le quedaba una única pregunta, que consideraba más importante que todos los elogios de la perfección técnica de la vida de aquel país: "¿cómo se relacionan los estadounidenses con la muerte?".

Incluso el elocuente Vietta quedó sin palabras por unos instantes, pero luego describió las repugnantes prácticas en torno de la

muerte y del entierro usuales en los Estados Unidos (o, al menos, entre la gente acomodada), rituales en los que se presentaba el cuerpo del difunto maquillado, o embellecido por el embalsamamiento, en la pose deseada, tal como lo ha descrito Evelyn Waugh en su macabra novela *Los seres queridos*. Heidegger escuchó el relato en silencio, y luego se levantó de la mesa. Aunque no hizo referencia a lo que había escuchado, todos percibieron que la narración de Vietta le había revelado la actitud de los estadounidenses frente a la muerte, y también para él ésta era una revelación de la vida en los Estados Unidos.

Cierta vez, durante las jornadas de la Academia de Munich, a fines del invierno de 1951, Egon y Dory Vietta me visitaron en mi casa de Icking. Ella, una mujer sumamente intelectual y extremadamente apasionada, superaba quizás a su marido en la exaltada defensa del filósofo, al que veneraba ardorosamente, y no aceptaba nada que pudiera contraponérsele. Aquel mediodía de febrero transcurría entre diálogos en los que nos afirmábamos recíprocamente en esa causa tan significativa para nosotros, cada uno a su manera. "En recuerdo del ocio de este mediodía, que nos rescató de un mundo sin ocio; nos confirmamos recíprocamente en el diálogo, internándonos un trecho en el futuro", escribió Vietta en mi libro de huéspedes. Él se concedía poco ocio. Durante un tiempo fue dramaturgo con Sellner en Darmstadt, donde colaboró especialmente en la realización de las grandes puestas de Barlach; luego renunció a ese puesto para dedicarse a viajar. Se propuso aprovechar literariamente los conocimientos y las experiencias acumuladas en la India y en Asia oriental conjugando elementos budistas y pensamientos heideggerianos. Pero no pudo hacerlo: en 1959 falleció súbitamente, a los 56 años de edad, mientras preparaba una exposición moderna en Baden-Baden; su mujer había muerto pocos meses antes.

Uno de sus aforismos dice: "Si se comprendiese el pensamiento de Heidegger, la era técnica en la que vivimos habría llegado a su fin". Si Egon Vietta, ese hombre que en su íntima agitación me pareció siempre falto de felicidad, no hubiese escrito más que esta sentencia, si no hubiese transmitido más pensamiento que éste, merecería sin embargo ser recordado con gratitud.

ERHART KÄSTNER

Un día de pleno verano a fines de la década de 1950, en la estación central de Hannover. Trasiego de vacaciones, ruido por doquier; en el andén de larga distancia, montañas de equipaje: se espera de un minuto a otro la llegada del tren que va de Hamburgo hacia el sur. La gente se empuja, vocifera, discute; cada cual busca, o cree que busca, el mejor lugar para abordar. En el caótico ir y venir casi choco con un pasajero que permanece inmóvil en medio del tumulto. Me vuelvo, pero mi pedido de disculpas queda a medio camino: no puedo contener la carcajada cuando me topo con la sonrisa alegre de ¡Erhart Kästner! Está ahí, frente a mí, luminoso y libre, con la cabeza descubierta, el cabello rizado movido por el viento, solo, sin más compañía que su bolso de lino azul, atento como un perro ovejero que cuida que su dueño no suba al tren equivocado. Le pregunto adónde va, y me contesta alegremente: "¡A Creta!".

¡Qué viejo me sentí al lado de aquel juvenil trotamundos, que sin embargo era seis años mayor que yo! Parecía haber dejado en estado de hibernación veraniega la biblioteca de Wolfenbüttel, en la que desde hacía varios años ocupaba el puesto de Leibniz y de Lessing, dando renovado brillo a la casa, y ahora dirigirse apresuradamente y sin reposo hacia su amada isla, que en aquel tiempo no era aún el destino turístico ensalzado hoy en coloridos folletos; el que viajaba a Creta se lanzaba a la aventura de la lejanía, con todas sus durezas y sus recompensas, distante de cualquier "American way of life". Aquella tarde viajé un trecho junto a Erhart Kästner rumbo a Creta… aunque debí bajar en Gotinga. Lamentablemente, porque enseguida surgió entre nosotros un buen diálogo. Sobre Heidegger.

Este encuentro inesperado en el andén me parece hoy, hasta en sus detalles más mínimos, característico del hombre que encontré allí. Ninguno de los que esperaban y se arremolinaban excitados, bajo el apremio de sus pequeños propósitos, pasando sin respiro de sus preocupaciones domésticas a las del veraneo, planificando el ordenado transcurso de sus semanas de vacaciones… ninguno de ellos habrá poseído la libertad y la despreocupación de Erhart Kästner viajando a Creta. Era esa libertad interior la que le confería la cualidad luminosa que lo rodeaba como un aura. Una claridad y una

inmediatez que hacía que todo cobrase vida a su alrededor, y que daba impulso a quien tenía enfrente. Puesto que tal era su carácter, cae de maduro que, pese a su delicadeza y a sus refinadas maneras, era un hombre muy poco convencional.

Aquella tarde no pude dejar de pensar en mi fugaz compañero de viaje. Lo había conocido por intermedio de Heidegger, en Munich o en Bühlerhöhe. Todo lo que me había llamado la atención en este breve reencuentro me permitía inferir qué rasgo de su carácter lo hacía tan estimable para Heidegger: esa libertad interior que no se arredraba ante los cargos y las instituciones y que no se dejaba limitar por ellos.

Como funcionario en Dresde y más tarde en Wolfenbüttel, Kästner nunca se alejó de su íntima vocación: la de ser "un contemplador en el ajetreo del mundo" (Gundolf). Sabía que existen otras cosas más allá de los puestos y los puestitos de una sociedad que se petrificaba, reduciendo a los hombres a la indigna "esclavitud de la prosperidad". ¿No escribió alguna vez que en cualquier parte donde se percibiera algo fresco, en la tierra o en los hombres, había que prestarle atención? Él mismo poseía esa frescura "que recibimos en préstamo de la alborada de la creación", un don invalorable. Y como un arroyo en la montaña, abalanzándose aquí, deteniéndose allí en lo que tiene peso, reviviendo nuevamente y fluyendo, tocando las cosas como si se tratase de extraer pedrerías, pero produciendo también sin esfuerzo lo ligero, el vuelo del pájaro, la suavidad de la pluma: así surgía el lenguaje de Kästner. Su estilo se distingue por lo breve. Se aplican a él las palabras de Jean Paul: "La brevedad en el habla da amplitud en el pensar".

Y así, las reflexiones de aquella tarde volvieron a Heidegger. Erhart Kästner fue uno de los pocos que, a su modo, dieron una respuesta al pensador. Comprendía, o, mejor dicho, escuchaba hasta lo más profundo los pensamientos del filósofo, y los asimiló y los expresó de un modo que le pertenecía sólo a él, sin alterar su núcleo. Si en sus pocos discursos (en honor a Celan, en ocasión de la entrega del Premio Literario de Bremen o ante la Academia de Munich) se habla con tanta seriedad y énfasis de la "total puesta en cálculo del mundo por parte de la modernidad", ¿de dónde surgen semejantes perspectivas sino del pensamiento de Heidegger? El lamento por la muerte

de las cosas, ultimadas por la ciencia moderna, y muchos otros conceptos que Kästner expresa en sus alocuciones breves, en sus *Beschreibungen und Bewunderungen* [Descripciones y admiraciones], abrevan en esa misma fuente.

Sabía cuánto le debía. Por ello, luchó por Heidegger y no eludió una pública profesión de fe cada vez que las circunstancias la exigieron. Cuando la Academia de Berlín incorporó a Günter Grass, Kästner la abandonó porque no quería pertenecer a la misma institución que un hombre que había injuriado a Heidegger (en la novela *Años de perro*). Y Kästner sabía muy bien por qué, en Meßkirch, en ocasión de la celebración del 70º aniversario de Heidegger, decía: "¡Lo necesitamos!"

¿Nosotros? Se refería a los artistas. El diálogo entre ellos se movía en el ámbito del arte, y especialmente del arte contemporáneo: hablaban de Bissier, de quien Heidegger había sido amigo en sus primeros años en Friburgo, y al que Kästner visitaba ahora en Hagnau. Una tarde, cuando fui a buscarlo a la estación de Friburgo, me habló con entusiasmo de las *Miniaturas* de Bissier, pero también de su jardín (hoy destruido) junto al lago Constanza, que, según decía, era todo un "poema". Hablaban de Mark Tobey, a quien más tarde Heidegger visitó en Basilea, alentado por Kästner, quien le había dicho que en la vieja y alta casa del suburbio St. Alban caminaría como pisando las huellas de Klee. Deambuló por las habitaciones atiborradas de cuadros, láminas, bosquejos grandes y pequeños, asombrado, mirando, deteniéndose en silencio aquí y allá, mientras el anciano Tobey, que sabía tan poco alemán como su huésped inglés, seguía su vagar con ojos atentos e inquisitivos.

Pero ante todo hablaban de Grecia. La antigüedad griega –de la que Kästner tenía la experiencia viva– era el suelo que habitaban ambos, aun cuando Heidegger no siempre podía seguir a su amigo en sus incursiones en el arte moderno. Yo conocía esa faceta, y a veces guardaba silencio sobre mis nuevos "descubrimientos", como el de Altenbourg, a quien Kästner y yo estimábamos por igual. ¡Pero la Hélade! Heidegger tenía en alta estima los libros de Kästner, esas paráfrasis del gran tema de Grecia; es más, los amaba. Los dos marchaban aquí por senderos muy similares. En cierta oportunidad incluso planearon hacer juntos un viaje a Grecia. Lo discutí con

Kästner hasta en los detalles, y me afligió saber que finalmente el plan no se llevaría a cabo, por motivos que ignoro. Quizá la dosis de temeridad que Kästner conservaba, su audacia aun en las cosas cotidianas, hiciera temer secretamente a Heidegger, que ya tenía más de 70 años, que el ritmo fuera demasiado intenso para él. Pero Grecia siguió siendo el gran amor de esos dos hombres.

Quizás el lector se sienta inclinado a creer que Kästner era una especie de temerario que no seguía más regla que su propia inclinación. No era así. Precisamente en su relación con Heidegger daba muestras de tanto tacto, e incluso sutileza, como correspondía a un hombre inteligente y sensible en una amistad como ésa. Todo se sustentaba en una profunda seriedad del vivir. La situación del mundo, que con frecuencia negamos con ligereza, era para Kästner una preocupación que lindaba con el tormento; y en esto coincidía con Heidegger, sin que hiciera falta pronunciar muchas palabras: en la preocupación por la situación del mundo, que no debe confundirse con lo político. "Cómo lograba cada cual vivir en el ajeno país de la modernidad, en el insensato trajín de sombras, bajo el terror que ya no tiene la estupidez de ser sangriento": la respuesta a esta pregunta, que también se nos planteará a nosotros algún día, ellos se la llevaron consigo.

Sólo las personas más cercanas sabían que Erhard Kästner padecía una grave enfermedad, que le impidió disfrutar mucho tiempo del anhelado ocio en su residencia de la vejez en Staufen, en Brisgovia. Su último libro, que contiene notas sobre Bizancio, comienza con la curiosa recomendación de no llegar a una excesiva vejez. Su anticipada muerte, antes de cumplir los 70 años, selló con el ejemplo esa advertencia.

Pero sería injusto cerrar este recuerdo de Erhart Kästner, por así decir, en tono menor. Es otro el diapasón que evoca la memoria de sus encuentros con Heidegger. Una tonalidad que debería contener algo de su voz sonora, clara, que ahuyentaba los pesares, con el retintín de su cordial humor, esa voz que hacía inolvidable la compañía de Kästner. Era un día de lluvia en 1959; por la mañana, el rector y los decanos de la universidad habían ido a Zähringen para felicitar a Heidegger por sus 70 años; y por la tarde, en Meßkirch, también los paisanos querían participar de la honra y la alegría. Bajo

la lluvia torrencial, la banda de bomberos atronaba con marchas y canciones regionales, sin dar tregua a sus instrumentos, frente a la casa Heidegger, donde vivía su hermano, hasta que finalmente el filósofo enfrentó la doble tempestad y les agradeció. Ninguna presencia pareció alegrarlo más que la de Erhart Kästner: ¡qué sorpresa para el homenajeado! La velada en el "Adler" fue una celebración alegre, y allí Kästner encontró al hombre que logró superarlo con la agudeza de sus réplicas: Fritz Heidegger.

A la mañana siguiente, durante la celebración en el ayuntamiento, que estuvo libre de toda falsa solemnidad, entre los diversos oradores Kästner dio con el tono más justo cuando, hablando en nombre de la Academia de Berlín, dijo: "No sólo lo admiramos, sino que además lo amamos… como también lo aman aquí, en Meßkirch". Sólo Erhart Kästner, con su libertad y con su nunca disimulada veneración, podía decir esas palabras de amistad.

LUDWIG VON FICKER

"Encendió una luz de amor para su extinto amigo", afirmó un crítico al comentar en un periódico alemán una conferencia que Ludwig von Ficker, antiguo editor del *Brenner* y mentor de Georg Trakl, había pronunciado en Bühlerhöhe para evocar la figura y la obra del poeta fallecido en 1914. Los oyentes percibieron que quien hablaba había acompañado con su sentimiento la pena y la soledad del poeta. Más que una conferencia, lo que pronunció aquella noche fue una invocación, un coloquio humano en el que Trakl revivía, estremecedor. Se ofreció a la mirada la relación singular que uniera al poeta con su amigo, mecenas y sostén, quien dedicó toda su vida a este vínculo. Lo que Ludwig von Ficker, a la sazón un hombre anciano y frágil, dijo aquella noche no fue una contribución desapasionada al estudio de las letras alemanas, como quizás esperaban los especialistas ante los que repitió más tarde su conferencia en Friburgo. Fue una profesión de fe… en la verdad. ¡Quién podría olvidar cómo se iban descubriendo, en frases escuetas, los últimos años, días, horas del poeta! Cómo el amigo relató la triste despedida y luego, con

voz casi temblorosa, como si todo aquello estuviera sucediendo en ese instante, dio lectura a la declaración del muchacho campesino que había sido el fiel ordenanza de Trakl… lo irremediable, cargado con todo el peso de un mundo trastornado hasta volverse inhumano. Cuanto dijo en esa oportunidad Ludwig von Ficker, vibrando con el recuerdo de lo vivido antaño, resumiendo todo por fin en la lectura del poema "Grodek", por temor de que su propia palabra se quebrase en el embate, fue la expresión de quien ha experimentado cosas que se sustraen al tanteo de la razón.

Para Heidegger, familiarizado desde su juventud con la poesía de Trakl, este encuentro no podía sino ser extraordinariamente significativo, pues le permitía acercarse de un modo insospechadamente vivo a una poesía que lo conmovía no menos que la de Rilke. En la sala de la cúpula de Bühlerhöhe, ambos, Heidegger y von Ficker, se hallaron frente a frente, más emocionados de lo que es posible transmitir con palabras. Luego, también yo fui presentado e incorporado amistosamente a la relación personal que acababa de nacer. La pervivencia de ese vínculo, que no obedece a un mérito mío, quedó confirmada sin palabras cuando me acerqué a von Ficker el día de su conferencia ante los estudiantes de Friburgo para transmitirle las excusas de Heidegger, que no podía asistir porque se hallaba enfermo. ¡Qué cordial puede ser un encuentro tan breve, qué elocuentes las palabras y las miradas cuando surgen del corazón, como aquella tarde en el aula magna, antes de que von Ficker ascendiera al estrado! Después de su conferencia lo acapararon los germanistas; yo no era uno de ellos.

Esos dos encuentros, en Bühlerhöhe y en Friburgo, me infundieron coraje para formular una pregunta, en apariencia superficial pero profunda en sus alcances. Invitado a contribuir con un trabajo para uno de los volúmenes que se preparaban en homenaje a Heidegger con ocasión de su 70º aniversario, presenté un breve estudio que en realidad no era más que un fragmento, pues no llegué a desarrollarlo hasta sus últimas consecuencias. "Me parece que usted ni siquiera sabe en qué se ha metido", me dijo Heidegger después de leer mi contribución. En ella intentaba mostrar algo del reflejo de una obra de arte en otra, a lo que Goethe se refirió en una oportunidad: un cuadro reflejado en un poema. Como ejemplo, tomé una

naturaleza muerta de Juan Gris, que se encontraba en el museo de arte de Basilea, y el poema "Rondell" ["Rotonda"], de Trakl, lo que me dio la ocasión de preguntarle a von Ficker si podía decirme algo acerca de la génesis de ese poema.

La respuesta, que no se hizo esperar, a primera vista me resultó decepcionante, si bien confirmaba lo que yo, en el fondo, suponía. Se trataba de una comprobación muy sencilla:

> Por lo general, cuando regresaba a mi hogar por las tardes y entraba a mi habitación, encontraba a Trakl sentado junto a la ventana, pensativo, sumido en el poema que lo tenía ocupado, con la mirada perdida en el paisaje. Se incorporaba cuando yo encendía la luz, y si sentía la necesidad de leerme lo que acababa de escribir se contentaba con preguntarme luego si me gustaba. Eso era todo…

En la memoria del amigo, ése era el temple y el momento en que Trakl debió haberle entregado el pequeño poema "Rondell"; en su opinión, podía descartarse la posibilidad de que el poeta, "con su carácter taciturno", hubiese acompañado "la entrega del poema con algún tipo de explicación acerca de las particularidades de su hechura". El poema no debía requerir explicación alguna, pues cada estrofa lleva en sí sólo aquello que tiene para decir.

Cuando leí esta carta pensé inmediatamente en Heidegger, que más de una vez me había expresado su extrañeza ante el hecho de que algunos poetas modernos se sintieran obligados a complementar sus poemas con "explicaciones". La respuesta que recibí desde Innsbruck echaba una luz pequeña, pero muy característica, sobre el quehacer poético de Trakl, y por ello merecía que la mencionara aquí.

Cuando Ludwig von Ficker cumplió 80 años, Heidegger viajó para asistir a la celebración organizada por sus amigos austríacos. La mañana en que lo acompañé a la estación y le encomendé mis saludos era evidente la alegría que le producía la perspectiva de esa jornada. No se vio defraudado. Inspirado por el genio de la hora y del lugar, desechó el texto preparado con anterioridad y en cambio pronunció en el banquete una bella alocución improvisada, cuyo hilo conductor, para congratulación del homenajeado, fue la imagen de las torres, "faros en el desierto" (Saint Exupéry).

A su regreso de Innsbruck me escribió diciendo que la celebración había sido muy bella y no demasiado larga: "El señor von Ficker estaba lleno de vida renovada. Visitamos diversos lugares donde moró y anduvo Trakl. El viaje en los viejos coches austríacos fue, en algunos tramos, un tanto agotador…". Para Heidegger, las visitas a lugares vinculados con la memoria de poetas o pensadores eran un asunto muy serio: conocía la fuerza de esos lugares y por eso solía sorprender con preguntas que demostraban con qué conexiones se tramaban sus vivencias, en qué mundo de significado se movía en esas ocasiones. Según me contó Beaufret, una vez, durante un viaje al Valois, de vuelta a París desde Normandía, Heidegger le preguntó de pronto: "¿Estamos ahora en la región de Nerval? ¿En lo de Sylvie?". La ruta bordeaba el Valois, y estaban a punto de desviarse rumbo a la abadía de Châalis, que tan intensamente evoca el recuerdo de Gérard de Nerval, el primer traductor del *Fausto* de Goethe al francés y autor de la narración sentimental *Sylvie*.

Tiempo después pude confirmar las impresiones que Heidegger se llevó del Tirol en una visita al cementerio del poblado de Mühlau, donde se encuentra el sepulcro de Trakl. Aquel lugar silencioso en la montaña se asemeja un poco a ese otro cementerio situado sobre Meßkirch, con amplia vista sobre la región suabo-alemana, donde recibió sepultura Heidegger.

CLARA RILKE

Desde que, en un pequeño círculo y para conmemorar el vigésimo aniversario de la muerte de Rilke, Heidegger pronunció su conferencia sobre el "Poeta en tiempos de penuria", fue evidente cuánto significaba el poeta para él. En aquella época Rilke también ocupaba un lugar central en mi trabajo, y por ello no es sorprendente que en nuestras cartas de los años 1947-1948 frecuentemente hiciéramos referencia a él; Heidegger intentaba insertarlo en el entramado de las grandes líneas de la historia. Se trataba de revivir las experiencias fundamentales de Nietzsche y de Rilke –escribía– y de tomar en serio su visón de la época actual. Aun cuando también Rilke se había

visto obligado a pasar junto, y a través de, las experiencias de una psicología transformada en técnica, y convertida hacía tiempo en psicoanálisis, sin embargo, en su poesía definitiva se experimentaba y se decía otra cosa. En una carta, Heidegger se refería a la relación entre Rilke y Rodin: "Todos dicen que de Rodin Rilke aprendió a trabajar; no advierten que es aun más cierto que es allí donde aprendió a hablar y a escribir sobre poesía".

A raíz de mis trabajos preparatorios para un libro sobre Rilke y Paula Becker-Modersohn –cuya relación, en sus aspectos más profundos, nunca había sido debidamente estudiada–, sentí el deseo cada vez más urgente de procurarme información fidedigna allí donde aún podía hallarla: en lo de la única supérstite de un pasado del que nos separaban ya varias décadas, la señora Clara Rilke. En mi infancia, había visto una vez a la escultora en mi casa paterna, en Bremen, cuando llegó para preparar, sobre la base de material fotográfico, un retrato en relieve de mi abuelo Heinrich Wiegand, que integraría la serie de efigies de destacados ciudadanos bremenses que adornaba el gran salón de la Bolsa. En aquella oportunidad, Clara Rilke no sólo quiso hablar con la hija de Wiegand, sino también ver a su nieto.

Ese "encuentro con un niño" me dio ocasión para entablar un nuevo contacto, y a comienzos de 1948 llamé a su domicilio en Fischerhude y pregunté si la señora Clara Rilke estaría dispuesta a recibirme para conversar sobre su amiga Paula Becker. Me recibió un día de marzo, y la visita fue muy satisfactoria y productiva; el resultado del diálogo que se inició entonces, y que luego continuó por carta y posteriormente con nuevas visitas, fue la edición de las *Cartas sobre Cézanne* de Rilke, en la editorial Insel, además de un intercambio ininterrumpido de ideas sobre Paula.

De inmediato envié una larga carta a Heidegger, en la que le describía no sólo la vieja casa pueblerina en Bredenau –con su jardín sobre la orilla del ancho y calmo río Wümme, que en primavera anegaba una gran extensión de sus praderas–, sino también los muchos pequeños tesoros que me habían sido enseñados: un ejemplar de *Niels Lyhne*,* tomito ajado que Paula había ilustrado con

* Novela del escritor danés Jens Peter Jacobsen (1847-1885). [N. del T.]

florecillas primaverales para regalarle a su amiga en el comienzo mismo de su primer tiempo compartido en Worpswede; el pequeño icono de plata que Rilke había traído de su viaje a Rusia. En su respuesta, Heidegger, que se mostraba encantado con la carta, elogiaba la vívida impresión que le había dado de la vida de Clara Rilke en esa región. "El temprano encuentro de P. B. M. con Jacobsen y luego con Cézanne es asombroso" (20 de marzo de 1948).

Con mucho gusto transmití los saludos que me enviaba para la señora Rilke, sin omitir su deseo de conocerla personalmente, y de ahondar él mismo en los temas que yo había rozado, especialmente con respecto a Cézanne. No le interesaba tanto conocer a la artista (cuya obra entonces desconocía), sino a la mujer del poeta, que ella nunca había dejado de ser, tanto en la proximidad como a la distancia. En diciembre de 1949 Heidegger pasó unos días en Bremen; atareadísimo entre conferencias y discusiones (en torno a la "Mirada a lo que es"), no tuvo tiempo para hacer una visita a Fischerhude. Sólo durante una breve excursión a Worpswede, Rilke, junto con las "dos hermanas, la rubia y la morena" (como las llamó en su primer encuentro), pareció hacérsele extrañamente próximo. En la visita al museo "Casa del Schluh", con las hijas de Vogeler y el custodio del legado de Vogeler –Hans-Hermann Rief– se habló mucho de Clara Rilke y de su vida, que hacía tiempo la había alejado de Worpswede.

En la primavera de 1951, la siguiente estadía de Heidegger en Bremen, en ocasión de la conferencia sobre el "Logos", le permitió por fin concretar su anhelo. Pese a los cuidadosos preparativos, cuando emprendimos el viaje en coche a Fischerhude, en una espléndida mañana de mayo, me sentía intranquilo: ¿saldría todo bien?, ¿se entenderían, harían buenas migas esas dos personas tan diferentes? Más allá de que ambos tenían una personalidad fuerte, en ese encuentro se enfrentaban el carácter de la Alemania del norte con el de la Alemania del sur. Pero Heidegger apreciaba a los bremenses, y probablemente también apreciaría a la que fuera Clara Westhoff, hija de una familia de comerciantes, y que, pese a su vida errante y llena de sinsabores, tanto conservaba del genio bremense. A primera vista, muchos se extrañaban por su presencia singularmente "viril", por la cualidad "angulosa" de sus amplios ademanes, que guardaban un curioso paralelo con su grafía de trazos grandes y vigoro-

sos, lo que por regla general la obligaba a emplear una cuartilla entera para la más breve esquela. Para quien no la conociera, esos rasgos, unidos a su imponente complexión y a las vastas y severas facciones de su rostro, ocultaban un fondo inagotable de bondad y de candor, siempre dispuesto a no ver en el prójimo sino lo bueno. Sus hermosos ojos celestes revelaban a veces una sutil melancolía, que habitualmente permanecía invisible, gracias a esa capacidad para la alegría que solía tornar tan festivo el trato de Clara Rilke. ¿Pero cómo se llevaría con el filósofo de Todtnauberg, que en aquel tiempo era calificado de "existencialista"? Trataba de calmar mi inquietud pensando que quizá, además de los recuerdos de Rilke, el sentido del humor de ambos permitiría un acercamiento.

Entre tanto, llegamos a la casa de Bredenau. El coche giró para volver a Bremen y yo accioné la vetusta campana de entrada. Se abrió la rústica puerta y en el vano la señora Clara, con túnica blanca, como en las fotografías que la muestran junto a su amiga Paula, en la mano el inevitable pañuelo, que según decían nunca abandonaba… Primero, unos instantes de incomodidad –la imagen que cada uno se había hecho del otro era seguramente muy distinta–. Pasamos a la pequeña biblioteca, junto al taller donde nos esperaba una mesita con el café, para reanimar a los huéspedes después del viaje a través de la fresca mañana. Entre los libros, Heidegger reparó enseguida en la vieja edición de Kierkegaard, y así surgió un diálogo acerca de los años parisinos. La señora Rilke relató que en sus primeros tiempos en París ella y Rainer Maria habían leído juntos al autor danés, y mencionó un poema de su esposo correspondiente a esa época que tiempo atrás le había enseñado a una visitante y que ahora no lograba encontrar. Heidegger tomó uno de los tomitos, lo abrió… y de allí cayó la hoja con el manuscrito del poema. Sorpresa, estupor, alegría: "¡Profesor, usted me trae suerte!". El hielo de la distancia inicial se había roto; tuve la sensación de que mi presencia mediadora se había vuelto superflua pues la anfitriona y el huésped se entendían de maravillas, transitaban un terreno compartido como si se conocieran desde siempre.

Pasamos al gran taller. Al comienzo, la señora Rilke, que después de la guerra había retomado la pintura, quiso mostrarnos sus cuadros, que le gustaron a Heidegger; pero él había ido para ver

las obras de la discípula de Rodin, de las que yo ya le había hablado. Pudo ver entonces algunas de las mejores esculturas, ésas que permanecerán como testimonio del elevado talento, del don para la forma, de la destreza técnica y de la sensibilidad espiritual de la artista: el busto de Paula Becker, apasionado y sin embargo contenido, las imágenes en bronce de Rilke y de Vogeler –esta última impresionó particularmente a Heidegger–, la noble figura de Alfred Schuler, obras todas ellas que inmediatamente irradian grandeza espiritual. En el banco de trabajo se veía un pequeño desnudo de muchacho, recién terminado; la señora Clara le dio unos rápidos retoques, con mano segura, mientras Heidegger seguía sus movimientos con admiración.

Entre los diálogos en el taller y un paseo por el parque hasta la vera del río, la mañana pasó rápidamente y llegó la hora del almuerzo. Pensábamos ir hasta Fischerhude a comer en la hostería y regresar por la tarde, pero inesperadamente la dueña de casa nos preguntó si nos conformaríamos con una comida muy sencilla servida en la cocina; Heidegger aceptó encantado: lo alegraba la perspectiva de la comida campestre en ese entorno que visiblemente le agradaba. De manera que poco después nos hallamos reunidos en torno de la mesa de madera sin lustrar, comiendo crepes con compota. Más tarde, la señora Rilke me llamó aparte para decirme lo maravilloso que era tener allí a ese huésped con el que podía hablar de todo, de gentes y de cosas de las que los más jóvenes casi no tenían noticia: "¡Sabe de toda la gente que conocimos en París, sabe de los viejos tiempos!". Tenía tantas cosas para preguntarle que la hora del té no bastaría, y además, como no sabía que se llevaría tan bien con Heidegger, había invitado a un pintor amigo para que animase la conversación durante el té, lo que, tal como ahora consideraba la situación, sería una presencia más bien molesta, aunque ya era tarde para cancelar la invitación. De manera que me pedía que distrajese al pintor conversando sobre arte y apartándolo de Heidegger, ¡así, ella lo tendría para sí!

Con una sonrisita conspirativa, me envió luego a la sala de estar, situada en la planta alta, donde habían tendido un confortable lecho para que Heidegger hiciese su acostumbrada siesta; también ella se retiró a sus aposentos. Antes de la hora señalada se oyeron sus gol-

pes en la puerta de la sala, donde yo velaba la siesta de Heidegger, y al cabo de unos minutos se habían sumergido en una nueva conversación, en la que no sólo se hablaba de antiguos conocidos en común, sino también de Rodin, de Maillol y del arte de Paula. Mientras así conversaban, la señora Clara iba y venía con su acostumbrado ímpetu, y mientras arreglaba la mesita para el té volcó el contenido de la azucarera, pero, sin alterarse por este pequeño accidente, puso a hervir el agua –que era famosa entre sus amigos, pues provenía de un tambor que recogía el agua de lluvia, lo que realzaba el sabor de su té–.

Cuando finalmente llegó el amigo pintor, el pequeño *party* estaba de lo más animado; sin duda el cuarto integrante de la ronda se sorprendió no poco al ser testigo de la animada y familiar plática ente la escultora y el filósofo. Recordando mi misión, intenté involucrar al pintor en una complicada discusión sobre el arte abstracto, que en esa época celebraba su primer gran auge, siempre con un oído atento a ellos dos. Pero pronto me vi forzado a renunciar para darle al visitante, defraudado en su interés, la oportunidad de desquitarse con sus propias preguntas al pensador. Sin embargo, creo recordar que su intento no tuvo mucho éxito, pues los dos actores principales no se apartaban de su diálogo, hasta que finalmente (¡qué pronto!) sonó el timbre abajo. Allí nos esperaba Dory Vietta para llevarnos en su coche de regreso a Bremen. Anochecía ya.

Aunque a Heidegger le hubiera gustado permanecer más tiempo, en Bremen lo esperaba la discusión acerca de la conferencia del día anterior, anunciada para esa tarde, y que ya no podía cancelarse, a pesar de las tímidas sugerencias de Clara, que nos acompañó hasta el portón de su jardín; cuando partimos, la anciana se inclinó profundamente para echar una mirada al interior del coche y dar un último adiós con la mano al huésped que partía. Heidegger se quedó mirando hacia atrás hasta que la perdió de vista. Después se volvió hacia mí y dijo: "¡Petzet, con esta mujer yo también me hubiera casado!".

Tres años más tarde murió Clara. Cuando, pocas semanas después de su deceso, en el Salón Dorado del Schütting de Bremen, Heidegger pronunció su conferencia "Ciencia y meditación", comenzó diciendo: "Hoy hablo en memoria de Clara Rilke…"

HERTHA KOENIG

Uno de los cuadros mundialmente famosos de Picasso, los *Saltimbanquis*, pintado en París en 1905, es uno de los ejemplos que testimonian la hermandad del arte pictórico con la poesía: ese cuadro se refleja en la quinta de las *Elegías de Duino* de Rilke, que por ese motivo suele llamarse la elegía de los saltimbanquis. Hasta aquí los datos que hallará en la bibliografía quien se interese por el arte o por la poesía. Pero hoy puede causar cierta perplejidad la dedicatoria que el poeta puso en la elegía que surgiera inesperadamente "en una luminosa postormenta": "Dedicada a la señora Hertha Koenig". Al parecer, ya nadie sabe de ella. ¿Una de las numerosas "amigas" de Rilke, como se dice socarronamente? ¿O había algo especial en el caso de esta mujer a la que Rilke dedicó una pieza tan central de su obra poética?

Debe haber sido una de las mujeres más bellas de su tiempo, como es posible comprobar en numerosos retratos. Nacida en 1884 en Westfalia, en el seno de una familia cuyas ramificaciones llegaban hasta Rusia (su abuelo había sido uno de los hombres de mayor confianza del último zar), en su juventud vivió en Moscú y en París, hasta que, tras un breve matrimonio con el filólogo clásico Roman Woerner, se retiró a las tierras de su padre, en Westfalia, al antiguo castillo de Böckel, rodeado de agua. Por cierto, los habitantes de las aldeas que dependían del castillo, de quienes ella se ocupaba, según la antigua tradición patriarcal –aunque con una viva conciencia social–, ignoraban que la señora de la comarca escribía sonetos de los que Rilke dijo alguna vez que eran mejores que los propios. Su obra poética ha caído en un olvido casi tan completo como su persona, a pesar de que entre sus poemas (no sólo los *Sonetos florales*) y su prosa hay muchas cosas que aún merece la pena leer, por ejemplo, una novela acerca de su ancestro suabo Nikolaus Lenau. Cultivó contactos con muchos espíritus eminentes de su tiempo; fue aclamada como huésped en el círculo de Gerhart Hauptmann, admiradora del poeta Otto von Taube, y en Munich (donde tenía un piso en la calle Weidenmayer, a orillas del Isar) frecuentó la casa de la princesa Cantacuzène (Elsa Bruckmann). Fue allí donde conoció, después de 1914, a Rainer Maria Rilke.

En este vínculo, que pronto llegó a ser una amistad plena de ternura y de confianza, jugaba un papel especial el oficio poético. La

alta estima que Rilke tenía por sus poemas fortalecía la afinidad humana que los unió durante largos años. Pero el papel activo que ejerció Hertha Koenig en la golpeada vida de Rilke, ocupándose de él y de su causa, aún después de muerto el poeta, nunca llegó a conocimiento público, pues hubiera contrariado al carácter fino y sumamente discreto de esa mujer.

¿Pero cómo llegó Rilke a dedicarle la elegía? Desde muy joven, Hertha Koenig no sólo amaba los antiguos cuadros y las tallas que albergaba el castillo de su padre, sino que había desarrollado una poderosa inclinación por el arte de su tiempo. Con un gusto infalible y con un gran sentido artístico, coleccionaba las obras más diversas: cuadros de Hodler y de Vogeler (quien diseñó ilustraciones para sus tomos de poesía), de Nolde y de Klee. Lo que exteriormente parecía una acumulación inconexa, lograba unidad interna debido a que las obras encarnaban el espíritu de su dueña. Sin meditarlo demasiado, todavía joven, compró en una galería de Munich tres cuadros de Picasso, a causa del impacto que la personalidad del pintor había tenido sobre ella. Cuadros de los períodos azul y rosa, uno de ellos era, precisamente, *Saltimbanquis*, que colgó sobre el escritorio en un gran salón del piso de Munich; fue allí donde Rilke, sin rumbo y sin hogar, recaló durante una larga ausencia de ella, en los años de la Primera Guerra Mundial. Así fue como en 1915 el poeta tuvo su lugar de trabajo debajo del cuadro. "El custodio del Picasso", solía firmar entonces.

Dos años después, cuando la situación se iba haciendo cada vez más difícil, Hertha Koenig lo invitó a su propiedad de Westfalia, donde pasó las últimas semanas del verano y el otoño de 1917, en compañía de ella y de su amiga Augusta Hartmann. Se instaló al huésped en una antigua habitación de alto techo, con unos pocos muebles, en una de las torres del castillo; por su severa sobriedad, la "torre de Rilke" –como la llaman los aldeanos– recuerda un poco la torre de Muzot. En efecto, también aquí fue siempre un extraño, uno de los errantes, "los que son algo más fugaces aun que nosotros mismos…". Cuando cuatro años después escribió esas palabras en Muzot, recordó su puesto de "custodio del Picasso" y encabezó con el nombre de su amiga poeta la elegía de los saltimbanquis, dejando eternamente unidos el cuadro, el nombre y el poema.

En una oportunidad mencioné que durante la época transcurrida en Böckel, cada mañana, al bajar por las escalinatas hacia el parque, Rilke debía pasar junto a una estatua barroca de Orfeo. Fue éste el último impulso que decidió a Heidegger a hacer una visita a la señora Koenig, y a la vez al Böckel de Rilke. No resultó difícil lograr que lo invitaran, pues además de relatarle a él mis impresiones sobre Böckel, en mis distintas estadías en el lugar me había referido a Heidegger. La ocasión llegó en 1962, con la última visita de Heidegger a Bremen para participar de aquel banquete. Luego de tres días en Bremen, mientras en la mañana del cuarto participábamos de una última reunión de despedida en casa de una antigua discípula de los tiempos de Friburgo, llegó el pesado coche rural que la señora Koenig nos enviaba desde Böckel. Conducido por el "señor Gustav", el vehículo nos llevó sin sobresaltos, y en pocas horas llegamos a destino. Íbamos a la tierra de la Droste…,* a lo de una poeta.

Tras los agitados días de Bremen, en la casa Böckel (la señora Koenig nunca decía "el castillo Böckel") nos rodeó una paz profunda. Resplandecía un claro día de febrero, y su luz entraba por las ventanas del extensísimo comedor con paredes de revestimiento oscuro, haciéndolo más amable. Enseguida nos sentamos a la mesa. "Hoy comemos sopa de presidente, pero sin bollitos", anunció la dueña de casa, aludiendo a la visita del presidente Theodor Heuss, que había estado la semana anterior para conocer a la antigua habitante de la mansión Hammerschmidt, que era su residencia oficial; Hertha Koenig, cuyo padre había sido propietario de esa mansión, había pasado allí parte de su juventud. Mientras ella hablaba de esa visita, sirvieron la referida sopa. Heidegger escudriñaba con mirada atenta el desusado entorno de la sala con los antiguos y ennegrecidos cuadros de paisajes italianos, y se mostraba más parco de lo que la anfitriona quizás había esperado. Yo conocía esa parquedad, que no era un gesto de descortesía; pero la señora Koenig podía sentir que no era fácil establecer el contacto. "Las comidas tensas no son mi fuerte", había escrito cierta vez en su librito *Die Mutter Rilkes* [La madre de Rilke].

* Se refiere a Annette von Droste-Hülshoff (1797-1848), poeta de Westfalia. [N. del T.]

Hizo sonar la campanilla para que sirvieran el plato principal. De pronto se abrió una puerta invisible e ingresó una aparición fantasmagórica, que correspondía exactamente a la descripción contenida en el mencionado librito, donde se narraba un almuerzo en un hotel de Munich:

> Todas las miradas se volvieron hacia la misteriosa cortina: la figura negra, de sobretodo, sombrero y velo atravesó las filas de los presentes, trabajosamente y, sin embargo, con la cabeza muy erguida. Sus manos temblaban, sus ojos chispeantes buscaban algo… Si en lugar del mediodía hubiesen sido las doce de la noche, se habría creído que un tiempo ya perdido resurgía en esta figura, la única viviente, la única activa entre las sombras que comían en silencio…

También nosotros nos quedamos mudos. ¿Qué fantasma era éste que había surgido de la puerta invisible? Nuestra turbación sólo se diluyó cuando la anfitriona echó a reír con entusiasmo; su bien preparada broma había sido un éxito. Era María, la criada de origen campesino que, a lo largo de casi medio siglo, había llegado a ser su confidente, la que había representado esa escena casi macabra. Ahora que los dos invitados la habían reconocido, se retiró por donde había venido, con una cortés reverencia. Era María y, sin embargo, no era María. Había hecho su aparición ataviada con el sombrero y el tapado de la madre de Rilke, prendas que Phia Rilke le había legado, porque era ella quien con gran dedicación había cuidado de la anciana tras la muerte, nunca superada, de su amado René. El sobretodo con lentejuelas, el velo que caía del sombrerito negro con su aire casi impertinente, el vestido que ocultaba la silueta, según la moda de un tiempo ya lejano: cuando María se movía en ellos, parecían haber sido hechos a su medida. Con su representación de la vieja dama había revivido toda una época. Una vez más, el hielo se había roto, como diez años antes en Fischerhude, en la casa de Clara Rilke, y lo que siguió no fue, de ningún modo, una "comida tensa".

Después de la siesta, la señora Koenig nos mostró su colección de arte. Mientras pasábamos de una habitación a otra, contemplando y preguntando (Heidegger se interesaba ante todo por las antiguas estadías de Rilke), afuera oscureció de prisa, más temprano de lo

habitual. Desde el oeste se encapotó el cielo con densos nubarrones, y se levantó un fuerte viento que pronto se convirtió en tormenta, de manera que nos vimos obligados a dejar para el día siguiente el paseo por el parque que teníamos previsto. Heidegger me llevó aparte; percibí cuánto le agradaba la anfitriona cuando me preguntó en voz muy baja: "¿Le parece oportuno que después del té les lea algo?". Antes de que pudiera responderle, se acercó la señora Koenig, diciendo: "Señor profesor ¿sería usted tan gentil de leernos algo después del té? Nos encontramos en la biblioteca". Es posible imaginar que ella pensaba en un texto del propio Heidegger, mas aceptó con entusiasmo la sugerencia de éste: "alguna cosa de Adalbert Stifter", que él mismo insistió en elegir. Sentados ya en torno de la mesita de té (Heidegger bajo el busto de Alfred Schuler creado por Clara Rilke), hojeando el libro *Bunten Steine* [Piedras de colores], la señora Koenig pidió permiso para que también María pudiese escucharlo y aclaró que hacía mucho tiempo que ésta había dejado de ser una persona "iletrada", y que se apasionaba por todo lo espiritual. Así, pues, María, la hija de campesinos bávaros, se sumó a nuestra ronda y escuchó atentamente. Mientras afuera la tormenta sacudía con creciente furia los postigos de las altas ventanas, Heidegger comenzó a leer la narración de Stifter *Kalkstein* [Piedra caliza].

El hecho de que hubiese seleccionado precisamente esa narración fue inolvidable, pues al día siguiente supimos que la tempestad y las crecidas habían ocasionado una grave catástrofe en Hamburgo y en las regiones costeras. Y el relato de Stifter culmina precisamente con la escena del pobre cura que se acongoja por los niños que asisten a la escuela y que después de un temporal muchas veces se ven obligados a atravesar un arroyo desbordado, corriendo no pocas veces grave peligro. ¡Singular coincidencia! Las palabras del escritor adquirieron así, retrospectivamente, un peso mayor. A los aspectos graciosos de la velada pertenece, en cambio, la pregunta que Heidegger me dirigió disimuladamente antes de la cena: quería saber si María era católica. Cuando se lo confirmé, se sintió muy aliviado. Había elegido para la lectura la versión correcta de *Kalkstein*, cuyo personaje es un cura católico. En la otra, el personaje es un pastor protestante, casado y temía que una falsa elección hubiese contrariado a María. Pero entonces todo estaba bien, y Böckel era un lugar maravilloso.

A la mañana siguiente fuimos al parque, donde la tormenta había hecho destrozos. Heidegger se hizo mostrar los caminos preferidos por Rilke y los lugares donde solía sentarse. Como amainara el viento, y el sol brillaba con la mayor de las inocencias anunciando la primavera, la señora Koenig propuso hacer una excursión en coche por el campo. Pasamos junto a muchas viejas casas campesinas, con sus recios lemas coronando los portones, y llegamos a un pequeño poblado al pie de las montañas del Wiehengebirge, de donde provenía mi amigo Martin Nagel. Heidegger lo conocía bien; en las conversaciones sostenidas cuando aquél trabajaba en Friburgo, en la Clínica Quirúrgica, Heidegger había podido comprobar que ese joven médico no daba importancia sólo a "conocer el oficio", sino que valoraba aquello que distingue al médico concienzudo, el "poder ayudar a vivir" al que se refería Saint Exupéry. En la rústica casa de sus padres hubo un improvisado almuerzo, y antes de partir Heidegger exclamó con alegría: "¡Ahora sé por fin de dónde viene!". Saber eso de una persona que estimaba nunca le resultaba indiferente, y menos cuando su origen lo remitía a un entorno familiar, como en el caso de Nagel o Beaufret.

La tarde y la noche en Böckel fueron dedicadas al diálogo. Comenzamos con Schuler, a quien Hertha Koenig había conocido, sobre todo en los últimos años (murió en sus brazos). La conversación versó sobre los poetas que ella conoció a lo largo de sus casi 80 años; habló de las veladas en casa de los Bruckmann, y en su relato hacían su aparición personajes famosos de aquel tiempo: Ludendorff, que había suscitado la aversión de María; Hitler, que en aquel tiempo era protegido por Elsa Bruckmann y al que la señora Koenig había visto alguna vez allí, rodeado de damas de Munich llenas de admiración por él. Por último, el diálogo retornó a los poetas, a Schuler, a Max Picard y a Rilke, cuya correspondencia se encontraba guardada en el antiguo escritorio junto a la ventana de la biblioteca. La conversación giró largamente en torno de Regina Ullmann y los versos que escribió acerca de los *Acróbatas* de Picasso.

Heidegger le preguntó por los *Saltimbanquis*, y la señora Koenig relató cómo cierta vez, poco antes de la Primera Guerra Mundial, en una visita a Picasso en su taller de París para agradecerle por el placer cotidiano que le proporcionaban los tres cuadros que poseía

(además de los *Saltimbanquis*, la *Costurera* y la *Muerte de Pierrot*), Picasso, parco, no había respondido a sus efusiones; y como ella no entendía los cuadros que llenaban el taller, finalmente se retiró, un tanto decepcionada. Se preguntaba por qué él negaba, o poco menos, su propia obra de un tiempo anterior.

Intervine diciendo que durante aquellos años Picasso estaba interesado en problemas completamente diferentes, a saber, con la aventura del cubismo (¡como ella misma había podido comprobar!), que se había alejado por completo de su producción de los períodos inmediatamente precedentes, el "azul" y el "rosa", y que probablemente se molestaba cuando alguien se los recordaba. Esto pareció convencer a la señora Koenig, y daba la impresión de que, superado el desaire que el pintor le hiciera con su conducta de entonces, se reconciliaba con él y podía retomar la admiración por el genio. Picasso, París, Rilke y su esposa (con la que la señora Koenig había hecho amistad): fragmentos de un diálogo interminable. Tarde en la noche escuchamos música antigua, discos de Pergolesi y de compositores italianos olvidados. Nos retiramos a dormir cerca de la medianoche.

A la mañana siguiente, el señor Gustav llevó a Heidegger, que partía a desgano, hasta Bielefeld, donde visitaría a unos familiares antes de retornar a Friburgo. Me quedé acompañando a la anciana y conversando con ella sobre esos días tan ricos en acontecimientos. La gran mesa donde habíamos comido los tres y la biblioteca con el recuerdo de Stifter parecían curiosamente deshabitadas. Una sensación similar a la del final de la novelita de Mörike sobre Mozart. Aquella noche, Hertha Koenig me obsequió uno de sus más bellos poemas en recuerdo de Heidegger. Más tarde, como gesto de gratitud, recibió los poemas manuscritos de Heidegger, encuadernados en cuero azul; el tomo se ha perdido, como muchas de sus pertenencias.

Aquel poema lleva por título "Genius loci" y dice:

Aquí rondan difuntos.
Aquí quedaron palabras adheridas,
de gran peso,
que son válidas aún.
De los cuadros de la pared

se desliza una sonrisa muda,
cambia con la luz.
los que antes se hacían oír
han dicho todo.
Hacia el estaño sobre el armario
sólo tiende su mano la luz de la tarde.
Ninguna mano antes
lo cogió más suavemente.
Afuera pregunta
anhelante un ave. Pregunta otra vez,
no cesa.
¿Quién sabe qué busca?
De las grietas de la torre
el huir silencioso de un búho
amplio de alas hacia el bosque.
Pesante niebla flota
sobre los prados. El viento palidece.
¿Quién sabe qué ocurre?
Tiembla ya el estanque.

ANDREI VOZNESENSKY

Durante mucho tiempo Heidegger tuvo en su escritorio un retrato de Dostoievski, como reverencia al genio poético de Rusia. La literatura rusa le era familiar; *La muerte de Iván Ilich*, de Tolstoi, se menciona en un pasaje central de *Ser y tiempo*, y amaba la novela *Oblomov*, de Goncharov, cuyas páginas risueñas solía evocar con deleite, aunque era visible cuán profundamente percibía la secreta angustia del mundo del personaje principal.

Para Martin Heidegger la oportunidad de encontrar un contacto vivo con la verdadera Rusia estaba llamada a ser un acontecimiento extraordinario. Cuando la tuvo, cerca ya de los 80 años, fue para él una confirmación que recibió con agradecimiento.

Andrei Voznesensky, que, junto con su amigo Yevtushenko, en la década de 1960 era uno de los poetas de la joven generación

más conocidos, llegó a Alemania, a la República Federal, en 1967. Siete años antes el poeta, que estudió arquitectura en Moscú, había pasado una larga temporada en los Estados Unidos, donde compartió la vida norteamericana y la escrutó con espíritu crítico; después visitó Italia y Francia. La Academia de Bellas Artes de Baviera, de la que era miembro, lo invitó a leer sus poemas en Munich. Después, Clemens y Sophie von Podewils lo agasajaron en su finca de Haarsee, y durante las conversaciones que mantuvieron allí él se cercioró de que entre los miembros de la Academia también se encontrara Heidegger. Dijo entonces que si la breve duración de su visita a Alemania lo permitía, no tenía deseo mayor que el de conocerlo.

¡Difícil empresa! Había que comunicarse de inmediato con el filósofo para concertar una cita, si es que él accedía. Pero hasta entonces, y para evitar las molestias que sin duda les ocasionaría, los Heidegger no tenían teléfono. Sin embargo, el conde Podewils encontró una solución: me llamó a mí, que vivía en Friburgo, y preguntó si sabía dónde se encontraba Heidegger y si podía transmitirle el recado, advirtiéndome que había muy poco tiempo. Aunque sabía que pocos días antes habían instalado una línea telefónica en la casa de Rötebuck 47, no lo dije, pues se suponía que el número era un secreto estricto. Sin embargo, el secreto no duró mucho: di aviso a Heidegger y el se comunicó de inmediato con Haarsee, encantado por la perspectiva de esa visita completamente inesperada.

Al día siguiente, poco después del mediodía, Podewils, Voznesensky y su traductor, Alexander Kaempfe, llegaron a Zähringen en coche. Desde el comienzo reinó una armoniosa unanimidad, como se puede ver en las fotografías del encuentro, tomadas en el estudio de Heidegger. Si bien era imposible romper la "barrera lingüística" (fue menester comunicarse en inglés y en francés), el diálogo pronto dejó atrás el tema de la "traducción", y "el ancla se afirmó en un lecho más profundo", como escribió más tarde el conde Podewils. Todo lo que allí veía –el dibujo de Hölderlin sumido en sus pensamientos, la pequeña foto de la madre de Heidegger sobre el escritorio, los adustos anaqueles de libros en derredor, pero especialmente el rostro, la mirada y la actitud amistosa del anciano pensador–, todo le hablaba con claridad suficiente al joven poeta. Le

decía más, sin duda, de lo que quiso confiar entonces a la frágil nave de la palabra que un barquero ajeno había de guiar a la otra orilla.

El Seminario Germanístico de la Universidad, junto con el Departamento de Lengua Rusa, improvisó al vuelo una conferencia de Voznesensky para aquella noche, aunque casi no quedaba tiempo para difundirla. Sin embargo, la noticia corrió como reguero de pólvora: uno de los poetas contemporáneos más famosos de la Unión Soviética leería sus poemas. A la hora señalada, el auditorio, uno de los más grandes de la universidad, estaba repleto. Con cierto aire tímido y, sin embargo, desenvuelto, Voznesensky se refirió a (asistido por Kaempfe como hábil intérprete) sus lecturas públicas en su patria, a las que solían acudir millares de personas, que escuchaban magnetizadas por la palabra. ¡Cómo debió de contrastar la pequeña congregación reunida en Friburgo con esas presentaciones, capaces de competir con los partidos de fútbol, e incluso de superarlos, llenando estadios, la prueba viviente del apego de todo un pueblo por sus poetas y por sus obras! Pero, sin duda, Voznesensky sintió la auténtica simpatía, la predisposición de sus oyentes, y se fue animando más y más. Incluso quienes no entendían las palabras –seguramente la mayoría– sucumbieron de inmediato al hechizo de su hablar, ya melodioso y musical, ya apremiante y exaltado; el vigor, pero también la delicadeza, que se manifestaban en la declamación del poeta atraían a todos hacia su órbita.

Soy un muchacho de la calle de Kaluga,
y bien claro se ve que no soy un fracaso,
con mi cardigan de áspera lana,
con mi diploma crujiente en la mano.*

Los versos no concernían únicamente a los rusos; nos concernían a todos:

¿Qué somos? ¿Peleles o grandes hombres?
La genialidad está en la sangre del planeta.

* Traducido de la versión alemana citada por Petzet. [N. del T.]

No hay "físicos", no hay "líricos".
¡Liliputienses o auténticos poetas!*

Muchos quizá se sorprendieron por la franqueza de las declaraciones del poeta de Moscú:

El artista originario
es siempre un tribuno.
Lo habita un aire de derrocamiento,
y de motín, eternamente.**

Allí se oía "una pasión de libertad imposible de amordazar", al decir de Pushkin. Un poeta sin ornamentos metafísicos, pero de una recia humanidad:

Mi vocación no tiene secreto.
Mi destino me cumple plenamente.
Seré más que música: seré
calor, seré pan para los hombres.***

Antes de lo que hubiéramos deseado la lectura concluyó. Luego, nos reunimos en el salón de vinos del hotel donde se alojaba Voznesensky. Entonces Heidegger fue a la vez anfitrión y portavoz del agradecimiento. En medio de una multitud de admiradores, en su mayoría jóvenes, que ya en el auditorio habían advertido con sorpresa la presencia de Heidegger sentado en primera fila, éste formaba junto al agasajado el segundo foco, por así decir, de la elipse en la que se había transformado el festivo círculo, y en cuyo centro los dos hombres se buscaban una y otra vez con la mirada y se saludaban con las copas en alto. Pocas veces vi a Heidegger tan alegre y animado; cuando finalmente lo conduje hasta el taxi, se lo veía feliz. Un rato antes, cuando se despidió de Voznesensky,

* Mi traducción del ruso (Andrei Voznesensky, *Antiworlds and "The fifth ace"*, edición bilingüe por Patricia Blake y Max Hayward, Nueva York, Anchor Books, Doubleday, 1967). [N. del T.]

** Mi traducción del ruso de la edición citada. [N. del T.]

*** Traducido de la versión alemana citada por Petzet. [N. del T.]

sugirió que a la mañana siguiente le mostrase la ciudad al poeta; así lo acordamos.

Por la mañana, cuando fui a buscarlo al hotel, tenía un aspecto un tanto trasnochado, consecuencia de los trajines de la jornada anterior, pero pronto se reanimó, entre otras cosas gracias a las dos bellas estudiantes de la lengua rusa que nos acompañaban. Se detuvo a mirar los escaparates de las tiendas en las callejuelas de la ciudad vieja y se mostró fascinado ante una armería, donde compró una pistola. Luego la catedral, con sus magníficos vitrales, nos transportó a otro ámbito. Cuando retornamos a la vasta plaza bañada por el sol invernal, con sus puestos que ofrecían huevos, chorizos, ramos de aromo y el típico calzado de paja de la Selva Negra, Voznesensky se detuvo imprevistamente y dijo que tenía un deseo especial: ver la Puerta de Suabia. Me sorprendió que conociera la existencia de ese monumento y que conociese su nombre, pero como teníamos tiempo suficiente y la antigua puerta de la ciudad quedaba cerca, lo conduje hasta ella: "Look, that's the *Schwabentor*!". Pero Voznesensky meneó la cabeza; no, no era ésa. Insistí con énfasis: ésa era la Puerta, y otra no había. Respondió que no era posible, porque la que él buscaba tenía una imagen de San Jorge y el dragón. Caí en la cuenta de qué era lo que buscaba: el fresco monumental que muestra al santo, el patrono de la antigua Rusia, que se ve del otro lado de la Puerta. Cuando se lo mostré, Voznesensky no cabía en sí de dicha. Entonces indagué cómo sabía de la existencia de esa figura. "Ajmátova le hizo un poema; ella estuvo en Friburgo una vez". Así, pues, él se hallaba en el lugar donde la gran poetisa rusa se había topado con el recuerdo de su patria, y había prestado el habla a ese instante en sus versos.

Una hora después, Voznesensky emprendía su viaje de regreso a Rusia. Cabe mencionar que más adelante volví a verlo. Fue en 1975, en Frankfurt, en ocasión del homenaje a Rilke en el centenario de su nacimiento. Ocupaba uno de los extremos de la falange de catorce poetas alineados en el proscenio, y la actitud concentrada y tranquila que sostuvo por más de dos horas, pese a no entender, prácticamente, una palabra de lo que se decía, llamó la atención de muchos asistentes. Hasta que, casi al final, hizo su aporte leyendo un poema de Rilke en ruso con un patetismo contenido que arrancó una cerrada ovación a los miles de oyentes… ¡casi como en Rusia!

Luego, lo esperé a la salida junto a la puerta; me reconoció de inmediato y me preguntó cómo estaba Heidegger, y si había leído yo aquel poema de Ajmátova. Cuando pocos días después le di sus saludos a Heidegger, que tenía ya 86 años, hablamos nuevamente del poeta que había escrito estos versos:

> Dirígense a su verdad, audaz a su modo cada cual,
> el gusano a través de una ranura, el hombre describiendo una parábola.*

El encuentro entre Heidegger y Voznesensky contribuyó a mejorar la "muy complicada coexistencia" entre los dos pueblos, como lo deseaba Hans Bender en su "Carta a Rusia".

EL PÁRROCO DE ST. ALBAN: PAUL HAßLER

En Basilea, en el suburbio de St. Alban, frente a la casa que habitó Jacob Burckhardt, con su vista que se extiende, por sobre las copas de añosos árboles, hasta el Rin, tras un alto muro, separada de la calle por un jardín, se esconde la casa parroquial perteneciente a la cercana iglesia de St. Alban. La casa tiene una larga historia, que se remonta hasta la Edad Media, a la época del gran terremoto de Basilea. Los muros datan de entonces, pero la casa fue "modernizada" alrededor de 1500, y ésa es la faz que ha conservado, casi sin cambios, hasta nuestros días, con excepción de las pequeñas alteraciones que las necesidades que va planteando el paso del tiempo obligan a hacer, incluso en un edificio que sirvió siempre a un mismo propósito. Indudablemente, el espíritu conservador de la población de Basilea contribuyó a su preservación, de modo que en las habitaciones pequeñas y bajas, con sus paneles oscurecidos por el tiempo, o en la rústica y pesada escalera de roble, resulta fácil, o resultaba fácil hasta hace pocos años, imaginar allí a Calvino, teólogo de 26 años –tras su huida de París– redactando en 1535 su *Institutio reli-*

* Mi traducción del ruso de la edición citada. [N. del T.]

gionis christianae. En la tranquila sala con su ventana en ochava, a través de la cual la vista se proyecta más allá del río, hasta las cimas lejanas de la Selva Negra, se respiraba a la vez cobijo y amplitud, recogimiento para grandes reflexiones, cuya germinación habían de acompañar las aves y las coloridas flores que por todas las ventanas se asomaban desde el amplio jardín. Luego de su visita a la casa parroquial, Hans Jantzen, inolvidable intérprete de las catedrales góticas, afirmó que si volviera a nacer tendría un solo deseo: ser párroco de St. Alban y habitar en esa casa.

Sin embargo, los pensamientos del ministro al que nos referimos no se asemejaban a los de Calvino: cualquier estrechez fanática le era ajena; detestaba la beatería y la negación de la vida. Mientras ocupó el cargo, proveniente de la parroquia de Zizers en Graubünden, de donde pasó a la congregación de la catedral de Basilea como párroco de St. Alban, su persona y su actitud fueron modelo de la verdadera "libertad del hombre cristiano". Dio amparo a la música y al arte. Y es que Paul Haßler provenía de una familia en la que la música era, por así decir, "hereditaria"; entre sus ancestros se contaba aquel Hans Leo Haßler que fue el gran maestro de la música alemana allá por 1600 y que recibió del emperador Rodolfo II un título de nobleza, agregando a su apellido las palabras "von Rosenegg" [del Rosedal]. Aunque este nombre habría sido muy indicado para Paul Haßler, un amante de las flores que cultivaba sus rosas al pie de los viejos muros, él ya no lo llevaba.

Paul Haßler tomaba muy en serio las preguntas con las que el cristianismo era confrontado por la nueva era. Leía a Bultmann y a Barth (era amigo del sucesor de éste –Heinrich Ott–) y con gran esfuerzo se había afirmado en la convicción del ecumenismo. La razón de que desde su primer encuentro con Heidegger se desarrollara entre ellos una verdadera amistad quizá resida en el hecho de que este hombre también estaba interesado por las preguntas. Curiosamente, la ocasión del encuentro no tuvo relación con la profesión religiosa de aquél, sino con el arte moderno. Entre los amigos más íntimos del párroco se contaban Ernst y Hildy Beyeler, dueños de una galería de arte cuyo renombre ya entonces trascendía los confines de su ciudad, y que hoy es mundialmente conocida. Desde su arribo a Basilea, Haßler, fino y sensible conocedor de arte, y gracias

al contacto permanente con la galería de la calle Bäumleingasse y a la instrucción práctica que este ámbito le procuraba, llegó a ser un "aficionado experto", e incluso como escritor se permitió alguna ocasional incursión en esa provincia, en calidad de intérprete. Pronto la casa parroquial se llenó de cuadros modernos –préstamos de la galería– que allí producían la tensión, muchas veces fecunda, entre el ayer y el hoy que se da cuando no predomina la arbitrariedad de "lo actual", sino que, con elevada exigencia, se resguarda la calidad.

La gran colección de obras de Klee proveniente de Pittsburg, que más tarde Beyeler vendió a Dusseldorf, se alojó durante varios meses en la vieja residencia patricia lindante con la casa parroquial, donde podían visitarla los amigos de la galería. Así, cuando lo hizo Heidegger, resultó muy natural que a continuación le ofreciesen al anciano visitante pasar a la casa parroquial, donde podría descansar un rato. Pero la breve siesta en una habitación de la planta alta (que probablemente fuera el dormitorio de Calvino y que más tarde, después de que el filósofo descansara allí en varias oportunidades, comenzamos a llamar "la habitación de Heidegger") se prolongó en una "hora del café", durante la cual se desarrolló una conversación que se fue extendiendo más y más, hasta que finalmente Heidegger debió retornar a Friburgo. Ese diálogo se reanudó luego una y otra vez, sin limitarse, ni mucho menos, a temas de arte: en Paul Haßler Heidegger había encontrado un interlocutor con el que podía discutir con similar seriedad problemas de filosofía y de teología. En las cartas que se conservan hay muchas referencias, directas y entre líneas, a esas indagaciones y meditaciones. Con frecuencia, el fondo sobre el que se desarrolla el diálogo es la teología de Bultmann; cuando Heidegger asistía a una reunión de los "viejos marburgueses" informaba de ella a su corresponsal. Ocasionalmente solicitaba al párroco Haßler, con especial énfasis, que le remitiera sus tesis para el próximo diálogo en la casa parroquial, aduciendo que requería concienzudos preparativos. Consideraba con claridad las grandes tareas que Heinrich Ott tenía por delante como sucesor de Karl Barth, y deseaba que los amigos de Basilea resultasen buenos acompañantes para él. En ninguna de las cartas a la casa parroquial o a Riehen, donde vivían los Beyeler, olvidó remitir un saludo a Ott.

Cierta vez en que Heidegger mantenía un largo y serio diálogo con él y con Haßler en el escritorio con vista al Rin –combate amistoso al que no habían logrado poner fin cuando comenzó a anochecer–, irrumpió de pronto Hildy Beyeler, exclamando con su marcado acento suizo: "¿Tienen que seguir charlando siempre? ¡Se me están quemando las tortitas!". Sin embargo, las encontramos deliciosas, pues la anfitriona poseía en sumo grado el arte de agasajar a sus invitados, si bien, de hecho, apreciaba más estar entre los oyentes, participando profundamente del choque de los espíritus.

En varias oportunidades, Heidegger también visitó la bella casa de Riehen, donde, entre cuadros de Kandinsky y de Klee, leía para sus amigos de Basilea. Una vez, según recuerda el profesor Ott, les hizo escuchar una grabación de su discurso en ocasión del jubileo de Hebel, aquel discurso en el que al final se cita el poema de Hebel que termina con el verso: "…un s'git noch sache ehnedra" [en dialecto alemánico: "…y aún quedan cosas más allá"]. Como comentario a ese pasaje Heidegger dijo: "Sí: ésa es la diferencia ontológica dicha en el dialecto de Todtnauberg". En otra oportunidad, en agradecimiento por una reunión, envió a Hildy Beyeler una tarjeta con una vista de Meßkirch:

> En ella usted puede apreciar el aspecto que presenta cerca de Meßkirch el valle superior del Danubio, por donde anduvo Hölderlin. En su himno "Der Ister" (Itros: el nombre griego del Danubio) recogió ese paisaje en palabras perennes. Cuando vuelva a visitarlos les leeré ese himno con algunos comentarios.

Así lo hizo, en efecto.

Indeleble permanece el recuerdo de un viaje en el coche del párroco hasta Meßkirch, donde escucharíamos las palabras de Heidegger en la celebración por los 700 años de la ciudad. Por la noche, después del discurso y de la fiesta, vagábamos por las callejuelas de la vieja ciudad cuando creímos ver, destacado por la luz de la luna en el escaparate de la librería, un retrato del "único hermano", con el que habíamos estado compartiendo la mesa un rato antes. Cuando nos acercamos a mirar, descubrimos que se trataba de una imagen de… Abraham a Santa Clara. Entre risas recordamos que, efectivamente,

también éste era pariente de Heidegger, aunque los separaran varios siglos. A la mañana siguiente, él nos condujo con mucha gravedad a la exposición de obras del Maestro de Meßkirch que el curador Altgraf Salm había reunido en el ayuntamiento. Una exhibición merecidamente admirada del arte de aquel gran pintor, de quien en Meßkirch se conserva un solo cuadro en la Iglesia de San Martín, mientras que todos los restantes están diseminados por los museos del mundo: los hay en Donaueschingen, en Basilea, en el Louvre y en los Estados Unidos.

Mejor que cualquier intento de descripción, este vínculo del anciano Heidegger se revela en las cartas intercambiadas por él y el sacerdote, que muestran cuánto se aproximaron los dos hombres en los pocos años que duró su amistad. Cuando Haßler cayó gravemente enfermo en 1967, Heidegger le escribió:

> Con frecuencia recuerdo nuestro diálogo de aquella noche cuando hablamos de la situación actual del mundo. Fue una concentrada meditación allí, en su tranquila y hospitalaria casa parroquial sobre el Rin. Ahora lo acosa la enfermedad. Es propio de su profesión brindar consuelo en estos casos. Para consigo mismo, eso es en parte más arduo, y en parte más fácil. Pero una palabra amistosa siempre es una pequeña ayuda. Es lo que quiero hacerle llegar con estas líneas, deseándole que su mejoría sea rápida y plena, y que lo libere de todo cuanto lo oprime y lo angustia… Mi hepatitis de hace cinco años me ha enseñado qué devastador puede ser el efecto de una enfermedad para alguien como nosotros. Por ello le deseo ante todo, para el tiempo de su convalecencia, la fuerza íntegra del espíritu, que puede ver todo con nuevos ojos, aun las relaciones y las cosas más cotidianas, cuando se le presentan bajo la perspectiva adecuada. En especial, le deseo que en el tiempo de su convalecencia la naturaleza sincera le hable sin obstáculos, y a través de ella la interpelación al hombre, que nunca acaba.
>
> En uno de sus últimos poemas, que Hölderlin escribió un año antes de morir, leemos: "El esplendor de la naturaleza es un altísimo manifestarse". A la vista de una sentencia como ésa, la tesis de la locura de Hölderlin resulta enigmática […].

En la carta de agradecimiento de Heidegger por la congratulación que Paul Haßler le había remitido en su 80º aniversario, dice (8/12/1969):

> Su amistoso saludo en ocasión de mi aniversario se ocupa teológica y filosóficamente de la "diferencia ontológica" que tiene en vilo a mi pensar desde hace décadas. Así, su saludo llegó al corazón de mi pensamiento, y me produjo la consiguiente alegría. Por ello le agradezco cordialmente, y también, en esta ocasión, por todo cuanto me brindó su disposición amistosa, así como la del señor y la señora Beyeler, desde cerca, en la ciudad de sus trabajos, como también desde lejos, en la amada Grecia.
>
> Para los años de mi vejez yo esperaba estar libre de distracciones, para poder meditar en calma y detenidamente. Pero hasta hoy no ha sido así: las solicitaciones externas no dejan de multiplicarse.
>
> No digo esto en tono de queja, sino que lo señalo como la causa que me ha impedido cultivar el reencuentro permanente con mis amigos de Basilea…
>
> Pero queda lo esencial: la permanencia del recuerdo y de la gratitud.

Paul Haßler murió tres meses después, el 9 de marzo de 1970.

JEAN BEAUFRET

En su última visita a Friburgo, Jean Beaufret agregó a su ya habitual inscripción en mi libro de huéspedes "Toujours de passage", palabras que daban testimonio del carácter duradero de la amistad con él: "…mais fidèlement de retour". Mas su promesa de retorno no llegó a concretarse, pues su "estar de paso" lo condujo poco después al país del que nadie regresa. Sirvan entonces estas páginas para recordar la estampa y el carácter de este hombre fuera de lo común hasta donde la memoria nos alcance, y en especial considerando su vinculación con Martin Heidegger. Pues sin lugar a dudas se puede decir que fue el amigo más fiel y comprensivo que tuvo el filósofo

en el último tramo de su vida. Si a lo largo de su camino Heidegger encontró a un hombre de su propia talla, éste fue Jean Beaufret.

Heidegger se refería con gusto al primer encuentro con él. Se oía como un amable relato en medio de un tiempo oscuro. Un día, en el otoño de 1947, apareció en Todtnauberg un jeep del ejército francés, del que se apeó un oficial que llevaba la medalla de la *Résistance*. El hombre de 40 años que se encaminó hacia Heidegger no era otro que Beaufret, que con tesón había superado las dificultades nada desdeñables que en aquel entonces (¡un año y medio después de finalizada la guerra!) suponía el tránsito a través de las múltiples fronteras, para alcanzar una meta anhelada: el encuentro personal con el filósofo, con quien tenía contacto epistolar desde 1946.

Además de diversos obsequios bien recibidos, especialmente alimentos, en aquel tiempo de hambre, Beaufret traía algo de enorme importancia: franqueza, un espíritu desprejuiciado. Entre ambos surgió de inmediato una simpatía que, sostenida por el respeto mutuo y por una alianza cada vez más sólida, pronto se transformó en una cordial amistad, que perduró inalterable hasta la muerte del mayor de ellos. Aquí pesaba un solo asunto, al que ambos habían consagrado su vida: la cuestión del pensar.

El encuentro, hay que decirlo, nada tuvo de casual. Ya en abril de 1945, apenas liberada París, Beaufret había dictado allí, en la École Normale Supérieure, un curso titulado "À propos de l'existentialisme: Martin Heidegger". El joven docente, que se había desempeñado en grandes liceos de Francia y había pasado un tiempo en Alejandría –Egipto–, había dado pruebas de su sobresaliente capacidad filosófica, en particular con un trabajo sobre la filosofía del derecho de Fichte escrito en 1931, tras una prolongada estadía en Berlín. Capturado por los alemanes durante la guerra, se había fugado, para sumarse en el *maquis* a la Resistencia; combatiente audaz, escapó con lo justo de los esbirros de la Gestapo. Tras la liberación de París, retomó enseguida la docencia; concentró sus estudios en los fundamentos del existencialismo, entonces en boga, y su mayor anhelo fue entablar diálogo con quien por entonces era considerado en toda Europa como la cabeza de ese pensamiento. Para Beaufret no se trataba de una moda. Por ello, superando diversos obstáculos civiles y militares, logró un permiso para visitar a

Heidegger en Todtnauberg. El fruto de aquel memorable primer encuentro fue, ya en diciembre de 1947, una carta a Beaufret en respuesta a aquel diálogo. Se trata del tratado filosófico editado luego en Berna bajo el título *Carta sobre el humanismo*, quizás el escrito de Heidegger más difundido después de *Ser y tiempo*.

Sin embargo, esta célebre carta no debe llevar a suponer que de aquel reciente vínculo hubiera nacido un activo intercambio epistolar entre Friburgo y París; hasta donde permiten suponer nuestros conocimientos actuales sobre la relación entre los dos filósofos, no fue ése el caso. Beaufret no era un escritor de cartas; sus respuestas, en el mejor de los casos, eran espaciadas. La correspondencia entre los amigos fue unilateral, aun cuando Beaufret hiciera sus mejores esfuerzos por deferencia a Heidegger. Pero era imposible tomar a mal a ese francés encantador, que manifestaba tanta aversión por las cartas y prefiría guardar todo lo que tenía que decir (¡que no era poco!) para sus visitas a Alemania.

Su conversación hacía olvidar todas las cartas que no había escrito. El carácter expansivo y cordial de ese espíritu vivaz y fecundo hacía que el contacto con él fuese un verdadero placer para todos los que lo trataban, ya se hablase de problemas humanos, artísticos o literarios. Cuando comenzaba a filosofar, solía hacerlo en alemán, pues consideraba que esa lengua permitía decir las cosas mejor y con mayor precisión que el francés. Era un maestro sin par para las explicaciones y las interpretaciones. Cierta noche en Friburgo, reunidos en torno a una botella de vino, Martin Nagel le preguntó si podía exponer los puntos esenciales de la filosofía de Heidegger; me estremecí, recordando a aquel norteamericano que pretendía que le explicaran todo sobre Heidegger en cinco minutos. Pero Beaufret no se inmutó; en poco más de media hora fue capaz de hacer una exposición tan maravillosamente sucinta acerca de las cuestiones fundamentales de la filosofía de Heidegger que todos nosotros, pasmados de admiración, creímos comprender por primera vez con toda claridad cuál era el fondo de la cuestión.

¡Los diálogos con Beaufret! En su compañía prontamente surgía algo que no es propio de la mera charla ni de la aplicada discusión: un clima que envolvía al hablante y al oyente, lleno de calidez y de vida. El diálogo siempre estaba sazonado con esa pizca de desenfado

que el carácter Beaufret irradiaba, y que lo rodeaba como un aura luminosa; algo por cierto muy diferente del ánimo bromista que los alemanes suelen llamar "humor". Quienquiera que lo haya conocido no podrá olvidar su sonrisa, de la que Marcel Jouhandeau dijo: "Son sourire, c'est tout lui". Pero era también un soñador, capaz de olvidar la realidad que lo rodeaba, aun cuando se tratase de un auditorio de cientos de personas que seguían sus exposiciones… de tal modo que si el bedel de la universidad no lo hubiese traído bruscamente a la realidad, cortando la luz para señalarle que se había excedido con creces del horario, hubiese seguido hablando, inflamado por el tema "Heidegger", hasta pasada la medianoche, que por otro lado era precisamente el horario en el que se hallaba más despejado y lleno de entusiasmo y lucidez.

A veces, cuando iba a Zähringen acompañado por dos jóvenes parisinos, François Vezin y François Fédier (lo que hasta la década de 1970 ocurría no menos de una vez al año), esta circunstancia daba lugar a pequeños inconvenientes. La casa de Heidegger se transformaba entonces en una suerte de Academia platónica, donde no cesaban los diálogos, y se tornaba difícil poner fin al fervor de las discusiones para que Heidegger se fuese a dormir. Con frecuencia me vi forzado a llevarme a los tres franceses a mi piso o a la antigua vinería Zur Traube, donde la conversación continuaba con el mismo ardor. Nuestros amigos de Friburgo que no pertenecían al cerrado cenáculo de la "Academia" de Zähringen tuvieron oportunidad de asistir allí a los más bellos e intensos diálogos, cuyo centro siempre era Beaufret.

Recuerdo especialmente su participación en las jornadas del seminario de Bremen, en 1960. Conocía ya a varios integrantes del círculo bremense, y al final de las jornadas se hizo portavoz del grupo para entregar, con una encantadora alocución en francés, el obsequio que habíamos destinado al anfitrión. Una fotografía con Heidegger tomada en esos días refleja bellamente la singular relación que los unía. En su trato, Beaufret, que veneraba profundamente al maestro, conservaba siempre una delicada distancia y no escatimaba la manifestación de un afecto que sabía de las pequeñas debilidades del otro. Y cuando los demás no se sentían a la altura del Venerable Anciano y reaccionaban con titubeos o con incomodidad,

Beaufret se mostraba siempre absolutamente libre, sin infringir por ello los límites que él mismo se trazara. Su obra en tres tomos *Dialogue avec Heidegger* es el más bello y perdurable testimonio de sus incansables e intensos afanes como paladín de su venerado maestro.

Después de la muerte de Heidegger en 1976, el contacto con la *rue du Temple* no se interrumpió, sino que siguió profundizándose con cada visita de Beaufret a Alemania. Para las fechas conmemorativas solía ir a Zähringen a visitar a la esposa de Heidegger, y luego a Meßkirch, donde rendía su homenaje junto a la tumba y visitaba en su casa al hermano de Heidegger, con el que siempre se sintió ligado. La última vez que estuvo allí fue en 1980, en ocasión del entierro de este último. Por otra parte, no había nada más placentero que ser recibido por Beaufret en París, ya que era un amigo y anfitrión inolvidable: iba a buscar a su huésped a la Gare du Nord, y lo acompañaba hasta allí para despedirse, como si se tratase de Heidegger mismo, a quien había que honrar. Inolvidables jornadas y veladas parisinas, diálogos alegres y serios entre las paredes cargadas de libros de su estudio, largas excursiones a la campaña para recorrer los castillos y los parques que antaño viera Paula Modersohn… por último, la abadía de Châalis, en cuyas ruinas flotaba exuberante la fragancia de las rosas.

A comienzos de mayo de 1982 Beaufret llegó una vez más a Friburgo para disertar, en el antiguo auditorio de Heidegger, ante una nueva, joven generación, con la consigna "De camino a Heidegger"; entonces se vio envuelto en un torbellino de entusiasmo. Al día siguiente llegó a verme con algunos viejos amigos, vivamente interesado por todo; era el de siempre, la grave enfermedad que había padecido parecía superada, o así quisimos creerlo. Pero tres meses después murió en París, de una muerte penosa. "Al final ya no sonreía", me escribió uno de sus amigos. Fue sepultado en su agreste tierra natal, en el altiplano de la Creuze.

Pero la memoria de Jean Beaufret incluye aun otro aspecto que confiere mayor peso a su vínculo con Heidegger y a sus méritos en relación con él. Para el filósofo, Beaufret no fue tan sólo lo que podría llamarse, a la ligera, un interlocutor perceptivo, sino mucho más: fue quien lo entendió profundamente y lo acompañó fraternalmente en la tarea del pensar. Fue él quien comprendió por qué Heidegger

anhelaba la Provenza, pues los frecuentes viajes a Francia que éste realizó en su vejez no eran producto de una actitud que pueda considerarse como "turismo cultural". Más allá del primero –en ocasión de su participación en las jornadas filosóficas de Céresy-la-Salle–, todos sus viajes tuvieron un solo destino: la tierra de Cézanne. Queda como eterno mérito de Beaufret haberle franqueado el acceso a ella, donde Heidegger encontró, en el círculo de hombres que se abrían a él en el pensar y en la humana sensibilidad, aquella vida simple y sin embargo rica que por momentos debe de haberse asemejado a las rondas socráticas. Pertenecían a ella tanto el juego de *boules* bajo la sombra de los plátanos, en la plaza, como las caminatas con el poeta René Char, que vivía en las inmediaciones; cada uno de esos días tenía su dignidad y su alegría porque eran, ante todo, los días de la "camaradería del pensar", en la "hora propicia del diálogo… con el viento del asunto soplando en popa", como Heidegger había dicho años antes en las sentencias de *De la experiencia del pensar*. Algo del brillo casi hölderliniano de esas horas todavía se percibe en los protocolos de los seminarios de Le Thor, tan diferentes de cualquier seminario jamás dictado en una universidad.

Esos días sin programa y sin prisa, sin exigencias y, a pesar de todo, de máxima exigencia, eran sin embargo más que eso. Y es éste quizás el mayor mérito de Beaufret: haber dejado libre para Heidegger la vista de la *Montagne St. Victoire*. Si el filósofo tanto hablaba en su vejez de que el camino de Cézanne era el suyo propio (una frase que hasta hoy no ha sido captada en su plena significación), era a Beaufret a quien le debía el haber llegado "sano y salvo" a ese camino. Cuál es el significado de esta expresión lo consideraremos más adelante, pero la memoria del amigo francés no sería plena si no hubiésemos subrayado este hecho. A la luz de Cézanne, de cara a la "montaña sagrada", el nombre de Jean Beaufret quedará por siempre ligado al de Martin Heidegger.

VI
La relación con el arte

EL ARTE Y LOS ARTISTAS

Heidegger consideraba un honor y un compromiso su pertenencia al Curso de filosofía e historia de la Academia de Heidelberg, y por ello viajaba frecuentemente a esa ciudad para asistir a sus sesiones. Pero que la Academia de Bellas Artes de Baviera, una creación de posguerra, lo nombrase como uno de sus miembros puede parecer, a primera vista, más difícil de entender. En efecto, es tradición ubicar la filosofía entre las ciencias. ¿Pero qué hacía un filósofo entre los artistas? Carl Friedrich von Weizsäcker toma esta pregunta como punto de partida en su discurso conmemorativo en honor de Heidegger y de Heisenberg y concluye que si bien los dos hombres no pertenecieron a la Academia en virtud de su calidad de artistas, fueron sin embargo miembros con pleno derecho, "por su afinidad esencial con lo bello y lo verdadero". En efecto, en eso residía el origen común del conocimiento y del arte, nexo que desde Platón pertenecía al acervo de la tradición filosófica. Quizá sea oportuno agregar, empero, que Heidegger tenía un derecho especial a figurar en la esfera de los artistas, porque fue él quien liberó a la filosofía y al pensar de su sujeción a las ciencias.

¿Cuál era su actitud, no sólo frente a los artistas y sus obras, sino frente al arte en general? ¿Y cómo debía considerar esa actitud alguien más joven, educado con nociones rígidas y tradicionales? Desde mis primeros años, mi experiencia del arte había estado signada por el concepto de que las obras artísticas eran algo así como uno –si bien el más elevado– de los ornamentos de la vida. En lo cotidiano, en

el trajín del trabajo y del negocio, la obra de arte –ya perteneciese al ámbito más alto de lo "bello", ya al de lo meramente "agradable"– era por así decir un *super-additum*, algo añadido a lo cotidiano, de índole superior, que servía al placer y a la construcción y sin el cual la vida habría sido, sin duda, más pobre, pero, llegado el caso, prescindible aunque nadie renunciara de buen grado a ese bello "exceso" una vez que había sido partícipe de él.

Frente a esto, lo que Heidegger enseñaba sobre el arte era casi un escándalo. En tanto uno intentaba seguir con seriedad el camino de su pensar y recrear su acto de comprensión, todo lo usual, lo aprendido e irreflexivamente aceptado, recibía una estocada y se desmoronaba. Por cierto, en ese momento no fue posible publicar las conferencias "Sobre el origen de la obra de arte", pronunciadas en el Freien Deutsches Hochstift* de Frankfurt pocos años después de la conferencia de Bremen "Sobre la esencia de la verdad", y sólo se difundieron accidentadamente, a través de copias manuscritas; ocurre que diferían demasiado de la ideología artística oficial, proclamada por Goebbels y Rosenberg como dogma nacionalsocialista. Sólo en 1950 llegaron a un público amplio, reproducidas en el libro *Caminos de bosque*.

Entre las tentativas de pensar que Heidegger presenta en ese libro, "El origen de la obra de arte" es una de las muestras más acabadas de lo que el pensador se propuso expresar cuando en 1930 formuló en Bremen aquella exigencia según la cual no es cuestión de doblar, sino de romper. La estética heredada fracasaba, lo que ya se anunciaba cuando Heidegger destronó las nociones habituales de materia y forma de la obra de arte, nociones aceptadas sin reflexión, como lo mostraba al exponer el carácter del "utensilio" fiable, con su singular posición intermedia entre la cosa y la obra. La obra a la que Heidegger remitía para clarificar sus pensamientos es un cuadro de Van Gogh, *Zapatos campesinos*, cuyas diferentes versiones muestran cada una insistentemente lo mismo. Aquí, decía el filósofo, un ente se establece a la luz de su ser, y la esencia del arte, entendida verbalmente a la manera de Heidegger, sería: el "ponerse a la obra

* Centro cultural independiente, fundado en 1859 por ciudadanos de Frankfurt inspirados por el ideario (liberal y unitario) de la fracasada revolución del año 1848. [N. del T.]

de la verdad de lo ente". También dice: "La obra de arte abre a su manera el ser de lo ente". "La brillante aparición dispuesta en la obra es lo bello." "La belleza es uno de los modos de presentarse la verdad como desocultamiento." Por ende, el arte es un "devenir y un acontecer de la verdad".

Inicialmente, estas frases, como dice Weizsäcker en su homenaje, son fórmulas enigmáticas, y hasta el día de hoy excitan la airada protesta de muchos, que permanecen adheridos a las nociones heredadas, y ya hace tiempo vacías, del pensamiento de la estética tradicional, pero no logran hacer mella en el pensamiento de Heidegger. Con frecuencia se recurre al cómodo expediente de calificar ese pensamiento como "místico". No es éste el lugar para exponer de qué manera esta lectura yerra precisamente en lo principal; las citas de Heidegger no pretenden ser más que una alusión al desarrollo de su pensamiento relativo al arte, e invitar a una asimilación reflexiva. En este contexto, no debemos omitir la referencia a una sentencia de Hegel, que para el lector sin formación tiene un carácter francamente revolucionario. Se encuentra en las *Lecciones sobre estética* y dice así: "Para nosotros el arte ya no es la forma suprema bajo la cual la verdad se hace existente. [...] Se puede esperar que el arte crezca y se consuma cada vez más, pero su forma ha dejado de ser la necesidad suprema del espíritu".*

Desde el comienzo de mis encuentros y diálogos con Heidegger, el arte tuvo un papel importante e incluso decisivo. En primer término, y luego en reiteradas oportunidades, la contemplación de los cuadros de Paula Becker-Modersohn en Bremen y en Worpswede; más tarde, la contemplación de las obras de Van Gogh, durante un viaje a Holanda. Por entonces, para Heidegger había cobrado una creciente significación Cézanne, cuya obra conoció en la galería Beyeler de Basilea, en los museos de Suiza y en los de Francia, donde pudo apreciar importantes originales. En esos mismos ámbitos conoció a Picasso y a Braque. Pero Cézanne siguió siendo la estrella hacia la que se dirigía el camino de Heidegger, el testigo capital de una nueva transformación en el arte que reconoce sus inicios en este

* La cita pertenece a la edición española: G. W. F. Hegel, *Estética 1*, trad. de Raúl Gabás, Barcelona, Península, 1989, pp. 94 y 95. [N. del T.]

maestro. Fue finalmente en Paul Klee donde encontró consumada esa transformación; sus obras reunidas en la colección de Pittsburg, que perteneció a David Thompson, y que se exhibió en 1959 en Basilea, le permitieron comprender a Cézanne. No hay que pasar por alto, asimismo, los decisivos impulsos provenientes del arte escultórico que recibió gracias a su estrecha conexión con la galería Erker, de St. Gall, y con su director Franz Larese; cabe recordar ante todo, además de Zadkine y Heiliger, el contacto con el arte de Eduardo Chillida. El hecho de que el cultivado y polifacético Larese, como editor de la *Erker-Presse*, tuviese contacto con poetas modernos, con quienes solía conectar a Heidegger, tenía para éste una significación imposible de exagerar. Franz Larese perteneció al estrecho círculo de aquellos que fueron invitados a Le Thor: no hace falta agregar más.

En lo que sigue intentaré hacer en parte visibles los pasos de Heidegger, a partir del recuerdo de "viajes artísticos" que emprendimos juntos, de las anotaciones que guardo de nuestros diálogos y de sus cartas. Acaso quedarán así de manifiesto las razones que llevaron a que, con el paso del tiempo, el mundo de Van Gogh (que a raíz del mencionado cuadro *Zapatos campesinos* llegó a ser un ejemplo reiterado hasta el hartazgo en la literatura sobre Heidegger) quedase relegado por el mundo de Cézanne y de Klee.

Puesto que el lector no debería perder de vista en ningún momento el carácter poético de la obra de arte, permítaseme recordar, por último, la caracterización que hace Heidegger del modo esencial de la obra de arte en su interpretación del poema de Mörike "A una lámpara": "La configuración artística auténtica en su modo es, ella misma, la epifanía del mundo que ella misma aclara y que ella misma preserva".

LA GRAN PINTORA: PAULA BECKER-MODERSOHN

El objeto de la primera visita de Heidegger a Worpswede no eran "los de Worpswede", aquellos cinco pintores que antaño hicieran famosa la aldea de las turberas y de cuyo descubrimiento pionero aún se nutre, cien años más tarde, el quehacer artístico de

sus sucesores. Más bien iba dirigida a la memoria de Paula Becker-Modersohn, cuyo sepulcro quería visitar y conocer sus cuadros.

Hasta ese momento, Heidegger había accedido a su obra sólo a través de algunas reproducciones pues nunca había visto un original. Por eso se conmovió mucho cuando, de pronto, pudo ver numerosos cuadros, tanto en la galería de Philine Vogeler como en la muestra de arte de Worpswede, donde la colección Roselius solía exponer parte de su patrimonio. Se trataba en general de obras de los primeros años de la artista, cuadros del entorno rural de Worpswede, con las ancianas y las habitantes del hospicio de indigentes consumidas por el arduo trabajo, con sus rostros en los que se observa el peso de la sorda mole de una vida gastada. Junto a ellos se encontraban los cuadros de niños, que aquí, como luego en la calle Böttcher de Bremen, llenaron a Heidegger de especial alegría, y aun de exaltación: la niñita sobre la silla campesina de paja trenzada, la chiquilla en el cojín a cuadros rojos, el hermanito ciego. Acerca del primero de estos cuadros me escribió más adelante: "Ese pequeño ser es la *timidez contenida* y asombrada en persona, un bello ejemplo de la obra de arte como llevarse-a-sí-mismo-a-la-imagen de la verdad". En Worpswede adquirió una reproducción en colores de *Esbeth*, la hijita adoptiva de Paula, que ella retrató en 1903. El ensimismamiento y la cualidad enteramente infantil de la niñita en su vestido a pintas, con una corona de flores en la cabeza, y junto a ella el tallo de una dedalera que se yergue hasta su misma altura: ese regocijo de lo infantil, con el simbolismo del florecimiento de la juventud le gustó mucho a Heidegger.

Otro nombre se asociaba para él estrechamente con Worpswede y se enlazaba indisolublemente con el de la pintora: el de Rilke. Si bien el poeta vivió poco tiempo en el lugar (dejando de lado el hecho de que la segunda parte del *Libro de las horas* fue escrita en Worpswede), no lo recibió allí "una benigna tierra extraña", sino "la primera patria donde vi vivir a seres humanos". Esta experiencia permaneció viva en Rilke aun después de abandonar Worpswede, y junto con ella la relación con unos pocos de aquellos seres humanos: con Clara Westhoff, con la que se casó, con Paula Becker-Modersohn y con Hienrich Vogeler. A Heidegger le interesaba especialmente su vínculo con las dos amigas, Clara y Paula, el carácter permanente de ese tipo

de encuentros, lo que conceden y lo que niegan. Gozaba cuando le mostraban los documentos fotográficos de aquel tiempo; cierta vez, cuando le envié una imagen de los jóvenes esposos Rilke, me agradeció cordialmente "por su carta con la encantadora fotografía. Ahora pienso permanentemente en que entre estas dos personas flotan las cartas sobre Cézanne, ¡y en ese flotar está presente la amiga Paula!".

Heidegger conoció el retrato de Rilke que Paula Becker-Modersohn pintó en París en 1906 sólo después de la guerra, cuando visitó la colección Roselius en la calle Böttcher. Habíamos hablado ya de ese cuadro, y lo observó con suma atención. No exagero si digo que la obra lo estremeció, pues se le abrió de inmediato su verdadera significación, que escapa a las ponderaciones de la historia del arte y que prohíbe considerarla (como lo han hecho muchos) un cuadro a medio terminar, y, para colmo, un retrato "feo". Lo mismo le ocurrió diez años más tarde a Oskar Kokoschka –que en una oportunidad se había visto en el aprieto de retratar a Rilke–, cuando al ver los trabajos de Paula Becker-Modersohn (Rilke, Lee Hoetger, el autorretrato) afirmó que en su opinión era la más grande pintora de todos los tiempos. La interpretación según la cual ese retrato muestra al poeta como en aquella época aún no podía manifestarse a sus contemporáneos, pues sólo los poemas del último período dan testimonio de él, tuvo la plena aprobación de Heidegger: la mirada inspirada de la pintora habría anticipado al poeta, que por entonces aún no se hallaba a esa altura, y en el cuadro lo habría enfrentado a sí mismo de un modo que debió ser casi un violento reclamo para él. Posteriormente hablamos muchas veces de esto y de la fuerza de esta mujer que se adelantó a su época.

Era natural que en ese contexto también comentásemos el "Réquiem para una amiga". A la pregunta de si incluía ese poema en la obra de Rilke que consideraba vigente, Heidegger respondió que no podía hacerlo sino con reparos, pero que en cualquier caso el "Réquiem" era más que una mera etapa del camino poético. Contra el juicio de algunos, que consideran los versos de Rilke un lamento exagerado y rimbombante, o llegan a sentir vergüenza ajena por ellos, Heidegger tomaba muy en serio el poema. Percibía la tragedia que ensombreció el último año de vida de la pintora: la mortal tensión, el desgarramiento incluso, entre la plena entrega a su exis-

tencia de mujer y la vocación de un arte con el que ya estaba ingresando en el círculo de los grandes de su época. Quería plenamente las dos cosas, y sólo era posible lograr una.

Precisamente en conexión con el retrato de Rilke, sobre el que ella escribió una vez a su amigo que no estaba completamente terminado, hablamos del problema de la obra "concluida". Como quiera que los especialistas tratasen esa cuestión, analizándola críticamente a su modo, su respuesta tocaba tan sólo lo técnico, el "hacer" del cuadro. Nada tenía que ver con lo que la obra en lo esencial decía. Heidegger volvió a esa cuestión en una de las últimas conversaciones que tuvimos, llevándola a un plano general. Fue el 8 de febrero de 1976, en el centenario del nacimiento de Paula Becker; me llamó al atardecer y me invitó a que honrásemos la fecha juntos bebiendo "un vaso de vino en honor a esa gran, *gran* pintora". Tuve la impresión de que quería volver allí donde nos habíamos encontrado casi cincuenta años antes, primero frente a los cuadros de Paula Becker-Modersohn y luego frente a su sepulcro, en el camposanto de Worpswede. A los 31 años, después de apenas siete años de un "trabajo en empinado ascenso" (Rilke), había debido dejar atrás todo el futuro de su arte… "¿Concluir?", preguntaba en el teléfono la voz familiar, ahora ligeramente cansina. Heidegger mismo transitaba su novena década… "¿Concluir?" ¿No era quizá lo inconcluso más que lo concluido? Concluido: acabado, cerrado. "Inconcluso" significaba, en cambio, que permanecía abierto para un camino ulterior. ¿Hacia dónde? De eso teníamos que hablar alguna vez.

El diálogo no llegó a realizarse. Quedó inconcluso: en mayo de ese año murió Heidegger.

HEINRICH VOGELER

De los pintores del grupo de Worpswede de fines del siglo XIX, Heinrich Vogeler y toda la modalidad de su arte resultaban lejanos para Heidegger. Por eso conocía muy poco de su obra, hasta que se enteró de que yo proyectaba un extenso libro dedicado al artista, que me era familiar desde la infancia a través de sus obras del estilo

del *Jugendstil*: las aguafuertes de Vogeler fueron las primeras obras pictóricas que se grabaron en mi memoria de adolescente. Con el paso de los años, el deseo de hacer por una vez plena justicia al artista de trágico final, que hechizara mi juventud con su *Rey Sapo* y su *Sueño de amor*, se había transformado en una íntima necesidad para mí, si bien era claro que en este caso no se trataba, como en el de Paula Becker-Modersohn, de un "grande".

Naturalmente, Heidegger también lo sabía. Así, no hablamos de ese trabajo sino rara vez, aunque lo miraba con plena comprensión. En Worpswede y en el castillo de Böckel había visto algunos de los mejores cuadros de Vogeler, y en alguna oportunidad me pidió detalles del último período del artista, sus años más difíciles. Por tanto, fue más que un mero gesto de cortesía cuando lo invité a la ceremonia de presentación del libro, una velada en la Kunsthalle de Bremen organizada por la editorial, aunque sabía que él no podría asistir. Junto con la invitación le hice llegar un ejemplar de muestra, recién impreso. Cuál no fue pues mi sorpresa cuando la víspera de mi partida hacia Bremen me llegó una carta suya, una de las más largas que me haya escrito.

La reproduciré íntegra, pues constituye un ejemplo de la amplitud de miras, la certeza de la mirada, la profunda sensibilidad humana y el insobornable sentido estilístico de Heidegger, a la vez que un bello testimonio de su afecto, muestra de una auténtica amistad. La carta, fechada el 17 de mayo de 1972, dice:

> Querido señor Petzet:
>
> Antes del *vernissage* de su libro que relata la historia de vida de Heinrich Vogeler quisiera decirle algunas cosas, para estar así en cierto modo presente en la celebración, que para usted será una suerte de retorno al hogar.
>
> El modo de presentación de su libro concuerda, hasta en el estilo del lenguaje de sus correspondientes segmentos, con los diferentes tramos de la vida del artista. Me inclino a creer que esta asombrosa concordancia no surge tanto de una reflexión metódica perseguida explícitamente, como de la simple circunstancia de que usted ha sabido escuchar la voz de la cosa que en cada caso debía presentar, y se ha dejado guiar por ella.

De este modo, desde los inicios en los *Gründerjahre*,* pasando por la efervescencia de la década previa a la Primera Guerra Mundial, hasta la Revolución Rusa y finalmente el ataque de Hitler a Rusia, se produce una singular transformación y una intensificación.

Refiriéndome más explícitamente a la historia de vida del artista, quiero decir: cuanto más solitario acaece el destino, tanto más sencilla se va haciendo la presentación de usted, hasta la reunión final de todo su texto en las tres páginas de la "conmemoración", que usted distingue nítidamente del mero recuerdo.

Quien advierte esto y reflexiona sobre ello, en vista del busto realizado por Clara Westhoff, queda estremecido por lo representativo del destino de este artista. El título, *De Worpswede a Moscú*, es históricamente cierto, pero como caracterización de su destino no llega a ser verdadero: no señala lo que oculta el destino del artista, es decir, del poeta. Éste no encuentra el lugar propicio para su arte, y su arte no logra determinar un nuevo lugar para sí mismo y para lo por venir.

Lo que acontece tras su presentación no es accesible ni a la historia del arte, ni al interés biográfico.

Este artista, el intento de su arte, sigue el destino que, según lo vio Hegel, es el del gran arte, que ha dejado de ser una forma necesaria de presentación de lo absoluto, y por ello carece de lugar. Su refugio es hoy el verboso habitar en una barraca en demolición llamada "sociedad". Para una mirada superficial, este artista es empujado al comunismo por su "amor por los hombres". Pero en verdad se trata del espanto, oculto todavía para él, frente al fin del arte dador de sentido, en la época de la disolución de la metafísica en una tecnología universal. El amor de Vogeler por los hombres vaga sin mundo, en una era en que la voluntad de poder se lanza hasta el extremo.

Podría uno preguntarse por qué este artista no fue derribado por Van Gogh y Cézanne, por qué fue echado fuera de la vía del arte. ¿O es que allí no había ni vía ni camino?

* "Años de los fundadores"; expresión corriente para referirse a la época de auge económico, de acelerada industrialización y de temerarias especulaciones financieras, posterior a 1870. [N. del T.]

Deseo una sola cosa para su libro: que llegue a ser un impulso para el pensamiento, incómodo en un tiempo que habla mucho de "modelos de pensamiento" y de "pausas para pensar", pero que en el fondo no hace más que calcular.

Le agradezco cordialmente y lo saludo, también en nombre de mi esposa.

Suyo, Martin Heidegger

VAN GOGH Y CÉZANNE

La pregunta de Heidegger de por qué Vogeler no fue derribado por Van Gogh y Cézanne aludía a dos vectores fundamentales del arte, que a fines del siglo pasado se manifestaron con ejemplar concentración en dos pintores, y que por largo tiempo fueron determinantes para nuestra época. Alguna vez dialogamos sobre esto: cómo en la creación de Van Gogh la violencia de la "expresión" hace estallar todo lo heredado en cuanto a forma y color, y cómo en cambio aquel "objetivo decir" que Rilke destaca en Cézanne llega a hacer que sea injustificada la pregunta por lo "bello" y lo "feo", porque en la obra de arte "el ente aparece *como* tal". Ambas actitudes, que pueden llamarse actitudes de mundo, se habían plasmado en 1907, cada una por su lado, en cartas de poetas: las cartas sobre el color, del ciclo *Cartas de uno que ha regresado*, de Hofmannsthal, y las *Cartas sobre Cézanne*, de Rilke.

Que Heidegger recibió un impulso decisivo a partir de un cuadro de Van Gogh se supo por su escrito acerca del "Origen de la obra de arte", que reproducía tres conferencias pronunciadas en 1936 en el Freien Deutschen Hochstift de Frankfurt. Allí Heidegger se refería a *Zapatos campesinos*, que Van Gogh pintó en varias oportunidades, como ejemplo mediante el cual explicaba el carácter de utensilio del utensilio, para preguntar a partir de allí por el carácter de cosa de la cosa, y finalmente por el carácter de obra de la obra. Se trataba de un cuadro del ámbito de la vida sencilla, al que pertenecen tantos cuadros, frecuentemente oscuros y agobiados de tierra, del primer período del pintor. Cuando veinte años más tarde viajamos a Holanda

con los amigos de Bremen y pudimos mostrarle a Heidegger el nuevo Museo Kröller-Müller en la reserva natural de Hoghe Veluwe, tuvo oportunidad de ver otros cuadros: los del período parisino, y especialmente las obras realizadas en la Provenza, magníficos testimonios del período decisivo del pintor. Junto con la impresión general de la luz que crea a nuevo todas las cosas, ocuparon la atención de Heidegger algunos cuadros, en particular uno pintado en el mes de su nacimiento (septiembre de 1889) de un sembradío a la luz del sol, y se detuvo largamente frente al *Patio del hospital de St. Rémy*. Se habló de la asombrosa coincidencia entre las fechas de la locura de Van Gogh y la de Nietzsche, cuyo poema "Desolado", con sus cuervos, concuerda de manera estremecedora con la bandada de cuervos sobre el *Trigal*, que Van Gogh pintó cuando ya se encontraba en Auvers.

Así como durante esta excursión a Holanda Heidegger se sintió tocado por las obras de Van Gogh –la mayor parte de las cuales hasta aquel momento sólo conocía por ilustraciones– y miró con beneplácito la magnífica fundación artística de la familia Kröller-Müller, tanto, aunque en sentido inverso, le disgustó el deslucido paisaje, en especial a orillas del lago Zuidersee. Una excursión a los nuevos pólders, recientemente ganados al mar, muy pronto debió ser interrumpida: la inmensa desolación lo afectaba casi físicamente. En cambio, llegó a conocer aquel paisaje, lejano a los orígenes del pintor, pero que marcó su destino, poco tiempo después, en su primer viaje a la Provenza, adonde retornó muchas veces, aunque ya no tras la huella de Van Gogh, sino en el camino de Cézanne. Ya por entonces los diálogos acerca de arte y de obras de arte se desarrollaban a la luz del francés, que se volvió determinante para Heidegger. En las muestras de la galería Beyeler vio una serie de sus obras maestras del último período; también en el Museo de Arte de Basilea se exhibían cuadros de Cézanne, entre otros una de las más bellas versiones de la *Montagne St. Victoire*, que por entonces estaba en préstamo en ese museo. A ello se sumaban las *Cartas sobre Cézanne* de Rilke, que aún no habían sido reunidas en un volumen en alemán; el proyecto emprendido en este sentido junto con Clara Rilke y mi trabajo en esa edición despertaron un vivo interés en Heidegger. Pero si se profundizaba el estudio de Paula Becker-Modersohn también se llegaba una y otra vez a su gran modelo francés.

La primera conversación en la que de manera imprevista se mencionó el nombre de Cézanne tuvo lugar una noche de noviembre en 1947 en la casa de Zähringen, en ocasión de mi primer viaje de posguerra, cuando me alojé en la casa de Heidegger. En la exposición de pintura francesa moderna que era el motivo oficial de mi visita vi un cuadro de Juan Gris, una paráfrasis del cuadro pintado por Cézanne que muestra a su mujer en un sillón rojo. El diálogo, del que participaba también, muy animadamente, la asistente del Museo de los Agustinos de Friburgo –doctora Ingeborg Schroth, amiga de Heidegger–, pronto dejó atrás a los franceses modernos de la exposición para pasar al propio Cézanne y a las cartas de Rilke sobre su arte, que poco antes me habían sido confiadas por Clara Rilke. Heidegger trabajaba entonces en su discurso de conmemoración del vigésimo aniversario de la muerte de Rilke, que más tarde pronunció en un círculo privado. Nos leyó la carta del poeta fechada el 18 de octubre de 1907, en la que se refiere al gran giro en la pintura de Cézanne, "eso único de lo que todo depende", y repitió enfáticamente la frase sobre

> el trabajo que ya no tenía preferencias ni inclinaciones, y no consentía el lujo de seleccionar, y cuya más mínima pieza era examinada en la balanza de una conciencia infinitamente móvil, y que así reducía al ente a su contenido cromático tan insobornablemente que lo lanzaba a iniciar, en un más allá hecho de color, una nueva existencia sin recuerdo de lo anterior.

El pensamiento de que había allí una correspondencia era corroborado por Heidegger con pasajes de otras cartas –por ejemplo del diálogo de Rilke con la pintora Mathilde Vollmöller–, en el que, entre otras cosas, dice que Cézanne tomaba el color como nadie lo había hecho antes, tan sólo para hacer de él la cosa, y logrando que se agotase por completo, sin resto, en la *réalisation* de ésta. Otro pasaje mencionado por Heidegger, y al que le concedió especial importancia, fue la referencia de Rilke al poema de Baudelaire "Charogne" ["Carroña"], donde afirma que la mirada artística debe comenzar por superarse, al punto de ver aun en lo horrible y en lo aparentemente repugnante tan sólo el ente, "que *vale* a la par de todo lo demás".

Durante los años siguientes, tras mi mudanza a Friburgo, como consecuencia de los trabajos preparatorios para la edición de las *Cartas sobre Cézanne* de Rilke, mis diálogos con Heidegger abordaron con frecuencia el tema de esta serie de cartas. Paulatinamente fui comprendiendo cuán extraordinariamente próximo eran para él la figura y el carácter del pintor. Se ha señalado ocasionalmente que el aspecto exterior de ambos mostraba notables semejanzas, especialmente la mirada de sus ojos penetrantes –basta recordar el conocido autorretrato de Cézanne que se encuentra en Berna–. Esta similitud exterior acaso expresara de algún modo la semejanza de sus caracteres. Ursula von Kardorff, que en cierta oportunidad, en casa de la condesa Podewils, sentada frente a Heidegger, lo observó mientras dialogaba con sus vecinos Guardini y Orff, comentó luego que la impresión que recibió fue la de un campesino del sur de Francia, tan lleno de calma y serenidad, un "tipo cezannesco". Pero no sólo en el aspecto físico el pensador y el pintor aparecen emparentados: toda la modalidad de su carácter los aproxima. Ambos se dedicaron a su tarea con incondicional entrega, fundiéndose por entero y sin reservas en su trabajo. Ambos renunciaron a muchas cosas por su trabajo. Pero "la renuncia no quita, la renuncia da", como dice en "El camino campestre", y la obra de ambos lo confirma.

Más de una vez, al regresar de sus viajes al país de Cézanne, Heidegger me sugirió no sin urgencia que reuniese en un tomo todos los cuadros del maestro en los que figura la *Montagne* y que redactase un texto para acompañarlos, para lo cual era imprescindible que fuese primero a la Provenza y viese con mis propios ojos la *Montagne St. Victoire*. Pues ni aun las mejores reproducciones de sus cuadros y sus acuarelas lograban mostrar aquello que la "montaña sagrada" expresaba, y que el pintor había transformado en el lenguaje de sus cuadros. Para lograr transmitir algo de ese diálogo era menester que uno mismo observara ambas cosas: la montaña y los cuadros.

En su libro *Dialogue avec Heidegger*, Jean Beaufret refiere que, como introducción a su conferencia de Aix (1958), Heidegger había hecho una observación que iba mucho más allá de la intención de "romper el hielo" con sus oyentes, y que traía al habla su experiencia del pensar en sí misma. Comenzó describiendo el camino a la cantera de Bibemus, hasta el punto en que ante la vista apa-

rece la montaña Sainte-Victoire; allí, dijo, había encontrado el camino de Cézanne, "la senda que, desde el comienzo hasta el fin, responde a su modo a mi propio camino de pensamiento".

Quien crea que se habla allí de una experiencia artística se equivoca. Lo que se evoca es aquello que Heidegger expresa en las líneas dedicadas al poeta René Char en su cumpleaños en 1971 ("Pensivement"). Dice allí: "En la obra tardía del pintor la duplicidad de presencia y ausencia se ha vuelto simple, transformada en misteriosa identidad. ¿Se muestra aquí una senda que conduce a un recíproco pertenecerse del poeta y del pensador?"

Una fotografía de Heidegger lo muestra sentado ante el panorama de la *Montagne*. Fédier, que lo acompañaba en aquel momento, señaló que éste era uno de los senderos de Cézanne, que conducía hasta el borde de un precipicio rocoso, más abajo el verde oscuro de los árboles y el rojo de la tierra, al fondo el agua de la represa Zola, y enfrente la montaña Sainte-Victoire. Heidegger se sentó allí sobre una piedra a mirar.

Los amigos recordaron una observación de Platón, que en alguna parte describe la asombrosa inmovilidad que a veces se apoderaba de Sócrates cuando se sumergía en sus pensamientos. Pero Heidegger no estaba sumergido en sus pensamientos:

> Permanecía inmóvil frente a la Sainte-Victoire, contemplando la montaña. Permaneció sentado largo rato. No sabría decir cuánto tiempo; ese tiempo no podía medirse. "Amo la concordia de formas de mi patria", dijo Cézanne. Heidegger percibía esa concordia, que es lo más difícil de lograr. Pues en ella se oculta la inaparente unidad del mundo, su intimidad, el ser mismo.

Lo que Fédier describe es, por decirlo con otra frase del pintor, "une minute d'équilibre". Un instante de equilibrio del mundo.

El sendero, el camino de Cézanne. Cuanto más avanzaba su edad, tanto más percibía Heidegger que ese camino era el suyo, como si él tuviera que recorrer el mismo camino. Queda para el futuro la tarea de aclarar el parentesco entre ambos, y de hacerlo fecundo para el pensamiento, y, por cierto, esto nada tiene que ver con la historia del arte.

PICASSO Y BRAQUE

En su ensayo "Heidegger et la pensée du déclin" Fédier desarrolla la tesis de que Cézanne franqueó a Heidegger el camino hacia las dos cumbres –Picasso y Braque–, y que ambos tuvieron su germen [*germinal*] en aquél. Esto no significa que el filósofo viese en estos dos pintores una superación de Cézanne, marchando así por la vía que la historia del arte gusta describir como un "desarrollo". ¡Al contrario! El secreto de la vertiente reside en que contiene más que lo que de ella surge: la vertiente guarda en su seno el mar. Fédier sigue diciendo que considerada en el nivel de sus cumbres, la historia de la pintura contemporánea quizá no sea más que un brillante declinar de lo que en su momento fue la pintura de Cézanne.

Para Heidegger, la experiencia y la contemplación de la vertiente permaneció como el acontecimiento decisivo. Con respecto a Picasso, mantenía cierta distancia de observador, aunque algunas de sus pinturas lo tocaron fuertemente. Cierta vez Martin Nagel le envió una postal de la *Vendedora de pan*. Cuando, tiempo después, se encontraron, Heidegger se refirió al cuadro y dijo que su sencillez y su áspero sentimiento lo habían impresionado hondamente. Según Nagel, se notaba claramente que mucho de esa impresión se debía al contenido del cuadro, lleno de evocaciones del terruño; en efecto, por lo general las cosas y las personas que se veían en los cuadros (piénsese en *Zapatos campesinos*) decían a Heidegger más que la forma artística como tal. Cuando lo uno y lo otro se unían en un enunciado significativo, como en el caso de la *Vendedora de pan* de Picasso, era cuando se sentía más tocado.

Gracias a Ernst Beyeler y a las exposiciones de su galería en Basilea, en el transcurso de los años Heidegger tuvo oportunidad de conocer numerosas obras maestras de Picasso. A veces los atractivos catálogos que la señora Hildy enviaba a Friburgo como señuelo para el amigo filósofo bastaban para decidirlo a viajar a Basilea. Durante nuestros paseos en Zähringen, compartiendo un vino en la Jägerhäusle o en la posada "Zum Falken" [del halcón] conversamos muchas veces sobre el fenómeno Picasso; con frecuencia me dejaba arrebatar por un entusiasmo apresurado, mientras que Heidegger solía expresar sus dudas. A la fogosa exposición de su amiga y anti-

gua discípula Inge Schroth, según la cual cuando él hablaba de las necesarias "destrucciones" en filosofía hacía lo mismo que Picasso cuando desmontaba el objeto, Heidegger respondió con su silencio, sonriendo elocuentemente.

En uno de nuestros viajes a Basilea mantuvimos una encendida discusión acerca de la cualidad artística de Picasso, sin llegar a una conclusión satisfactoria. Poco tiempo después Heidegger me escribió:

> Picasso y su "fuerza artística": eso es innegable. Pero aún no veo si esa fuerza artística logra siquiera señalar el lugar esencial (futuro) para el arte. Quizás esto no sea asunto del arte, ¿pero qué es entonces la obra de semejante fuerza artística? ¿Adónde pertenece? En mi conferencia de Munich ésta era la pregunta, apenas insinuada, a los "artistas", pero ellos la esquivaron o la rodearon a un pelo de distancia. Tal vez haya un temor (esencial) a preguntar así en este punto. Y sin embargo, al menos hasta donde yo alcanzo a ver, éste es el próximo paso.

En Munich había dicho: "cuanto mayor sea la actitud interrogativa con que nos decidamos a pensar la esencia de la técnica, tanto más misteriosa se hará la esencia del arte". El modo de interrogar de Heidegger ya no tenía nada en común con los juicios tradicionales sobre el arte, y eso se muestra en otra carta de la década de 1950, en la que anuncia una visita de varios días a diversas usinas eléctricas, guiada por profesores de la universidad tecnológica: "La esencia de la técnica se torna cada vez más esencial para mí; pero el camino hasta ella es largo, y en primer lugar es necesario alcanzar la claridad sobre la usina eléctrica [*Kraftwerk*] y sobre la obra de arte [*Kunstwerk*]". Una sentencia difícil de entender, e incluso irritante, para los artistas y los historiadores del arte, pero que sin embargo señala un nexo decisivo, en un mundo en el que el arte (reiterando una vez más las palabras de Hegel) "ya no es la forma suprema bajo la cual la verdad se hace existente".

Entre los aforismos de Georges Braque hay uno que puede ser calificado de especialmente próximo a Heidegger: "El arte está hecho para turbar. La ciencia tranquiliza". Heidegger percibía esa fuerza turbadora, y no en último lugar, en Picasso. Pero, a la vez, esa inquie-

tud afectaba también el propio lugar del filósofo. Pues, como dice una nota de Heidegger, todo el arte actual –ya sea surrealista, abstracto o figurativo– es de esencia metafísica. Sin embargo, en Cézanne se preparaba una transformación de la "obra", que se le mostró abiertamente al pensador en la obra de Paul Klee.

¿Habrá considerado a Braque, ese pintor tan querido por él, más cercano a esa transformación? Nunca lo hablamos. Braque le era próximo por la absoluta hidalguía de su carácter humano y artístico. Desde que lo visitó en Varengeville, se refería a él como a su "gran amigo". Por su parte, Braque le escribió en ocasión de su septuagésimo aniversario sobre una lámina litografiada: "Écho répond à l'Écho / tout se répercute / Pour Martin Heidegger".

PAUL KLEE

Ya nos hemos referido en varias oportunidades a las conferencias de Heidegger "Sobre el origen de la obra de arte", y es bien conocida su invocación de *Zapatos campesinos* de Van Gogh. En cambio, pocos saben que Heidegger pensó en agregar una segunda parte a su tratado sobre el "origen", y cuáles fueron los cuadros que lo impulsaron a ese intento. Sus pensamientos giraban en torno de Paul Klee.

No es posible ya reconstruir en qué momento de la década de 1950 la obra y la figura de Klee hicieron su aparición en los diálogos sobre el arte y los artistas. ¿Fue a raíz de mis frecuentes conversaciones con Georg Schmidt en Basilea, que casi siempre versaban sobre Klee, y a las que yo me refería con frecuencia? ¿Reside el impulso inicial en las cartas de Rilke a Klee, que Felix Klee me facilitara para su publicación? ¿O fue la enorme impresión que me había causado el legado de Klee, que se encontraba en un piso de Berna y que el hijo del artista me había mostrado y comentado durante una larga velada? Lo cierto es que cuando finalmente Beyeler tuvo la fortuna de poder adquirir la colección de Klee perteneciente al industrial norteamericano David Thompson y la llevó a Basilea, rápidamente el pintor pasó a ser el tema central de nuestras discusiones. Yo tenía la esperanza de que aquí, por fin, se produjera el

encuentro del filósofo con la obra del artista. Fue un encuentro de importancia decisiva para Heidegger.

La colección Thompson es una de las tres mayores colecciones de obras de Klee que existen en el mundo. Antes de venderla íntegra a Dusseldorf, al Estado de Renania del Norte-Westfalia, Beyeler decidió hacerla accesible a su amplio círculo de amistades: artistas y aficionados, eruditos y escritores de toda Europa. En los ambientes de una antigua casa patricia de Basilea, en el suburbio de St. Alban, que se hallaba deshabitada, exhibidas en una serie de pequeñas salas y en habitaciones bien proporcionadas, así como en la gran escalera, las ochenta y ocho obras de Klee (óleos, acuarelas, dibujos) tuvieron un efecto verdaderamente asombroso. Era como si este arte hubiese sido creado en realidad para esa clase de espacios, para su elegante tranquilidad, su intimidad y su discreción; antiguas tallas en madera, ventanas que dejaban entrar una luz suficiente pero no exagerada, las vistas de los prados y las arboledas de los viejos jardines circundantes. Los cuadros de Klee parecían sentirse bien allí.

Poco tiempo después, un torrente de amantes del arte fluía hacia el silencioso suburbio de St. Alban; todo aquel que tuviera una conexión con Beyeler quería visitar el provisorio museo de Klee. Fascinado por el acontecimiento de Basilea, que permitía apreciar más de dos docenas de obras del artista pertenecientes a lo principal de su creación, llevé a la "casa de Klee" en primer término al profesor Hans Jantzen, antiguo catedrático de historia del arte en Munich y en Friburgo e íntimo amigo de Heidegger, quien no tardó en anunciarse a su vez como visitante. Plegándonos a su deseo explícito, luego de saludar a los Beyeler y al padre Haßler dejamos a Heidegger solo con los cuadros durante algunas horas. Al mediodía se dirigió a la vecina casa parroquial para almorzar y descansar una hora, luego de lo cual ya no pudo contenerse: me llamó y volvimos junto a Klee.

Por lo visto, el encuentro con su obra en el silencio de la vieja casa había impactado a Heidegger más de lo que yo esperaba. Esta caminata silenciosa debía ser ya su tercera o cuarta recorrida por los cuadros, y a pesar de lo poco que se habló, aquel tránsito me resulta inolvidable. Ocasionalmente me llamaba para preguntarme esto o aquello, o simplemente para expresar su asombro. Y no eran sólo las piezas rutilantes, las que llaman la atención de inmediato, las

que atrapaban a Heidegger. Se detenía más bien ante las poco llamativas, ante las contenidas, y regresaba una y otra vez para hacer de ellas una experiencia renovada: la calma melancólica de *Pensamientos durante una nevada*, el agobio sin salida del *Cargado*, el *pathos* casi doloroso de las *Rosas heroicas* abrasándose en medio de la escarcha otoñal. Se detuvo frente al cuadro *La paciente*, que recuerda tan notablemente a Grünewald, un cuadro que con las fibras de sus raíces parece llegar hasta los extremos más recónditos del dolor vegetativo, y dijo que era necesario que lo viera Nagel, pues no había sonda clínica que llegase tan profundamente al estado de enfermedad, al sufrimiento: "un médico puede aprender más de este cuadro que de sus manuales". Otro cuadro concentró su atención largo tiempo. Él, que toda su vida había tenido una extraña relación con el rayo y con la tempestad, apenas podía despegarse del *Rayo colorido* de Klee; pensamos en el pino partido por un rayo que estaba muy cerca de la cabaña sobre Todtnauberg. La pequeña gouache *Un portón*, realizada en 1939 –el año de la muerte de Klee– lo sumió en un profundo silencio; finalmente dijo, muy serio: "Ése es el portón que algún día todos tenemos que atravesar: la muerte". En lo sucesivo, Heidegger se hizo mostrar esa obra varias veces, pues recordando la reacción del filósofo Beyeler no la había vendido, sino que la había conservado en su colección. Otro mundo lleno de sorpresas se abrió luego con una serie de dibujos, en parte irónicos y jocosos; entre ellos, Heidegger prestó especial atención a los que se ocupaban del "Moloch de la técnica" (por ejemplo "Radiodymmolatoren").

Se hizo tarde aquel día, cuando finalmente pudimos despedirnos de la mesa hospitalaria del párroco y retornar a Friburgo, no sin la promesa de un pronto regreso. Todos estaban ahítos de lo visto: la atmósfera parecía vibrar tanto con la jovialidad como con la profunda seriedad de Klee.

Cuando fui a Zähringen para arreglar un segundo viaje, resultó que Heidegger había tenido una exhaustiva conversación con Jantzen sobre la exposición y tejía nuevos pensamientos a propósito de ella. Acerca de un proyectado volumen sobre la colección, en el que le habían propuesto participar, expresó sonriente: "¿Querrán que yo escriba el prólogo?". Para él subsistía cierta dificultad, ante todo en

lo siguiente: aún no le quedaba claro hasta qué punto la interpretación del propio Klee ("lo cósmico", etc.) presentaba en realidad aquello que acontecía en su obra. Además, probablemente todo el tachismo fuese consecuencia de un (inconsciente) malentendido acerca de esa errónea autointerpretación, que se desarrollaba en uno de los puntos de contacto entre la metafísica y lo futuro más expuestos al peligro.

Heidegger siguió diciendo que los esfuerzos "filosóficos" de Klee en torno del "enunciado" no eran casuales ni colaterales, sino necesarios. En eso residía la dificultad. Y si embargo, Klee no sabía lo que estaba ocurriendo allí: que *el arte se estaba transformando*. De manera que ahora, él, Heidegger, se vería obligado a escribir una segunda parte de "El origen de la obra de arte".

En conexión con esto discutimos la sentencia de Hegel, citada ya varias veces, según la cual, en lo que respecta a su más alta determinación, el arte pertenece al pasado. Heidegger aprobaba la sentencia, pero agregó que todavía faltaba demostrarlo. De especial importancia para él era saber, primero, en qué consistía la relación de Klee con lo griego, y qué ocurría propiamente allí. En lo que se refiere al estrecho vínculo de Klee con el mundo artístico de Goethe, un aspecto poco estudiado aún, Heidegger no tenía noticia, si bien esto habría despertado en él no menos interés que las numerosas conexiones del pintor con poetas de su tiempo, documentadas en los ricos epistolarios de Paul Klee que se encuentran en poder de su hijo, Felix Klee.

Según Heidegger, ese hombre –Paul Klee– era un fenómeno completamente extraordinario. Me encomendó que reflexionase acerca de lo dicho con vistas al tan discutido tachismo; en él, el "dejar correr" era elevado, por así decir, a la dignidad de un principio, y, sin embargo, implacablemente, se quería ver un "todo" en Klee.

Desde entonces Klee fue un tema recurrente en nuestras conversaciones, en especial porque yo debía trabajar con bastante frecuencia sobre su obra, y solía hacer a Heidegger el relato de esas ocasiones, particularmente cuando se trataba de exposiciones. Cierta vez se produjo una suerte de encontronazo, que muestra cómo Heidegger se interesaba, por un lado, por mis trabajos y, por otro lado, por el fenómeno "Klee". Preparé una gran producción televisiva, de tres cuar-

tos de hora, sobre Paul Klee, de la que estaba orgulloso porque, entre otras cosas, había podido incorporar gran cantidad de material poco conocido, tanto cuadros como dibujos, en buena medida gracias a Georg Schmidt. Ignoraba que Heidegger había ido a ver la emisión a la casa de unos amigos. Cuando en nuestro siguiente paseo por Zähringen me referí a ella, no sin cierta satisfacción por haber superado los numerosos obstáculos que esa producción había supuesto, enseguida advertí que Heidegger desaprobaba por completo mi labor, no en lo referente a mi valoración del artista Paul Klee, ni a mis juicios sobre él. Pero tuve que oír el reproche quizá más doloroso de haber agraviado, o poco menos, al gran maestro. Para un artista como Klee, dijo Heidegger, el medio televisivo era, sin más, la muerte de sus creaciones. El arbitrario movimiento de la cámara obligaba al ojo a realizar saltos que impedían cualquier contemplación intensa y reposada, así como la pausada reflexión que merecía cada obra, con las relaciones que obraban en su interior.

Mi emisión sobre Klee, por bien estructurada que estuviera desde el pensamiento, había tenido un efecto más bien destructivo sobre aquello que en este arte se desarrollaba, había bloqueado el camino hacia él, porque desde el inicio había cerrado el recto acceso. (Todo esto se refería en primer término a lo gráfico, a la línea, porque dar una impresión del colorido de Klee era imposible desde el vamos para la televisión, que adulteraba todos los matices.) Las razones de la "condena" de Heidegger, que aquí sólo hemos bosquejado, fueron objeto de una larga discusión. Una de las cosas que Heidegger había echado principalmente de menos era lo delicado, lo íntimo, que florece entre las líneas de Klee; tampoco había penetrado en la conciencia su cualidad de profunda amenaza. Finalmente, tuve que darme por vencido. Tomé a pecho su dictamen y en adelante, por respeto al arte y a su lenguaje, que de por sí peligra en cualquier reproducción, no hice más emisiones sobre arte.

Incluso después de terminada la muestra de Klee en Basilea, el artista siguió siendo un tema de conversación frecuente a lo largo de los años:

> Fue una bella velada. Lo que usted dijo al final sobre Klee, lo "poético", en sentido esencial, de todo el arte, debería hacerlo visible

> a partir de esa obra y de ese hombre. Lo que intenté decir al respecto al final de mi escrito sobre la obra de arte es insuficiente aún (*¡el lenguaje!*). ¡Si usted pudiera escribir *el* libro sobre Klee! Ahí sobrevino algo que ninguno de nosotros llega a ver todavía (21/2/59).

Sin embargo, la confianza de Heidegger en lo que yo podía lograr con mi libro sobre Klee sobrepasaba en mucho mis posibilidades. En una oportunidad, Georg Schmidt me dijo con gran énfasis que sólo Heidegger podía escribir *el* libro sobre Klee. Esto ocurrió tras un memorable diálogo en un templado día de abril en el jardín de la casa de Schmidt en Binningen, donde Heidegger hizo una larga escala cuando regresaba de su visita a Ronchamp, lleno de las impresiones de la peregrinación a la iglesia de Le Corbusier. Se produjo allí una indagación [*Er-örterung*] en el sentido literal de la palabra, una determinación del lugar,* del arte, que culminaba en Klee. Con su agudísima percepción, Schmidt advirtió entonces cuál era el lazo que unía a su huésped con Klee y con aquello que había surgido al mundo en su arte, "algo que ninguno de nosotros llega a ver todavía".

En su visita a la Fundación Klee de Berna, Heidegger vio desplegada ante sí toda la riqueza que es capaz de dar la obra del artista; muchas cosas se pusieron de manifiesto sólo entonces, como la relación con Cézanne (*Pequeña ciudad en las rocas*, *Lucha de amor*…). Cuando la conferencia "Tiempo y ser" se difundió por radio desde la Universidad de Friburgo, Hiedegger le escribió a Hildy Beyeler que cuando al comienzo oyese nombrar los cuadros *Santa en una ventana* y *Muerte y fuego*, lo tomase como un saludo, pues aquellos primeros encuentros con Klee en Basilea eran inolvidables. De obras como *Rosas heroicas* afirmaba que no se trataba de cuadros, sino de estados; que Klee sabía hacer "ver" las disposiciones de ánimo en la imagen. La *Santa en una ventana* traía consigo todo un mundo. Cuanto menos se las considerase como figuración, tanto más "aparentes" (en el sentido del griego φαίνεσται) resultaban sus obras.

* *Erörterung*, que significa discusión, indagación, deriva de *Ort*, lugar, y es literalmente una "localización" o determinación de lugar. [N. del T.]

Heidegger, que sabía a qué se refería Novalis cuando escribió que las más altas obras de arte no eran agradables, decía que, más allá del "placer" superficial que creíamos extraer de ellos, los cuadros de Klee, especialmente, llevaban la espina de una exigencia que no era fácil de satisfacer. Siempre agradeció el hecho de que el camino hacia Klee le hubiese sido allanado tan singularmente por los Beyeler, que "unos custodios tan fieles de su obra habitasen tan cerca".

"EL CUADRO POSTHISTÓRICO" / UN *EXCURSUS*

Sería un hecho sorprendente que la ola del arte "no figurativo" que arrasó con todo en el arte europeo de posguerra, y que hizo imposible reanudar sin más los desarrollos que habían sido interrumpidos, no hubiese sido motivo de discusión entre Heidegger y yo en su momento. Con más razón porque a partir de mi encuentro con el pintor Gerhard Fietz (surgido del círculo de Baumeister y Hölzel) había comenzado a escribir mis primeras reseñas y críticas, y me reunía con cierta frecuencia con jóvenes artistas, con la gran coleccionista Ida Bienert, de Dresde, y con Anthony Thwaites, escritor de temas de arte que, proveniente de Inglaterra, tenía una gran influencia en Munich; él me presentó también a su ilustre colega Will Grohmann.

A raíz de un hecho particular que me involucra personalmente, el problema que se planteaba con el advenimiento de los artistas abstractos fue tratado en varias cartas, que no deberían ser pasadas por alto en lo que respecta a la relación de Heidegger con el arte y los artistas. Una pequeña obra que un amigo pintor, Mathias Goeritz, de Berlín, me había obsequiado en 1947 me permitió una confrontación práctica con los nuevos interrogantes que se discutían por doquier. Esta *gouache* abstracta, con sus líneas plenas de vigor rítmico y de dinamismo y sus colores delicados y melodiosos, ocupó mis pensamientos durante largo tiempo, y creí que en ella podían encontrarse numerosos indicios y respuestas. Le hablé de esto a Heidegger, dándole a entender que escribiría un trabajo sobre el tema. Dos meses después de mi visita a Zähringen me escribió:

> Usted estará ocupado ahora con el trabajo que tenía proyectado. Las reflexiones y las palabras sobre las obras de arte tienen algo molesto, pues la experiencia inmediata sigue siendo lo primero que no requiere de ninguna discusión. Pero la capacidad para tales experiencias está trastornada, así como faltan la ocasión y el espacio para las artes. Por ello es necesaria la sagacidad de la reflexión pensante. Tengo la impresión de que para usted ése es el ámbito apropiado, más que el quehacer de la disciplina histórica. Será bueno que todo eso pueda realizarse fuera del área de la universidad. Si tiene usted un pequeño círculo de amigos que compartan sus afanes, tiene la garantía de recibir estímulos e impulsos; sin una atmósfera y sin aliento efectivo no logramos forjar nada. Pero estas ayudas se han hecho escasas en nuestro trastornado y disperso mundo.

Circunstancias personales me obligaron a demorar bastante ese trabajo, que sólo concluí en 1949. Después de leerlo en diversas sesiones privadas, envié el texto a Heidegger, que en la primavera de 1950 me respondió:

> Durante las últimas semanas pensé que usted estaba pergeñando algo… Su conferencia es *excelente*. Su irresistible seducción proviene de la clara y consecuente aplicación del método de la destrucción certera de toda la apreciación de la obra de arte existente hasta el momento. Sin mitigar la ruptura objetiva, en su lugar moderaría los golpes dirigidos contra los historiadores del arte; pues nos encontramos en todo en el punto de la *Vuelta*, y si sobrellevamos esto, ya hemos hecho suficiente. Por cierto, sería necesario tener a la vista el cuadro para poder seguir correctamente cada paso de su exposición.
>
> En cuanto a lo pre- y a lo posthistórico habría muchas preguntas. Sin duda, los oyentes y los lectores no están familiarizados con la diferencia establecida en *S. y T.* entre la historia que acontece [*Geschichte*] y la disciplina de la historia [*Historie*]. Tampoco me queda totalmente claro cómo entiende su pintor lo de posthistórico. Se podría entender un rechazo de toda historia, en el sentido de Gottfried Benn, quien no ha resuelto esa pregunta en su pensar, aunque tal vez sí en su arte.

Otra cosa: me parece que la pregunta de la conferencia –*¿qué es* esta obra que se muestra?– no queda suficientemente aclarada en todos sus aspectos. Tras ella podría acechar otra pregunta: ¿se trata efectivamente de una *obra de arte*?, ¿o el arte se desmorona junto con la metafísica? ¿Acaso tras la inquietud que provoca el arte no figurativo se oculta una conmoción mucho más honda aun… el final del arte?, ¿el advenimiento de algo para lo que no tenemos título?

LA ESCULTURA: WIMMER Y CHILLIDA

Tomando como ejemplo a varios artistas contemporáneos, en las secciones precedentes hemos señalado las conexiones, de ningún modo tangenciales, sino muy significativas, entre el pensamiento del filósofo y el arte. Parece indicado preguntarse a continuación si tales conexiones sólo existieron en relación con el arte pictórico, o si también involucraban la plástica. Por cierto, para Heidegger ningún escultor tuvo una importancia comparable a la que tuvo Cézanne entre los pintores. Pero esta exposición estaría decididamente incompleta si dejase de lado su actitud frente a la plástica, habida cuenta de que una de las más importantes intervenciones de sus años de vejez en lo que a arte se refiere se concentró precisamente en la obra de un escultor moderno.

Hay en el fondo dos cuestiones que fácilmente pueden confundirse cuando se estudia la relación de Heidegger con la escultura: la pregunta por la escultura como tal que, cuando se ocupó de la obra del gran vasco Chillida, se transformó para él en la pregunta por el arte como tal; y, por otro lado, la cuestión de su relación con determinados escultores, que en muchos casos se vincula con los problemas plásticos de los retratos que realizaron de Heidegger.

Si bien cabría suponer que para cualquier pintor la cabeza de Heidegger representaría una tentación, ninguno de los grandes retratistas de nuestros días lo requirió para ello. En cambio, en muchos escultores despertó el deseo de llevarlo a una forma plástica, en el sentido de aquella sentencia de Hegel según la cual en la

escultura "aparece primeramente lo interior y espiritual en su quietud eterna y en su autonomía esencial. A esa quietud y unidad consigo corresponde solamente aquel exterior que se mantiene él mismo en tal unidad y quietud".* Cuando describió su encuentro con el filósofo, Ursula von Kardorff subrayó ante todo el reposo que irradiaba, y esto se aplicaba en especial a su cabeza, en la que las fuerzas campesinas de su origen se unían con los rasgos de una percepción abierta al mundo y de una delicadísima sensibilidad, formando una amalgama inolvidable. Para hallar algo afín en el arte escultórico era necesario remontarse muy atrás, dejando pasar largas falanges de antiguas cabezas, hasta llegar a una impresión comparable, como la cabeza de Aristóteles en la Gliptoteca de Ny Karlsberg, en Copenhague, que recuerda de inmediato a Heidegger. Pues el "espíritu representado en la escultura es el que está profundizado en sí mismo, no el astillado en el juego de las casualidades y pasiones".**

Representar este espíritu, hacerlo visible, no fue tarea fácil para los escultores. La tentativa más feliz es quizá la de Gustav Seitz, cuya cabeza de Heidegger con sus bien maduradas abstracciones, aparentemente simples, produce un notable efecto general, similar al que causan sus retratos de Heinrich Mann y de Bert Brecht. Muy diferente, con la pesadez de un bloque, se muestra la cabeza realizada en piedra por el escultor del norte de Alemania Hans Kock; su cualidad maciza y compacta pone en juego algo de ese aire áspero propio de la figura de Heidegger. La obra más conocida es el retrato creado por el escultor bávaro Hans Wimmer, de la que existen varias versiones. Heidegger y Wimmer, miembros ambos de la Academia de Bellas Artes de Baviera, se conocieron en el círculo del conde Podewils, a quien se debe la iniciativa del proyecto de ese busto. Con el paso de los años, a lo largo de reiterados encuentros en Munich, lo que el artista había comenzado fue modificado una y otra vez. Junto con un retrato (en terracota), a través de sucesivas reducciones, surgió finalmente una configuración plástica extremadamente singular: sólo una máscara de cerámica, sirviendo a la idea de que

* G. W. F. Hegel, *Estética I*, *op. cit.*, p. 78. [N. del T.]
** *Ibid.* [N. del T.]

el espíritu del retratado debía hablar a través de ella, como los actores de la antigüedad ("*personare*").

Esta máscara creada por Wimmer, que Podewils donó a la Academia de Munich cuando se despidió de su cargo, ha sido muy aclamada. Heidegger rara vez se refería a ella. ¿Habrá quedado realmente convencido por esa insólita obra? Cuando se ve la "máscara", la primera reacción es el asombro, al que enseguida se suman la extrañeza y aun la aprensión, que no ceden fácilmente, por más que se tenga presente el propósito del escultor. Cuanto más se observa la obra, más se tiene la impresión de algo no terminado, algo a medias, no resuelto. Es como si el vacío de la forma no lograse llenarse de vida espiritual; las cavidades de los ojos, abiertas, sin mirada, atravesadas por la abrupta luz, son simplemente huecos que carecen de la fuerza del mirar.

Si para corregir esta impresión se consultan los dibujos del escultor, realizados en diversas situaciones, desde ángulos varios, en la sala de conferencias y durante los diálogos, el desasosiego aumenta. Si ya el primer busto de Heidegger de la mano de Wimmer presenta en su vista frontal una extraña rigidez, ajena al carácter del filósofo, un recorrido por los dibujos lleva a concluir que algunos de sus rasgos, emparentados con el temperamento del artista (como lo vernáculo, arraigado en la tierra, del dialecto alemánico de "Heuberg adentro") han sido percibidos hasta lo demoníaco, mientras que el carácter espiritual quedó, en gran medida, incomprendido. Aunque en esos dibujos aparece desmesurado, muchas veces en pose histriónica, llevado a lo grotesco, hay que aclarar que Heidegger no era ni un galán ni un gnomo, y el "viejo del bosque" que muestran las láminas de Wimmer es un deplorable malentendido. El hombre que sacó de quicio a todo un mundo del pensamiento no se hace presente aquí; y con esto también la máscara queda comprometida.

Hay, además de los mencionados, un dibujo realizado por un escultor que alcanzó gran difusión: el feliz retrato que Bernhard Heiliger bosquejó con unos pocos trazos y que más tarde publicó como litografía. Ese dibujo surgió durante uno de los encuentros festivos en el castillo de Amriswil, en Suiza, organizados por los editores y galeristas de St. Gall –Franz Larese y Jürg Janett–, de los que participaban artistas, pintores y escultores junto con escritores y

poetas como Ezra Pound, Ungaretti, Cioran y otros. Heidegger asistía con mucho gusto a esas celebraciones, a las que Larese solía invitarlo cuando inauguraba una muestra en su galería; allí conoció a Eugène Ionesco y mantuvo diálogos con poetas como Max Hölzer y Jean Dupin. En uno de esos encuentros fue dibujado por Santomaso. La distendida alegría que allí se respiraba se refleja, por ejemplo, en las marchas festivas compuestas por Paul Huber para Hans Hartung, Carl Zuckmayer y Martin Heidegger.

En una de esas veladas en el viejo castillo, después de una *vernissage* del escultor Zadkine en St. Gall, éste y el filósofo compartieron la mesa en el banquete, como invitados de honor. Pero Ossip Zadkine no creó un retrato de Heidegger; lo que dibujó allí, en el otoño de 1965, se integra a nuestro relato como un arabesco anecdótico. Mientras en la mesa se desarrollaba la conversación, de la que Zadkine por lo visto sólo participaba a medias, comenzó a dibujar en una hoja de papel que encontró a su lado. Inicialmente sorprendido, luego divertido, Heidegger vio crecer (según contó luego) una planta de ensueño de color azul, que se iba extendiendo, transparente y fantástica, un vegetal emparentado con las creaciones plásticas del que la dibujaba. Cuando finalmente Zadkine guardó su lápiz, su vecino le preguntó si podía conservar esa hoja como recuerdo. Riendo, Zadkine dijo: si tanto le gusta, por favor… Firmó la pequeña obra de arte con las iniciales "O. Z." y se la entregó a Heidegger, que a su vez estampó sus iniciales, agregando la fecha y el lugar. Unos días después me mostró el papel y me preguntó si quería quedarme con él. Así llegué a poseer un dibujo de Zadkine, la única lámina del escultor rubricada con dos firmas.

En vista de tantas tentativas fallidas, en el dibujo y en la escultura, uno no puede evitar preguntarse si acaso era posible confinar la cabeza del filósofo en una obra de arte. Hans Wimmer, que en cierta ocasión dijo que había personas que era mejor "versificar que esculpir", fue sin duda el artista que más se ocupó de la imagen de Heidegger, sin lograr una representación satisfactoria. Reflejar al filósofo en la imagen, mostrar esa cabeza tal cual aparecía, y no dispersa en los múltiples fragmentos "de las casualidades y pasiones" (valiéndonos una vez más de la frase de Hegel), era una tarea casi sin solución. Sólo podría haber llegado a buen

puerto si el artista lo hubiese comprendido plenamente. ¿Será excesivo decir que, sin duda, fue eso precisamente lo que faltó? Uno tiene la impresión de que el interés artístico prevaleció sobre el esfuerzo por comprender al pensador. Pero, al fin, ¿quién podría echárselo en cara al escultor?

En un caso, sin embargo, Heidegger parece haber logrado auténtica reciprocidad en el encuentro con un artista plástico, o, mejor dicho, con la obra de un artista plástico de nuestros días. Mas no se trató de un retrato escultórico, es decir, de una cabeza de Heidegger; y es característico que Eduardo Chillida haya dicho más tarde, en un diálogo en Basilea el 14 de junio de 1982, que se proponía conservar la memoria de Heidegger, el más grande hombre que hubiera conocido, en una serie de aguafuertes. *In remembrance of Heidegger*: no una imagen, entonces, sino la traslación artística a otro lenguaje.

La conjunción de los nombres del filósofo y del artista del hierro y de la piedra –que han sido, cada uno a su modo, dos de las grandes figuras de nuestro tiempo– tal vez resulte sorprendente a primera vista y requiera de una explicación. Debo confesar que hice un aporte para que el encuentro entre ambos se produjera. Me topé por primera vez con Chillida en su gran exposición de Zurich en 1962, y de inmediato quedé profundamente impresionado por sus obras, de las que fluía un espíritu completamente distinto del que suele encontrarse últimamente en las exposiciones, tanto en Alemania como en el extranjero. Tuve una larga conversación con el artista, que me apresuré a referir con todo detalle a Heidegger, porque creí encontrar muchas y sorprendentes conexiones entre el pensar y el hacer de ambos. Describí a Heidegger el método de trabajo de Chillida, en el que se revelaba el orgullo del buen artesano, formado en la escuela de los herreros de su patria vasca, y le dije que su hacer evitaba cualquier golpe de efecto, todo lo que fuese meramente "atractivo". Así, las superficies sin costuras ni fracturas generaban unos gestos de la forma llenos de aspereza, en los que nada quedaba librado al azar. El escultor había dicho: "Para mí, no se trata de la forma, sino de la relación entre las formas, del vínculo que se crea entre ellas", lo que lleva al problema fundamental de este escultor: la inclusión del "espacio" en su trabajo.

En este punto la atención de Heidegger se hizo más viva, pues desde su conferencia de Darmstadt, "Habitar Construir Pensar", la cuestión del espacio lo había ocupado una y otra vez; se preguntaba si el "espacio" de Galileo y Newton, el espacio de la ciencia natural moderna, era idéntico al "espacio" del arte. ¿Cómo entendía Chillida el "espacio"? Cuando le pregunté (hablábamos en inglés) qué entendía él por "*space*" y "*espace*", conceptos en los que resonaba el "*spatium*" latino, la "extensión", y por lo tanto lo medible, Chillida rechazó con vehemencia esa idea: no se refería al espacio de la física, no le interesaba lo computable. A mi juicio, era importante saber eso, tanto más cuanto que en relación con sus esculturas se hablaba frecuentemente de formas que "encerraban el espacio" o que "hincaban sus dientes" en él. Como conclusión, pude comunicar a Heidegger que para este artista el espacio era otro, diferente de aquel que hace tiempo estamos habituados a entender únicamente como medible, mensurable. ¿Pero qué espacio?

En ese diálogo Heidegger se aproximaba ya a aquellos pensamientos que más tarde bosquejó a grandes trazos en su pequeño escrito *El arte y el espacio* (St. Gall, 1969), pero que no terminó. Ante todo, le interesaba la significación del lugar, del *topos* griego, ilustrado en la conferencia de Darmstadt por un puente sobre un río, el ejemplo de la obra humana que "otorga una plaza". Ahora ese lugar lo encarnaban las esculturas de Chillida. Hablamos del *Arpa de Eolo*, del *Peine del viento* y del *Elogio del éter*, obras escultóricas referidas a los elementos, hasta que la relación espacial se invierte, por así decir, en otras obras, el afuera se torna espacio interior y uno está tentado de decir: lo que importa es lo que el espectador ya no percibe con sus ojos carnales. Varias veces, en referencia a esos puntos que se sustraen a la mirada del observador, allí donde se adivinan las cavidades del corazón de la escultura, el artista había empleado la palabra "secreto". El secreto, precisamente en obras como la monumental *Autour du vide*, que parece buscar una confrontación con el mundo técnico; obras que sin embargo, según el propio escultor, brillando a la luz dan testimonio de un parentesco con lo griego. Porque su escueta y fría claridad guarda una semejanza sólo exterior con las manifestaciones del espíritu de nuestra época, como por ejemplo el *minimal art*, pero en lo fundamental les es ajena.

Al final de nuestro diálogo en Zurich Chillida dijo una frase que nuevamente captó la atención de Heidegger. El escultor afirmó que el espacio le interesaba ante todo como nacido del tiempo. Tampoco aquí se refería a la física, al tiempo medible. Pensaba más bien en el tiempo de la música, en su ritmo; hizo alusión a varias de sus obras: *Música callada*, *Musique des constellations*, obras escultóricas en las que, con variaciones siempre nuevas, parece resonar una relación sin medida con el tiempo. Pude ilustrar mi relato sobre la conversación con el artista por medio de algunas fotografías, y no olvidé mencionar que la versión más bella, con su aire de pájaro, de la obra *Yunque de sueños* era propiedad de Georges Braque. Tanta riqueza de conexiones suscitó en Heidegger un perdurable interés, y fue una gran alegría para él cuando en 1968, por invitación de la galería Erker, pudo encontrarse con el escultor en el castillo de Hagenwil. No tuve la oportunidad de participar de ese encuentro, pero supe luego que condujo a un entendimiento muy fecundo. Como consecuencia de ese intercambio de ideas, Heidegger redactó en St. Gall su ensayo *El arte y el espacio*, y a pedido de Larese lo hizo directamente sobre piedras litográficas, ejercicio que no resultó fácil para el inexperto filósofo. ¡Una pieza única dentro de su obra!

Pero regresó a Friburgo satisfecho y contento con lo hecho. El escultor y el pensador se habían entendido sin muchas palabras. Cuando a fines de noviembre de 1969 le remitió al artista el pequeño ensayo (que más tarde también fue publicado en una edición convencional), Heidegger le escribió que las consideraciones que contenía trataban del enigma del arte, del enigma que es el arte mismo. Decía estar lejos de la pretensión de resolver ese enigma; la tarea propuesta era ver el enigma:

> A veces tenemos la sensación de que ya hace tiempo que se hace violencia al carácter de cosa de las cosas, y que el pensamiento juega su parte en esta violencia, y por ello abjuramos del pensamiento, en lugar de esforzarnos en hacer más pensante el pensar.

Al final del escrito, la dedicatoria: "Para Eduardo Chillida".

¿Heidegger y la plástica? Qué era lo que se jugaba en esta relación queda expresado en un registro de Heidegger en el libro de la

galería Erker, una de las numerosas e invalorables "Heideggerianas" que allí se encuentran. Extrae, por decir así, el resultado del diálogo entre el pensador y el escultor, y dice, de puño y letra de Heidegger:

δοκεῖ δὴ μεγα τι εἶναι καὶ χαλεπὸς ληφδῆναι ὁ τόπος

"Parece empero ser algo de gran poder y difícil de asir el *topos*."

Esta sentencia de Aristóteles sigue siendo válida hoy.

VII
La Hélade y el Buda

A LA LUZ DE GRECIA

Aún conservo un pequeño trozo de papel en el que Heidegger escribió su propia versión del primer verso de la *Antígona* de Sófocles. Procede de los días en que en Munich se produjo un acontecimiento fuera de lo común: la representación de esa tragedia en la traducción de Hölderlin, con música de Carl Orff. Heidegger había viajado desde Friburgo con el único fin de asistir a ella. Por la mañana yo lo acompañaría a la estación a tomar su tren de regreso, pero nos encontramos antes en uno de aquellos cafetines de barracón, que hace tiempo han desaparecido ya, y que habían surgido alrededor de la estación central de Munich entre las ruinas de los ataques aéreos. Durante el desayuno discutimos vivamente acerca de las impresiones de la noche anterior. Se desencadenó un largo diálogo sobre las diferentes traducciones de la obra al alemán, y confrontamos diversos pasajes de la versión recientemente difundida del filólogo Karl Reinhardt, por quien Heidegger tenía gran aprecio, con los correspondientes tramos del texto de Hölderlin.

Finalmente, el diálogo se concentró enteramente en el primer verso de la tragedia, "ὦ κοινὸν ἀυτάδελφον Ἰσμήνης κάρα". Heidegger me explicó que la traducción precisa de ese verso era: "Oh, cabeza que tienes en común conmigo al hermano, Ismene".* Esto no podía llevarse al alemán, pero en cualquier caso no debía ser traducido, como lo hacía Hölderlin, "común de las herma-

* ["O Haupt, das du gemeinsam mit mir den Bruder hast, Ismene".]

nas" ["*gemeinsamschwesterliches*"], pues de ese modo se perdía lo decisivo, "la cabeza en común con el hermano". Pues, precisamente, con estas palabras del primer verso ya se indicaba la relación con el hermano, que era el meollo de toda la tragedia. Le pregunté entonces cómo traduciría él ese el verso y, tras larga reflexión, Heidegger respondió escribiendo en el mencionado papel: "*Oh auch mitbrüderliches oh Ismenes Haupt*".* Aunque "no era alemán", en la medida en que forzaba la sintaxis, sin embargo eso se acercaba con bastante precisión al sentido y también al sonido de lo dicho por Sófocles.

Con este breve vistazo al "taller de griego" de Heidegger no pretendemos poner sobre el tapete una rebuscada cuestión filológica, sino tan sólo señalar su relación con el griego. Se trataba en gran medida, al igual que en lo que respecta a su relación con la propia lengua, de una percepción auditiva, lo que sin duda se debía ante todo a su musicalidad. Nunca fue una relación científico-filológica. Es sabido cuántas veces expresó su desconfianza frente a la etimología de los lingüistas, que insistían, prepotentes, en su derecho y sus prerrogativas, y cuántas veces se lo atacó desde esas filas a causa de sus "arbitrariedades" en la traducción. Su manejo del griego era otro y, hasta donde alcanza mi juicio, era convincente de un modo inmediato e intuitivo, como también lo ilustra el ejemplo mencionado.

En el liceo de Constanza tuvo un profesor de griego cuya enseñanza debe de haber sido excelente. "De griego entendía como ningún otro; con él verdaderamente lo aprendimos." Sebastian Hahn, de quien su alumno Heidegger hablaba siempre con veneración y gratitud, tiene su sepulcro en su pueblo natal, Rast, en las proximidades de Meßkirch; sobre él se lee la bella inscripción: "VIR PIUS · DOCTUS · VERE NOBILIS".

El contacto con Grecia es una constante a lo largo de la obra de Heidegger. Era una confrontación con la Hélade, con su lengua y

* Aproximadamente, "Oh también confraternal oh cabeza de Ismene"; la palabra "mitbrüderlich" (que tradujimos por "confraternal"), usada por Heidegger, es un neologismo de su creación; también el adjetivo "gemeinsamschwesterliches" ["común de las hermanas"] empleado por Hölderlin es una invención. Lo decisivo es que la palabra creada por Heidegger se basa en la voz "Bruder" ["hermano"], y en cambio la de Hölderlin tiene por base "Schwester" ["hermana"].

su pensamiento, y no con la "antigüedad" en el sentido acuñado por las doctrinas del humanismo europeo. Es innecesario que refiramos en detalle con qué determinación se apartaba de todo lo romano y de toda la latinidad que de allí procede; baste recordar lo que dice en su primer ciclo de lecciones sobre Heráclito, "El inicio del pensar occidental" (semestre de verano de 1943), a saber, que "es patente que los romanos ya no comprendían nada del pensamiento de los griegos"; o también la frecuente alusión, en sus escritos y en sus dichos, a la decisiva transformación del concepto de verdad cuando pasa de la ἀλήθεια como "desocultamiento" a la "veritas" como "conformidad".

Con sólo mirar los títulos de sus ciclos de lecciones de Marburgo y de Friburgo, entre 1923 y 1944, se percibe la importancia que el diálogo con los griegos tenía para Heidegger. También aquí se hace visible un desplazamiento fundamental con respecto a las concepciones heredadas: no ocupa el primer plano el pensamiento griego que tradicionalmente se consideraba el más maduro –el de Platón y Aristóteles–, sino el temprano llamado de un pensamiento que antes se consideraba como mero precursor –el de los "presocráticos"–, en el que se funda el inicio de la filosofía. Con los tres nombres de Anaxágoras, Parménides y Heráclito, ese pensamiento reclama para sí el rango que corresponde al pensamiento originario, luz que ilumina, según Heidegger, toda la trayectoria de la filosofía, su despliegue y su declinación, hasta Hegel y Nietzsche.

La representación de la *Antígona* de Sófocles mencionada al comienzo de este capítulo, en la versión alemana de Friedrich Hölderlin y con música de Carl Orff, fue un acontecimiento que trascendió la ciudad de Munich. No afectó sólo y en primera línea al mundo del teatro, sino que en su singularidad, o aun en su radicalidad, tocaba cuestiones de la existencia espiritual y de la humana capacidad de comprender, en un momento en el que la apertura de los hombres hacia cualquier interpelación esencial aún no se había visto sofocada por la ascendente mentalidad del bienestar. Los espectadores de la tragedia, cuya larga serie de funciones debió ser reanudada al año siguiente, se sintieron afectados y conmovidos por ese acontecimiento, al que nadie podía cerrarse. Lejos de cualquier "versión operística", el músico Carl Orff había logrado crear una obra

que, uniendo sonidos inicialmente extraños, duros y en muchos tramos casi agresivos, con la potencia del verbo poético, evocaba de un modo casi cabal un mundo perdido. Nadie entre los asistentes al Teatro del Príncipe Regente, con su sala destinada en su origen sólo al "culto" de las grandes representaciones de Wagner, podía sustraerse al mensaje que allí se hacía visible y audible. Casi podría decirse que asistir a esas funciones era afrontar un riesgo espiritual.

La representación de Munich fue el producto de circunstancias afortunadas que difícilmente puedan repetirse alguna vez. La obra había sido estrenada dos años antes en Salzburgo, en un ambiente al parecer poco propicio. El reparto de entonces, que podía calificarse de ideal, fue trasladado a Munich, con Christel Goltz como Antígona, Hermann Uhde como Creonte y Ernst Häfliger como Tiresias. La ejecución, bajo la batuta de Georg Solti, realizaba de manera única los propósitos que habían guiado al compositor cuando compuso su música: el esfuerzo por recuperar el mundo sonoro de la antigüedad, tanto en el canto como en el acompañamiento orquestal. Se trataba de un paso decisivo el revisar los malentendidos (¡sumamente fecundos!) que antaño habían dado origen a la ópera en Italia. Para los que vivieron la experiencia de Munich, aquel despliegue permanecerá inolvidable: los potentes cantos corales, las entradas de Creonte y de Antígona, la estremecedora marcha de ésta hacia la muerte, las profecías del extático adivino, el derrumbe final del orgulloso rey. Un vislumbre de la significación religiosa que la representación trágica tenía para el hombre antiguo se fue apoderando más y más de los presentes, desde el primer prolongado quejido de dolor de la hija del rey y el *fortissimo* martillado, ensordecedor, en el que prorrumpen a continuación las cuerdas, hasta el final que se va apagando, lóbrego, y que dejó a los miles de espectadores sumidos en silencio durante minutos.

En medio de la tormenta de ovaciones que se desencadenó luego, Carl Orff vio venir a su encuentro, atravesando la media luz del escenario, a un hombre al que inicialmente tomó por un auxiliar de escena. Pero de improviso el desconocido tomó a Orff de las manos, exclamando: "¡Le agradezco por haber resucitado la tragedia antigua! Mi nombre es Heidegger". Clemens Podewils relata este hecho característico en una nota marginal a la obra de Orff. Según dice,

dos creadores de rango reconocieron allí su proximidad: uno infundió nueva vida a la unidad originaria griega del verso y de la música, el otro llamó a volver en sí al pensamiento, extraviado en la ciencia, a partir de la significación y de la fuerza originarias de la palabra. Lo común a ambos: el habla.

Heidegger volvió a ver la representación en 1952. En aquellos días, los diálogos retornaban una y otra vez al acontecimiento que, a pesar del escenario moderno, producía un efecto casi mágico en todas las personas receptivas. Todos los que se sentían ligados al espíritu de los griegos –ya fueran poetas, escritores, artistas o eruditos– acudían en aquel tiempo a la capital bávara, asistían a las funciones, algunos en varias oportunidades, y hablaban en público sobre temas de la antigüedad.

Además de un breve encuentro "entre bambalinas" con Orff, Solti y Heidegger –lleno de efusiones por la lograda función–, de las discusiones y las reuniones de aquellos días recuerdo sobre todo una, que hizo coincidir en mi casa de Icking a Heidegger con el intérprete de Creonte. Uhde, un magnífico cantante, que gracias al recurso de su voz de bajo-barítono, y también a su formidable talla, a su porte imponente y a la nobleza de sus gestos encarnaba de modo inigualable al rey tebano, era oriundo de Bremen. Había sido alumno del mismo liceo que yo. Heidegger había quedado tan impresionado con Uhde que tuve que invitarlo a salir de la ciudad y viajar a Icking en su día libre, para que ambos pudiesen encontrarse allí. Este encuentro alrededor de la mesa de té, libre de la presencia de curiosos, tuvo un desarrollo muy feliz: en cuanto el filósofo y el cantante iniciaron su conversación, éste nos sorprendió explicando que no sólo había estudiado el texto de Hölderlin que debía cantar, sino que antes había estudiado y entendido minuciosamente el original griego. Sólo así le había sido posible sentir plenamente la trama trágica del texto y evitar encarnar en el escenario a Creonte como un "papel", sino *ser* efectiva y verdaderamente el rey, en cada gesto y en cada nota, tanto en su altiva soberbia como en su terrible aflicción. Por ello, el diálogo no se ocupó de aspectos exteriores, sino del contenido y de la significación de la tragedia, que sin duda nadie puede captar tan bien como quien se halla familiarizado con la lengua griega y su espíritu vivo. Heidegger quedó muy impresionado por

el encuentro con Uhde, y en más de una oportunidad recordó su diálogo con ese hombre distinguido y de gran sensibilidad artística, al que había cobrado estima como persona y como intérprete de un mundo que tanto significaba para él. Tanto más lo afectó entonces la noticia, que debí transmitirle años más tarde, de la repentina y prematura muerte del cantante (falleció durante el estreno de una ópera moderna en Copenhague). Heidegger consideraba esa muerte como una gran pérdida; no quiso volver a ver la ópera con otro reparto, que quizá haría de Creonte un "rey de teatro".

Tuve otro diálogo con Heidegger a propósito de *Antígona* el año siguiente, cuando fue por segunda vez a Munich a ver la obra. En el libro de visitas de Icking figura, con fecha del 27 de abril de 1951, la inscripción de la mano de Heidegger: "Αγχιβασίη / avanzar hasta la proximidad / Heráclito 122 / después de un diálogo sobre la *Antígona* / Martin Heidegger". Era la tentativa de avanzar-hasta-la-proximidad de un tema insondable, recurriendo al fragmento de Heráclito; dos días después, Helmken, que había participado activamente del diálogo, agregó como recuerdo del mismo las palabras de Creonte a Tiresias: "…εῦ γὰρ οἶδ᾽ ὅτι / θεους μιαίνειν οὔτις ἀνθρώπων σθένει ("Pues bien sé yo que a los dioses no hay mortal que los pueda contaminar").* ¡Ése fue el tema!", un ejemplo de la sagrada seriedad a la que la tragedia podía conducir entonces.

"El viaje a Grecia –escribió Hofmannsthal– es el más espiritual de todos los viajes que emprendemos." La frecuentación del pensamiento griego había nutrido en Heidegger el anhelo de que alguna vez su "peregrinación espiritual" se transformase materialmente en un viaje a la Hélade, que le brindaría un encuentro con los lugares de nombre tan familiar y con la luz tan celebrada por el poeta. Pero ese proyecto largamente acariciado tuvo que ser pospuesto una y otra vez a causa de circunstancias exteriores, incluso cuando los planes llegaban a ser tan concretos como los que había forjado Kästner. Heidegger tenía ya más de 70 años cuando, gracias a la infatigable iniciativa y a los preparativos del servicial amigo bremense Helmken, finalmente les fue posible embarcarse en un viaje com-

* La cita pertenece a la edición española: *Antígona*, en *Sófocles y su teatro*, trad. de Ignacio Errandonea, Madrid, Escelicer, 1942, pp. 237 y ss. [N. del T.]

partido, en la primavera de 1962. Viajaron inicialmente en barco de Venecia a Olimpia y Corinto, siguiendo desde allí por vía terrestre hasta Epidauro (en el trayecto visitaron el santuario de Zeus), y luego nuevamente en barco a Creta, Patmos, Rodas y Delos hasta el Ática, para concluir, tras una visita a Delfos, nuevamente en Venecia (lamentablemente, tuve que renunciar a acompañarlos).

Es característico de Heidegger el haber rechazado cualquier "introducción" al viaje, así se la recomendasen con la mejor intención. Al envío de un nuevo libro sobre Grecia, muy leído, del escritor Peter Bamm respondió que el libro le parecía poco feliz:

> [...] está escrito juntando retazos de segunda mano, haciendo una mezcolanza de lo propiamente griego con elementos romanos y hebreos; en esa mixtura, evidentemente, radica el "éxito" del libro. La preparación para el viaje puede consistir en desterrar preconceptos y en mantenerse enteramente disponible para lo que hay allí, es decir, en sentido griego, lo que está-en-presencia a la luz, inoculto.

El viaje de Heidegger a Grecia no iba tras las cosas que hoy se señalan al visitante y se ensalzan como atractivos turísticos, como cosas dignas de ser miradas. Lo que para él, el preguntador, era digno de ser visto lo encontró en cuantiosa medida a lo largo de aquel viaje, y recibió más que la respuesta buscada. No hay testimonios de este viaje en forma de cartas u otras anotaciones, excepto un recuerdo de los días de Grecia dirigido a su esposa, que viajó con él, en el que hace, por así decir, un recuento de lo rememorado. Ese escrito ha sido y sigue siendo inaccesible para terceros. Si más tarde hablaba de sus experiencias en Grecia (cosa que ocurría rara vez, pues acerca de lo que más fuertemente lo involucraba era capaz de guardar el máximo silencio), casi nunca se refería a algún detalle en particular, sino que hablaba de algo que lo abarcaba todo: la luz griega. Como le ocurriera antes a Hofmannsthal, también él aprendió "la lección de la luz para el observador pensante" (H. v. Hofmannsthal, *Griechenland* [Grecia], 1922).

Pero si el poeta enamorado de las palabras intentó describir esa luz en una transfiguración casi romántica y veía relucir en ella no

sólo todo cuanto se topaba en su camino, sino incluso "el mundo del pensamiento filosófico de los griegos [...] como las cimas de una cadena montañosa", los pensamientos de Heidegger, en cambio, se mantenían apartados de toda efusión. Buscaba lo simple, y halló en ello la plenitud de lo inicial. Subiendo por el camino de las procesiones de Delos, flanqueado de leones, o entre las dos columnas reedificadas del templo de Hera en Olimpia, oía el lenguaje de la piedra y del cielo. La oda de Hölderlin lo acompañaba.

A su regreso, la sobrecogedora impresión que había recibido especialmente en el torrente de luz del archipiélago de las Cícladas no lo abandonó. Le quedó una nostalgia de la "amada Grecia", y retornó allí en varias oportunidades; en una ocasión pasó una larga temporada en Egina, y estuvo en Atenas por última vez en 1967, ya en medio de los disturbios revolucionarios, para pronunciar una conferencia invitado por la Academia de esa ciudad. Sicilia y la Magna Grecia –adonde viajó para reponerse, en Taormina, de una grave enfermedad– no fueron para él sustituto de la Hélade.

En cambio, casi podría decirse que la Provenza lo puso nuevamente en contacto con lo griego, en los áridos paisajes del interior, cuya monotonía, como escribió Hofmannsthal, "en silenciosa soledad" recuerda frecuentemente a Grecia ("el mismo aspecto presentaba el entorno [...] de aquel montículo donde Antígona visitaba los restos de su hermano"). ¿Es una simple coincidencia que Heidegger pronunciase por primera vez su conferencia "Hegel y los griegos" en Aix-en-Provence? Y aun más: los seminarios de Le Thor, que condujo como huésped de René Char en 1966, 1968 y 1969, esos diálogos abiertos giraban en primer lugar en torno del acceso al verbo griego, alrededor de las poéticas sentencias de los presocráticos, y a la luz del Logos de Heráclito Heidegger dirigía su pregunta a los enunciados transmitidos sobre Logos, Phúsis, Mundo, Lucha, Fuego, recordando finalmente el poema de Parménides: "Pues lo mismo es el pensar y el ser". Así, en el suelo de Provenza surgía al habla lo griego... bajo una luz griega, si hemos de creer a Maillol. En efecto, cuarenta años antes el escultor había señalado a un visitante cuánto se parecía a Grecia ese antiguo paisaje, afirmando que en Elne, en la vecina Rousillon, él, Maillol, había encontrado "una verdadera luz griega".

El apego de Heidegger por lo griego tenía raíces profundas. En el fondo, toda su vida fue un viaje hacia allí, hacia la claridad de las islas griegas. Sobre el camino de su vida podrían inscribirse los versos de Kavafis:

Ten siempre a Itaca presente en el espíritu.
Tu meta es llegar a ella,
pero no acortes tu viaje:
más vale que dure largos años
y que abordes al fin a tu isla
en los días de tu vejez,
rico de cuanto ganaste en el camino,
sin esperar que Itaca te enriquezca.

Itaca te ha dado un deslumbrante viaje:
Sin ella, el camino no hubieras emprendido.
Mas ninguna otra cosa puede darte.*

EL MONJE DE BANGKOK

"Tengo un recuerdo permanente del conde Kuki." Esta frase, que encabeza un diálogo sobre el habla que Heidegger insertó en su libro *De camino al habla*, entre las conferencias dedicadas, respectivamente, a Trakl y a George, dice más de lo que a primera vista puede parecer. Pues en la rememoración del conde japonés se abre un camino: el camino que enlaza el pensamiento de Heidegger con el mundo del Lejano Oriente.

El mencionado trabajo, que en su título se designa como pieza fragmentaria ("De un diálogo del Habla") es uno de los textos menos conocidos del pensador. Sin embargo, puede incluírselo entre los que consideraba más importantes. Pues el curso del diálogo entre un japonés anónimo y un inquiridor (tras el que se percibe sin dificul-

* La cita pertenece a la edición española: Constantino P. Kavafis, *Poemas completos*, México, Juan Pablos editor, 1986, pp. 44-45. [N. del T.]

tad a Heidegger) se aproxima a la esencia del habla de un modo que es característico de la obra tardía de Heidegger. El hecho de que el interlocutor fuera precisamente un japonés debería llamar nuestra atención.

En primer lugar, uno podría preguntarse si Heidegger tenía alguna relación con el mundo oriental y, si es así, cómo era esa relación. Quienquiera que tenga algún conocimiento de las circunstancias de su vida no podrá sino responder afirmativamente a la primera de esas preguntas. Tempranamente, ya en la década de 1920, hubo lazos personales con el Japón. Aquel conde Kuki que tomaba lecciones particulares de francés en París con el joven Jean-Paul Sartre y le hablaba de Heidegger no fue el único estudiante japonés que asistió a las lecciones y seminarios de Friburgo, tanto entonces como en tiempos posteriores. Estos estudiantes han transmitido el pensamiento de Heidegger a su país, donde fue acogido con vivo interés y frecuentemente comprendido mejor que en Europa; pronto sus escritos fueron leídos en el Japón y traducidos al japonés.

¿En qué se fundaba esa comprensión? ¿Por qué la antiquísima leyenda "El buey y su pastor", traducida más tarde por Hartmut Buchner, parecía tan extrañamente cercana a Heidegger? ¿Cómo fue que uno de los versos escritos a la muerte del pensador surgió de la pluma de un japonés? El autor, Keise Nishitani, había sido su discípulo, al igual que Koichi Tsujimura. Con frecuencia se han destacado las semejanzas entre el budismo zen y Heidegger; él, que se reconocía en muchas enseñanzas del zen, halló en lo oriental pensamientos que le resultaron esenciales. Precisamente a causa de los múltiples malentendidos con que se topaba en Occidente, a causa de la incomprensión con que frecuentemente era recibido, se sintió atraído hacia un mundo donde se lo recibía de buen grado.

Pero a pesar de verse comprendido por hombres como Nishitani y Tsujimura, no se entregaba a la ilusión de que lo mismo ocurriría en toda la esfera del pensamiento y de la enseñanza de Oriente. Cierta vez, ya en sus últimos años, en diálogo con un especialista alemán en religiones, expresó su escepticismo diciendo que no se sabía "qué hacían los amigos japoneses con su filosofía, y que para él resultaba difícil creer enteramente, a ciegas, que los pensamientos en un lenguaje tan distante pudiesen seguir significando lo mismo". Es proba-

ble que la formulación del editor norteamericano de los escritos del budista zen Suzuki sea acertada: afirma que hay mucho del pensamiento de Heidegger que no se encuentra en el zen y, más aun, mucho del zen que no se encuentra en Heidegger, pero que sin embargo las numerosas coincidencias no dejan de ser estimulantes. Sin duda sería un error que por un exceso de entusiasmo, y por el afán bienintencionado de construir una suerte de armonía del pensamiento que abarque a todos los pueblos, se pretendiera (como ocasionalmente se ha intentado) equiparar sin más ni más el budismo zen con los caminos del pensamiento de Heidegger.

Si bien el hecho de que durante muchos años se congregasen en su cátedra no sólo japoneses, sino también chinos, vietnamitas, indios y siameses, no prueba que tal equiparación sea lícita, pero da un indicio de que en el mundo oriental el pensador encontraba un pensamiento afín, diferente del pensamiento calculador del Occidente moderno. Una afinidad para la que no resulta ajeno el tránsito del "Camino campestre". (¡Con qué emoción me obsequió la traducción de ese texto al japonés, que él mismo no podía leer!)

Con todo, es preciso andar con gran cautela, ya que cualquier apresuramiento no puede sino causar daño, como queda muy claro en el diálogo mencionado al comienzo de esta sección. Ante todo, se percibe allí lo que Heidegger nunca perdió de vista: los graves peligros que acechan al pensador cuando debe aventurarse a través del puente que une las diferentes lenguas. ¡Rara vez se logra reflejar con pureza una palabra, una frase, un concepto pensado en la lengua extraña del interlocutor! ¡Cuántas veces ya en el primer paso se introduce la sospecha de que nos estamos engañando! ¡Cuántas posibilidades de descarrilarse inadvertidamente acechan en cada nuevo giro!

Un escollo peligroso reside en la intermediación del inglés, en el fondo una lengua completamente no filosófica. Sin embargo, es precisamente a través del inglés como, por lo general, han llegado a los europeos las fuentes filosóficas de Oriente. A pesar de la gran riqueza de su vocabulario, la lengua inglesa es pobre en lo que respecta a la palabra pensante. Permítasenos una breve digresión al respecto. Cierta vez, en la década de 1950, Heidegger me envió varias páginas de una traducción norteamericana de *Ser y tiempo* para que emitiese mi juicio sobre ella; pocos días después le respondí que, pese

a que se trataba de un trabajo hecho con empeño, debía aconsejarle con urgencia que no autorizase esa traducción: no había allí una sola frase que no errase en algo esencial, y aunque más no fuera en algún matiz… que quizá era precisamente lo decisivo del pasaje. Una posterior revisión del texto realizada por ambos confirmó ese dictamen. En aquel momento pareció que una traducción satisfactoria era sencillamente imposible. Y aunque más tarde otras tentativas con mayor sensibilidad han venido a ocupar el lugar de la primera, insuficiente, quedó en pie la convicción de que siempre permanecería un resto insoluble. Por otro lado, no puede negarse que, por ejemplo, las traducciones al francés y al español han sabido transportar a la otra margen el pensamiento de Heidegger de un modo mucho mejor, más "adecuado".

"Una traducción es siempre una violación", escribió el sabio japonés Kakuzo Okakura; ni la mejor podría ser más que el reverso de un brocado, según la expresión de un escritor chino de la dinastía Ming: "Están todos los hilos, pero falta la delicadeza del color y del dibujo".

En relación con Heidegger y su vínculo con el Lejano Oriente, durante aquellos años debí pensar frecuentemente en la obra de dos grandes artistas cuyas formas y cuyo pensamiento han sido conectados más de una vez con la cultura japonesa. La amistad de Heidegger con Julius Bissier se remontaba a los años escolares; conoció a Mark Tobey en Basilea ya en la vejez. Ambos pintores encontraron en su obra tardía, cada cual a su manera, formas que el europeo percibe como inspiradas en el espíritu del Lejano Oriente, y que en ambos casos dejan traslucir algo de un recogimiento budista: Bissier, en sus grandes aguatintas a modo de pictogramas y en sus delicadas y profundas miniaturas, una de las cuales lleva escrito el verso: "Las cosas del mundo pierden sus nombres, se abre la entrada al país pensado"; Tobey, que viajó al Este Asiático, con sus últimos aguafuertes en colores que, sin ser imitaciones, hablan un lenguaje oriental. Ambos artistas abrieron en el arte una ventana hacia ese mundo. ¿El caso de Heidegger fue similar?

En su estudio se veían dos pergaminos con las palabras de Lao Tsé, escritos en caracteres chinos por Paul Shih-Yi-Hsiao a pedido del filósofo. Se trataba de dos versos del fragmento 15:

¿Quién, empero, es capaz de aclarar un agua revuelta mediante la prudencia de la quietud?

¿Quién, empero, es capaz de lograr la calma mediante la prudencia del movimiento permanente?

Durante mucho tiempo tuvo a su lado una xilografía japonesa, de Moronobu, que representaba un monasterio zen, obsequio que le hice a Heidegger en su 75º aniversario. La lámina integraba la colección de mi abuelo Wiegand, que en su mayor parte fue donada al Salón de Arte de Bremen. Heidegger estudió detenidamente las láminas que conservó la familia en su primera visita a Bremen, cuando su relación con aquel mundo –familiar a los bremenses por sus contactos comerciales, así como por las valiosas piezas exhibidas en los museos de la ciudad– se le reveló a través de su inesperada lectura e interpretación de una parábola de Zhuang Zi, que ya hemos referido. Muchos años después de aquel "té japonés" en nuestra casa, durante el cual admiró las xilografías de Sharaku y de Hokusai, especialmente impresionado por un grabado de Utamaro (que muestra un minúsculo escarabajo rojo en medio de un mundo de hierbas gris niebla), volvió a hablar de Zhuang Zi en Bremen. En las jornadas dedicadas al tema "Palabra e imagen" colocó en el centro de sus consideraciones la leyenda sobre "el armazón para campanas".* En cierta opor-

* La leyenda a que hace referencia Heidegger es la siguiente: "El carpintero Qing labró un armazón para campanas, y cuando la obra estuvo acabada, espantábanse todos cuantos la veían, que no les parecía sino hecha por un espíritu o dios. Viola también el marqués de Lu, y le preguntó:
—¿Qué industria habéis usado para hacerlo?
—Este su siervo no es más que un artesano –le respondió Qing–, ¿qué industria podría tener? Mas con todo, algo tiene. Cuando este siervo hubo de hacer un armazón para campanas, no osó disipar su energía vital; ayunó sin falta para sosegar su mente. A los tres días de ayuno, ya no albergaba ningún pensamiento acerca de felicitaciones, recompensas, títulos o rentas. A los cinco días de ayuno, ya no albergaba ningún pensamiento sobre censuras o elogios, sobre habilidades y torpezas. A los siete días de ayuno, improvisamente dejó de pensar que tenía cuatro miembros y un cuerpo. En ese momento se olvidó por entero de la corte, tan ensimismado en su arte, que desapareció todo el alboroto del mundo exterior. Se entró después en el bosque y estuvo examinando la naturaleza de los árboles, hasta que dio con el de forma perfecta. Entonces surgió ante sus ojos el armazón para campanas, y después puso manos a la obra. De no haber sido así, no lo hubiese hecho. De esta manera, la naturaleza de este siervo se ha

tunidad, cuando escribí una crónica sobre una gran exposición de pintura y dibujo zen en Zurich, me recomendó alguna literatura especializada que consideraba importante.

No menos significativo que los contactos con el arte y el mundo espiritual del Lejano Oriente fue para Heidegger el encuentro con Emil Preetorius. Gracias a las sesiones de la Academia de Bellas Artes de Baviera en Munich, que Preetorius presidía desde 1953, pudo alternar frecuentemente con este fecundo ilustrador, diseñador, artista del libro y escenógrafo, poseedor de una de las más grandes y valiosas colecciones de arte del Este asiático en Alemania. A pesar de su avanzada edad (tenía ya más de 70 años cuando asumió la presidencia) Preetorius era un hombre de espíritu vivaz, rebosante de ideas, persuasivo; reelegido una y otra vez, llegó a ocupar la presidencia de la Academia durante quince años, lo que configuró en gran medida su carácter; murió en 1973, poco antes de cumplir 90 años.

En Bühlerhöhe, Preetorius era uno de los pocos auténticos interlocutores de Heidegger. Los aires frecuentemente irónicos del viajado y espiritual *manager* –que un día ponía en escena *La Valquiria* en París, dos días después viajaba a Estocolmo para discutir la escenografía de una puesta de *Figaro*, y poco tiempo después partía hacia Londres para colaborar en una muestra de arte japonés– causaban gracia al filósofo, al que no ofuscaba semejante hiperactividad. La contribución de Preetorius al volumen en homenaje a Heidegger reunido en 1959, referida a una frase de Novalis, da una idea del contenido de las conversaciones entre los dos hombres.

Era inevitable que también hablasen de la pasión de coleccionista de Preetorius, comentada por todos los especialistas y aficionados. En ocasión de uno de sus viajes a Munich, Heidegger fue invitado a apreciar los tesoros asiáticos, en aquel tiempo guardados en el amplio piso del coleccionista, cerca del Teatro del Príncipe Regente. Recordando los grabados en colores de origen japonés que viera en casa de mis padres, Heidegger preguntó si yo podía acompañarlo, a lo que Preetorius accedió con mucho gusto. Fue una mañana inol-

---

conformado cabalmente a la naturaleza del árbol, y por eso imaginan que lo por él fabricado sea obra de un dios. ¿No es así?" (en Zhuang Zi, *Maestro Zhuang*, Barcelona, Kairós, 1996, pp. 194-195). [N. del E.]

vidable; visiblemente estimulado por nuestro interés, el anfitrión fue desplegando una a una sus riquezas, sin llegar, por cierto, a mostrarnos todo; la colección contaba con más de mil cuadros, entre ellos muchas pinturas japonesas, además de tapicerías, maravillosas alfombras, esculturas y porcelanas magníficas. Aunque la mayoría de las piezas eran chinas o japonesas, también había algunas obras maestras procedentes de Corea. Profundamente impresionado, Heidegger hizo numerosas preguntas, que Preetorius respondió con inmensa erudición. Cuando nos despedimos, cerca del mediodía, no nos resultó fácil orientarnos en el entorno cotidiano de Munich.

Ahora bien, si hasta aquí las referencias a la relación de Heidegger con el Lejano Oriente tocaron aspectos más o menos periféricos, hubo una oportunidad en la que tuve una experiencia inmediata e inolvidable de su contacto con el ser oriental, en ocasión de la visita de un monje budista tailandés, que fue a verlo a Friburgo. La entrevista entre el monje y el filósofo se produjo por intervención del canal de televisión regional, el *Südwestfunk*, a pedido de aquél. Fue una de las pocas ocasiones en las que, contrariando sus convicciones más íntimas, Heidegger afrontó este tipo de exposición pública. La visita es muy conocida debido a la grabación realizada en los estudios de Baden-Baden, que fue ampliamente difundida. Por el contrario, la entrevista mucho más importante que se desarrolló en Friburgo no llegó a conocimiento del público.

El encuentro se desarrolló en dos tiempos: la emisión de una hora, grabada en Baden-Baden, y el diálogo previo en la casa de Zähringen, que se extendió por varias horas, bajo el sello de la más estricta discreción. Fue sólo a causa del carácter extraordinariamente logrado de esta conversación que Heidegger accedió finalmente a la solicitud del monje de un nuevo diálogo con él ante las cámaras de televisión, para grabar una emisión destinada en primer lugar a los budistas de Siam. Sin embargo, como por lo general ocurre en esos casos, la repetición con preguntas y respuestas establecidas de antemano no resultó más que un pálido reflejo del primer diálogo espontáneo, desarrollado sin un libreto preestablecido. Heidegger quiso que yo lo acompañara en ambas oportunidades, lo que, durante un breve té previo a la grabación en el hotel de Baden-Baden, me permitió ser testigo de la sorpresa del monje ante muchas de las

cosas que veía en Occidente, y en particular de muchas cosas que, orgullosamente, le presentaban como "logros". Recuerdo especialmente su indignación por los "depósitos" para niños y ancianos construidos en Alemania, para "quitarlos de en medio". Así como los niños debían criarse en el ámbito familiar, y no en "guarderías infantiles", también los ancianos debían permanecer en el hogar, pues su vida vivida era digna de veneración, y su experiencia debía ser aprovechada por los jóvenes. También en Bangkok existía un hogar de ancianos, pero estaba vacío, pues nadie quería "expulsarlos", ni podía hacerlo sin ganarse el desprecio de los que lo rodeaban. ¡Qué contrastes!

Bikkhu Maha Mani tenía unos 35 años; hijo de un campesino tailandés, monje del más antiguo de los cuatrocientos templos de Bangkok, profesor de filosofía y de la ciencia del alma en la universidad budista de esa ciudad, era la luminaria de su escuela monacal y uno de los espíritus más ilustres del Oriente; estaba a cargo de varias emisiones televisivas sobre los temas de su especialidad, difundidas por la radio y la televisión de su país, entre las cuales una de las más populares era "Buddhas light hour" [La hora de luz del Buda]. Maha Mani había sido enviado a Europa para adquirir una noción más acabada de la vida occidental moderna. Tenía una actitud sumamente desprejuiciada ante los fenómenos de la era técnica y su problemática, pues estaba convencido de que si se la utilizaba con moderación y si el hombre no se dejaba esclavizar por ella la técnica conduciría a una vida mejor. Consideraba la televisión como una advertencia a la élite de cada país de que debía dirigirse a la mayor cantidad de personas posible. Sólo en Europa pareció comprender que la magia que ejerce ese medio también encierra un peligro.

Los dichos del monje durante su viaje, sus breves diálogos con obreros, con sus compatriotas, con eruditos, sacerdotes y funcionarios, fueron explotados para uno de los "programas culturales" tan en boga en aquella época. Pero a pesar del interés con que el monje inspeccionó las fábricas e instituciones que visitó, en el fondo sólo le interesaba un encuentro, en busca del cual había llegado a Alemania: deseaba conocer a *el* filósofo, que a su entender, entre los vivos, era el que había pensado y dicho las reflexiones más profundas sobre la técnica. Y ése era Martin Heidegger.

No recuerdo los pormenores del arreglo que, tras numerosas dificultades, hizo Heidegger con la emisora para posibilitar la realización del diálogo. Sin duda, no habría dado su consentimiento de no ser por su antiguo apego por el mundo espiritual de Oriente. Me sorprendí no poco cuando supe de su acuerdo con Baden-Baden. Pero antes de dirigirse a los estudios Heidegger quería ver al monje y acordar con él los temas que se tratarían ante las cámaras de televisión. Este diálogo previo tuvo lugar una tarde en Zähringen. Con una respetuosa inclinación, Heidegger recibió a su huésped en la puerta de su estudio. Es de suponer que la señora Elfride preparó algún refrigerio, una taza de té, mas no recuerdo si el monje tomó algo. Se limitaba a mirar al hombre que tenía enfrente, para lo cual había viajado desde el otro lado del globo. Pronto se hizo evidente que esa entrevista era la culminación y el motivo último de su viaje. A continuación transcribo el relato de esa entrevista tal como lo anoté aquella misma noche:

> El monje viste una sencilla toga de lino de color rosado (que, según dicen, indica la máxima jerarquía en su orden). Recuerda la toga de los antiguos, que también se echaba hacia atrás por sobre el hombro derecho, formando un amplio pliegue. Anda con los pies desnudos, con sandalias muy ligeras que dejan a la vista el pie y el tobillo; sus pies son tan finos como sus manos, de delicados dedos. En cuanto éstas se separan, apartándose de su posición de descanso, dibujan ademanes llenos de significación, pero libres de todo patetismo; en ningún momento se tiene la sensación de algo estudiado. Ocasionalmente, sus gestos alcanzan una notable expresividad, pero esto ocurre sólo dos o tres veces a lo largo del diálogo. Un pequeño ademán inolvidable: el dedo índice de la mano derecha se aleja en forma horizontal del rabillo del ojo derecho. Cuando el intérprete no logra hacerse entender con claridad, el ceño del monje se frunce muy ligeramente.
>
> Su tono de voz no se eleva en todo el diálogo, ni siquiera en sus tramos más intensos, en los que Heidegger llega casi a agitarse. La voz del monje se mantiene pareja y contenida, clara y amistosa. No deja entrever nada de la emoción que, como surge de algunas palabras sobre el final, también lo embarga. Ha estado esperando este momento como el punto culminante de su viaje.

El inicio del diálogo es completamente diferente del que podría esperarse si el visitante fuese un norteamericano o un europeo, quien no tardaría en dirigirse a Heidegger con preguntas del estilo: "¿Qué piensa usted de la relación entre religión y humanidad?" (tema originalmente propuesto por el *Südwestfunk* para la emisión rechazada por Heidegger).

El monje, en cambio, calla. Cuando ingresó al estudio, sus ojos lo recorrieron sin sorpresa, pero también sin curiosidad. Tampoco le arranca una palabra el pergamino japonés que se ve detrás del sillón de cuero en el que toma asiento. ¡Qué espléndida ocasión para iniciar el diálogo nos habría parecido a nosotros esa sentencia de Lao Tsé! Él, empero, calla, pues corresponde a la sabiduría del maestro abrir el diálogo.

Heidegger y el acompañante del monje intercambian unas palabras sobre la duración y la modalidad de la visita. Dado que el monje no entiende esas frases dichas en alemán y me mira expectante, aprovecho la pausa para decirle que el profesor sabía desde hacía un tiempo que él se encontraba en nuestro país y que esta visita era su última estación.

Cuando advierte que el monje espera que él tome la palabra en primer lugar, Heidegger dice que presume que su visitante trae algunas preguntas preparadas. El acompañante responde afirmativamente, diciendo que son doce preguntas. Traduzco lo dicho para el monje, que me sonríe y luego se dirige a Heidegger diciendo: "No, fifteen!". Todos reímos.

Ahora Heidegger toma la iniciativa y con su primera pregunta determina en qué plano se desarrollará el diálogo. Pregunta por la actitud del monje y de sus compatriotas de Siam ante la técnica europea moderna. ¿Qué es para ellos lo esencial de este fenómeno? El monje replica que no comprende del todo la pregunta. Para él, lo único que importa es si esta cosa es "buena" para el hombre. Agrega: "Nunca decimos de entrada que no a cosa alguna".

Heidegger pregunta qué es lo que el monje entiende por "bueno". ¿El visitante y él entienden lo mismo por ese concepto? Ya entonces, desde el comienzo, el entendimiento se hace difícil. El navío –la lengua inglesa– revela en cada réplica lo poco apto que resulta no bien se va más allá de lo elemental. Por otra parte, el monje

percibe muy claramente que aquí no hay lugar para banalidades; una y otra vez menea la cabeza con aflicción, murmurando que no es capaz de hallar palabras en inglés que expresen suficientemente lo que quiere decir o preguntar.

Dejando de lado momentáneamente su primera pregunta (reaparecerá luego en el diálogo, bajo otra figura), Heidegger continúa con otra: ¿Cuál es en general la relación del pensamiento oriental con el occidental? El monje responde que, al parecer, su interlocutor ve allí un decisivo contraste, y pregunta en qué consistiría.

Heidegger dice que todo depende de quién funge como intermediario. Él, por ejemplo, coincide frecuentemente con Lao Tsé, pero no lo conoce sino a través de un intermediario alemán, por ejemplo Richard Wilhelm. Pero también hay otras vías por las que nos llega lo oriental. ¿Y cómo llega a Oriente el pensamiento occidental? El monje responde que lo hace por medio de libros ingleses. También lo que él mismo conoce de Heidegger le ha llegado, fuera de múltiples comunicaciones orales, por medio de publicaciones en inglés. Con aire preocupado, Heidegger manifiesta sus dudas respecto de la posibilidad de transmitir así lo decisivo, siendo que la lengua inglesa es tan poco filosófica, como el monje mismo ya ha señalado. Menos filosófica que el francés, por ejemplo, lengua en la que se ha podido acuñar una nueva palabra para referirse a aquello que Heidegger designa como "*Sein*".

El monje asiente. Luego pregunta qué es lo decisivo en la filosofía de Heidegger; si se trata precisamente de ese "Ser" que tanto distingue su filosofía de la de los restantes filósofos europeos. Heidegger lo confirma; de lo que se trata en su filosofía es de la pregunta por el Ser, olvidada en Occidente hace casi un milenio y medio. (En el diálogo en la televisión de Baden-Baden, Heidegger amplía esta noción, aclarando que la meditación sobre la historia del pensamiento occidental le ha mostrado que hasta ahora esa pregunta no se ha planteado en el pensamiento. Y que es significativa porque en el pensamiento occidental la esencia del hombre está determinada por la característica de que él está en relación con el Ser, y existe correspondiendo al Ser, es decir que el hombre, como este Co-respondiente, es aquel ser que tiene el Habla. A diferencia de la doctrina budista, según cree poder señalar, en

Occidente se traza una diferencia esencial entre el hombre y otros seres vivos, los animales y las plantas. "El hombre se distingue por el hecho de que se halla en una relación sapiente con el Ser." La pregunta por el Ser, que hasta el presente, y a lo largo de la historia, ha permanecido oculta para el hombre, debe plantearse ahora, para obtener a la vez una respuesta a la pregunta de qué y quién es el hombre.)

El monje escucha con mucha atención; pero no llega a percibir con claridad a qué se refiere propiamente Heidegger cuando habla del Ser.

En un largo ir y venir se intenta aclarar este punto; en el trayecto se revela la insuficiencia de la palabra inglesa "the Being". Tomando como ejemplo una taza de té, luego un cuenco, intento demostrar que allí hay algo "ente" sin que de ninguna manera pueda percibirse en ello qué es lo que hace *ser* a lo ente, qué es lo que hace de ello algo "ente", y lo hace aparecer *como* algo. Heidegger completa mi explicación señalando que para el occidental "*Sein*" ["Ser"] es igual a "Anwesenheit" ["Estar-en-presencia"]. Pero resulta que tampoco aquí la palabra inglesa ("presence") alcanza a expresar plenamente lo que significa la "An-wesenheit".

El monje escucha con mucha atención las explicaciones, haciendo pequeñas preguntas aquí y allá. Pero se ve que aún espera algo más.

Aprovecho una breve pausa para dirigirme al él y preguntarle si no sería recomendable que empiece a formular las preguntas que ha traído preparadas, para no comenzar sólo por el lado occidental, con el riesgo de que el diálogo se atasque. El monje me mira con una sonrisa, luego posa la vista en Heidegger y dice que ya ha formulado varias de sus preguntas, y que han sido respondidas. Más tarde Heidegger me dice: "Su pregunta fue muy atinada; pero como estas personas nunca *cuentan*, no lo habíamos advertido, pues un europeo diría 'primero', 'luego', 'en tercer lugar', etc. Pero aquí no hay algo así como una secuencia lógica, sino que todo procede de un *único* centro".

El monje reanuda el diálogo y pregunta en qué sentido la técnica –término en el cual, por lo visto, Heidegger incluye no sólo las máquinas, sino algo más antiguo–, en qué sentido la técnica se ha vuelto un peligro para el pensamiento del europeo.

Heidegger responde con una exposición de la esencia de la ciencia europea, o, mejor, occidental, que en cada uno de sus ámbitos particulares es ya "técnica". Esta ciencia, que por doquier se interpone *entre* el hombre y aquello por lo que él pregunta, socava el suelo del auténtico preguntar del pensamiento. Pues en la ciencia se trata, en cada caso, sólo de lo calculable, mientras que el pensamiento precisamente es ajeno a todo cálculo, así como sus respuestas no brindan "resultados", en el sentido de las ciencias…

El monje pregunta si hay un vínculo entre la tecnología moderna ["science and industrialisation as well"] y la filosofía. Heidegger responde que sí, que hay un vínculo muy esencial, que está dado, en primer lugar, por la circunstancia de que la técnica moderna ha surgido de la filosofía. De la filosofía moderna, que por primera vez postuló la proposición: sólo lo que se conoce de modo claro y distinto, es decir, con certeza matemática, es efectivamente real. Hay una famosa frase de un físico alemán, Max Planck: "Sólo es real lo que es medible". Este pensamiento de que la realidad sólo es accesible para los hombres en tanto y en cuanto es posible medirla (en el sentido de la física matemática) determina por entero a la física y a la tecnología. Y en la medida en que ese pensamiento fue pensado primeramente por el fundador de la filosofía moderna –Descartes– la conexión entre técnica moderna y pensamiento filosófico es clarísima.

Más adelante, en el transcurso del diálogo de Friburgo queda claro que es la separación de sujeto y objeto, fijada de una vez y para siempre en la ciencia, y aparentemente insalvable, la que impide el despliegue del pensamiento. Incluso aquel que ya ha sido alcanzado por el pensamiento esencial una y otra vez recae, necesariamente, en la escisión, que a la vez hace aparecer al hombre occidental como escindido. No somos efectivamente libres, subraya Heidegger repetidas veces, sino que estamos encerrados en una cárcel que llevamos con nosotros toda la vida. El afán de liberarnos de esta cárcel ha animado la labor de toda su vida. Pero es una lucha desigual, que se enfrenta a dos milenios, desde Platón hasta el presente. El peso de la historia está presente en todo proceso del pensamiento. Y esta historia es propiamente lo que nos separa del pensamiento oriental.

Heidegger calla, hasta que por fin el monje dice: "Nosotros no conocemos una historia. Sólo hay tránsitos por el mundo".

Una vez más Heidegger destaca enfáticamente que este punto –la diferencia de las actitudes de mundo– es lo que hace imposible una simple confrontación de "tesis" de la filosofía de Occidente y de Oriente, de aquí y de allá. Todo aquel que procede así incurre en una falsificación. Porque los presupuestos no son los mismos.

El interés del monje se aviva cuando a continuación se habla de que las diferencias en el carácter de la religión y de sus dogmas han contribuido a profundizar estos contrastes. La brecha se hace más patente aun cuando queda claro que en Oriente no existe nada siquiera remotamente comparable con la "fe". Ahora el monje me formula con mucha gravedad una pregunta que me hago repetir a causa de su central importancia:

"*¿Heidegger considera más importante erigir un nuevo sistema de pensamiento, o acentuaría más bien la necesidad de la religión?*"

Después de traducir la pregunta al alemán, le sugiero a Heidegger que comience por eliminar todo lo que se interpreta como "sistema". Dice entonces que él no tiene ningún "sistema"; que lo único que cuenta es si alguien puede acompañarlo y seguirlo en el camino del pensar. Lo único importante es "estar en camino".

El monje da señales de plena conformidad; luego reitera la segunda parte de su pregunta.

Heidegger pregunta entonces con urgencia, casi con pasión: ¿Qué entiende el monje por religión? ¿Los dogmas y las doctrinas? ¿O aquello que constituye su origen? (Volviéndose a mí dice: "Aquí usted en rigor debería explicar la diferencia entre cristianismo y cristiandad". Esto resulta difícil.) Pero es innecesario extender las explicaciones, pues el monje afirma con gran sencillez que no entiende por religión otra cosa sino las enseñanzas de los fundadores ["sayings of founders"].

Excitado y enfático Heidegger responde entonces, volviéndose hacia mí: "Dígale que yo considero decisiva una sola cosa: seguir las palabras de los fundadores. Sólo eso es importante, y no las doctrinas ni los dogmas. *La religión es sucesión*".

El pensador y el monje se miran largo rato en silencio. ¿Estamos pensando todos en lo mismo, en Buda y en Cristo? Es el primer clímax del diálogo.

Al cabo de un rato, cuando Heidegger ha recuperado la calma, me pide que repita: es el olvido del Ser, del que ya hemos hablado, aquella "escisión" y aquella "cárcel", lo que ha obstruido para nosotros, los occidentales, el acceso a lo Sagrado. (En la traducción, puesto que "*holy*" se presta fácilmente a confusión, intentamos partir de la palabra "*das Heile*", pero no logramos hacernos entender sino mediante diversas perífrasis, en las que se hace necesario recurrir al concepto de armonía.) "Sin lo Sagrado no tenemos contacto con lo divino. Sin ser tocados por lo divino carecemos de la experiencia de Dios." Eso aquí nadie lo entiende.

El monje, que no ha dejado de mirar atentamente a Heidegger, dice con calidez, dirigiéndose a él: "Venga a nuestro país. Allí todos lo entenderán". Durante un rato reina el silencio en la habitación.

Heidegger retorna una vez más a la pregunta de si es necesario seguir un nuevo camino del pensar, o si se trata de dar mayor empuje al camino ya proclamado por la religión. Cree haber dejado en claro ya en qué sentido es necesario un nuevo camino del pensar. Ante todo porque desde la religión no puede plantearse la pregunta por el hombre, y porque hoy la relación esencial con la totalidad del mundo ya no es transparente, sino confusa. Y esto se debe en parte a las diferentes orientaciones de la fe de la iglesia, a la filosofía, a la ciencia y a la notable circunstancia de que en el mundo moderno la ciencia misma es tomada como una suerte de religión. La tarea que se le plantea hoy al pensamiento, según lo entiende él, es nueva de un modo tal que exige un método de pensamiento completamente nuevo.

Este método (según había ampliado Heidegger el punto en Baden-Baden) sólo puede alcanzarse en el diálogo inmediato de ser humano a ser humano, y por una ejercitación del "ver en el pensar", por llamarlo así. En principio, este modo de pensamiento sólo puede ser transitado por unas pocas personas, pero luego, por intermediación de los diferentes ámbitos de la educación, puede comunicarse a los demás. "Le doy un ejemplo: hoy cualquiera puede operar una radio o un televisor sin saber qué leyes

físicas intervienen en su funcionamiento, sin saber qué métodos fueron necesarios para investigar esas leyes. Métodos que, en el fondo, quizá sólo los entiendan hoy, en su sentido propio, unos cuatro o cinco físicos. Así es también con el pensamiento, inicialmente. Este pensamiento quizá sea tan difícil que sólo es posible educar en él a unas pocas personas…"

Cuando Heidegger abandona la habitación por un instante para buscar un libro (aunque el monje haya dicho que con gusto leerá más tarde lo que se le dé, pero que ahora no quería leer ningún libro, porque era tan "fresco" hablar con Heidegger ["beacause it is so fresh speaking with the Professor!"]) el monje se dirige a mí diciendo que es un muy buen diálogo. ¿Por qué el profesor no quiere que llegue a todos los hombres? ¿No puedo pedirle que lo repita en televisión? Porque él, Maha Mani, quiere mostrar a Heidegger a su gente. "En nuestro país se lo venera mucho. Pero aquí he hecho preguntar a muchas personas por la calle qué pensaban de Heidegger; mas nadie conocía su nombre. ¿Por qué no? En nuestro país se conoce y se venera el nombre de los sabios. También he preguntado a los intelectuales, y ellos sí sabían. Pero eso no cuenta."

En ese momento regresa Heidegger. El monje toma cortésmente el libro que se le ofrece, lee con detenimiento la frase (en inglés) destinada a explicarle algo, y luego repite su pregunta, volviéndose directamente a Heidegger. Sin duda H. ha pensado mucho acerca de todo lo que atañe a la técnica; mirando el escritorio, el monje añade: "De hecho, no me cabe duda". ¿Pero por qué se reserva y no emplea los medios de la técnica para hablar con la gente sencilla? Él mismo y sus hermanos, en Tailandia, lo hacen con frecuencia. ¿Sin duda, Heidegger comparte la noción de que todos tienen la aptitud de desarrollar en sí la facultad humana de pensar?

En su respuesta (que aquí complementamos con la grabación de Baden-Baden) Heidegger retoma sus consideraciones anteriores. Si ha dicho que sólo unos pocos pueden aprender inicialmente el nuevo pensamiento, esto puede dar lugar al malentendido de que se trata de personas distinguidas por su excelencia. "En verdad cualquier ser humano, en tanto es un ser pensante, puede

transitar ahora este pensamiento. Pero en nuestro sistema educativo y de acuerdo con nuestra historia, sólo unas pocas personas están en condiciones de asimilar los presupuestos de este pensamiento." La facultad de pensar, de la que Maha Mani habla, está obstruida en nuestro mundo occidental. "¡Tenemos demasiada cultura!" Estamos presos en aquella cárcel, cuyas paredes son tan difíciles de atravesar para el individuo.

¿Pero Heidegger, según se oye decir, va incluso a su pequeña ciudad para hablar con su gente?

En efecto, responde éste; con ellos es con quien más le gusta hablar. El monje replica: ¿y todos los demás no son sus compatriotas? Por qué se oye decir una y otra vez "¡Heidegger! ¡Pero si eso es muy elevado, eso no lo entiende nadie!", cuando, en el fondo, es tan fácil entenderlo, con sólo escucharlo atentamente… ¿Por qué no "se mezcla entre la gente"?

Heidegger está visiblemente turbado. Intenta explicar que su actitud se relaciona con el desarrollo del pensamiento, del que ya ha hablado en varias oportunidades; pues la carga previa ha llevado a que los hombres pierdan la apertura del simple oír (y escuchar). Por ejemplo, si habla con los católicos, el mismo catolicismo se constituye en obstáculo (exceptuando siempre al individuo aislado que de pronto es alcanzado por el pensamiento…). Aun los mejores teólogos, tanto católicos como protestantes, siempre entresacan de lo que él dice aquello que les cuadra, pero no quieren ver la totalidad.

El monje dice que quizá sean aquellos individuos aislados los que realmente cuentan, y que ellos se encuentran en cualquier parte. Heidegger lo admite, pero dice que sólo puede alcanzarlos en el diálogo, y no a través del medio técnico. Entonces intervengo para decir que también mediante la alocución de sus conferencias y discursos ha llegado frecuentemente a otros individuos, de lo que yo soy un ejemplo. Y agrego que él también *escribe*.

Heidegger sonríe. Agrega, reforzando lo que he dicho, que muchas veces le han observado que quien lo ha oído hablar una vez, luego lo *lee oyendo*. De manera que también allí él está presente… El monje tercia recordando que hasta el momento él mismo ha leído poco de Heidegger, y que conoce otras cosas sólo

de oídas, pero que sin embargo en todo su viaje a Europa lo ha tenido como acompañante.

Heidegger insiste en que el medio de la televisión no es un medio auténtico, que lo dicho allí permanece en lo anodino, que es presa de la tergiversación.

El monje cambia de tema y plantea una última cuestión decisiva. ¿Qué es, según Heidegger, lo crucial para superar la carga previa y las nociones preconcebidas, para que se restablezca la unidad más allá de la escisión? El filósofo responde que el único modo de que el camino se abra es la serenidad para con las cosas y la apertura franca para el secreto.

Se retoman las dudas, anteriormente esbozadas, con respecto a la religión y a su fracaso en el estado actual del mundo. Maha Mani pregunta si acaso es menester abolir ["abolish"] la religión al igual que la filosofía, pues en su existencia milenaria no ha logrado que los hombres convivan en paz. Heidegger lo niega rotundamente. Dice: "No se debe y no se puede abolir el pensar ni el creer por el hecho de que a lo largo de una larga historia no han logrado lo que se proponían. Y si no es posible abolir el pensar ni el creer, es porque la esencia del hombre es finita, porque según su esencia el hombre se ve en la necesidad de emprender siempre nuevas tentativas. Creería que precisamente en la época actual es necesaria la meditación pensante acerca de qué y quién es el hombre, precisamente hoy, cuando existe el peligro de que el hombre se entregue por entero a la técnica, y un día se transforme en una máquina manejada".

El monje, para quien, según se advierte, lo principal es una actitud práctica en la vida, una armonía entre los hombres, hace una nueva pregunta que va en la misma dirección. Heidegger, a raíz de toda nuestra situación histórica y de la fragmentación de la humanidad en diferentes religiones, en diferentes filosofías, en diferentes relaciones con la ciencia, no ve la base compartida para una confluencia espiritual-humana que permita entenderse inmediata y rápidamente.

"Debemos, creo yo, tener en cuenta una gran diferencia entre un país europeo con su historia y un país como aquel de donde viene usted." La autodeterminación de los hombres en todas direc-

ciones se ve dificultada porque hoy no sólo en Alemania, sino en toda Europa, no existe una relación unívoca, compartida y simple con la realidad efectiva y con nosotros mismos. Ésa es la gran carencia que aqueja al mundo occidental, y una de las causas de la confusión de las opiniones en los diferentes ámbitos…

Heidegger había hablado de la serenidad, de la apertura franca para el secreto. Así, por último se habla de la esencia de la meditación: ¿qué significa ella para un oriental? El monje responde con sencillez que significa "recogerse". Cuanto más un hombre se recoge sin esfuerzo de su voluntad, tanto más deja de ser él mismo. El yo se extingue. Hasta que finalmente no queda sino la nada. Pero la nada no es "nada", sino todo lo contrario, la plenitud. Nadie puede nombrar eso, pero es: nada y todo, la plenitud. Heidegger lo ha entendido y dice: "Es lo que he dicho siempre, toda la vida".

El monje reitera: "Venga a nuestro país. Nosotros lo entendemos".

Heidegger está muy conmovido. Cierra el diálogo con las palabras (dirigidas a mí): "Dígale, por favor, que toda mi fama en el mundo es nada para mí si no soy comprendido y no hallo comprensión. Por ello no sólo le agradezco, sino que este diálogo ha sido para mí una confirmación como he recibido pocas veces".

Ambos se ponen de pie y se miran largamente. Luego, el monje hace una profunda reverencia y se retira. El diálogo se ha extendido por más de dos horas, y ha caído la noche.

Los ánimos tardan en distenderse. Los Heidegger me piden que cene con ellos. Primero tengo que señalar en el viejo atlas escolar de la señora Elfride dónde queda Bangkok. Luego intercambiamos una multitud de observaciones de detalle. Ambos coincidimos en que el rostro del monje mostraba una pureza infantil, entre lo animal y lo espiritual, aunque sin "infantilidad", porque en todo momento está presente la más elevada conciencia. El semblante dejaba ver el estar-íntegro del hombre en su totalidad. Eran maravillosos sus ojos profundos, que lo miraban a uno rotundamente, a diferencia de los ojos japoneses. No había dualismo entre espíritu y sentidos. La seriedad y junto con ella la serena alegría: eso era inolvidable.

Por otra parte, Heidegger percibió netamente que un hombre como este monje no *vislumbraba* siquiera lo que propiamente sig-

nifica el aparataje técnico con el que operamos. Lo toman y lo usan como un martillo o como una aguja. Tan poco como los impresiona la técnica occidental, tan poco saben lo que ocurre en la estructura de emplazamiento.

Estaba en lo cierto. Un año, poco más o menos, después del encuentro con el monje (¿o quizá más?), me llama Heidegger y dice que tiene que comunicarme algo triste. "El monje con el que tuve aquel buen diálogo abandonó su orden… y entró a trabajar en una compañía de televisión norteamericana."

Yo conocía la gran estima de Heidegger por Lao Tsé, pero sólo después de su muerte supe que cierta vez había comenzado a traducir el *Tao Te King*. En 1966, cuando Ernst Jünger se disponía a viajar al Asia Oriental, Heidegger adjuntó a una carta que le remitía unas palabras de aquel antiguo sabio. Agradezco a la gentileza de Jünger la posibilidad de agregar ese texto al final de este capítulo dedicado a la relación de Heidegger con el Lejano Oriente, encarnada en su encuentro con un monje budista. Se trata de la sección 47 del *Tao Te King*. Puesto que no reproduce ninguna de las traducciones corrientes, como lo es la del sinólogo Richard Wilhelm, me inclino a suponer que la traducción se debe al mismo Heidegger:

Sin ir más allá de nuestra puerta
podemos conocer el mundo.
Sin asomarnos a nuestra ventana
podemos conocer los Caminos del Cielo

Cuanto más nos alejamos
tanto menos se ha avanzado
Por esto el Sabio
sin caminar alcanza su meta
sin ver todo ha sido observado
sin obrar todo queda realizado.*

* La cita pertenece a la edición española: Lao Tsé, *Tao Te King*, sección 47, trad. de José M. Tola, Barcelona, Barral Editores, 1973, p. 67. [N. del T.]

Heidegger podría haber yuxtapuesto a esas palabras de Oriente, a modo de reflejo occidental, la estrofa de un poeta europeo contemporáneo. En uno de los *Poemas estáticos* de Gottfried Benn se lee:

[…]
Defender las trayectorias
obrar
ir y venir
es la divisa de un mundo
que no ve claro.
Delante de mi ventana
–dice el sabio–
hay un valle,
en él se concentran las sombras;
dos chopos adornan un camino
tú sabes – hacia dónde.

VIII
Años otoñales

VIVIR EN FRIBURGO

Los años otoñales son años de cosecha. ¿Cuál fue la cosecha que el anciano filósofo (tenía ya más de 60 años) pudo recoger en su viejo puesto, después de todo lo que había pesado sobre él? Fue en esa época cuando Heidegger entregó a este su antiguo oyente, que nunca llegó a ser un discípulo filosófico en sentido riguroso, una creciente confianza que luego se transformó en cordial amistad. Aunque no fue el motivo inmediato de mi traslado a Friburgo (otras fueron las razones que me llevaron a vender la casa de Icking, donde mi padre había pasado sus últimos años), de allí en más la presencia de Heidegger se convirtió en cierto modo en el punto de referencia secreto para mi vida. A lo largo de las dos décadas siguientes esa presencia fue, por así decir, "mi guía y mi escolta", y ello me obliga, en retrospectiva, a profesar con franqueza mi gratitud.

Al principio, la posibilidad de regresar indemne al antiguo lugar luego de tantos estragos parecía casi irreal. Reencontrar, en medio de la ciudad severamente dañada, las aulas casi intactas de la bella universidad construida por Billing, donde seguía trabajando, como veintidós años antes, el viejo mayordomo Thoma… Y luego, una vez más: lecciones de Heidegger. Retornaba la vieja magia de aquellas horas, y sin embargo todo era diferente. Mi propia vida ya había encontrado su forma, en la que habían dejado huellas profundas, irreparables, la guerra y los años posteriores. Ya no estaban los viejos amigos con los que solíamos discutir largamente las palabras de Heidegger, incluso cuando, entrada la noche, bebíamos nuestro

"cuartito" en lo de Kopf o en lo de Oberkirch, junto a la plaza de la catedral. Ya no encontraba un eco resonante y prolongado entre tanta gente desconocida, con la que me era mucho más difícil entrar en contacto que con mis compañeros de antaño, pese a la perceptible intensidad con la que estos oyentes transitaban, por ejemplo, el "camino al habla". Pero pronto encontré nuevos amigos, y, ante todo, mi contacto con Heidegger mismo había cambiado en esos veinticinco años: la atenta escucha se había transformado en una (no menos atenta) amistad, que muchas veces incluso me llevaba a preguntarme si todo aquello no era un sueño.

En mi ejemplar del primer tomo de las lecciones sobre Nietzsche, ordenadas según su contenido y no por su secuencia cronológica (y que llevan la característica advertencia de que lo escrito e impreso carece de las ventajas del discurso oral), se lee, de la mano de Heidegger: "Agradezco de corazón su asistencia – Frbg. mayo 61". Este agradecimiento se refería a mi colaboración en la ardua y prolongada labor de corrección. "Necesito nuevamente su ojo experimentado", dijo en otra oportunidad. Una invitación tal a participar del trabajo podía considerarse como una distinción; obligaba a una gran precisión y también daba lugar a discusiones profundas. Así, pues, la tarea de las correcciones me llevó una y otra vez a la casa de Heidegger en Zähringen.

Tras inspeccionar las pruebas y discutir las correcciones necesarias, por lo general emprendíamos un largo paseo, que con frecuencia nos llevaba hasta la Jägerhäusle, la Casita del Cazador, una posada ubicada en la ladera de la montaña, desde la que se avistaba un amplio panorama de la ciudad, que yace en el fondo del valle, y cuyo carácter acogedor y un tanto anticuado, con su bello parque de castaños, correspondía por entero al apacible sonido de su nombre alemánico. El Panorama Hotel que hoy se encuentra en su lugar nada ha conservado de la antigua magia de aquel sitio, donde los vecinos de la ciudad y los estudiantes acudían a beber su "cuartito". Heidegger amaba ese lugar y con frecuencia ya había reservado su mesa del rincón para que pudiéramos conversar a nuestras anchas. Conservo entre la correspondencia muchas tarjetas en las que Heidegger me invita a una de esas tardes de trabajo: "Después vamos a la Casita del Cazador". Las caminatas hacia allí por la calle de mon-

taña se cuentan entre los recuerdos más bellos de aquel tiempo, llenas de palabras ya olvidadas que sin embargo mantienen inalterable su resplandor.

Desde que en la casa de Heidegger instalaron el teléfono y también yo conté con una conexión, el aparato tomó el lugar de la tarjeta postal. Se hicieron más frecuentes las citas en la ciudad, donde Heidegger prefería la vieja vinería Zum Falken. También ella ha sido víctima de la "modernización", y sus muebles fueron trasladados a un hotel de lujo, donde lleva una existencia prestada como restaurante y salón de vinos que no conserva más que un pálido reflejo de su antiguo encanto. Con frecuencia nos sentábamos en el saloncito "Thoma-Stüble" del Falken o en uno de sus profundos nichos ventaneros a beber, también aquí, una "marca" probada por un paladar experto. Cierta vez, una tarde de invierno, sucedió allí algo insólito. Nos disponíamos a partir –estábamos ya en la puerta–, cuando improvistamente una joven, sin duda una estudiante, se acercó a Heidegger, murmuró algo, ruborizándose, y le tendió un papel. Él, no menos turbado, me miró como buscando una explicación. No pude evitar una carcajada; le tendí mi pluma, diciéndole que tranquilamente podía darle un autógrafo a la señorita; mientras Heidegger, de pie en el lugar donde estaba, escribía su nombre, agregué: "Y no olvide la fecha, ¡es muy importante!". Radiante de felicidad, la atractiva destinataria hizo una pequeña reverencia ante el gran hombre que había satisfecho su pedido. Una vez afuera, en la nieve, Heidegger meneaba la cabeza: "¡Vaya!". Sin duda era su primer autógrafo en Friburgo. Le dije: "Bueno, Herr Professor, ésas son las consecuencias de ser famoso…", y entonces rió.

En una breve pieza en prosa, Elfride Heidegger describió la visita imaginaria de un estudiante a la casa del camino Rötebuck, que los Heidegger habían hecho construir, en gran parte según ideas y planos de ella, cuando en 1927-1928 regresaron desde Marburgo a Friburgo, en Zähringen, en ese entonces una zona poco edificada en las afueras de la ciudad. La experiencia del joven protagonista de ese texto es la que han hecho todos los que subieron hasta allí. El camino que ascendía a la colina –en algo más de quince minutos llevaba desde la última parada del tranvía hasta el camino Rötebuck– contaba con unas pocas construcciones de aspecto semiurbano, semirrural, tras

las cuales en aquella época se extendía el campo abierto, hasta la boscosa ladera de la montaña. A mano izquierda, casi escondida tras un cerco vivo bastante alto, se encontraba la casa número 47, una sencilla construcción en forma de caja, con paredes exteriores de tejuela y techo amplio y protector. ¿Era ésa la casa del famoso profesor?

> El joven sigue el camino que atraviesa el jardín en línea recta, flanqueado de coloridos canteros con flores, y asciende por los pocos peldaños hasta la puerta de entrada, resguardada de la lluvia por un "techito" de madera. Pero antes de accionar el timbre (junto al cual se lee una tarjeta: "Visitas después de las 17:00") se detiene con sorpresa: sobre el dintel de madera se lee un proverbio bíblico, cosa que él no hubiera esperado.
>
> Así, con ánimo súbitamente reflexivo, el visitante pasa al vestíbulo, donde lo espera una nueva sorpresa. Este espacio se abre en todo su ancho –sólo separado por una divisoria de vidrio– de una única sala luminosa que no contiene más que un piano de cola y un sillón. Detrás, una nueva división de vidrio que llega hasta el piso deja ver la terraza, estancia que en verano es el centro de la vida familiar. Amplios escalones bajan desde allí al jardín repleto de flores. De esta manera, el que entra se ve envuelto por la luminosa amplitud de los prados que llegan hasta el oscuro límite del bosque. Una casa que parece acoger en su interior toda la naturaleza.

Adalbert Stifter la habría amado.

A un lado se abre una puerta; a través de ella se ve una sala con unos pocos, bellos muebles estilo Biedermeier: la sala de estar, evidentemente. Pero el estudiante no tiene tiempo de mirar más; ahora tiene que subir por la escalera de bella curvatura, obra maestra de la artesanía, hasta el vestíbulo de la planta superior, donde, junto a un formidable armario familiar de vieja hechura, se ve un orgullo de la casa: un reloj de los talleres de Hellerau. Ahora el asunto se pone serio: "El señor profesor lo invita a pasar".

¡Cuántos visitantes de la casa recordarán ante todo el estudio de Heidegger, aun si sólo entraron allí una vez! Un ambiente que parece oscuro a causa de los anaqueles de madera cargados de libros, que

cubren todas sus paredes; dos amplias ventanas bordeadas de hiedra que dan acceso a la luz forman la esquina que da al noroeste. Con frecuencia se ha descrito el gran escritorio, ubicado frente a la ventana, con su silla simple, sentado en la cual el escribiente, al levantar la vista, podía dejar correr la mirada hasta la ruina del castillo de Zähringen; junto a él, el profundo sillón de cuero, que ocuparon generaciones de visitantes, desde Bultmann y Sartre hasta el estudiante anónimo que no olvidará esta visita. Como tampoco olvidará el aspecto del abigarrado escritorio con sus innumerables tarjetas y tarjetitas, dispuestas según un sistema indescifrable, y que muchas veces llevaban escrita una sola palabra en alemán, en griego o en latín: las piezas que entrarían a la "playa de maniobras", como llamaba Fritz Heidegger a los manuscritos de su hermano, atravesados por flechas amarillas, rojas y azules. Algunos días, sobre el escritorio no había más que unas pocas cuartillas minuciosamente ordenadas; eran días en los que la faena ya estaba cumplida y el proyecto del paso siguiente aún no había sido desplegado; cuando no era así, se podía tener la sensación de haber interrumpido un proceso de trabajo, lo que quizás provocaba cierta incomodidad. Pero en aquel escritorio conservaba siempre un lugar destacado un pequeño portarretratos con la fotografía de la madre de Heidegger. También había en el recinto una mesa, generalmente atestada de libros, y un diván.

A su modo, completamente ajustado a sus habitantes, y en especial al señor de la casa, la de Zähringen es una de las casas más habitables que yo haya conocido. Cuando después de cumplir los 80 años Heidegger la dejó para instalarse en la vivienda de una sola planta edificada en el extremo inferior del jardín, algunos de los muebles Biedermeier lo acompañaron en la mudanza, pero el viejo estudio permaneció casi inalterado. Una nueva generación ocupó la casa grande, pues la pequeña, ubicada en el fondo, sólo fue una morada provisoria, una última estación, donde el pensador pudo vivir dichosamente durante cinco años más. La decisión se debió en primer lugar a consideraciones prácticas, un proyecto que llevaba la marca inconfundible de la señora Heidegger, con su destreza para las cosas de la vida. Además, la casa de abajo contaba con un espacioso ático en el que podían alojarse los amigos y los discípu-

los franceses, pues aun bajo las nuevas circunstancias Beaufret, Vezin y Fédier no dejaron de llegar todos los años; Heidegger, por su parte, los visitaba en París o en la Provenza. Estas "invasiones" francesas siempre se desarrollaban en un clima extraordinariamente festivo. Las paredes del pequeño estudio de la acogedora y práctica vivienda de la calle Fillibach, número 25, también fueron testigos de otras significativas conversaciones: allí se desarrollaban las extensas reuniones semanales en las que Heidegger discutía con su fiel colaborador Friedrich-Wilhelm von Herrmann el plan de la edición completa [*Gesamtausgabe*] de sus obras. Y allí tuvo lugar, en enero de 1976, la conversación con el sacerdote de Meßkirch, el amigo Bernhard Welte, en la que Heidegger se preparó con calma para emprender su último camino.

La inclinación de la señora Heidegger por la construcción –cuya primera prueba práctica no fue su diseño de la vivienda de los últimos años, sino que ya se había manifestado en la década de 1920 con la edificación de la casa del camino Rötebuck– abarcaba también la arquitectura como arte, y ella fue la que despertó ese interés en su esposo. Ello se aprecia, entre otras cosas, en la conferencia "Construir, habitar, pensar", que ocupó mucho a uno de los grandes arquitectos de nuestros días: sobre el escritorio de Alvar Aalto algunos amigos descubrieron el volumen que contiene la conferencia, y se lo comentaron a Heidegger. Yo mismo, al regreso de un viaje a Finlandia en barco, conocí a varios jóvenes arquitectos finlandeses que confirmaron la versión. Heidegger, a quien referí ese diálogo, se alegró sobremanera, y me encargó que al año siguiente (en que yo debía viajar nuevamente a Finlandia) visitase a Aalto y le transmitiese sus saludos. Mas la muerte del destacado arquitecto impidió que se concretase el contacto, que con gusto yo habría contribuido a establecer.

La fama creciente, el número cada vez mayor de visitantes de todo el mundo, llegaron a tornarse molestos para Heidegger, pese a que un riguroso ritual doméstico garantizaba su aislamiento y resguardaba su tiempo de trabajo. Recuerdo una situación, más bien cómica, que tuvo lugar un domingo por la tarde, cuando una numerosa familia procedente de América del Sur se presentó con un único deseo, expresado con timidez: "Seulement voir monsieur Heidegger". Tras

inspeccionar, con muchas reverencias, al fenómeno, se retiraron sin más palabras… La vida doméstica en el camino Rötebuck no sufrió ninguna alteración a raíz de esa fama mundial. Era una vida sencilla, sin ningún lujo que fuese más allá de los límites una vez establecidos. Si uno era invitado a cenar, como ocurría a veces, se sentía enteramente "como en casa"; por la tarde, en el estudio de la planta alta, no se bebía té, sino un vaso de vino, según la antigua usanza de Baden; en esa ocasión siempre se usaban los viejos vasos provenientes de Bremen. Aunque con menor frecuencia que en Zähringen, solíamos vernos en la ciudad, con excepción de ocasionales citas en alguna de las librerías, donde Eberhard Albert o los libreros Kiehne y Werner le mostraban a Heidegger las publicaciones recientes. En estas oportunidades, si la conversación nos llevaba a ello solía dar valiosas recomendaciones.

Cada vez que Heidegger venía de visita a mi departamento era una fiesta del espíritu. Parecía sentirse bien allí, se alegraba de ver cosas que conocía de Bremen, o la mesa en la que había trabajado en Icking y en la que había escrito un poema. Lo envolvía una atmósfera familiar. Por lo general, el motivo de sus visitas era en respuesta al pedido de que leyera algo para un pequeño círculo de amigos, incluyendo visitantes del norte, y que luego nos concediese la oportunidad de dialogar con él. En número de cinco o siete compartíamos entonces una taza de té (aquí prevalecía la tradición bremense), hasta que Heidegger se ponía de pie y se acercaba a la ventana: "Leeré de pie, según mi vieja costumbre", dice en alguna de las tarjetas en que acepta la invitación para una de esas veladas. Así, vino a la "inauguración" de mi departamento en Littenweiler ("por un buen habitar") en 1959; leyó su conferencia sobre Nietzsche, a la que yo no había podido asistir en Bremen, en noviembre de 1960; luego habló de "Goethe / Schiller / Hölderlin", y en agosto de 1962 llegó con su hermano Fritz para conocer mi "habitar". En esa oportunidad se anotó en el libro de visitas con las palabras de Max Kommerell: "Pues hemos menester de complemento". Vino por última vez cuando tenía ya casi 80 años, en aquella alegre velada del invierno de 1967 en que se reencontró con Alberto Wagner.

Surgen otros recuerdos de Friburgo que quieren ser evocados. Es inolvidable, por ejemplo, el día en que juntos fuimos a ver la pelí-

cula japonesa *Rashomon*, que tanto dio que hablar en su momento; ésa fue probablemente la primera vez que se me hizo tangible, por decirlo así, su intenso vínculo con el espíritu y con las formas del Lejano Oriente. Un fruto de esa tarde en el cine es el "Diálogo con un japonés". Heidegger frecuentaba las sesiones del ciclo de conciertos de cámara Albert-Zyklus, que se ofrecía todos los inviernos con un elevado nivel internacional. En cambio, no solía ir al teatro, pues sentía, en efecto, cierta aversión por la escena, como George antes que él. Cuando en el Wallgrabentheater, un pequeño teatro en un subsuelo, conducido con bastante talento por unos estudiantes, se montaron las obras de Beckett, conseguí llevarlo una vez, luego de contarle un diálogo, referido a él, que había mantenido en Berna con el escritor irlandés.

Otra vez, ya en sus últimos años, logré convencerlo de que me acompañase a una representación especialmente lograda de *Las bodas de Fígaro* en Friburgo, con puesta en escena de Jean-Pierre Ponelle y dirección musical de Leopold Hager. Esta presentación de la obra sin cortes, que contaba con intérpretes de primer nivel, le proporcionó un placer extraordinario, pues ese Mozart casi perfecto, tanto en lo sonoro como en lo visual, era una fiesta para su (y mi) amor por el compositor.

Por último, quiero recordar otra velada en el teatro, pero no en Friburgo, sino durante una visita a Bremen. Las circunstancias quisieron que cierta tarde, tanto el anfitrión como los demás amigos tuvieran compromisos, de manera que debimos armar nuevos planes para esa velada. ¿Qué hacer? Estudié la sección de espectáculos del periódico y advertí que en el Teatro de Cámara daban *Doña Rosita*, de García Lorca. Desde que había visto la inolvidable puesta de Jürgen Fehling en Munich, ésa era mi pieza preferida del escritor español. Así, pues, consideré apropiado proponer a Heidegger una salida al teatro. Lo que ignoraba y supe entonces era que también él tenía gran estima por García Lorca. Aquella noche ocurrió algo inesperado. Fuimos al teatro acompañados por una antigua discípula de Heidegger, originaria de Bremen; la puesta de Hannes Razum era buena, y también el desempeño de los actores. Durante el tercer acto, cuando la tía de Rosita, obligada a cambiar de vida, se despide del profesor del colegio, don Martín, al que

sus alumnos ridiculizan y hostigan, noté que mi vecino se demudaba, como embargado por una fuerte emoción. Y mientras sobre el escenario la vieja y esforzada ama relataba que solía escuchar las lecciones del profesor desde la carbonería –"¿Qué es idea?"–, y cómo, cuando no entendía, le daban ganas de reír –"Aunque me ría como ignorante, comprendo que don Martín tiene mucho mérito"–, durante esta escena, en cuyo final la crueldad de los muchachos alborotadores trae de regreso a este mundo de incomprensión al viejo que sueña con el Parnaso, oí susurrar a Heidegger, muy suavemente: "Sí. Ése soy yo". Parecía hacer referencia a sí mismo "con un aire de tristeza definitiva", según reza la indicación escénica de García Lorca. Fue una de esas curiosas coincidencias para las que no hay palabras.

CAMINATAS EN LOS ALREDEDORES DE TODTNAUBERG

Sobre el camino que durante varias horas lleva desde el Notschrei-Paß, hasta el cerro llamado Feldberg, al pie de la cuesta del Stübenwasen, el caminante que recorre la Selva Negra encuentra una solitaria posada. El edificio de madera, ennegrecido por la intemperie, se levanta a la vera del bosque que asciende hasta allí desde todas las direcciones, para dar lugar más arriba a grupos de árboles aislados –zarzales– y a amplios prados cubiertos de líquenes. A escasos metros de la casa se puede gozar de una magnífica vista panorámica: hacia el norte y el noroeste se ve el cerro Kandel y, más allá de la llanura del Rin, los Vosgos; algo más arriba se abre la perspectiva hacia el sur y el sudoeste, dejando ver la cima del cerro Belche e incluso del Blaue. En los días claros, a fines del otoño, hacia el sur todo el horizonte está ocupado por los picos y los glaciares de los Alpes, desde el Säntis hasta el Montblanc, que brillan al sol: una vista imponente. Si se asciende otro poco por la suave pendiente del Stübenwasen, en lo hondo del valle y entre los pedregales se ven algunas granjas de Todtnauberg. Aun más arriba, hacia la izquierda, el caminante se asoma a la abrupta hondonada boscosa del valle St. Wilhelmer Tal, y si tiene suerte puede ver a los gamos trepando por las rocas.

Cada vez que iba a la posada de la montaña –y durante más de diez años lo hice todos los otoños– le aseguraba al patrón, con plena convicción, ¡que había erigido su establecimiento en el punto más bello de toda la Alta Selva Negra! Los Kirner, un matrimonio proveniente del Wiesental, habían elegido el lugar con madura reflexión, tanto por interés comercial como por amor a sus montañas natales. Era una hostería verdaderamente agradable, a la que inicialmente fui por recomendación de Heidegger, y que después ya no quise cambiar por otra. Sólo renuncié a esa residencia de otoño cuando los Kirner, de los que con el paso del tiempo me había hecho realmente amigo, se trasladaron al valle a causa de su vejez (el viejo Kirner, un montañés de la Selva Negra de pura cepa, murió poco después), y el establecimiento fue arrendado a nuevos posaderos. Con el paso de su tiempo también había pasado el mío.

¿Por qué en cada oportunidad era tan difícil partir del Stübenwasen? ¿Dejar esa dicha de octubre, la más bella época del año allí arriba, cuando ya no llegaba sino algún caminante solitario, y yo quedaba, muchas veces, como único huésped (una vez llegué a quedarme hasta el día de Todos los Santos)? ¿Alejarse de esos días en los que ya la frescura del amanecer invitaba a salir al aire libre, para saludar a los lejanos Alpes, días en los que el sol y el cielo azul llamaban a largas caminatas, días de soledad en el bosque bajo las hayas, donde se oía el canto de los arroyos, hasta que por fin, al atardecer, se retornaba al sencillo y cálido cobijo? ¿O dejar atrás también los días de neblina, cuando el cartero de Todtnauberg recorría todo el camino hasta allí arriba con el fin de entregar una sola carta "para el doctor", ocasión de invitarlo con una copita de Kirsch y conversar un poco con él, hasta que finalmente montaba en su bicicleta para regresar al valle? Días de quietud; isla en las tribulaciones del tiempo. Quietud para el trabajo, la lectura, la reflexión.

La auténtica razón de mi regreso anual al Stübenwasen se relacionaba con esto último. ¡Era la proximidad de la "cabaña"! Entre los amigos y los discípulos de Martin Heidegger esta palabra tiene un sentido especial. Porque la cabaña ubicada en los cerros sobre Todtnauberg, que el filósofo se había hecho construir en el último rincón del valle, en la cuesta por encima del paraje llamado la "Rütte", que no tiene más que unas pocas granjas antiguas, es tan insepara-

ble de su vida como de los caminos que recorrió su pensar. ¿Fueron las laderas que en invierno se cubrían de un espeso manto de nieve lo que primero atrajo al entusiasta esquiador que era Heidegger? ¿O era la amplia soledad, grávida de pensamientos, lo que lo llevó allí? En una de las granjas de la "Rütte" había escrito *Ser y tiempo*. En la cuesta que domina ese paraje creó para sí la sencilla y ascética habitación, lugar del pensar que, lejos de todo lo urbano, le brindaba la libertad y el aire que necesitaba.

La cabaña de Todtnauberg llegó a ser un concepto fijo. Se la ha descrito con frecuencia. Despertaba la curiosidad de aquellos que nunca habían estado allí. Y, con fundadas razones, no cualquiera era invitado a visitarla… y para encontrarla había que ser muy obstinado. El hecho de que el filósofo se retirase una y otra vez a ese lugar, donde disponía de una quietud para el trabajo aun más rigurosa que en la casa de su hermano en Meßkirch, se ha interpretado como afectación, o incluso como incapacidad para adaptarse a las reglas de juego de la sociedad (cosa que no le interesaba en lo más mínimo). ¿Qué era, pues, la tan mentada "cabaña"?

Un periodista versado y con estudios filosóficos escribió cierta vez que en ningún otro lugar se podía conocer quién era Heidegger –el pensador, el hombre– como en la "cabaña". ¿Qué es lo que el periodista reconoció allí? La simple construcción de madera, la ausencia de ornamentos en el exterior y en el interior, la sencillez monástica del estudio, donde (siempre según aquél) no había en torno del pensador nada en que recrear la mirada. "El vacío es gélido." Y más adelante: "Cerca de la cabaña, el agua de una vertiente cae por un conducto recubierto de madera a un abrevadero de madera. Es bonito; nada más." Es ciertamente imposible extremar la sobriedad, la marcada "objetividad" del relato. Se registran elementos característicos, llamativos, pero en el fondo no se percibe qué significado tienen para el filósofo las cosas de su entorno, o que cobran sentido a partir de él. El visitante había oído poco antes de su boca que lo creativo sólo crece arraigado en el suelo natal. Aquí, en un entorno reducido a una sencillez extrema, sin retóricas, que se correspondía con la índole del pensador y de su pensamiento, opuesto a todo lo meramente agradable, a lo complaciente, a lo que halagase mediante ornamentos, aquél habría podido percibir las condicio-

nes que permitían ese crecimiento. El hecho de que la fuente viva que vio junto a la cabaña le hubiera merecido el comentario "Es bonito; nada más" permite sospechar que en su visita a la cabaña apenas si se aproximó al carácter pensante de quien la habitaba. ¿No lo demuestra también la afirmación tan audaz como equivocada que establece como conclusión de su relato, a saber, que la cabaña es la prueba del desarraigo de Heidegger?

Éste fue quizás el malentendido más grave. Pero también ha habido malos entendidos de otra índole, no menos equivocados. Tal la admiración entusiasta en sus diversas formas, cuyo caso extremo es la exclamación de una señora de la ciudad, que se extasiaba por lo delicioso que debía ser vivir allí, en la naturaleza, y regocijarse del paso de las estaciones… Heidegger la miró fríamente. ¿Era enojo por tanta necedad?: "Vea, si usted cree que es puro juego estar aquí arriba, solo, en invierno, frente al escritorio, mientras las vigas crujen bajo la tormenta, la estufa no da abasto contra tanto frío y la soledad penetra por todos los resquicios…". La señora no respondió. Ése habría sido el momento de citarle los versos de Ernst Stadler:

> En mi ventana susurran los pinos verdes de la Selva Negra
> como queriendo hablar de nuevos viajes.
> El maderamen de mi cabaña cruje en las tormentas de noviembre
> y amenaza con romperse hecho pedazos…

Todo esto puede dar una idea de cómo era la vida, exterior e interior, del solitario habitante de la cabaña. Al pensador, que libró aquí arriba muchas solitarias batallas consigo mismo y con lo por-pensar, nunca le habrá resultado fácil enfrentarse con su tarea. El lugar recuerda otra pequeña casa, parecida a la cabaña, que se encuentra en Sils Maria: la "soledad" de Nietzsche.

Hay una descripción que quizá sea lo mejor que se ha escrito sobre la cabaña y su habitante. Y como es improbable que un público vasto la conozca –y puesto que cuando sobre un asunto hay algo verdaderamente bien dicho, y más si es brillante, cualquier reelaboración no puede sino empeorarlo–, me permito insertar aquí ese relato, limitándome a suprimir algunas frases. Se trata de la descripción que hizo Max Kommerell de su visita a la cabaña, en com-

pañía de Gadamer, a fines del verano de 1941. En su carta a Erika Kommerell dice:

> Ascendemos por los amplios prados, ligeramente combados [...] bordeando bosques [...] hasta que de improviso surge del suelo un galpón de madera de techo claro. Luego de ascender por unos pocos escalones de madera, se llega a una cocina en la que hay una rústica cucheta, pasando por una salita con una mesa y un par de sillas y con ventanas muy pequeñas. Él (Heidegger) sale de una segunda habitación [...], al saludarme me sonríe largamente y, con expresión singular; nos hace tomar asiento, nos sirve de una botella de vino de la región unas cuantas gotas de saludable acidez, y sin grandes prolegómenos comienza a leer con voz poética, aplacada, con sencillez y eficacia, de modo que tengo oportunidad de estudiar su rostro, terso y moreno, pero que de ningún modo parece, según se dice a veces, un rostro de campesino, sino que es pequeño, delicado, astuto, aunque no carece de una cierta tristeza, y lo habita [...] cierto extravío de la mirada, propio de quien ha llegado "a la otra orilla" tras las más arduas pruebas de la razón perpleja y vive ahora orientado por certezas que no comparte con nadie y que, si lo resguardan de los otros, lo amenazan desde su propio interior [...].
>
> El sol atraviesa las pequeñas ventanas y penetra en la salita oscurecida, y con pequeños destellos agudos parece recordarnos que todavía es capaz de conferir aureolas de santo, coronas de mártir, lenguas de fuego y otros distintivos del don profético [...]. A veces muestra una sonrisa fina y algo loca. ¡Qué simpático se me hizo por ello! [...] Tienes –pensé yo–, con tus muñecas delicadas, tu piel morena y tu minúscula estatura [...] con tus cabeceos, los gestos de tus manitas, tus movimientos escurridizos, hasta que aparece tu esposa y te obliga a retornar a los ademanes graves, tú tienes un modo propio de habitar, que no es sólo la casita, sino también el paisaje, donde no sólo conoces cada árbol, sino que eres conocido por cada poblador. En medio de tu vida famosa, activa y sumamente pública has conseguido a la fuerza la medida de soledad que te hace falta, aquí arriba te entregas la mitad del año a ti mismo y tienes en tu trabajo una pasión que te quema por dentro, y que es

tanto más noble cuanto menos propósito tiene: te saludo, pues, no importa si no llego a aferrar tu noción del Ser o si ella no llega a aferrarme a mí, te saludo como a uno para el que también va en serio, y como uno que se alegra (aunque se diga de ti que no tienes freno en tu deseo de dominación) de poder mirar una vez a la cara a otro, cuyo nombre se le ha hecho grato mediante unos cuantos trabajos, de poder mostrarle una vez el paisaje de tu tierra, y luego seguir adelante, como si nada hubiera ocurrido…

Al día siguiente me invitó de nuevo a pasar un rato, yo solo […]. Era el más límpido y perfecto día de sol […] y la áspera soledad de las alturas y de los cañadones boscosos en torno del Feldberg, y los valles largos y profundos y fácilmente distinguibles, que se extendían como la historia de una vida, y más porque a lo lejos relumbraba todo el macizo de los Alpes […]. Temprano en la mañana lo encontré escribiendo en una mesita que había instalado ante la cabaña, seguramente para continuar con alguno de los manuscritos que se ven en el interior, minuciosamente apilados en los estantes que hay sobre el escritorio, todo sin publicar […]. Y a la vez, él como persona carece de interés para sí mismo, se vale de sí mismo sólo como de un vehículo para los problemas. Así, su vida se hace puro diálogo consigo mismo, y tanto la lectura como su descenso para enseñar en la universidad se vuelven cada vez más transitorios.

Me invitó a caminar con él […]. Conversaba con su voz algo delgada, no profunda pero armoniosa y sonora, que, especialmente cuando se envuelve en murmullos, le da cierto aire de encantador de hombres; hablaba de esto y de aquello y resultó que en su soledad recuerda con mucha precisión hombres y cosas y ordena mil detalles en su memoria en una suerte de estrategia: porque para él el tiempo, a pesar de sus rechazos terminantes y de su desprecio por la eficacia inmediata, es un tránsito que se produce a través de catástrofes, y con su voz, y posiblemente también físicamente con sus ojos, quiere llegar a aquellos en los que ve algo originario […]. Nos despedimos con gran cordialidad.

La carta de Kommerell contiene todo un compendio de términos clave para Heidegger. Para quien ha estado muchas veces en la cabaña

y ha conocido la vida cotidiana en ella, el texto refleja muchas experiencias vividas allí arriba. La cabaña del pensador era más que el "galpón de madera" que parecía a primera vista.

Si me propusiera contar las ocasiones en que en la década de 1950 y todavía en la siguiente fui hasta allí desde el Stübenwasen, pronto me perdería en conjeturas, tantas fueron las invitaciones a tomar el té por la tarde. El camino "normal", que pasaba por el albergue juvenil de Todtnauberg y que era el mejor cuando había mal tiempo, insumía aproximadamente una hora. Pero pronto encontré un atajo, que a poco de andar se apartaba de la pequeña calle y en unos cuarenta minutos me llevaba a destino entre laderas cubiertas de hierba, sorteando un arroyo y atravesando el bosque más magnífico. Siempre hacía pequeñas paradas, para recoger las últimas campanillas, las margaritas del prado y las florecillas de trébol, que luego obsequiaba a la señora Heidegger como adorno para su mesa. Con el tiempo, fui recordando pequeñas señales que me señalaban el camino, hasta que al llegar me alegraba de salir del bosque justo al pie de aquel añoso pino, desde el que se hacía visible el techo de la cabaña.

Pero la hora del té no debía extenderse demasiado; los días de otoño eran cortos, y Heidegger estaba ansioso por salir. Esos paseos, "sus" paseos, que con frecuencia se extendían hasta bien avanzado el crepúsculo, eran el motivo principal de mis visitas a la cabaña, que por ello causaban a Heidegger visible alegría. Los caminos que compartíamos abarcaban un área vasta; ascendíamos por el sendero que bordeaba el bosque, en dirección al morro del Stübenwasen o al camino llamado Feldbergsträßle; otro camino, con dirección oeste, pasaba junto al albergue juvenil rodeando el Horn, una lomada boscosa que se proyectaba extensamente; éste era casi plano y permitía caminar a la par, de manera que favorecía los diálogos. Después de hablar de asuntos personales (Heidegger solía interesarse con mucha delicadeza por los acontecimientos y las experiencias de la vida de su huésped) pasaba pronto a su trabajo y a sus proyectos. Yo, que por entonces viajaba mucho durante la primavera y el verano, podía comentarle novedades acerca de las grandes exposiciones que había visto en Baden-Baden, en Karlsruhe o en Basilea, o relatarle mis extensos viajes al extranjero. Así, le hablé de las exposiciones del Consejo de Europa en Aquisgrán, Londres y Estocolmo, y tuvimos

largas discusiones sobre historia en torno de Carlomagno y de Cristina de Suecia. Más de una vez el diálogo giraba en torno de experiencias con el arte moderno, en Munich o en Berna, y en relación con esto le referí mi encuentro con Chagall y con su hija, así como mi ya mencionado diálogo con Beckett. En una de esas caminatas también le hablé de la profunda impresión que me había causado el arte de Mark Tobey, aquel anciano sabio que él mismo conoció más tarde en Basilea.

Mas los diálogos no trataban sólo del arte y de los artistas de los que me ocupaba, dentro de mi actividad profesional y fuera de ella, sino que más frecuentemente se referían a las fuerzas poéticas del tiempo. Hablábamos de Rilke y del incremento siempre creciente de la literatura referida a él, y muchas veces le llevaba nuevos títulos sobre Rilke de mi extensa biblioteca, y le recomendaba la lectura de algún texto. El "ruido" de los literatos, que caía en lo periodístico, lo ponía de mal talante.

Otro tema tocado con frecuencia era el relativo a Gottfried Benn. Ya hemos referido un diálogo en Friburgo en el que Heidegger expresó su disgusto por la publicación de nuevas obras de Benn que la editorial Limes echaba al mercado a ritmo vertiginoso. A juicio de Heidegger, muy pocos de esos poemas alcanzaban el nivel de aquellas obras que, poco tiempo antes, se habían presentado al público alemán en el tomo *Poemas estáticos*. En efecto, había versos de Benn que formaban parte del acervo íntimo que Heidegger atesoraba; muchos se habían sorprendido cuando, respondiendo a una encuesta sobre la poesía más estimada de la lengua alemana, había nombrado precisamente a Benn. A la inversa, rechazaba con vehemencia los escritos en prosa y las conferencias publicadas por entonces. Acerca de los *Problemas de la lírica* debí oír duras palabras; Heidegger los consideraba fundamentalmente equivocados.

Un tercer maestro de la palabra, que me era casi desconocido aún, y que nos "acompañó" muchas de aquellas tardes, era Joseph Conrad. Heidegger tenía un elevado concepto de Conrad, al que llamaba un verdadero poeta. Cómo me asombraría, dijo cierta vez, cuando leyera *La línea de sombra*. Así fue; y también llegué a comprender por qué Hofmannsthal consideraba que la novela breve *Juventud* era una de las narraciones más extraordinarias de la literatura mun-

dial. No pocas veces la conversación pasaba de Conrad a Knut Hamsun, de quien yo al comienzo sólo conocía el libro *El capítulo final*. Heidegger, para quien ésa era la novela más floja del autor, me recomendó, en cambio, *Victoria*, *Hambre*, y especialmente la *Trilogía del vagabundo*, que era uno de sus libros más queridos.

Como historiador, yo tenía interés en incorporar a la discusión una u otra de las obras históricas que consideraba importantes. En primer lugar, Ricarda Huch contaba con toda mi simpatía, pues se dirigía a mi heredado orgullo de ciudad imperial. Pero no tuve éxito con ella ante Heidegger; me devolvió su libro *Alte und neue Götter* [Antiguos y nuevos dioses] a medio leer. Podría haberlo previsto: aquí la disciplina de la historia se mostraba en el máximo nivel de maestría, pero para la visión de Heidegger faltaba la apropiación de la historia aconteciente. A la vez, el sensible "elemento poético" le resultaba menos un atractivo que una molestia. En cambio, estimaba muchísimo, precisamente como poetisa, a otra mujer: Marie Luise Kaschnitz. A mí –un alemán del norte, por entonces distante aún de Roma– esa escritora "se me había escapado" hasta que él se refirió a ella en una de nuestras caminatas por el bosque. Su "Descripción de una aldea", poema en prosa que comienza muy al ras de la tierra para finalmente elevarse hasta lo visionario, le produjo tanto placer, e incluso exaltación, que en el invierno, cuando la editorial Suhrkamp lo editó en un pequeño tomito azul (no afeado todavía por ilustraciones), Heidegger se lo envió a todos sus conocidos como regalo de navidad.

Esas caminatas en las que hablábamos de artistas, de poetas y muchas veces también de filósofos, concluían siempre demasiado pronto. Cuando caía la tarde nos veíamos obligados a regresar, pues me quedaba un largo camino por recorrer. Cuando por fin nos separábamos en el portoncito trasero, donde el camino se bifurcaba por encima de la cabaña, Heidegger solía recomendar: "Tome usted el camino largo, no vaya a ser que se nos pierda en el bosque. Los Kirner le guardarán su cena". Y, en efecto, en la posada del Stübenwasen sabían adónde había ido, y que no regresaría pronto. Así, marchaba una hora cuesta arriba, y ya al final no me quedaba como orientación más que la franja clara del camino; arriba, entre el ramaje, titilaban las estrellas de la noche ya cerrada.

Pero también había días de mal tiempo, encapotados, brumosos y húmedos, en los que sin embargo era necesario llegar a la cita convenida; la única comunicación telefónica posible, para casos de emergencia, era a través del encargado del albergue juvenil. Cierta tarde de lluvia, hallé a Heidegger esperándome en la puerta, listo para salir: "Partiremos de inmediato". No hubo té. La señora Heidegger guardaba silencio. Él también guardaba silencio, grave e inaccesible, de modo que lo seguí sin palabras. Finalmente, al cabo de un largo rato, en la espesura del bosque, se dirigió a mí: "Hoy tiene que ayudarme en un delito forestal". Lo miré incrédulo mientras me señalaba un pino caído, no muy grande y ya seco, que probablemente yacía allí hacía bastante tiempo, pues en sus ramas no quedaba verde. Extrajo una pequeña sierra de mano y con gran destreza comenzó, por así decir, a "quitar las espinas" del tronco. Naturalmente, advirtió mi ligera sorpresa, y explicó lacónicamente: "Mi esposa necesita leña para la cocina". Me sentí un poco incómodo pensando que efectivamente íbamos a cometer un "delito", como me había dicho. Pero una vez allí no podía echarme atrás; era una situación verdaderamente insólita. Cuando bajábamos por el bosque con el arbolito cargado al hombro, Heidegger delante y yo detrás, al cruzar un camino nos topamos… con el guardabosque. Me quedé pasmado por la flema de Heidegger, que comenzó a conversar, mientras marchábamos los tres juntos por el camino, hasta que finalmente nos separamos de él para tomar otro atajo a través del bosque hasta la cabaña. Llegados allí, Heidegger estalló en carcajadas: había querido asustarme un poco con el cuento del "delito forestal"; le había gastado la misma broma a Gadamer años antes (como pude comprobarlo luego en su libro *Mis años de aprendizaje*, donde incluso hay una fotografía que registra el hecho), pero, en efecto, se trataba de un "delito" autorizado por la comuna, pues los vecinos tenían permiso para proveerse de leña en el bosque y, naturalmente, el guardabosque lo sabía. (Hoy me pregunto si esa sierra tan pequeña no era parte de la puesta en escena.) En la cabaña nos esperaba un té, y un aguardiente contribuyó a restablecer los espíritus. Aquel atardecer nos encontró de un humor muy festivo.

A Heidegger le disgustaba que se interrumpiera la quietud de la cabaña, que le garantizaba la continuidad de su trabajo, y por ello tanto más debía valorar yo el hecho de que no se me considerase una

molestia. Las tardes en la cabaña se hicieron tradición, y cuando un año decidí no ir al Stübenwasen, me escribió desde allí que había extrañado mi presencia. Además de Beda Allemann y de Ernst Tugendhat, a quienes Heidegger tenía en muy alta estima, al único que encontré allí arriba fue a Carl Friedrich von Weizsäcker, quien relata en sus memorias que Heidegger lo condujo cuesta abajo por un camino que terminaba abruptamente, en un bancal de líquenes debajo del cual surgía agua. Yo (que también era de la partida) exclamé: "¡Cuidado, Herr Professor, esto está mojado!", y Heidegger, riendo, respondió: "Sí, el camino del bosque… conduce a las fuentes" (cosa que no había dicho en su libro, agregó). Esa caminata terminó al anochecer en las alturas, sobre Todtnauberg; asomaba la luna llena y, en el poniente, el cerro Belche dibujaba su contorno nítido en el cielo. Cuando relumbraron las primeras estrellas, y las cálidas lucecitas que se iban encendiendo abajo, en las granjas, parecieron responderles, extasiado di rienda suelta al regocijo que me producía el juego de luces. Al parecer, a Weizsäcker ese lirismo le resultaba un tanto embarazoso; comenzó a explicar las causas físicas que provocan que la luz de los astros se presente de una manera para el ojo y de otra para las lámparas. Heidegger, que habrá notado mi decepción y mi incomodidad, rió y neutralizó la explicación didáctica exclamando: "Petzet, usted olvida que el señor von Weizsäcker es un científico. No puede usted ponerse a hablar… como un poeta".

La cabaña y los poetas; éste sería un capítulo aparte. En primer lugar, habría que mencionar aquí el nombre de Hebel. Su imagen –una lámina en colores ya muy desvaídos– se ve en el rincón en que Heidegger lee ocasionalmente a sus huéspedes algo de los *Poemas alemánicos*, lo que era tradición, además, todos los 26 de septiembre, cuando las campesinas de la zona llegaban a saludarlo y eran agasajadas con café y pastel de cumpleaños, un ritual en el que nadie más era admitido.

En una ocasión, después de la guerra, un gran poeta visitó la cabaña: Paul Celan. No lo reconocí, pero percibí la duradera impresión que causó en Heidegger, quien se sintió profundamente afectado por el poema "Todtnauberg", que Celan escribió luego. Lamentablemente, ese poema, cuyas versiones publicadas difieren en una palabra, bien que decisiva, se ha transformado en una manzana de la discordia;

se discute acerca de su significado, y una sombra política oscurece la alusión, ya de por sí enigmática, a "una palabra que adviene/ de alguien que piensa" (o bien: "que adviene sin demora"). El registro de Celan en el libro de la cabaña –la raíz del poema– sólo contiene la esperanza de la palabra por venir, lo que, según el editor alemán de Celan, Beda Allemann, demuestra la esperanza de un poeta por venir, pero de ningún modo se refiere a la expectativa de una palabra de arrepentimiento por parte de Heidegger. "Porque el diálogo de Heidegger con los poetas –dice Allemann–, de los que evidentemente se habló también con Celan, no se refiere, si se lo entiende de un modo suficientemente radical, a otra cosa más que al poeta por venir (aunque en un sentido no del todo sencillo) y a su obra."

La visita de Celan hizo feliz al pensador. Aquél comprendió la fuente como dadora de vida:

Árnica, alegría de los ojos, el
trago del pozo con el
dado de estrellas encima.

Ya desde el comienzo la cabaña llevó a su ocupante a hablar de lo poético, lo que queda patente en su escrito breve "De la experiencia del pensar", en el que las sentencias del pensamiento se despliegan a partir de una disposición sumamente poética y de visiones de la naturaleza, y permanecen en todo momento ligadas a ella. La primera edición, impresa en Suiza como edición privada –un cuadernillo de armado precario, con correcciones manuscritas– indica que la "Experiencia…" se publicaba en conmemoración celebratoria de los veinticinco años de existencia de la cabaña. Las versiones impresas posteriormente, en las que las palabras de ambas esferas, que forman un contrapunto, aparecen separadas, no revelan esa circunstancia. Poseer la primera edición era una suerte de galardón. Cada vez que tomo en mis manos aquel frágil cuadernillo y pienso en la cabaña, acuden a mi memoria tres versos de Hölderlin:

pero en sagrada umbría
en la verde ladera, habita
el pastor y contempla las alturas.

UNA JORNADA DE HEBEL

Uno de los provincianismos por los que frecuentemente se ha creído necesario criticar a Heidegger es su cariñosa defensa de Johann Peter Hebel y de su poesía. Reproches que, dicho sea de paso, con frecuencia han sido exagerados hasta lo grotesco y panfletario, dejando de lado no sólo el terreno de la objetividad científica, sino incluso los límites que impone la decencia. Por lo visto, en el mundo tecnificado de hoy existe una disposición de espíritu que no logra ver lo "humano", tan cacareado, en otra forma que la de una intelectualidad especializada, "urbana", y que en este camino ha perdido toda relación con las raíces de las que la humanidad procede, o ha renunciado a sabiendas a ella. Desde esa perspectiva, nociones como "terruño" o "arraigo" se transforman fácilmente en términos peligrosos, objeto de los lamentos de la razón ilustrada y de los sarcasmos del progreso sociológico. De lo "provinciano" a lo políticamente "reaccionario" no hay más que un paso. Así se opina.

Basten estas indicaciones para ejemplificar el tipo de consignas con las que se atacaba una y otra vez a Heidegger para desacreditarlo. Mas nada de ello se aproxima a la verdad de las cuestiones de las que aquí se trata, cuestiones que peligran sin que se haya comprendido que esto significa un peligro para el hombre en general. Pero no es éste el lugar para polémicas. Dejando de lado las palabras belicosas, nada hay más urgente que aprender nuevamente a escuchar. Y, en este sentido, lo primordial es la capacidad de escuchar a los poetas. Y en este caso concreto a Hebel, tildado de "provinciano".

Gerhard Storz, que por entonces era el ministro de Cultura del estado de Baden-Württemberg, afirmó en su discurso de saludo en la entrega del premio Hebel del año 1960 que el galardonado había demostrado que "Hebel fue un poeta de alcance mundial", que "se ganó el derecho de ciudadanía" no sólo en su región alemánica "sino en un mundo espiritual más amplio, el de Alemania y aun el de Europa". El premiado había liberado a Hebel de la estrechez de poeta local y de pequeño maestro querible en que se lo había convertido, y lo había elevado a su verdadero rango. Ese galardonado era Martin Heidegger. Poniendo su diálogo con Hebel a la par de sus interpretaciones de Hölderlin, Trakl y Rilke –decía Storz–, había resguar-

dado a aquel poeta del terruño de que, con el rótulo de poeta popular, se lo incluyera dentro del "arte patriótico" propagado por el nacionalsocialismo.

Que Hebel iba a ganarse "un lugar propio en el Parnaso alemán" lo había vislumbrado ya otro poeta alemán, con quien se decía que Heidegger tenía mala relación: Goethe. Si se reflexiona acerca de la relación de los alemanes con su literatura, es de destacar que Goethe no tenía dificultad en leer los poemas alemánicos de Hebel sin aclaraciones filológicas. Sí le parecía deseable que todo el tesoro de la lengua alemana fuese reunido en un diccionario general –escribía–, pero "mucho más rápida y más viva es la transmisión práctica mediante los poemas y la escritura". Lo que aún era posible para Goethe no lo es para la mayoría de los oyentes y los lectores alemanes de hoy. Mientras que aquél percibía los elementos de la "lengua ordinaria [...] aglutinados mediante construcciones felices y formas vivaces para forjar un estilo" que presentaba grandes virtudes en comparación con nuestro lenguaje libresco, cuando en la cabaña Heidegger se dispuso a leer poemas de Hebel a sus visitantes del semanario *Der Spiegel*, oyó la objeción de su esposa: "¡Pero Martin! Si los señores no entienden eso...". Y si los huéspedes aseveraron lo contrario probablemente fue por pura cortesía. A su vez, Goethe había observado ya en 1804 que para permitir a toda la nación disfrutar de esa saludable poesía había diversos medios, "en parte, por la lectura a viva voz". De manera que cuando a quienes lo visitaban en la cabaña les leía algunos de los *Poemas alemánicos*, como ocurría con frecuencia, Heidegger obraba de acuerdo con los preceptos de Goethe. La buena disposición de sus oyentes se veía recompensada del modo más bello, y lecturas como "El prado", "El atardecer de verano", "La papilla de avena", o la magnífica composición sobre la transitoriedad, serán inolvidables para todos aquellos que las hayan escuchado de boca de Heidegger.

A pesar de venir de muy lejos, del interior de Heuberg, toda su vida Heidegger estuvo íntimamente ligado a la Región Alta [Oberland], que tanto añoraba el poeta arrojado por el destino a Karlsruhe, a la Región Baja [Unterland]. Sabía hablar con los campesinos y las campesinas en su lengua, y cuando escribía *Ser y tiempo*, en el rincón del crucifijo, en la sala negra de hollín de la casa campesina de la Rütte,

había escuchado a su bisabuela, y la había oído pronunciar palabras que los jóvenes ya no entendían (como lo refirió alguna vez en sus lecciones). El hecho de que en 1960 recibiera el premio Hebel, con el que también habían sido galardonados Albert Schweitzer y Jakob Burckhardt, era la expresión de su íntima pertenencia a la lengua de la región.

En su discurso de agradecimiento, pronunciado en Hausen ante una variopinta multitud de gentes de campo y de ciudad (entre ellos un nutrido grupo de habitantes de Todtnauberg), Heidegger tomó como punto de partida las palabras oscuras y enigmáticas del último de los *Poemas alemánicos*. Allí se habla de la sepultura en la fría tierra, en un lugar que tiene una puerta secreta; "y aún quedan cosas más allá", lo que los filósofos en su lenguaje llaman lo "trascendente". En un lenguaje magistral, denso y sencillo por comparación con sus antiguas frases grávidas y recargadas, Heidegger conducía hasta aquella puerta secreta "de la que sale toda poesía y todo pensamiento". Citaba versos de un poema de Hebel descubierto tan sólo diez años antes por Wilhelm Altwegg, cuyo título es "Éxtasis", versos en los que se dice que el lenguaje, aun el del poeta, es incapaz de decir lo impensable:

> Ninguna palabra del lenguaje lo dice,
> ningún cuadro de la vida lo pinta.

No obstante, en la palabra poética lo impensable se hacía presente; lo inaudible para los sentidos –el silencio de las cosas–, lo invisible para los sentidos –el relucir de su esencia– se acercaba al hombre.

Cuando unos días más tarde hice llegar a Heidegger mi crónica impresa sobre la jornada de Hebel en Hausen, me lo agradeció remitiéndome una copia de su pequeño discurso; en la carta anexa agregaba: "Por lo demás, fue evidente que a los señores de Basilea (es decir, de la fundación Hebel) les resultó desagradable que saliera a la luz todo un costado nuevo de Hebel; prefieren quedarse con el Hebel pintoresco". En lo que respecta a aquel poema, era necesario un elevado pensamiento para bien decir ese asunto. Con toda intención, cuando leyó la estrofa "El habla que resuena con estruendo", omitió el verso final: "¡Qué bienaventuranza disolverse en la Nada!".

Pero esta Nada era el fundamento y el núcleo de toda la actividad poética de Hebel, y siguió siéndolo durante las décadas siguientes. Heidegger citaba una carta de Hebel a su amigo Hitzig (fechada en febrero de 1797) en la que el poeta habla de su "estudio de la filosofía kantiana", y llega a la siguiente conclusión: "Hay un solo sistema, una sola filosofía: ¡la nuestra!, que se diferencia de todas las demás porque reposa sobre un *fundamento*; en tanto aquélla se funda sobre nada, la nuestra en cambio lo hace al menos sobre *la* Nada."

¿Habrían seguido los oyentes a Heidegger sin hesitar si éste hubiese leído ese final del poema? ¿O habrían dicho enseguida: ¡ahí viene otra vez con su Nada!? ¡Qué existencialista incorregible! Probablemente nadie habría preguntado por la significación de esta Nada. Pero tal como ocurrió, la alegría de la jornada de Hebel no se vio enturbiada, y según el poeta ella y la seriedad se complementan como hermanas, de lo cual dieron la más bella prueba las gentes del marquesado famoso por sus vinos, que celebraron con alegría y naturalidad la tradicional fiesta de Hebel, su fiesta de primavera. Fue el más espléndido día de mayo. Alumbraba la casa en la que creció el niño Johann Peter, y dio su luz también al "festín de Hebel", en el que doce ancianos de la aldea se reúnen con los antiguos laureados del premio Hebel. Allí la poetisa popular Lina Kromer leyó sus versos alemánicos, mientras Heidegger escuchaba con expresión satisfecha.

Fue una jornada animada por el espíritu de Hebel, y sólo a un observador externo podía parecerle que se trataba meramente de una fiesta de un folklore Biedermeier alejado del presente. Quien conoce las cartas que el canónigo y prelado de Karlsruhe escribía a su amada Región Alta sabe que esa noción es errónea. Cuando el diálogo con Heidegger giraba en torno de Hebel, nunca faltaba la referencia a esas cartas, y muchas de sus citas quedaban resonando en la memoria, comparables con el *Merk's Wien* [Recuérdalo, Viena],* de Abraham a Santa Clara. Así, por ejemplo, en una carta de agosto de 1804, también dirigida a su amigo Hitzig, al describir su encuentro con Heinrich Stilling Hebel dice que un minuto con un hom-

* Pequeño tratado religioso publicado en 1680, que describe la peste que había asolado a esa ciudad. [N. del T.].

bre semejante lo transformaba en un niño devoto y creyente. "Con esta particular disposición, me alegra que tú consideres que para la fe religiosa es necesario el misticismo. Pero no deberíamos decirlo, pues no deberíamos saberlo, deberíamos tener el misticismo y no saberlo, no tener un nombre para él", para ese "pequeño fantasma de la casa, secreto y silencioso", del que es tan fácil envanecerse en cuanto se lo nombra… y que en ese caso asciende del corazón –donde hace su obra tranquilamente y en silencio– a la cabeza, donde no produce más que desatinos.

¡Singulares pensamientos para un canónigo! Y más singulares son aquellos que expresa en una carta posterior a su amigo, en la que defiende el politeísmo. Heidegger consideraba que esta carta era un importante testimonio. El dios filosófico de aquellos tiempos, objeto de bautismos y de prédicas, estaba asentado, temía Hebel, sobre un fundamento endeble; sus seguidores adoraban una definición: "Su Dios es siempre una abstracción y nunca se concretiza". Cuando el poeta continúa diciendo que sólo la fe aprendida le impide "construir pequeñas iglesias para los extintos dioses" y que le bastaría con uno o más dioses de esta tierra, que estén a nuestro alrededor, que "abran los pimpollos de las flores, maduren nuestra uva, en los que podamos confiar, con tal que no tengan que preocuparse de quién cuida de los restantes astros, al igual que nosotros", entonces tras el mundo de los poemas regionales se hace visible algo más, que es quizá lo que también se vislumbra tras las estrofas de "Transitoriedad". Cuando en la carta a Hitzig dice luego que aquellos dioses no deberían ser todopoderosos e infinitamente sabios, sino tan sólo tener el poder y la sabiduría suficientes para nosotros, no deberían ser soberanos, sino sometidos a otro más poderoso y sabio, "por el que tendrán que preocuparse ellos, no nosotros", acude a la memoria de Goethe, quien reseñando los *Poemas alemánicos* escribió que la Deidad Superior permanece en un segundo plano.

¿El Hebel pintoresco? Era un Hebel cómodo, fácil de usar. Heidegger tenía una imagen muy distinta del "amigo de la casa": aquel que había conquistado su sitio en el parnaso alemán y al que seguía defendiendo. "El invalorable Hebel", como lo llamó con afecto Goethe al recordar la "Mañana de domingo" en Sesenheim.

LOS HERMANOS DE MEßKIRCH

"¿Y en qué trabaja usted ahora?" Cuando Heidegger invitaba a una conversación, a una caminata por el bosque, a un vaso de vino por la tarde, siempre había que estar preparado para esa pregunta. Él, que era un trabajador incansable, no podía concebir que para alguien transcurriese un día sin el esfuerzo del trabajo. Pero el trabajo no significaba para él ni esclavitud ni apresuramiento. Era el compromiso permanente, nunca suspendido, de seguir construyendo su propio camino, una carga sagrada, que portaba sin obligación ni urgencias. Como todos los grandes trabajadores –Kant, por ejemplo–, también él se concedía respiros en su esfuerzo. Cualquiera que haya oído su risa sabe cuán jovial podía ser su ánimo; la imagen de Heidegger como "existencialista" eternamente ceñudo es un invento, un invento malintencionado que algunos de sus detractores se empeñaron en propagar. "La presión de los negocios –escribía el joven Goethe en una carta– es muy bella para el alma; cuando ésta se ha descargado, juega con tanta mayor libertad." Si en lugar de la palabra "negocios" se escribe la tarea del gran trabajo, esta frase se aplica plenamente a Heidegger, aunque nunca se alivió por completo de esa tarea, que se le hizo aun más pesada en su vejez. A veces gustaba decir que no había nada que supiera hacer mejor que no pensar en nada; lo decía especialmente cuando alguien se lamentaba por él, diciendo que seguramente era arduo pensar tanto. Sin embargo, bien entendida, su respuesta albergaba un doble sentido de los que tanto le gustaban.*

Se interesaba sinceramente por el trabajo de sus amigos, aunque a veces lo pillaba a uno en falta, cuando no había trabajado con suficiente ahínco. "Puesto que la última vez vino mal preparado, y sin embargo el asunto de Klee le importa tanto, quisiera pedirle que pase a buscarme el Viernes Santo a las 15:00 para dar un paseo por el bosque" (22/3/59). En otra oportunidad, una invitación a cenar se cierra con estas palabras: "Después podremos, no digo resolver, pero al menos discutir sus preguntas". La visión del

* El doble sentido no se obtiene en la traducción: "*Nichts denken*" puede significar tanto "no pensar nada" como "pensar (la) nada". [N. del T.]

escritorio de Zähringen creaba de inmediato un clima densamente habitado por las preguntas del pensador. Cuando en ocasión de la Navidad de 1953 le envié un libro de un profesor del círculo de Kant, hoy olvidado, me respondió que yo era un maestro para hallar libros raros y apropiados. El libro se acercaba a su trabajo: "El primer párrafo de la introducción dio en el blanco conmigo: 'El pensamiento es el elemento en cuyo seno el hombre mejor prospera'. Como se dice y se muestra en lo que viene después, no se trata de una sentencia iluminista". El trabajo del pensamiento le garantizaba prosperidad.

¿Pero qué tiene que ver todo esto con Meßkirch, la ciudad natal desde la que se elevó el arco de esa vida, y a la que hemos de volver nuestra mirada ahora? Extremando los términos, podría decirse que en cierto modo en sus años tardíos Meßkirch fue para Heidegger sinónimo de su trabajo. Se han dicho y se han escrito algunas cosas acertadas, pero sobre todo, lamentablemente, muchas necedades acerca de la relación del pensador con su antiguo terruño. Confundir esa relación con provincianismo sólo es posible desde una perspectiva como la que trae consigo la limitación, diríase "pavimentada", de la "estrechez urbana", en muchos casos propia del ser humano actual. Parece que la sensibilidad para tratar con lo originario, con las raíces, va muriendo; por doquier se transitan caminos del bosque que ya *no* conducen a las fuentes. Allí donde predomina la pura intelectualidad, el "terruño" no es más que una palabra. O la sensiblería de un folklore relamido.

Lo que Heidegger entendía por terruño, y lo que vivenció como terruño hasta sus últimos días, nada tenía que ver con sentimentalismo. Los recuerdos que guardaba de Meßkirch no eran de otra índole que los que incluso al citadino más empedernido lo ligan con su lugar de origen, y estos recuerdos hacían que para él la vieja ciudad provinciana –con el castillo de los condes de Zimmern, sus cuatro torres y la iglesia de San Martín, cuya mole emerge de entre la maraña de callejuelas– tuviera un aspecto sin duda diferente del que podían presentar a los ojos de un forastero. Pero no se retiraba a ese lugar del interior de Heuberg, llamado por los de afuera –ya con admiración, ya con ironía– "rincón de los genios" porque era cuna de maestros tan diversos como "el de Meßkirch", Conradin

Krenzer, Johan Baptist Seeles, Conrad Gröbers y el mismo Heidegger; no se retiraba a ese lugar con patetismo o con arrebatos de entusiasmo. En definitiva, se trataba de estar en casa, en la lengua natal, de encontrarse cobijado por las gentes a las que se pertenecía y de entre las cuales había surgido. Heidegger había vivido su primera juventud en Meßkirch; luego, apadrinado a causa de su capacidad y destinado al sacerdocio, pasó a Constanza en 1903, y en 1906 ingresó al liceo de Friburgo. Durante sus vacaciones, y más tarde en los períodos preparatorios para la carrera académica (a partir de 1909), regresaba siempre a su terruño de Meßkirch.

La fidelidad para con el camino campestre es un trazo fundamental de la vida de Heidegger. Allí meditó "unos u otros escritos de los grandes pensadores", que descansaron sobre el banco junto al camino. En el diálogo, por otra parte, no agregaba más detalles a lo que esta frase de *El camino campestre* deja entrever. Haber sido introducido al silencio de las cosas del terruño no significaba que ellas hubiesen quedado al desnudo. Recuerdo muy bien mi primera visita a Meßkirch, cuando caminé con Heidegger por las callejuelas, y luego, siguiendo el camino bordeado de grandes tilos que flanquea el parque del castillo por el sur, me condujo al camino campestre (que por entonces no era una calle pavimentada); regresamos por los oscuros patios del castillo hasta la plaza situada frente a la iglesia, con su frente casi hostil y la torre de cúpula renacentista, que se divisa desde la campiña circundante. Luego, antes de que oscureciera, la visita al interior de la iglesia, el panel reluciente de oro del cuadro del anónimo maestro, que representa a los Reyes Magos, y por último, en la madera oscurecida de las graderías del coro, la búsqueda de aquel banco en el que durante los servicios, cuando los latines comenzaban a aburrirlo, el niño cantor había tallado a escondidas sus iniciales en la madera. Allí se las puede ver aún hoy, y la llama eterna derrama su resplandor sobre el "MH" con el que había querido "eternizarse" y con el que señala más allá de su tiempo en otro sentido muy diferente.

Otro de los caminos que salía de la ciudad cruzando el riacho Ablach, y que llevaba a la iglesia de Nuestra Señora, con su torrecilla manierista, dio ocasión para conversar de la congregación veterocatólica que allí rendía culto. En la década de 1970, después del

Primer Concilio Vaticano, había crecido tanto que durante casi dos décadas la iglesia mayor, la de San Martín, estuvo bajo el poder de los veterocatólicos. ¿Un indicio de terquedad religiosa?: al menos, una señal de la independencia espiritual de los habitantes de Meßkirch, que no se plegaban sin chistar a cualquier cosa. Yo habría querido saber mucho más de todo aquello, pero en aquel momento, cuando Heidegger me relató esos hechos, no quise preguntar demasiado porque, como hijo del norte archiprotestante y aun calvinista, era tímido, e incluso torpe, en el trato con mis compatriotas católicos. Más adelante, durante un paseo prolongado, Heidegger me refirió alguna vez, más con alusiones que con palabras directas, cuán indeciblemente difícil se le había hecho (¡y cuán difícil le habían hecho!) abandonar la teología y salirse de la vía ya emprendida del sacerdocio para hacer su propio camino. (Mucha de la aversión por el poder y la influencia de "los de negro" que manifestaba ocasionalmente se entiende mejor desde esta perspectiva.) El hecho de que sin embargo no se transformase en un "renegado", en un apóstata displicente, de que siguiera siendo miembro de la vieja iglesia –que por su parte no le negó la cristiana sepultura– es uno de los enigmas de esa vida, que recubre sus dolores acaso nunca totalmente superados. Ésa fue la única ocasión en que tocamos el punto. Un servicio en la catedral protestante de Bremen lo dejó indiferente. Pero en Ronchamp, cuando visitamos la nueva iglesia de peregrinación proyectada por Le Corbusier, abandonó a sus acompañantes, interesados en inspeccionar la arquitectura, porque quería seguir la misa que un joven sacerdote celebraba ante los peregrinos según una modalidad novedosa para él.

En los recuerdos de la infancia y de los primeros años de juventud ocupaban un lugar principal el padre y la madre, cuyo retrato estaba sobre su escritorio en Friburgo: un rostro marcado por una bondad nacida del sufrimiento. *El camino campestre* permite vislumbrar algo del mundo de sus tres hijos; pero se hablaba poco de eso. Cierta vez, el escritor Hans Bender, que trabajaba en una publicación sobre viejos y nuevos métodos en la educación escolar, escribió a Heidegger solicitándole que narrase algo acerca de los antiguos maestros de escuela. Éste respondió que no se trataba de una pregunta fácil, porque era necesario comenzar desde muy atrás. Las

explicaciones que Bender adjuntaba a su pregunta indicaban que le interesaba saber si los maestros de antes eran efectivamente esas "caricaturas" que muchas veces se hacía de ellos o si, a pesar de todo, le daban al niño algo "para la vida".

Durante el diálogo sobre ese tema, que tuvo lugar en el estudio de Heidegger en Friburgo, afirmé que no podía imaginar que el maestro hubiese sido realmente ese hombre de sombrero de ala caída armado de su báculo, que tan a menudo retrataban los caricaturistas. Heidegger respondió que sí, que así era, lamentablemente. "Si pienso en la escuela primaria, ¡cómo golpeaban! Bastaba un gesto mínimo del maestro para que el 'delincuente' fuese apresado. Los maestros golpeaban sin cesar. ¡Con la vara gruesa!"

Le respondí que esa miniatura de la realidad de Meßkirch me traía a la memoria los terribles recuerdos de escuela que Rilke había echado en cara a su antiguo maestro, el general de división Sedlakowitz; Heidegger estuvo de acuerdo, pero aclaró que luego, en el liceo de Constanza, las cosas habían sido diferentes. "Es cierto que también allí los profesores eran rigurosos, muy rigurosos, pero con ellos se podía aprender algo, aunque algunos eran bastante peculiares. Por ejemplo, nuestro profesor de griego…" (se trata del ya mencionado consejero eclesiástico Hahn, oriundo de Rast).

Hablamos después de otras asignaturas escolares. En aquel tiempo no existía lo que hoy se conoce como "educación artística". Pregunté si eso significaba que en esa época el arte no tenía ningún espacio en la escuela, lo que, claro está, me interesaba especialmente, y se desarrolló un breve diálogo sobre el papel del arte en la educación escolar de antaño:

> Lo que hoy se llama "educación artística" –dijo Heidegger– era en aquella época la clase de dibujo; teníamos que participar de ella todos los pupilos del internado, en una sala bastante grande que también se usaba para los ensayos del coro. Sobre la tarima se instalaba el maestro de dibujo, también él un muchacho bastante particular. En realidad, no se preocupaba por nada. Sentado frente a su propia hoja de dibujo, nos daba el ejemplo, y así se dedicaba toda la hora exclusivamente a su propio arte. De tanto en tanto, alguno de los alumnos debía acercarse hasta la tarima y mostrar

su "obra" más o menos terminada, y era despachado de regreso a su banco con un "bien, bien". Hasta que al acabo de un rato, le tocaba el turno a otro [...].

¿Y usted?, intervine yo.

Bueno, yo me había ubicado precisamente delante del podio, en las mismas narices del maestro, de manera que casi no me veía cuando de tanto en tanto paseaba su mirada por las filas de los "artistas". Así, en mi "ángulo muerto" podía ampararme tras la lámina que debía copiar. Me había tocado reproducir la imagen de una embarcación desmantelada, con gran cantidad de cuerdas y velas. Una vez que tenía mi lámina bien montada sobre el pupitre, me escondía tras ella y... leía.

¿Y qué leía?, inquirí curioso.

¡Adalbert Stifter! (Heidegger toma un libro del anaquel que hay junto a su escritorio). Vea este viejo tomo, allí dice: "Navidad de 1905". Había pedido como regalo de Navidad la edición de Stifter, y la leí en la clase de dibujo. Sólo me tocaba mostrar de tarde en tarde mi barco.

¿Y los demás qué hacían?

Pues yo tenía un amigo que era el mejor en dibujo y se sentaba atrás de todo; debido a que era tan bueno, era el único que recibía un "modelo". ¡Una calavera de verdad! Pero como era tan bueno y el profesor ni se molestaba en controlarlo, también él leía, detrás de la calavera. ¡Gorki!

Era muy peligroso, figúrese usted: ¡1906! Pero como yo también quería participar, después lo leímos juntos, claro que no en la clase de dibujo, donde nos habrían descubierto. Íbamos al puerto de Constanza y nos metíamos en las cabinas de frenos de los viejos vagones de carga. Ahí leíamos, olvidando nuestro interés por los barcos amarrados en el muelle. ¡Si nuestros profesores hubiesen sabido que sus pupilos leían a Máximo Gorki...!

¡Meßkirch! Aún conservo una pequeña fotografía que Heidegger me envió para la Navidad de 1952. "Muestra una parte al noroeste del castillo donde solía andar mucho de niño." ¿Se trataba acaso del improvisado campo de fútbol de la Juventud de Meßkirch, en la que el pequeño Martin jugaba como wing izquierdo? Tampoco más tarde renegó de esta vocación deportiva, aunque por lo general sólo se lo conocía como buen nadador y esquiador. Cuál no fue mi sorpresa cuando un día, a comienzos de la década de 1960, me preguntó si los caseros de mi vivienda de Friburgo tenían televisor, y, en caso afirmativo, si podía ver con ellos un partido importante. Mi casero, no menos sorprendido, accedió con mucho gusto. La tarde señalada Heidegger llegó y sin timidez ocupó su sitio en el pequeño círculo familiar, aficionado al fútbol. Le procuré una taza de té y él, mirándome con picardía, me despidió diciendo: "Bueno, Petzet, váyase a su departamento a trabajar, que de fútbol no entiende nada". Dicho lo cual se enfrascó en el partido HSV-Barcelona, que se disputaba en Bruselas; según me contaron luego, "participó" tanto del juego que llegó a patear con el pie izquierdo, derramando sobre su rodilla lo que quedaba de té en su taza. A partir de ese día, el mismo propósito lo trajo repetidas veces a la calle Schwarzwald.

Años después de la muerte de Heidegger me enteré de otro hecho que para mí, tan ajeno al fútbol, echaba nueva luz sobre la pasión que el antiguo wing izquierdo de Meßkirch seguía sintiendo por su deporte de juventud. El director artístico del teatro de Friburgo, Hans-Reinhard Müller, me relató que cierta vez, viajando en tren desde Karlsruhe hasta Friburgo, había encontrado a Heidegger, que regresaba de una sesión de la Academia en Heidelberg, y se había presentado a él. Con la esperanza de entablar un interesante diálogo sobre literatura y teatro, había intentado captar la atención de Heidegger, hablando de su propia actividad en Friburgo; pero fue en vano (no tenía modo de saber que a Heidegger el teatro le era indiferente). En cambio, Heidegger le preguntó si también tenía contacto con la televisión; para explicar su pregunta, aclaró que lo único que le importaba de esa tecnología moderna eran las transmisiones de fútbol, en particular las de partidos internacionales; especialmente le interesaban los ingleses. También expresó su gran admiración por Franz Beckenbauer. Hizo una apasionada descrip-

ción de su juego, manifestando cuánto lo fascinaban la táctica y el manejo de la pelota del jugador, y, ante la estupefacción de su interlocutor, llegó incluso a ensayar una demostración efectiva de tales sutilezas. No menos admiraba la destreza de Beckenbauer para eludir los choques con jugadores contrarios, que con tanta frecuencia parecían inevitables; exaltándose, llegó por último a hablar de la "invulnerabilidad" de ese futbolista, al que caracterizó como "genial".

Así siguió hasta Friburgo, donde ambos se bajaron del tren. Jamás se le hubiera ocurrido al hombre de teatro que podría tener una conversación semejante con el filósofo; fue la única que tuvieron. Heidegger se guardó bien de referirme la anécdota, aunque ocasionalmente yo le hablaba del director artístico y de su fecunda labor en Friburgo y en Munich. Al fin y al cabo, yo no entendía nada de fútbol.

En las últimas décadas de su vida, la ciudad natal, Meßkirch, se personificó para Heidegger enteramente en su hermano Fritz. Si con el tiempo éste llegó a ser la figura más popular de la pequeña ciudad, no fue, sin duda, a causa de su labor como empleado del Volksbank [Banco Popular] de Meßkirch. Célebre por los discursos burlescos que pronunciaba en los carnavales de Meßkirch, Fritz Heidegger tenía una indiscutida fama de excéntrico. Hasta el día de hoy circulan numerosas anécdotas a propósito de él, nunca malintencionadas, siempre alegres; en el fondo, gozaba de la estima y aun de la veneración de sus conciudadanos. Mientras el famoso "profesor" estaba en Friburgo o en su cabaña, "al Fritz" podía encontrárselo siempre en la ciudad y hablar con él, a menos que se tuvieran razones para temer sus cordiales invectivas, que surgían con la rapidez del rayo y dejaban inerme a la víctima. Fritz Heidegger poseía un espíritu tan extraordinariamente agudo que podía despertar en terceros la sospecha de que en realidad era él quien había escrito las obras que habían llevado a su hermano a la fama.

Quien entraba a la pequeña casa recubierta de madera en la calle Friedrich Ebert y era conducido a la habitación, en uno de cuyos rincones se veían manuscritos apilados casi hasta el techo (también aquí "todo sin publicar", como había observado Kommerell en Todtnauberg), acaso podía suponer que se trataba de los frutos del espíritu fecundo del hermano Fritz. Pero él tan sólo los guar-

daba, los copiaba, los ordenaba. Con todo, su participación en ellos era importante. Los hermanos solían discutir cada cuestión, sopesar críticamente las formulaciones y rivalizar en sus conocimientos de los clásicos griegos y latinos. Las obras de Heidegger serían impensables sin la asistencia de su hermano, que ocasionalmente también manifestaba opiniones divergentes, aunque sin descomedirse hasta el punto de querer defender una posición contraria a la del filósofo, que durante toda su vida conservó una profunda gratitud hacia "el único hermano". El menor lo sobrevivió apenas cuatro años. El 1º de julio de 1980 fue conducido al sepulcro con la participación no sólo de media ciudad, sino también de numerosos amigos de Heidegger de todo el país e incluso de Francia, de manera que se tenía la impresión de que se reiteraba el cortejo que había acompañado al filósofo el 28 de mayo de 1976.

Éste sabía bien que para su hermano la vida no siempre había sido fácil, pues tenía grandes problemas a causa de una dificultad con el habla. Sin duda, no siempre habrá estado exento de envidia cuando debía permanecer en segundo plano, pese a su deseo de intervenir. Cuando uno se sentaba a la mesa con Fritz Heidegger a compartir un vino –bebida a la que era muy afecto–, en sus palabras y en sus ademanes se iba descubriendo con más y más claridad una faceta profundamente melancólica. Su humor tenía algo de shakespeareano, sin que faltasen en él el encono y la tristeza. Que después de conocerme mejor me apodase "das Petzetle" ["Petzetín"] podía considerarlo yo un honor. Acuñaba frases brillantes que hacían la ronda y se repiten hasta hoy. Como ejemplo referiré una de esas formulaciones, que se me ha hecho inolvidable. En ella se expresa de un golpe la genialidad oculta de este hombre, pero también su inquebrantable vínculo con el mundo del pensamiento de su hermano Martin. Una vez, la única, cuando visitó Bühlerhöhe, un mundo que en el fondo era completamente ajeno para él, para conocer al afamado profesor Stroomann y presenciar una conferencia de su hermano, al final de la misma fue asediado por un círculo de señoras curiosas que lo sometieron a un interrogatorio en toda regla; esperaban, de este modo, llegar a saber algo más acerca del célebre pero hermético filósofo. En aquel tiempo, en los círculos cultos se hablaba sin cesar de la China de Mao. Así pues, durante el té, la

señora que se encontraba a su lado se dirigió a él preguntándole qué pensaba de Mao. Su respuesta no se hizo esperar: "¿Mao Tsé? Es el emplazamiento de Lao Tsé". Las señoras se quedaron mudas.

El hermano de Meßkirch no sólo le garantizaba a Heidegger la calma necesaria para su trabajo y a lo largo de la vida le preservó el terruño, sino algo más: el amor, que era condición de la fecundidad de su trabajo en el terruño. Ambos estaban muy ligados, cada uno participaba fuertemente en el destino del otro. Pocas veces he visto una relación tan profunda y tan poco sensiblera entre hermanos; era, en sentido propio, una fraternidad.

Por lo general, en los últimos tres decenios de su vida Heidegger pasaba dos períodos del año en Meßkirch –en primavera y en otoño, cuando los primeros fríos ponían fin a su estadía en la cabaña de Todtnauberg–, si bien de ningún modo el trabajo intenso se limitaba a estos períodos; con frecuencia, solía llevarse trabajo pendiente aun cuando saliera de viaje. "El trabajo en mis manuscritos sobre la filosofía griega me quita mucho tiempo; tendré que llevarlo conmigo para hacerlo en el tren, así lo tengo medianamente terminado *antes* de llegar a Bremen", me escribió antes de que partiéramos juntos a una de sus conferencias en esa ciudad (4/3/1954). Que estaba metido en el trabajo del taller, y que le insumía mucho tiempo; que su estadía era muy fecunda para el trabajo; que estaba retenido por un trabajo urgente: casi todas sus cartas desde la cabaña o desde Meßirch contienen expresiones de ese tipo. En una de sus más bellas cartas desde allí dice:

> Estamos trabajando todo el día. En este momento no puedo permitirme días de descanso, pues los textos que asombrosamente resuenan empujan a nuevas experiencias. / En torno del camino campestre es tiempo de siega, y el aroma de las espigas es casi embriagador. Pero mis caminatas son breves, por ahora.

Cosecha aquí y allá: camino campestre y Hölderlin.

Por cierto, esos días y semanas fecundos tenían su reverso, llamado renuncia. Esta palabra se reitera con frecuencia en las cartas de Heidegger. "El trabajo marcha tan bien que he decidido renunciar al viaje a Munich. Todo lo periférico termina rompiendo la con-

tinuidad" (13/10/1963). En otra oportunidad dice que su trabajo urgente lo obliga a renunciar a propuestas que le habrían interesado. También se ve obligado a rechazar invitaciones a Bühlerhöhe. En alguna de sus cartas se cita a sí mismo: "La renuncia no quita. La renuncia da".

Una y otra vez a través de los años, Meßkirch suministró fuerzas al pensador, cuya incansable energía en el trabajo creativo no tiene parangón en nuestro siglo, quizá con excepción de Picasso. Nadie debería menospreciar la cuota que en la labor de Heidegger corresponde a la tierra natal. Nadie reprocharía a Chagall su amor por Vitebsk, del que su arte recibió tantas fuerzas; nadie degradará a Theodor Storm al rango de "escritor regional" por su entrañable vínculo con Husum; las obras de Stifter no han crecido en el suelo de la metrópoli vienesa, sino en el de las regiones rurales de Mühlviertel y Waldviertel. ¿Y qué decir del "retorno a la patria" en Hölderlin? Heidegger, por así decirlo, siempre debía volver a tocar su suelo natal, como aquel mítico Anteo que perdía sus fuerzas cuando era despegado de la tierra. Lo que creó no fue ideado en la estéril celdilla de un rascacielos. "Cada cual debe afincarse en *su* suelo", me escribió cierta vez.

Le gustaba citar unas palabras de Hebel que son adecuadas para cerrar estas observaciones sobre la natal, la laboriosa, la fraternal Meßkirch: "Somos plantas que, queramos confesárnoslo o no, debemos hincar nuestras raíces en la tierra para poder florecer en el éter y dar frutos".

AISLAMIENTO Y SOLEDAD

"Recorrer su camino a solas es parte de la esencia del filósofo", escribió Nietzsche a propósito de Heráclito:

> La muralla de su autosuficiencia debe ser de diamante si no ha de ser resquebrajada y arrasada, pues todo está en movimiento contra él. Su viaje a la inmortalidad es más entorpecido y arduo que ningún otro; y sin embargo nadie puede estar tan cierto como

> precisamente el filósofo de llegar a destino, pues éste no sabría dónde asentar su pie a no ser en las alas extendidas de todos los tiempos… Él tiene la verdad: ruede la rueda del tiempo adonde quiera, no podrá escapar a la verdad. Es importante saber de semejantes hombres, que existieron alguna vez.

¿A quién se aplicarían estas palabras mejor que a Heidegger? Desde el comienzo hasta el fin, su camino fue el de un solitario; no intentó hacer pie en una congregación religiosa. Se enfrentó a la larga y dura lucha por separarse de la teología, lucha que debió asumir en soledad, contra todas las resistencias exteriores e interiores. Luego, tras años de intenso esfuerzo filosófico, la publicación de *Ser y tiempo* de un golpe llevó a su autor a la fama y lo colocó en el centro de todas las discusiones intelectuales. Sin embargo, en medio de la afluencia de oyentes del mundo entero, del círculo amplio y año tras año creciente de sus discípulos, de un impulso espiritual que pronto se propagó a las más diversas disciplinas –desde la teología hasta las ciencias naturales– y cuyo alcance se irradió desde Europa a ultramar, como fuente de todos estos movimientos Martin Heidegger siguió tan solo como lo había estado siempre.

En retrospectiva, parece casi una revelación el hecho de que en el título de su gran ciclo de lecciones anunciado para el semestre invernal de 1929-1930 –"Mundo/ Finitud/ Aislamiento"– haya introducido después un cambio, sustituyendo la palabra "aislamiento" por "soledad". Releyendo hoy estas lecciones, recientemente publicadas, se percibe claramente que en ellas también se expresa la soledad del propio Heidegger. Su camino como catedrático, que transitó entre la aprobación y el recelo, entre la temerosa reticencia y la apasionada admiración del mundo académico, con frecuencia se vio rodeado de un aura de aparente inaccesibilidad. Inicialmente, muchos oyentes sin duda sintieron un ligero temor frente al hombrecillo moreno que hablaba desde lo alto de la cátedra, como si de tanto en tanto hubiese en éste algo amenazante. En efecto, ¿no se mezclaba, de tarde en tarde, pero con toda nitidez, algo profético en sus enunciados filosóficos? Cincuenta años después, sus palabras siguen sonando como si las hubiese dicho ayer, en medio de la comodidad y de la satisfecha pereza de un mundo que con sus tejes y

manejes quiere disimular lo esencial, lo único que cuenta. En mi viejo y gastado cuaderno de apuntes se lee: que el desafío de cargarse la vida al hombro, explícitamente, no tiene que ver con unos "ideales", sino con la afirmación del ser-ahí, de la carga como tal; no apartarse de la realidad, de lo instantáneo. "No es mediante la universal fraternización en lo inesencial como se aproxima uno a lo esencial." Si faltaba el apremio esencial, era menester despertarlo, "y si al mojigato se le nubla de negro la vista, tanto mejor". Y luego, palabras que dejaron casi petrificado al auditorio: "Hay que llamar al que sea capaz de darnos miedo. En lo esencial, la Guerra Mundial ha pasado sin dejar huella en nosotros…"

Las admoniciones contenidas en tales palabras pasaron sin que fueran escuchadas. Pocos años más tarde, el hombre que las había pronunciado ocupó durante un breve lapso el centro de la atención del público, como si se hubiese tornado un apóstata de sus propias doctrinas. En su carta en ocasión del octogésimo aniversario de Heidegger, Jean Beaufret comprueba que éste (después de que en 1934 ya hubiera señalado sus distancias con respecto al nacionalsocialismo mediante una suerte de "arrepentimiento activo"), pese a conservar su cargo de profesor, estuvo condenado al silencio editorial durante diez años, lo que sin duda es cierto y señala un nuevo grado de su soledad. En aquel tiempo su repercusión se limitaba al aula, pues la difusión más allá de ese ámbito estaba prácticamente interrumpida. Progresivamente, y contra su voluntad, el pensador fue quedando marginado, a pesar del sostenido interés que su filosofía suscitaba en el extranjero –lo que se puso de manifiesto en su conferencia de Roma en 1936, donde por primera vez declaró su adhesión a Hölderlin, y luego, en 1937, en ocasión del jubileo de Descartes celebrado en Francia. Heidegger se fue haciendo cada vez menos visible para el público. El "aislamiento" progresaba. Más tarde caracterizó con toda nitidez la situación en la que se encontraba en aquel tiempo (*T&G*, pp. 38-39) diciendo que a partir de abril de 1934 vivió "fuera de la universidad", en la medida en que dejó de preocuparse por los "asuntos",

> limitándome, en cambio, a cumplir con lo más imprescindible de mis obligaciones en cuanto a la enseñanza, hasta donde lo per-

> mitían mis fuerzas. Pero en los años siguientes la enseñanza fue más bien un monólogo del pensamiento esencial conmigo mismo. Quizá haya alcanzado y despertado a algunos hombres aquí y allá, pero no tomaba la forma de un complejo de conductas determinadas, de cuyo devenir hubiese podido surgir a su vez algo originario [...]. Comenzaron a surgir sospechas respecto de mí, que se extralimitaban hasta expresarse en groseros insultos.

Terminada la guerra, el círculo del ostracismo se hizo más estrecho aun. Las difamaciones de la peor calaña, el resentimiento y la ignorancia (sólo refutados por las voces de unos pocos valientes) lograron que el aislamiento de Heidegger fuese casi completo, hasta que finalmente, como ya se ha referido con detalle, se rompió para transformarse poco menos que en su contrario. Sin embargo, las lecciones "desbordadas", los seminarios que desarrolló durante un tiempo, los numerosos viajes para dictar conferencias (que Benn había considerado con escepticismo), las frecuentes visitas de amigos y discípulos no lograron disimular el hecho de que la existencia del filósofo, imprevistamente, aunque como fruto de un largo desarrollo, había transitado a una zona más fría de la vida. No obstante, es necesario hacer hincapié en que las experiencias cada vez más fuertes de la misma nada tenían que ver con cierto sentimentalismo. Lo que ocurría apenas puede sospecharse a partir de una cierta resignación que se trasluce en algunos de los dichos de vejez del pensador. Percibía con mucha claridad su propia situación, que tanto había cambiado desde sus comienzos; era aquel que había "volado" de la universidad y ahora, "como individuo", no representaba a los ojos del mundo más que una "figura cómica". Su amarga comprobación de que "podía terminar en cualquier momento" permite valorar en toda su dimensión la renuncia interior y exterior que había aceptado.

Pues hacía tiempo que Heidegger había dejado atrás la universidad alemana. Sus esfuerzos por ser rehabilitado, por obtener una *restitutio ad integrum*, encubren un proceso histórico: aquí (como ocurrió no pocas veces a lo largo de la historia de la filosofía) una gran individualidad rompe con los vínculos cotidianos para adquirir su plenitud sólo en un ámbito vital al que no pueden seguirlo más que unos pocos, y la soledad que padece durante este tránsito

es un ingrediente que contribuye a su grandeza. Nietzsche es un ejemplo cercano. Si el periodismo moderno no hubiese embotado nuestra capacidad de sentir la grandeza, la comparación del muchacho campesino de Meßkirch con el hijo de un pastor de Röcken hace tiempo debería haber puesto de manifiesto ya cuánto se asemejan algunas fases decisivas de sus vidas. La relación con la universidad es una faceta de esta semejanza: en ella, ambos fueron al comienzo estrellas rutilantes, y luego se opusieron a ella; la institución no pudo retener ni a uno ni a otro. Sobrellevar esa experiencia, dejar el firme apoyo de la cátedra de filosofía para salir más y más al espacio desprotegido y mirado con recelo del "mero" pensador, y seguir siendo, a pesar de todas las dudas y de todos los golpes, un humano, sin helarse en el frío gélido de esa ek-sistencia, es quizá lo más difícil. Heidegger superó esa prueba.

A lo largo de las últimas décadas, el tren de su vida exterior y la creciente concentración en el trabajo, nunca interrumpido del todo, traían aparejado un orden severo y mesurado en la vida cotidiana. La música lo ayudaba. A veces se decía que ya no trabajaba, sino que en su retiro se dedicaba enteramente a disfrutar su voluminosa colección de discos. ¡Qué error! Un antiguo concierto de laúd, una sinfonía de Brahms, pero ante todo la música de cámara de Mozart daban consuelo al pensador, que en sus esfuerzos espirituales sin duda se topaba una y otra vez con sus propios límites, sin que le fuera posible (según decía) reconocerlos. Nunca habría buscado una salida fácil, pero sí un diálogo reparador con una de las "tribus vecinas" (Hölderlin) del pensamiento. A veces el visitante descubría pequeñas ayudas, obsequios de amigos –como una reproducción de la *Lettera amorosa* de Braque–, en medio del estudio que, por lo demás, permanecía igual. Y entre sus papeles de trabajo, el anciano filósofo buscaba con infinito esfuerzo seguir su camino por las colosales montañas del pensamiento de su vejez.

Kommerell lo retrató cierta vez en una actitud característica: "temprano por la mañana", en un día espléndido, en las ásperas alturas por sobre el Todtnauberg, Heidegger está "escribiendo en una mesita que había instalado ante la cabaña". Él, que no se atribuía ninguna importancia, sino que más bien se consideraba como un vehículo, al que la carga del pensamiento se le entrega ("No somos nosotros

los que llegamos a los pensamientos, ellos llegan a nosotros"), se muestra allí como uno de los sabios que aparecen en un biombo chino exhibido en el Museo Antropológico de Bremen, ante el que Heidegger se había mostrado encantado. Allí se los ve, cada cual sentado frente a su cabaña, meditando o escribiendo, mientras el río que pasa les trae los vasos que aguas arriba un servicial espíritu ha llenado con un elixir vivificante. Aquí y allá también se los ve también discutir, pero sin interrupción la corriente les trae algo del gran secreto.

"¿Y? ¿Sacó algo?" La pregunta que el aduanero dirige al joven acompañante de Lao Tsé, según la versión que Brecht da en su poema sobre el surgimiento del *Tao Te King*, será siempre la de aquellos que quieren escuchar respuestas definitivas sobre el secreto, porque el camino del pensamiento les parece demasiado arduo, o porque creen estar eximidos de ese esfuerzo. Pero ni siquiera los ochenta tomos de la obra de Heidegger, cuando estén publicados, podrán ser más que la incitación a nuevas preguntas. "Porque el preguntar es la piedad del pensar."

Cierta vez, durante una velada en Bremen, hablamos de los efectos del pensamiento, de su poder y su impotencia. "Sí –nos dijo Heidegger–, los pensamientos pueden cambiar el mundo. Si Leibniz hubiese pensado de otro modo, el mundo tendría hoy otro aspecto".

Heidegger amaba aquel poema de Bertolt Brecht. ¿Se reconocía a sí mismo en él? Al final, la soledad había marcado el semblante del anciano. De todo lo que se ha dicho acerca de él, quizá las palabras de un poeta japonés, escritas a su muerte, hayan expresado con más acierto la verdad:

En la profundidad de la noche
brilla la clara luna
solitaria.

IX
Despedida

ENTRE LAS DÉCADAS DE 1970 Y 1980

Poco después de su primer viaje a Grecia, Heidegger cayó gravemente enfermo y debió guardar reposo durante semanas, e incluso meses. Aunque la preocupación por él fue grande, su robusta constitución y la abnegada atención que recibió le permitieron restablecerse por completo, si bien desde entonces debió privarse de algunas cosas y renunciar a hábitos queridos. Durante mucho tiempo dio la impresión de que el paso del tiempo no hacía efecto sobre él. Sólo después de que cumpliera 80 años, cuando fui a visitarlo por primera vez en su recientemente construida vivienda de la vejez, debí admitir en mi fuero íntimo que Heidegger estaba viejo. Cuando él mismo abría la puerta, llamaba la atención cuán pequeña se había vuelto su figura, cuán menuda y casi frágil, y que los grandes ojos brillaban con una luz más intensa entre las arrugas de su rostro. Al comienzo me conmocionó no encontrarlo en el entorno habitual, aunque era evidente que para los dos ancianos en este marco bien planificado todo sería más cómodo y estaría más a la mano que en la casa grande. Y aun si se reconocían muchas cosas familiares, como espíritus protectores, era perceptible, sin embargo, que ésta era una morada temporaria. Heidegger se había puesto en marcha para emprender el gran viaje. Contra esos pensamientos, que me asaltaban allí en cada oportunidad, nada podía el consuelo de la bella vista de que Heidegger gozaba ahora, desde su cama, de los canteros con flores del jardín y de la vieja casa situada en el otro extremo. La mirada atenta también percibía señales en su letra, que se veía más

rígida y menos móvil que antes, como si tuviese que aferrar algo que comenzaba a escaparse.

El septuagésimo aniversario fue una gran fiesta con los amigos y la familia. Ya nos hemos referido al obsequio con el que los "bremenses" lo sorprendieron en esa ocasión, motivado, entre otras cosas, por la opinión generalizada de que la relación de Heidegger con Goethe dejaba que desear. Esta opinión se había visto robustecida cuando en poder de la señora Heidegger se encontró una boleta de la biblioteca universitaria que acreditaba el préstamo de varios tomos de Goethe. ¡De modo que ni siquiera poseía ese indispensable objeto de uso cotidiano de las gentes cultas! La víspera del día de la fiesta principal, en la Casita del Cazador, entre las risas desahogadas de todos los asistentes, se le hizo entrega de los encantadores tomos, cada uno acompañado de un recitado de versos de Goethe, y culminó con estas palabras del poeta: "Con los años es como con los libros sibilinos: cuantos menos quedan, tanto más valiosos se vuelven".

Heidegger aprovechó en serio los tres lustros que le quedaban, no sólo para leer a Goethe (del que extrajo muchas palabras reflexivas, desmintiendo así, por fin, aquella opinión). Fueron los años en los que maduró el plan y sentó las bases de la edición completa de su propia inmensa obra. Trabajó incansablemente, con la serenidad de la mirada vuelta al pasado y con la cura de la mirada prospectiva.

Cuando cumplió 75 años hubo un festejo aun mayor, no en Friburgo, sino en el castillo de Hagenwil, cerca de St. Gall, que a lo largo de diversos encuentros y diálogos había llegado a ser un lugar querido para él. Cuando se acercaba a los 80, hubo preparativos en todas partes. Nuevamente los bremenses quisieron homenajearlo con una honra especial: se imprimió en veinticinco ejemplares un librito que contenía un discurso de agradecimiento, con iniciales y guardas decorativas diseñadas por Vogeler.

El pequeño tomo contenía dos ilustraciones: una reproducción de la *Calandria* de Vogeler –el joven que siguiendo el canto del ave se encamina hacia la alborada del mundo–, y un cuadro de Hans Leu que se encuentra en el museo de Basilea: el anciano Orfeo que en las sombras del atardecer ha dejado a un lado la lira. El ejemplar

numerado con un "1" le fue entregado a Heidegger junto con una estampa original del aguafuerte de Vogeler. Cuando en la última página del libro el agasajado vio el "Soneto XIX" de la Primera Parte de los *Sonetos a Orfeo*, dijo no sin emoción que precisamente esa mañana había estado pensando en ese poema de Rilke:

> … y aquello que en la muerte nos aleja
> no se nos ha revelado.
> Sólo por la tierra va la canción,
> que festeja y santifica.

La víspera del 85 aniversario fue a la vez seria y alegre. Nuevamente había acudido una pequeña delegación de Bremen a transmitirle sus congratulaciones. Para nuestra sorpresa, Heidegger se puso de pie y pronunció un breve y conmovedor discurso, que comenzaba con estas palabras: "El silencio es la gratitud de la vejez…". Luego nos leyó la carta de una filósofa rusa de Leningrado que había recibido esa mañana: "Desde el país de los más fríos abismos" profesaba con grandeza y seriedad su adhesión a Heidegger, desde un país en el que "muchos llevan en su alma grandes resoluciones", tratando de prestar oídos al filósofo a pesar de todos los impedimentos. "En señal de homenaje y devoción", eran las palabras finales de la carta que dio al pensador una de sus últimas grandes alegrías. La despedida se nos hizo difícil.

Más difícil aun fue para mí cuando en el invierno de 1975, en una de mis habituales visitas, fui a la calle Fillibach. Para no fatigar a Heidegger, no debía permanecer por mucho tiempo. Sin embargo, me retuvo largo rato, mucho más allá de la hora prevista. Una vez más tuve que referirle muchas cosas; preguntaba con interés por cosas y personas, por las experiencias y por el trabajo, con el espíritu tan lúcido y amplio de siempre. Cuando finalmente, entrada la noche, quise partir –la señora Heidegger ya había abandonado la habitación–, me volví desde la puerta al salir y vi que el anciano me seguía con la mirada. Alzó su mano y lo oí decir suavemente: "Sí, Petzet, ya se acerca el fin". Sus ojos me saludaron por última vez. Entonces supe que ya no volvería a verlo.

LA MUERTE DE KÄSTNER Y LA DE BURCKHARDT

A comienzos de 1974 se produjeron dos decesos que, cada uno a su modo, afectaron a Heidegger, que a la sazón contaba casi 85 años.

El 3 de febrero murió en Staufen Erhardt Kästner, poco antes de cumplir los 70 años, respetando la advertencia que da comienzo a su último libro, *Der Aufstand der Dinge* [El alzamiento de las cosas]: "No llegues a muy viejo, niño mío". Así, el filósofo perdía a un hombre de su íntima confianza, que durante muchos años y a despecho de los diversos sinsabores y cuestionamientos siempre le había sido fiel, y por quien se sabía comprendido. Hacía tiempo ya que temía esa pérdida. Cuán estrecho era el vínculo entre ambos, alimentado por un profundo acuerdo, lo demuestran dos poemas que Heidegger envió a su amigo más joven poco antes de que muriera.

Hoy, con una mirada retrospectiva, el comienzo de uno de ellos se lee como un presentimiento del propio fin que se aproximaba. Los días de Heidegger estaban contados.

¿Mas dónde estamos nosotros
cuando nos esforzamos
en cumplir con la exhortación de Rilke:
"Adelántate a toda despedida…"?
¿Habitamos la muerte?

Finalmente, también este dolor fue superado en la serena entrega al secreto, como lo demuestran los dos versos que Heidegger escribió en diciembre de 1975 "A la memoria de Erhart Kästner":

¿Están los que oyen el resonar del silencio
entregados a la confianza de una lejana reverencia por venir?

Pocos meses después de la muerte de Erhard Kästner llegó de Basilea la noticia de que había muerto Carl Jakob Burckhardt. Debido a que, por mi oficio de historiador, veía en él un modelo, y como republicano hanseático sentía una simpatía espontánea por el retoño de la libre ciudad de Basilea, este deceso me afectó quizá más que a Heidegger, que pese a su elevada estima por el eminente hombre

(un diálogo en la cabaña los había acercado) tenía poca relación personal con él. No era éste mi caso, pues Burckhardt era sobrino de una íntima amiga que mi madre tenía en Basilea; había intercambiado cartas al respecto con él, y me había alegrado con una cordial dedicatoria en mi ejemplar de *Danziger Mission* [Mi misión de Danzig]. Cuando lo encontré en esa ciudad en el acto de entrega del Premio de Arte de Basilea, con el que él había sido galardonado, me invitó a visitarlo en su retiro de La Bâtie.

Valga todo esto como explicación de por qué le escribí a Heidegger cuando recibí la inesperada noticia de la muerte de Burckhardt, adjuntando a mi carta varios escritos de éste, que supuse leería con interés. En esos días, los periódicos estaban repletos de palabras elogiosas sobre su actividad como estadista y diplomático, no menos que sobre su obra como historiador. Heidegger me respondió (el 12 de marzo) con una sobriedad que al comienzo me asustó. Después de agradecer mi envío, escribía algunas frases que llamaban a la reflexión:

> Por lo demás, no debería exagerarse con la figura heroica que se hace del "europeo". ¿Qué es lo que ha impulsado efectivamente en el espíritu? ¿Qué es lo que permanecerá? Me parece que el periodismo actual ha perdido toda medida, si es que la tuvo alguna vez… De mortuis nil nisi bene.

Al día siguiente recibí una segunda carta. Por lo visto, el tema había adquirido contornos más vastos y más duros para Heidegger. Me remitía su contribución al volumen en homenaje a Burckhardt, agregando: "El poder de la esencia de la técnica, la destrucción del habla y la disgregación de Europa circunscriben el destino al que estamos expuestos, que exige una meditación acorde".

Al dorso de la carta seguía una larga posdata. Allí decía:

> El viejo Köbi, que tenía una naturaleza más robusta y más arraigada en la tierra, escribía a su amigo el arquitecto Max Alioth de Basilea, el 16 de marzo de 1883: "En mi vejez me vuelvo cada vez más unilateral en algunas de mis convicciones, entre otras en la de que con el ascenso de la democracia en Grecia comenzaban los días del ocaso. Durante algunas décadas más la gran fuerza acu-

> mulada pervivió, lo suficiente para crear la ilusión de que ella era producto de la democracia. *Pero luego la hora hubo sonado*, y sólo el arte sobrevivió al espantoso desarrollo posterior de la vida griega; siguió viviendo al abrigo del desprecio en que se tenía a los artistas".

Al pie de esta cita de Burckhardt, Heidegger escribió: "Nuestra Europa se hunde por la 'democracia' de abajo enfrentada a un arriba sin número".

Si en los últimos años de su vida el pensamiento de Heidegger giraba casi exclusivamente en torno del poder de la esencia de la técnica y de la destrucción del habla, en ambos casos también pensaba en una tercera cuestión: la disgregación de Europa. Sin embargo, pocas veces lo expresó tan claramente como en la carta citada, donde el pensamiento del viejo Burckhardt acerca de la declinación de Grecia le servía para expresar aquello que a su juicio constituía la razón del ocaso de Europa. Si bien responsabilizaba de él a la "democracia de abajo enfrentada a un arriba sin número", no sólo sostenía esa opinión. No sólo se refería a los sueños una y otra vez renovados y siempre desbaratados de una democracia universal, sino en igual medida a la falta de sostén y a la impotencia del "arriba". Pero esto corresponde tan poco al campo de los sociólogos como el habla pertenece a los lingüistas o la técnica es coto exclusivo del quehacer de los técnicos. ¿Dónde quedaba el historiador que se preocupa por la meditación pensante que tanta falta hacía? ¿Acaso hubiera podido serlo Carl Jakob Burckhardt, heredero y nieto en un tiempo diferente?

En aquel momento, ciertamente me pareció que Heidegger era injusto con ese hombre que yo tanto veneraba, y cuando al cabo de unos días fui a devolverle el manuscrito de la contribución para el volumen de homenaje, aproveché la ocasión para discutir el asunto. Sólo entonces comprendí cuál era realmente el punto al que se refería Heidegger. En lo que tocaba a la "figura heroica" que con tan poco tacto delineaban los periódicos, no pude sino manifestarme de acuerdo, tanto más cuanto que aun sin ella sobraban los méritos, que señalaban al difunto como uno de los últimos grandes historiadores de la vieja escuela, que se había mostrado como

hombre de bien en el ámbito de la acción (¡y no sólo detrás de su escritorio!). Pero retornando a su historiografía, se me hizo patente una vez más cuánta importancia asignaba Heidegger a la diferencia entre la historia como cronología, que sucede siempre, y la historia como acontecer, que lo hace rara vez. Con Carl Jakob Burckhardt vino al habla la esencia y el carácter de otro gran hijo de Basilea: en el descendiente se encarnaba, vuelto hacia atrás, el viejo elemento erasmiano. Mas en la persona de Martin Heidegger, a la historiografía europea tradicional se enfrentaba el pensamiento de lo futuro, que radica sin embargo en lo más antiguo.

Poco después, en una tercera carta, Heidegger extraía sus conclusiones de nuestra discusión: "C. J. B. percibe el oscurecimiento, pero no llega a meditar reflexivamente acerca de su origen. No era ésta, por otra parte, su tarea. Lo discutimos en nuestro próximo encuentro".

EL ÚLTIMO CAMINO

Hallándome en Bremen, en la madrugada del día de la Ascensión de 1976 supe que Martin Heidegger había muerto el día anterior. Primero pensé partir de inmediato rumbo a Meßkirch para rendirle los últimos honores. Pero considerándolo fríamente me convencí de que cuando yo llegase las exequias ya habrían concluido. En efecto, era evidente que se haría lo posible por evitar cualquier revuelo, para mantener alejado al público curioso y no menoscabar la dignidad de esa muerte.

Así se hizo.

Permanecí en mi ciudad natal y rememoré a mi maestro y amigo, a quien me había acercado por primera vez en casa de mis padres, en Bremen. Mientras las campanas anunciaban el día de fiesta, mi recuerdo remontó la larga lista de aquellos años durante los que había recibido de él tantos impulsos determinantes para mi vida. Ese mismo día escribí una nota necrológica en la que hacía especial hincapié en la relación del difunto con Bremen y su gente, que fue publicada el día del entierro en el *Bremer Nachrichten*.

Cuando regresé a Friburgo me relataron que había sido una muerte suave, sin ninguna lucha, ocurrida durante el sueño matinal; al final, había susurrado la palabra "gratitud"… ¿No había dicho cierta vez que pensar y agradecer es una misma cosa? En uno de los poemas para Erhard Kästner dice:

> Más iniciadora que la poesía
> más fundadora también que el pensamiento
> es la gratitud.

Más tarde, la vieja amiga Ingeborg Böttger me refirió que había llegado a participar del sepelio, como única representante de nuestro pequeño círculo. Se encontraba en Hagnau, sobre el lago Constanza, cuando se enteró de su muerte; de inmediato telefoneó al alcalde de Meßkirch para informarse de la hora de la ceremonia. Así, le fue posible llegar en coche a tiempo para integrarse al largo cortejo fúnebre, pues la triste noticia ya había corrido por todo el país. La carta de esta médica, que en 1929 había asistido conmigo a las lecciones de Heidegger en Friburgo, expresa todo el sentimiento de la jornada:

> […] lo más estremecedor y triste para mí fue, naturalmente, el entierro. Los castaños en flor en torno de la capilla, la muchedumbre de vecinos de Meßkirch, el grupo de profesores, poetas, amigos, entre ellos el anciano Ernst Jünger. El coro de hombres y niños, ¿acompañados por una banda?… no lo recuerdo. La celebración dentro de la capilla. No pude entrar y acercarme a los silenciosos deudos, permanecí en la puerta para echar una mirada al ataúd, con el sentimiento de "Quítate los zapatos…". Luego el cortejo, el ataúd llevado por la comitiva municipal; un ataúd que con su forma antigua, con su ligera curvatura, me recordó Les Aliscampes… las flores silvestres que echamos sobre el ataúd, yo un ramito de salvia (oportuno para una médica) y un lirio del jardín encantado sobre el lago Constanza que perteneciera al difunto amigo Bissier.

Dentro del féretro habían colocado las aspas del molino de viento del surtidor de la cabaña; ramas traídas desde allí lo cubrían. Lo

último que se dijo antes de que la tierra cubriera al mortal fueron unos versos de Hölderlin, pronunciados por el hijo menor:

> Pues mucho puede aclarar un sabio o
> uno de los amigos que miran fieles, mas cuando
> aparece un dios en el cielo y la tierra y el mar
> llega una claridad que todo lo renueva.

UN LEGADO

Entre las numerosas cartas y escritos de Heidegger que se acumularon a lo largo de casi cincuenta años hay una misiva especial. Poco antes, con referencia a una larga carta de Heidegger que se publicaba dentro del epistolario de Kommerell, yo había expresado el temor de que ésta fuera gravemente malinterpretada, y de un modo quizá perjudicial para Heidegger. Lo que Heidegger me respondió el 16 de abril de1963 se relaciona estrechamente con la carta de Kommerell a Heiddegger (del 29 de julio de 1942) y con la respuesta de éste (del 4 de agosto de 1942), ambas publicadas en el mencionado tomo. Reanuda el diálogo que allí se comenzaba y lo lleva a su término. Escrita veinte años después, en retrospectiva se advierte que la carta reúne las cosas de aquel tiempo pasado con las futuras, y así, bien leída, presenta una perspectiva del afán que animó toda la vida de Heidegger, y en cierto modo, con la cita de *La muerte de Empédocles,* hace el balance de esa vida. Dice así:

> Querido señor Petzet:
>
> Le agradezco de corazón su detallada carta, la copia de la carta de Hofmannsthal y la devolución del texto de Gide. Cuando entregué a la señora Kommerell las cartas de su marido para que las copiase, reflexioné sobre todas esas cosas que a usted, con razón, lo tienen preocupado. Que por doquier surjan las contrariedades y las malas interpretaciones, que sencillamente no se *quiera* comprender y seguir preguntando es cosa que se me ha hecho tan clara con el paso de las décadas que ahora dejo que todo siga su curso.

También este no-querer es un destino. Por mucho que difiera Kommerell en su visión de mis tentativas (no sólo explicación filológica, sino diálogo que señala el destino), no deja de permanecer en una fundamental incomprensión en lo tocante al asunto del pensar. Él lee *Ser y tiempo* como una antropología existencial y considera que por mi encuentro con Hölderlin mi pensamiento se ha hecho metafísico. Sin embargo, a partir de *S y T* se trata de la pregunta por el ser, en el sentido de una superación de la metafísica; no de una "equiparación" con Hölderlin, sino de la preparación pensante del espacio-tiempo dentro del que habla el poeta. Kommerell ni siquiera atisba las relaciones centrales, pese a toda la significación de su carta… No llega a la dimensión dentro de la que mi pensamiento se movía ya cinco años antes de la conferencia y dentro de la cual sigue moviéndose. No puede conocer las "premisas". En el lapso transcurrido desde entonces, el paso de los años me ha hecho ver con claridad que sigue siendo imposible hacerse entender en el ámbito de las nociones de la opinión actual.

Ya el intento de hacerlo es un modo de malentender el propio camino. Así están las cosas; quedan en manos del dios de los tiempos.

Así como el dominio de la estructura de emplazamiento es y será único en su carácter, dentro de la historia del hombre, así de inusitada e incomparable es la determinación del pensar en esta era del mundo en relación con las posibilidades anteriores. Pero es saludable reflexionar una y otra vez sobre eso. Bajo esta perspectiva, la "serenidad" se revela como el modo en el que se debe responder al destino del mundo. Ella deviene la armazón del habitar.

También es parte de lo extraño e imposible de aclarar del mundo actual el que mediante una máquina de volar nos procuremos la precondición para acogernos al lugar de Esquilo, de Píndaro, de Empédocles y de Platón. También esto es algo concedido o denegado. Hölderlin recorrió con dos versos ese lugar:

Grande es la deidad
y el sacrificado, grande.

Un saludo cordial.

Suyo, Martin Heidegger

Nota sobre las traducciones utilizadas

1. OBRAS DE MARTIN HEIDEGGER

"De la experiencia del pensar" (poema), trad. de José María Valverde, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, vol. XX, Nº 56, Madrid, agosto de 1954, pp. 178-180.
"El sendero del campo", trad. y notas de Sabine Langenheim y Abel Posse, publicada en el matutino *La Prensa*, 12 de agosto de 1979.
La autoafirmación de la Universidad alemana, trad. y notas de Ramón Rodríguez, Madrid, Tecnos, 1996.
EL RECTORADO, 1933-1934. Hechos y reflexiones, trad. de Ramón Rodríguez, Salamanca, Tecnos, 1996.
"¿Qué es metafísica?", trad. de Helena Cortéz y Arturo Leyte, en M. Heidegger, *Hitos*, Madrid, Alianza, 2000, pp. 93-108..
"La pregunta por la técnica", trad. de Eustaquio Barjau. en M. Heidegger, *Conferencias y artículos*, Barcelona, Serbal, 1994, pp. 9-37.
Carta sobre el humanismo, trad. de Helena Cortés y Arturo Leyte, Madrid, Alianza, 2000.
"El camino al habla", trad. de Yves Zimmermann, en M. Heidegger, *De camino al habla*, Barcelona, Serbal, 1990.
"El origen de la obra de arte", trad. de Helena Cortés y Arturo Leyte, en M. Heidegger, *Caminos de bosque*, Madrid, Alianza, 1996.
"Construir, habitar, pensar", trad. de Eustaquio Barjau, en M. Heidegger, *Conferencias y artículos*, Barcelona, Serbal, 1994.

2. OBRAS DE OTROS AUTORES

Gottfried Benn, "Poemas estáticos", citado en José Manuel López de Abiada, *Gottfried Benn*, Madrid, Júcar, 1982, colección "Los poetas", Nº 47, p. 141.
Paul Celan, "Todtnauberg", en *Obras completas*, 2ª ed., trad. de José Luis Reina Palazón, con prólogo de Carlos Ortega, Madrid, Trotta, 1999, p. 321.
Rainer Maria Rilke, "Sonetos a Orfeo", en *Nueva antología poética*, ed. y trad. de Jaime Ferreiro Alemparte, Madrid, Espasa Calpe, col. "Austral", 1999, pp. 265-266.
Friedrich Hölderlin, "A la tierra madre. Canto de los hermanos Ottmar, Hom y Tello", en *Antología poética*, ed. bilingüe de Federico Bermúdez Cañete, Madrid, Cátedra, 2002, p. 197.

Angelus Silesius, El Peregrino Querubínico o Rimas espirituales, (…), traducción de Héctor A. Piccoli, con estudio preliminar y notas de H. Plard, Rosario (Santa Fe), Ed. Nueva Hélade, 2000.
Disponible en línea: http://www.bibliele.com/silesius/angelus6.htm

Cronología

1889, 26 de septiembre: Nace en Meßkirch Martin Heidegger, hijo del tonelero y sacristán Friedrich Heidegger y de Johanna Heidegger (apellido de soltera: Kempf), oriunda de Göggingen, cerca de Meßkirch.
1903-1906: Asiste al liceo [*Gymnasium*] de Constanza.
1906-1909: Asiste al liceo [*Gymnasium*] de Friburgo de Brisgovia.
1909-1911: Estudia teología en Friburgo de Brisgovia.
1911-1913: Estudia filosofía, humanidades y ciencias naturales en Friburgo de Brisgovia.
1913: Obtiene el grado de doctor bajo la dirección de Rickert, en Friburgo de Brisgovia.
1915: Obtiene en Friburgo de Brisgovia la habilitación para la enseñanza universitaria, con su trabajo *La doctrina de las categorías y del significado según Duns Scoto.*
1915-1918: Debe servir en el Ejército.
1817: Se casa con Elfride Petri.
1923: Obtiene una cátedra en Marburgo, donde permanece hasta 1928.
Traba amistad con Rudolf Bultmann y con Hannah Arendt. Construye su cabaña de Todtnauberg.
1927: *Ser y tiempo*.
1928: Obtiene la cátedra ordinaria de filosofía en la Universidad Alberto-Ludoviciana de Friburgo de Brisgovia, como sucesor de Edmund Husserl.
Conferencias en el Instituto Herder de Riga.
1929: Lección inaugural: "¿Qué es metafísica?", pronunciada el 24 de julio. En marzo, conferencias en los cursos universitarios de Davos.
1930: "De la esencia de la verdad", conferencia pronunciada en Bremen (8 de octubre).
1933: Designación como rector de la Alberto-Ludoviciana. El 27 de mayo pronuncia su discurso de asunción del cargo.
1934: febrero, dimisión al cargo de rector.
1935: "Del origen de la obra de arte", conferencia pronunciada en Frankfurt.
1936: Reitera esa conferencia en Zurich. Conferencia en Roma el 2 de abril: "Hölderlin y la esencia de la poesía".
1943: Discurso por el centenario de la muerte de Hölderlin, el 6 de junio, en Friburgo.
1944: Es movilizado en el *Volkssturm*.
1945: Prohibición de dictar cátedra, impuesta por la fuerza de ocupación (hasta 1951).
1946: "¿Y para qué poetas?" Conferencia leída en privado, en conmemoración del vigésimo aniversario de la muerte de Rilke.

1949: "Mirada a lo que es", tres conferencias pronunciadas en Bremen del 2 al 4 de diciembre; reiteradas en Bühlerhöhe en marzo del año siguiente.
1950: "La cosa", conferencia pronunciada en la Academia de Bellas Artes de Baviera el 6 de junio. "El habla", conferencia dictada en Bühlerhöhe en conmemoración de Kommerell, el 7 de octubre.
1953: "La pregunta por la técnica", conferencia pronunciada en Munich, el 18 de noviembre, en el marco del ciclo "Las artes en la era técnica".
1955: "Serenidad", discurso para la celebración en honor a K. Kreutzer en Meßkirch.
"¿Qué es eso de filosofía?", conferencia pronunciada en Cérisy-la-Salle, en septiembre. Estadía en París. Visita a Georges Braque en Varengeville.
1957: "Identidad y diferencia", conferencia solemne en ocasión del quinto centenario de la Universidad Alberto-Ludoviciana de Friburgo, el 27 de junio.
1958: "Hegel y los griegos", conferencia pronunciada en Aix-en-Provence (20 de marzo) y en la Academia de Ciencias de Heidelberg (26 de junio).
"Poetizar y pensar", conferencia a propósito del poema de Stefan George "Das Wort" [La palabra], presentada en el Teatro de la Corte de Viena el 11 de mayo.
1959: "El camino al habla", conferencia dictada en la Academia de Bellas Artes de Baviera (enero).
Conferencia inaugural en la Academia de Ciencias de Heidelberg.
"El cielo y la tierra de Hölderlin", conferencia ante la Sociedad Hölderlin de Munich (6 de junio).
El 27 de septiembre, en ocasión de su 70º aniversario, es proclamado ciudadano de honor de Meßkirch.
1960: Jornada-seminario "Imagen y palabra" en Bremen.
"Lenguaje y tierra natal", conferencia pronunciada en Wesselburen, el 2 de julio.
1962: Participa como invitado de honor en el banquete *Schaffermahlzeit*, en Bremen (febrero).
Primer viaje a Grecia (abril).
1967: Tercer viaje a Grecia: conferencia ante la Academia de Ciencias de Atenas, "El origen del arte y la determinación del pensar" (4 de abril).
1968: Primer seminario de Le Thor.
1969: Segundo seminario de Le Thor.
1973: Tercer seminario de Le Thor (en Zähringen).
1974: 85º aniversario.
1976: Heidegger muere en Friburgo el 26 de mayo y es sepultado el 28 de mayo en Meßkirch.

Índice de nombres

Aalto, Alvar, 244
Abraham a Santa Clara, 262
Agustín, 83
Aichinger, Ilse, 101
Ajmátova, 164-165
Albert, E., 245
Alioth, Max, 285
Allemann, Beda, 91, 92, 93, 94, 119, 257
Altenbourg, 142
Altwegg, Wilhelm, 261
Anaxágoras, 211
Anteo, 274
Apelt, Hermann, 30, 79, 80
Apelt, Julie, 30
Arendt, Hannah, 11, 22, 52
Aristóteles, 103, 202, 208, 211
Augstein, Rudolf, 129, 130-131

Bamm, Peter, 215
Barlach, 109
Barrault, 111-112
Barth, 166, 167
Bauch, Kurt, 91
Baudelaire, 188
Baumeister, Willi, 137, 199
Bäumler, Alfred, 60
Beaufret, Jean, 60, 84, 122, 147, 171-175, 189, 244, 276
Beckenbauer, Franz, 270-271
Beckett, Samuel, 41, 246, 254
Beethoven, Ludwig van, 119
Beissner, 109
Bender, Hans, 165, 267-268
Benn, Gottfried, 75, 77, 80, 88, 112, 113, 137, 200, 237, 254
Berdiaiev, Nikolai, 24
Beringer, 66
Beyeler, Ernst, 166, 167, 187, 191, 193-194
Beyeler, Hildy, 166, 168, 170, 191, 198
Biemel, Walter, 22, 136
Bienert, Ida, 199
Bill, Max, 91
Bissier, Julius, 142, 220, 288
Blaum, Eddo, 87
Boehringer, 109
Böhlendorf, 118, 119
Bollnow, 22-23
Borchardt, Rudolf, 34
Boss, Medard, 136
Böttger, Ingeborg, 85, 288
Brahms, Johannes, 278
Brandi, Karl, 27
Braque, Georges, 64, 191, 192-193, 207
Brecht, Bertolt, 202
Bruckmann, 158 (véase también Cantacuzène)
Bruckner, 29
Buber, Martin, 24, 32
Buchner, Hartmut, 218
Buda, 224, 231
Bultmann, 31, 90, 166
Burckhardt, C. J., 108, 261, 284-285
Burckhardt, Jacob, 108, 165, 286

Calvino, 165, 166, 167
Cantacuzène, princesa (Elsa Bruckmann), 153

Carlomagno, 254
Carossa, Hans, 103
Celan, 141, 257-258
Cézanne, Paul, 20, 148-149, 175, 179, 180, 185-191, 198, 201
Chagall, Ida, 254
Chagall, Marc, 64, 254
Char, René, 175, 190, 216
Chillida, Eduardo, 180, 205, 206, 207
Chopin, 29
Cioran, 204
Claudel, 112
Cohn, Jonas, 23
Conrad, Joseph, 254-255
Cristina de Suecia, 254
Cristo, 231
Croce, Benedetto, 55

Delbrück, Max, 37
Descartes, 60, 276
Dessoir, Max, 34
Dostoievski, 115, 160
Dupin, Jean, 204

Egk, Werner, 96
Eich, Günter, 101
Eichendorff, 84
Elze, Walter, 37, 56, 60
Empédocles, 289
Esquilo, 290
Eysoldt, Gertrud (actriz), 109

Fédier, F., 190-191, 244
Fehling, J., 246
Fichte, 23, 48, 52, 119, 171
Ficker, Ludwig von, 110, 148
Fietz, Gerhard, 199
Fischer, 125
Flickenschildt, Elisabeth, 94
Förster, Elisabeth, 61

Gadamer, Hans-Georg, 23, 136, 256
Galileo, 206
García Lorca, F., 246-247
Gebsattel, 66
George, Stefan, 25, 37, 48, 55, 67, 119, 137, 217, 246
Georgiades, 101
Gide, André, 112, 289
Goebbels, J., 178
Goeritz, Matthias, 199
Goethe, Johann, Wolfgang von, 16, 38, 88, 107, 119, 145, 196, 245
Goltz, Christel, 212
Goncharov, 160
Gorki, Máximo, 269
Grass, Günter, 142
Green, Julien, 42
Grimm, Hans, 59
Grimm, Jacob, 118
Gris, Juan, 64, 146, 188
Gröber, Conrad (arzobispo), 266
Grohmann, Will, 199
Gröning, 119
Gründgens, Gustaf, 94
Grünewald, 195
Guardini, Romano, 96, 101, 103, 109, 110, 189
Gundolf, Fr., 141
Guzzoni, 117

Häfliger, Ernst, 212
Hahn, Sebastian, 51, 210
Hamann, 38
Hamsun, Knut, 42-43, 255
Harder, Richard, 101, 103
Hartlaub, Felix, 105
Hartmann, Augusta, 154
Hartung, Hans. 204
Haßler, Hans Leo, 166
Haßler, Paul (párroco), 84, 166, 167, 168, 169, 194, 195
Hauptmann, Gerhard, 43, 153
Haydn, J., 109
Hebel, 118, 132, 168, 257, 259-263, 274
Hegel, 204, 211, 216
Heidegger, Elfride, 28, 34, 61, 62, 63, 64, 96, 99, 100, 116, 117, 120, 130, 131, 174, 215, 235
Heidegger, Fritz, 62, 121, 132, 144, 168, 174, 243, 245, 249, 271-273
Heidegger, Johanna, 161, 243
Heidegger, Jörg, 86
Heidelck, Käthe, 102, 109
Heiliger, Bernhard, 180, 203
Heintze, Hans, 29
Heisenberg, 101, 103, 177
Hellingrath, Norbert von, 121

Helmken, Ludwig, 29, 80, 82, 83, 88, 214
Heráclito, 83, 211, 274
Heuss, Theodor, 97, 155
Hildebrand, Adolf von, 31
Hillebrand, Karl, 31
Hitler, 42, 98, 119, 158, 185
Hodler, 154
Hoetger, Bernhard, 30
Hoetger, Lee, 182
Hofmannsthal, Hugo von, 11, 19, 186, 214, 215, 216, 254, 289
Hokusai, 221
Hölderlin, 74, 93, 102, 109, 112, 113, 116, 119, 120, 121-122, 161, 168, 169, 209-210, 213, 216, 245, 258, 259, 273, 274-278, 290-292
Hölzel, 199
Hölzer, Max, 204
Huber, Paul, 204
Huch, Ricarda, 43, 255
Hühnerfeld, Paul, 114, 115, 123
Humboldt, Wilhelm von, 82, 118
Hundhammer, Alois, 96
Husserl, Edmund, 22, 52
Husserl, Malvine, 110

Ionesco, Eugène, 204

Jacobsen, 149
Jäger, Werner, 44
Janett, Jürg, 203
Jantzen, Hans, 166, 194, 195
Jaspers, Karl, 49, 114
Jean Paul, 141
Jordan, Bruno, 27, 31
Jouhandeau, Marcel, 173
Jünger, Ernst, 43, 48, 49, 101, 103, 236, 288
Jünger, Friedrich Georg, 101, 103, 109

Kaempfe, Alexander, 161, 162
Kandinsky, W., 168
Kant, Immanuel, 25
Kardorff, Ursula von, 189, 202
Karstedt, H., 86
Kaschnitz, Marie Luise, 255
Kästner, Erhardt, 140, 142-143, 214
Kaufmann, Erich, 27, 35, 56, 121
Kavafis, 217
Kellner, 32
Kérenyi, Karl, 91
Kern, Fritz, 27
Keyserling, 108
Kienle, Hans, 27, 91
Kierkegaard, Søren, 150
Kirner (matrimonio), 248, 255
Klages, Ludwig, 24
Klee, Felix, 193, 196
Klee, Paul, 82, 83, 142, 154, 167, 168, 180, 193, 194-199, 264
Knittermeyer, 27
Kock, Hans, 202
Koenig, Hertha, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159
Kokoschka, Oskar, 182
Kommerell, Erika, 289
Kommerell, Max, 90, 245, 250-252, 271, 278
Krämer-Badoni, Rudolf, 132
Kreis, Wilhelm, 89
Krenzer, Conradin, 266
Krieck, 58, 60
Kröller-Müller, 187
Kromer, Lina, 262
Kuki, conde, 111, 217-218

Lafontaine, 69, 120
Lamotte, Henry, 87
Lao Tse, 101, 226, 227, 236, 279
Larese, Franz, 180, 203-204, 207
Le Corbusier, 198, 267
Léger, F., 64
Leibniz, 140, 279
Lenau, Nikolaus, 153
Lessing, 89, 140
Leu, Hans, 282
Lotz (cura), 96
Löwith, Karl, 124, 125, 126
Ludendorff, 158
Lutero, Martin, 23

Maestro de Meßkirch, 265-267
Maha Mani Bikkhu, 224, 232, 233, 234
Maillol, 152, 216
Mallarmé, 137
Manessier, 83
Mann, Heinrich, 90, 202
Mann, Thomas, 16
Mao Tse-Tung, 273
Marcel, Gabriel, 112

Marcuse, Herbert, 52
Marten, Rainer (profesor de filosofía), 114
Masur, Gerhard, 35
May, Ernst, 24
Meckel, Christoph, 71
Modersohn-Becker, Paula, 30, 148, 150, 151, 152, 174, 179, 181, 182, 183, 184, 189
Moholy-Nagy, Laszlo, 24
Möllendorff, von, 47, 54
Mörike, Eduard, 73, 159, 180
Mozart, 159
Müller, Hans-Reinhard, 270
Müller, Hermann (canciller del Reich), 90
Münster, Clemens, 101, 110-111

Nagel, Martin (profesor doctor), 53, 84, 158, 172, 191, 195
Napoleón, 119
Nerval, Gérard de, 147
Neumann, Alfred, 24
Newton, 206
Nietzsche, 38, 60, 61, 70, 79, 92, 112, 113, 126, 147, 187, 211, 245, 250, 278
Nishitani, Keise, 218
Nolde, 154
Novalis, 26, 199, 222

Oelze, F. W., 75, 76, 77
Okakura, Kakuzo, 220
Oncken, Hermann, 56
Orff, Carl, 90, 101, 102, 109, 111, 189, 211, 212
Ortega y Gasset, 94, 103
Ott, Heinrich, 166, 167

Parménides, 211, 216
Pascal, 115
Paul, Bruno, 28
Pembaur (pianista), 29
Pergolesi, 159
Petzet, Arnold, 28, 29, 34, 53, 59-63, 85, 86, 95
Petzet, Elsa, 27, 28, 30, 34, 35, 53, 56, 59, 98, 102, 285
Picard, Max, 79, 100, 158
Picasso, 26, 64, 116, 153, 154, 158, 191, 192, 274
Picht, Georg, 84
Píndaro, 290
Pinder, Wilhelm, 54, 59
Planck, Max, 229
Platón, 11, 21, 22, 23, 42, 50, 103, 121, 190, 211, 229, 290
Podewils, Clemens (conde de), 71, 95-99, 102, 110, 120, 122, 136, 161
Podewils, Sophie, 161, 189
Ponelle, J. P., 246
Pound, Ezra, 204
Preetorius, Emil, 91, 92, 95, 99, 101, 103, 222, 223
Przywara, Erich, 24
Pushkin, 163

Razum, Hannes (director de escena), 246
Reinhard, Karl, 209, 297
Rembrandt, 83
Rickert, 109
Rief, Hans Hermann, 149
Riezler, Walter, 103, 111
Rilke, Clara, 148, 149, 150, 152, 156, 157, 182-183, 187, 188
Rilke, Phia, 156
Rilke, R. M., 71, 77, 79, 100, 112, 138, 145, 147, 148, 149, 150, 153, 154, 158, 164, 181, 182, 183, 187, 188, 193, 254, 259, 268, 283, 284
Ritter, Gerhard, 22
Rodin, 148, 151, 152
Rodolfo II (emperador), 166
Roselius, Hilde, 33, 77
Roselius, Ludwig, 33
Rosenberg, 178
Rust (ministro de Cultura), 52

Saint Exupéry, 146
Salm, Altgraf, 169
Salomé, Lou, 92
Santomaso, 204
Sartre, Jean Paul, 111, 112, 114, 218
Sauerbruch, 54
Schadewaldt, 55, 84
Schelling, 132
Schickele, René, 60
Schiller, 119, 245
Schlageter, Leo, 51

Schmidt, Georg, 26, 91, 193, 197, 198
Schmitt, Carl, 27
Schröder, Rudolf Alexander, 84
Schröter, Manfred, 74, 96, 103
Schroth, Ingerborg, 84, 188, 192
Schuler, Alfred, 151, 157, 158
Schulz, Walter, 122
Schweitzer, Albert, 111, 261
Seele, Johann Baptist (pintor), 266
Seitz, Gustav, 202
Sellner, G. R. (director de escena), 139
Sharaku, 221
Shih-Yi-Hsiao, Paul, 220
Sieburg, Friedrich, 91, 94
Smidt, J., 118, 119
Sócrates, 190
Sófocles, 67, 102, 210, 214
Solti, Georg, 212, 213
Spengler, 73
Spitta, Theodor, 31, 59, 79
Stadler, Ernst, 60, 250
Stifter, Adalbert, 17, 157, 159, 269, 274
Stilling, Heinrich, 262
Storm, Theodor, 274
Storz, Gerhard (ministro de Cultura), 259
Stravinski, 116
Stresemann, 90
Strich, Fritz, 27
Stroomann (señora), 111
Stroomann, Gerhard, 71, 73, 89, 90, 91, 93, 94, 114, 272
Suzuki, 219
Szilasi, W., 115

Taube, Otto von, 153
Thoma (bedel), 239
Thompson, David, 180
Thwaites, John Anthony, 199
Tobey, Mark, 142, 220, 254
Toller, Ernst, 90
Tolstoi, 160
Toynbee, 73
Trakl, Georg, 113, 144-145, 146, 217
Tschitscherin, 90
Tsujimura, Koichi, 218
Tugendhat, Ernst, 257

Uhde, Hermann, 212, 213, 214
Ullmann, Regina, 158
Ungaretti, 137, 204
Utamaro, 221

Vallentin, Berthold, 119
Vallier (jardinero), 20
Van Gogh, 178, 179, 180, 185, 186, 187, 193
Vezin, François, 244
Vietta, Dory, 139, 152
Vietta, Egon, 75, 79, 108, 109, 113, 136, 137-138, 139
Vogeler, Heinrich, 29, 149, 154, 181, 184, 185, 186, 282
Vogeler, Philine, 29, 181
Vollmöller, Mathilde, 188
Voß, Heinrich, 84
Voßler, Karl, 55
Voznesensky, Andrei, 160, 162, 163, 164, 165

Wagner de Reyna, Alberto, 56, 57, 63, 69
Wagner, Richard, 212
Waugh, Evelyn, 139
Weber, Max, 90
Weisgerber, Antje, 94
Weiß, Helene, 52
Weizsäcker, C. F. von, 22, 29, 50, 101, 103, 177, 179, 257
Weizsäcker, Viktor von, 50
Werner, Fritz, 245
Westhoff, Clara (véase también Clara Rilke), 149, 181, 185
Wiegand, Heinrich, 148, 221
Wiegand, Theodor, 27
Wiegand, Willy, 34
Wilamowitz, 44
Wilhelm, Richard, 227, 236
Wimmer, Hans, 202, 203, 204
Wisser, Richard, 124
Wilmaus, Friedrich, 118
Woerner, Roman, 153
Wolf, Erik, 54, 109
Wolf, Georg, 130

Yevtushenko, 160

Zadkine, Ossip, 180, 204
Zhuang Zi, 32, 83, 221
Zinn, Ernst, 24
Zuckmayer, Carl, 204

Este libro se terminó de imprimir
en noviembre de 2007 en Latingráfica S.R.L.
(www.latingrafica.com.ar), Rocamora 4161
CP C1184 ABC, Buenos Aires.